

AUTORA NÚMERO 1 DEL NEW YORK TIMES

KRESLEY COLE

LA
EMPERATRIZ

CRÓNICAS ARCANAS I



La emperatriz
Crónicas Arcanas I

Kresley Cole

Traducción

Yuliss M. Priego y Tamara Arteaga



Título original: Poison Princess
© de la obra: Kresley Cole
Edición en español © 2019, Red Apple Ediciones

Derechos de autor de la edición en inglés original:
Simon & Shuster Children's Publishing Division
(1230 Avenue of the Americas, New York, New York 10020)
y RDC Agencia literaria S.L.
Todos los derechos reservados

© de la traducción: Yuliss M. Priego y Tamara Arteaga, 2019
© de la presente edición: Red Apple Ediciones, C.B.
c/ De sa Cimentera, 63 2.º B. 07630 Campos (Mallorca)
info@redappleediciones.com
www.redappleediciones.com

Primera edición: Julio 2019

Código IBIC: YFB
Ebook ISBN: 978-84-17500-56-6

Publicado por acuerdo con Simon & Schuster Books For Young Readers, sello de la división de publicaciones infantiles de Simon & Schuster. Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitido en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabaciones o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso por escrito del Editor.

Spanish language edition © 2019 by Red Apple Ediciones

Original English language edition copyright © 2012 by Kresley Cole

Published by arrangement with Simon & Schuster Books For Young Readers, an Imprint of Simon & Schuster Children's Publishing Division.

All rights reserved. No part of this book may be reproduced or transmitted in any form or by any means, electronic or mechanical, including photocopying, recording or by any information storage and retrieval system, without permission in writing from the Publisher.

Menú de navegación

Agradecimientos

Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

[39](#)

[40](#)

[41](#)

A Zareen Jaffery,
mi increíble editora de juvenil, por tu ayuda con *La emperatriz*. ¡Has marcado toda la diferencia
del mundo!

Agradecimientos

Gracias a mis familiares y amigos de Luisiana que me han ayudado a darle sabor a este libro (y especialmente a Jonah T., por tu ayuda con todo lo relacionado a la lengua y la cultura cajún). ¡No podría haberlo hecho sin vosotros!

Muchas gracias a Lauren McKenna por tus fantásticos comentarios para esta historia.

Muchísimas gracias a las magníficas hermanas médicas, Bridget y Beth, por toda vuestra pericia técnica.

Gracias a mi maravillosa agente, Robin Rue, por tu entusiasmo con este proyecto y por encontrarle la casa perfecta.

¡Y gracias a vosotros, lectores, por adentraros conmigo en el mundo de las *Crónicas arcanas*!



TAROT: *m.* Baraja especializada de naipes ilustrados, usada principalmente para la adivinación y a menudo relacionada con las ciencias ocultas. Las veintidós cartas triunfas de la baraja, los arcanos mayores, son verdaderamente simbólicas, pues representan escenas y personajes de la antigüedad.



Prólogo

DÍA 246 d. D.

REQUIEM, TENNESSEE

LADERA DE LAS GRANDES MONTAÑAS HUMEANTES

Es tan encantadora, tan frágil. Esos ojos afligidos. Esos labios de rosa... gritarán de una forma preciosa.

Echo un vistazo por la mirilla de la puerta con el fuerte deseo de que la chica se acerque. Una mujer... ¡tan cerca! *Ven a mí.*

En pleno crepúsculo colmado de cenizas, la muchacha pasea por la acera frente a mi chamuscada casa victoriana, debatiéndose entre acercarse o no.

Frías ráfagas de viento revuelven su espesa melena rubia. Lleva puestos unos pantalones vaqueros raídos, unas botas de montaña maltrechas, y tiene las manos metidas en los bolsillos de una sudadera harapienta.

Su ropa no encaja con la temperatura que hace fuera, que ha bajado hace poco en contraste con el calor mortificador que hemos tenido durante todo el invierno. El tiempo empeora conforme el verano se aproxima...

Levanta la mirada. ¿Ha advertido el olor a comida que sale de mi casa? Tengo estofado de ternera en conserva cociéndose a fuego lento en una cocina de leña. ¿Se ha percatado del humo que desprende la chimenea?

Parece hambrienta; desde el Destello, siempre tienen hambre.

Toda mi guarida tiene el propósito de atraerla hacia mí. Si el brillante farol de queroseno no es suficiente guía para los viajeros, tengo un cartel —escrito con rotulador y plastificado— clavado junto a la puerta:

VOCES DEL DESTELLO

COMIDAS CALIENTES, REFUGIO SEGURO, CUÉNTAME TU HISTORIA DEL APOCALIPSIS

Mi casa está situada de forma ideal en una encrucijada de este pueblo fantasma. La mayoría de mis huéspedes me cuentan que sus vidas también se encuentran en una encrucijada. La de esta chica, obviamente, igual.

Antes me siguió desde cierta distancia; me observó mientras podaba algunas plantas muertas para destapar la señal de bienvenida al pueblo. *Requiem, Tennessee, población 1212.*

El Destello redujo ese número a otro de una sola cifra. Ahora solo estamos mis sujetos y yo.

Mientras trabajaba en la señal, silbé una melodía alegre para darle más efecto. La chica se pensará que soy una persona decente que solo intenta vivir con normalidad.

Ahora se queda quieta y mira directamente a la puerta. Ya se ha decidido. Lo veo en la postura de sus delgados hombros.

Conforme se aproxima a la puerta principal, atisbo sus rasgos con mayor claridad. Como

mucho llegará al metro sesenta de altura. Su esbelta figura y su rostro delicado me dicen que no puede tener más de dieciséis años. Pero el asomo de curvas de mujer que percibo bajo aquella sudadera me indica que es mayor.

Sus ojos son de un azul espliego y contrastan notablemente con su pálida piel, pero están tristes. Esta chica abandonada ha conocido la pérdida.

¿Quién no desde el apocalipsis?

Está a punto de conocerla aún más. *Acércate.*

Vacila antes de pisar el porche. *No, ¡ven a mí!* Tras respirar hondo, camina hasta la puerta; me estremezco con anticipación cual araña en su tela.

Ya siento la conexión con esta chica. Esto mismo ya lo he dicho en el pasado —otros como yo han hablado de un vínculo con sus sujetos— pero esta vez sí que siento una ansiedad sin precedentes.

Tengo tantas ganas de poseerla que apenas soy capaz de reprimir un gemido.

Si soy capaz de hacerla entrar, estará atrapada. Falta la mitad interior del pomo; el único modo de abrir la puerta es con unos alicates. Las ventanas están hechas de chapa transparente, irrompible. Las demás puertas al exterior están cerradas a cal y canto, con tablones de madera clavados encima.

Alza una mano y llama suavemente a la puerta, y luego retrocede nerviosa un paso. Espero varios segundos —una eternidad— y después zapateo como si me estuviese acercando.

Cuando abro la puerta con una amplia sonrisa, ella se relaja un poco. No soy lo que esperaba. No parezco tener más de veintipocos años.

En realidad, tengo menos. Me acerco más a su edad, imagino. Pero mi piel se ha curtido con el Destello. Y los experimentos que hago también me han pasado factura.

Aun así, las muchachas que tengo en el sótano, mis pequeñas ratas, me aseguran que soy el chico más guapo que hayan visto nunca. No tengo razón para no creerlas.

Ah, pero siento que mi mente es anciana. *Un hombre sabio en la piel de un muchacho.*

—Por favor, entra y resguárdate del frío —le digo extendiendo un brazo—. Mírate... ¡debes de estar helada!

Con cautela, mira al interior y examina la estancia de pared a pared. El interior es alegre y está iluminado a la luz de las velas. Una manta hecha a mano cubre uno de los reposabrazos del sofá. Hay una mecedora justo en frente del crepitar del fuego.

Mi guarida parece segura, cálida, como de abuela. Es natural; una mujer mayor vivía aquí antes de que la matara e hiciese de este mi hogar.

La chica contempla la mecedora y el fuego con anhelo, pero sus músculos siguen tensos por si ha de huir.

—Me temo que solo estoy yo —digo con falsa tristeza—. Tras el Destello... —apago la voz para dejar que presuponga que mis seres queridos perecieron en el apocalipsis.

Compadéceme. Hasta que veas tu nuevo collar.

¡Por fin cruza el umbral! Para evitar rugir de placer, me muerdo el interior de la mejilla hasta que el sabor de la sangre me llega a la lengua. De alguna manera, logro hablar con un tono de voz tranquilo cuando le digo:

—Me llamo Arthur. Por favor, siéntate junto al fuego.

Su frágil cuerpo está temblando y, cuando alza la mirada para mirarme, sus ojos parecen desolados.

—Gracias. —Se dirige a la mecedora—. Yo soy Evangeline. Evie.

A su espalda, me meto los alicates en el bolsillo con disimulo y cierro la puerta. Cuando esta

hace clic en la jamba, sonrío.

Es mía. Nunca saldrá de este lugar.

Que permanezca viva o muerta ya depende de ella.

—¿Tienes hambre, Evie? Tengo estofado en el fuego. ¿Y quizás también una taza de chocolate caliente? —Puedo oírla salivar.

—Sí, p-por favor, si no es mucha molestia. —Se sienta y acerca las manos a las llamas—. Me muero de hambre.

—Vuelvo enseguida. —En la cocina, sirvo varios cucharones de estofado en un cuenco y coloco con cuidado la cena sobre una mesa-bandeja. Es su primera comida conmigo. Ha de ser perfecta. En cosas como esta soy meticuloso. Mi ropa está immaculada y me he peinado con esmero. Mi estuche de bisturís perfectamente ordenado se encuentra a buen recaudo en el bolsillo de mi americana.

La mazmorra, no obstante, es otra historia.

Junto al cuenco, coloco una taza humeante de chocolate preparado con mis manguantes reservas de agua. Del azucarero añado una cucharada de polvo blanco; nada de edulcorante. Con cada sorbo que dé, se relajará más y más hasta que los músculos le fallen, pero permanecerá consciente.

Incapaz de moverse, pero consciente. Es importante que experimente nuestra comunión por completo. Mis mejunjes caseros nunca fallan.

De hecho, ya me toca mi propio elixir. Agarro un vial cerrado del armario y me trago el contenido transparente y agrio. Mis pensamientos se vuelven más rápidos, y mi mente más aguda.

—Aquí está —digo cuando regreso. Abre los ojos como platos al ver mi generosidad. Cuando se relame el carnosos labio inferior, la bandeja repiquetea debido a mis manos temblorosas—. Si eres tan amable de agarrar las patas...

Ella se abalanza a ayudarme a colocar la mesa-bandeja y en cuestión de nada, ya está metiéndole mano. Me siento en el sofá; aunque no demasiado cerca para no agobiarla.

—Pues, Evie, estoy seguro de que has visto el cartel que tengo fuera. —Asiente; está demasiado ocupada masticando como para pronunciar su respuesta—. Quiero que sepas que estoy encantado de ayudarte. Lo único que pido es que compartas algo de información conmigo. —*Y que grites cuando te toque o te encojas de miedo cuando me acerque*—. Estoy archivando las historias de la gente, intento recopilarlas para el futuro. Necesitamos una historia sobre cómo cambió la vida de las personas por culpa de esta catástrofe.

En esencia, eso es cierto. Grabo la historia de mis chicas —el historial de mis cobayas— y luego sus gritos.

—¿Te interesaría compartir la tuya?

Me mira con cautela mientras se termina el estofado.

—¿Qué quieres saber?

—Me gustaría que me contaras qué ocurrió en los días previos al Destello. Y luego cómo lidiaste con lo que pasó. Te grabaría con esto. —Señalo la grabadora a pilas sobre la mesita auxiliar y sonrío con timidez—. Anticuado, ya lo sé.

Alarga el brazo hasta la taza, la recoge y sopla por encima.

Bebe, pequeña.

Cuando le da un sorbo, suelto el aire que había estado conteniendo. Está bebiendo a la salud de su propia muerte, de nuestro comienzo.

—¿Entonces solo me vas a grabar mientras hablo?

—Así es. —Cuando me pongo en pie para retirar la bandeja, ella se hace con la taza y la sostiene bien cerca de su pecho—. Evie, tengo más en la cocina. Te traeré un cazo entero.

Para cuando regreso con el cazo y una taza para mí, ya se ha terminado la bebida. Ahora tiene la sudadera atada alrededor de la cintura y, mientras atiza el fuego, su camiseta de manga corta moldea la forma de sus pechos.

Agarro la taza con tanta fuerza que temo romperla. Luego frunzo el ceño. Normalmente no siento tanta lujuria hacia mis cobayas. Mezclar el trabajo con el placer es... un embrollo. Pero su atractivo es embriagador.

Antes, en el pueblo, cuando la vi por primera vez, la deseé. La imaginé en mi cama, recibéndome con los brazos abiertos.

¿Podría ser mi alma gemela?

Regresa a su asiento y hace que deje de mirarla.

—¿Por qué quieres saber sobre mí? —Su voz tiene un deje sureño.

Tras carraspear, respondo:

—Cualquiera que llegue hasta aquí tiene una historia de supervivencia que contar. Tú incluida. —Me vuelvo a sentar en el sofá—. Quiero saber de tu vida. Antes y después del Destello.

—¿Por qué antes?

Para conseguir una historia de referencia sobre mi nueva cobaya. En cambio, digo:

—El apocalipsis puso las vidas de la gente patas arriba, y cambió a las personas. Para sobrevivir, han tenido que hacer muchas cosas que nunca creyeron que podrían hacer. Quiero tantos detalles como sea posible... No hace falta que me des tu apellido, si eso te hace sentir más cómoda.

—Mi vida ya estaba patas arriba mucho antes del Destello —murmuró por encima del borde de la taza.

—¿A qué te refieres? —Alargo el brazo y pulso el botón de grabación. A ella no parece importarle.

—En las semanas anteriores a él acababa de llegar a casa tras haber pasado el verano fuera. Y las cosas estaban tensas.

—¿Dónde vivías? —pregunto casi suspirando al mirarla. Sus párpados parecen haberse vuelto un poco más pesados y las ondas de su melena rubia brillan a la luz del fuego. Se alisa el mechón aterciopelado que le cae por el hombro y capto el más leve atisbo de su perfume: sublime y floral.

Incluso ocho meses después del Destello, y con todos los lagos y los ríos evaporados, ella sigue oliendo como si acabara de darse un baño. Increíble. Al contrario que las pequeñas ratas malolientes de la mazmorra.

—Vivía en Luisiana, en Haven, una finca dedicada a la caña de azúcar. —Se reclina en su asiento y mira al techo con ojos soñadores, recordando—. Alrededor de la casa había un mar verde de caña que se extendía hasta el infinito.

De repente se me antoja imperativo saberlo absolutamente todo de esta chica. ¿Por qué está sola? ¿Cómo ha podido llegar tan al norte sin ningún hombre que la proteja? Si los hombres del saco no la atrapaban, los esclavistas o los paramilitares con toda seguridad lo habrían hecho.

Caigo en la cuenta de que debe de haber perdido a su protector hace relativamente poco, razón por la cual esta chica tan atractiva se encontraría sola.

Mejor para mí.

—¿Por qué estaban las cosas tensas en casa? —¿Qué será? ¿El típico conflicto con sus padres,

un castigo por haberse saltado el toque de queda, o una ruptura desagradable con el machito del instituto?—. Puedes contármelo. —Asiento con sinceridad.

Ella respira hondo y se muerde el labio. En ese momento sé que ha tomado la decisión de contármelo todo.

—Arthur, yo... Me acababan de dar el alta de un hospital psiquiátrico. —Me mira por debajo de las pestañas, calibrando mi reacción a la vez que parece temerla.

Consigo evitar que se me caiga la mandíbula al suelo.

—¿Un hospital psiquiátrico?

—Había estado enferma el último trimestre del segundo año de instituto, así que mi madre me obligó a ir a una clínica en Atlanta.

¡Esta chica me viene como caída del cielo! Yo también había estado «enfermo». Hasta que probé mis brebajes conmigo mismo y con el tiempo encontré una cura.

Su idea de enfermedad y la mía seguramente difiriesen en gran medida... pero yo podría enseñarla a sucumbir y a abrazar nuestra oscuridad.

—No me puedo creer que te esté confiando esto. —Frunce el ceño y luego susurra—: A él no pude contarle mis secretos.

A él, ¿su anterior protector? ¡He de conocer esos secretos!

Ella me dedica una dulce sonrisa.

—¿Por qué me siento tan cómoda contigo?

Porque estás bajo los efectos de una droga, relajada.

—Por favor, continúa.

—Tan solo llevaba dos semanas en casa y ya estaban volviéndome a pasar cosas raras. Estaba perdiendo el tiempo, con pesadillas y alucinaciones tan realistas que era incapaz de saber si estaba despierta o dormida.

Esta chica desazonada es igual de frágil de mente que de cuerpo. *Es mía. Caída del cielo.* Sé que puedo usar el más mínimo atisbo de locura y hacer que esta aflore por completo. Empiezo a sudar de la agresividad contenida.

Ella no se da cuenta, porque de nuevo está contemplando el techo, recordando.

—Una semana antes del Destello habría sido el primer día de curso, siete días antes de que cumpliese los dieciséis.

—¿Tu cumpleaños fue el día uno d. D.? —pregunto con la voz rebosante de emoción. Asiente—. ¿Y qué pasó entonces?

Coloca un pie sobre la mecedora y usa el otro para mecerse con suavidad.

—Recuerdo vestirme para ir al instituto el lunes por la mañana. Mi madre estaba preocupada por que no estuviese preparada para volver. —Exhala—. Y tenía razón.

—¿Por qué?

Evie me mira a los ojos.

—Te la contaré. Mi historia. E intentaré recordar tanto como pueda. Pero, Arthur...

—¿Sí?

Sus ojos chispean y su expresión denota vergüenza. Una desdicha tan exquisita.

—Lo que yo crea que pasó puede que no sea lo que realmente sucedió.

1

DÍA 6 a. D.
STERLING, LOUISIANA

—¿Cómo te sientes? —me preguntó mi madre con ojo crítico—. ¿Estás segura de estar preparada para esto?

Terminé de peinarme, estampé una sonrisa en la cara y mentí.

—Por supuesto. —Aunque ya habíamos hablado del tema, añadí con paciencia—: Los médicos me han dicho que volver a la rutina normal puede ser beneficioso para alguien como yo. —Bueno, al menos tres de mis cinco loqueros me lo habían dicho.

Los otros dos insistieron en que seguía inestable. En que era una bomba de relojería. Que podría explotar en cualquier momento.

—Solo necesito volver al instituto y estar con todos mis amigos.

Siempre que le cito a mis psiquiatras, mi madre se relaja un poco, como si eso fuese prueba de que verdaderamente les prestaba atención.

Recordaba bastante de lo que me decían los médicos, porque me habían hecho olvidar muchísimas cosas de mi vida antes de la clínica.

Mi madre comenzó a dar vueltas por mi habitación con las manos unidas en la espalda y paseó la mirada por todas mis pertenencias. Era como una Sherlock Holmes rubia y guapa husmeando en busca de secretos que todavía no conocía.

No iba a encontrar nada; ya había escondido el contrabando en la mochila.

—¿Anoche tuviste pesadillas?

¿Me había oído despertarme gritando?

—Nop.

—Cuando estuviste poniéndote al día con tus amigos, ¿le confiaste a alguno dónde habías estado en realidad?

Mi madre y yo le habíamos contado a todo el mundo que me había marchado a un colegio especial para mejorar mi «comportamiento». Al fin y al cabo, nunca era demasiado pronto para preparar a una hija para las competitivas sororidades del sur.

En realidad, había estado encerrada en el Centro de Rehabilitación Infantil, una clínica conductual para menores. También conocida como la Última Esperanza.

—No le he hablado a nadie del CRI —dije, horrorizada ante la idea de que mis amigos, o mi novio, se enterasen.

Especialmente él. Brandon Radcliffe. Con esos ojos de color avellana, esa sonrisa de estrella de cine y ese pelo rizado castaño claro.

—Bien. Eso solo nos incumbe a nosotras. —Se detuvo frente al gran mural de la pared y ladeó la cabeza con inquietud. En vez de una acuarela bonita o un diseño retro-funk, había

pintado un paisaje espeluznante con enredaderas, robles amenazantes y cielos oscuros sobre unas colinas cubiertas de caña de azúcar. Sabía que había considerado la idea de pintar sobre el mural, pero temía que hubiese llegado a mi límite y que me fuese a amotinar.

—¿Te has tomado la medicina esta mañana?

—Como siempre, mamá. —Aunque no es que pudiese decir que mis pequeñas pastillas amargas hubiesen logrado hacer algo contra las pesadillas, sí que mantenían a raya a las alucinaciones que me acosaron la primavera pasada.

Aquellos delirios habían resultado ser tan reales que me habían dejado temporalmente ciega al mundo que me rodeaba. Apenas pude terminar el segundo año de instituto afrontando las visiones y entrenándome para actuar como si nada sucediese.

En una de esas alucinaciones había visto llamas arder en el cielo nocturno. Bajo las llamaradas, ratas huidizas y serpientes se agitaban en el jardín delantero de Haven hasta que el suelo parecía ondularse.

En otra, el sol había brillado —por la noche— y había abrasado los ojos de la gente hasta que les salía pus; sus cuerpos mutaban y sus cerebros se pudrían. Se convertían en una especie de zombis que bebían sangre, con la piel como bolsas de papel arrugadas y que rezumaban una baba rancia. Los llamaba *los hombres del saco*...

Mi objetivo a corto plazo era simple: conseguir que no me enviaran de vuelta al CRI. Mi objetivo a largo plazo era un poco más exigente: sobrevivir a lo que me quedaba de instituto para poder escapar a la universidad.

—¿Y Brandon y tú seguís juntos? —mi madre casi sonaba incrédula, como si no entendiese por qué el chico querría seguir saliendo conmigo tras haber estado ausente durante tres meses.

—Llegará pronto —insistí. Ahora había logrado ponerme nerviosa.

No, no. Durante todo el verano me había mandado mensajes sin parar, aunque yo solo tenía permitido responder dos veces al mes. Y desde mi vuelta la semana anterior, se había portado de forma maravillosa conmigo: el novio sonriente y alegre que me traía flores y me llevaba al cine.

—Me gusta Brandon. Es muy buen chico. —Por fin, mi madre concluyó con el interrogatorio de esa mañana—. Me alegro de que hayas vuelto, cariño. Haven ha estado demasiado tranquila sin ti.

¿Tranquila? Ansiaba decir: «¿De verdad, Karen? ¿Sabes qué hay peor que la tranquilidad? Bombillas fluorescentes chisporroteando las veinticuatro horas del día en el centro. ¿O quizás el sonido de mi compañera de habitación al llorar mientras se clavaba el cuchador en el muslo? ¿Qué tal reírse sin razón alguna?».

Pero bueno, esa última había sido yo.

Al final no dije nada del centro. *Solo dos años más y podré marcharme.*

—Mamá, tengo un día importante por delante. —Me eché la mochila al hombro—. Y quiero estar fuera cuando Brand llegue. —Ya lo había hecho esperar todo el verano.

—Oh, por supuesto. —Me acompañó por la escalinata; nuestros pasos hacían eco al unísono. Junto a la puerta, me colocó el pelo detrás de las orejas y me dio un beso en la frente, como si fuese una niña pequeña—. Tu champú huele bien... puede que tenga que cogértelo prestado.

—Claro. —Me obligué a sonreír otra vez y luego salí. El aire neblinoso estaba muy quieto, como si la tierra hubiese exhalado, pero se hubiese olvidado de inspirar una vez más.

Bajé los escalones frente a la puerta y luego dirigí la mirada a la imponente casa que tanto había echado de menos.

Haven House era una mansión grandiosa que contaba con veintidós dormitorios y doce columnas majestuosas en la fachada. Sus colores —madera pintada en beis clarísimo y postigos

de un verde bosque muy oscuro— habían permanecido intactos desde la construcción original para mi tátara-tátara-tatarabuela.

Doce robles enormes rodeaban la estructura y sus crecientes extremidades se unían en algunos puntos, como si se tratara de cien toneladas de hidras atrapando a sus presas.

Los habitantes del pueblo creían que Haven House parecía estar encantada. Al contemplar la mansión bañada en la niebla tenía que admitir que era lógico.

Mientras esperaba, crucé el jardín delantero hasta llegar a una hilera cercana de caña y me incliné para oler uno de los tallos púrpura. Fresco pero dulce. Una de las ligeras hojas verdes se hallaba enrollada de manera que parecía estar abrazándome la mano. Eso me hizo sonreír.

—Pronto tendréis lluvia —murmuré con la esperanza de que la sequía en Sterling terminase por fin.

Ensanché la sonrisa cuando vi un elegante Porsche descapotable acercarse a toda velocidad por nuestro acceso de vehículos pavimentado con conchas, apenas un borrón rojo.

Brandon. El chico más codiciado del condado. Del último curso. *Quarterback*. Rico. El mejor de los novios.

Cuando detuvo el coche, abrí la puerta del lado del copiloto con una sonrisa.

—Hola, grandullón.

Pero él frunció el ceño.

—Se te ve... cansada.

—No me acosté hasta tarde —respondí mirando hacia atrás para soltar la mochila en el minúsculo asiento trasero. Cuando vi la cortina de la cocina desplazarse a un lado, aguanté la tentación de poner los ojos en blanco. *Dos años más y podré marcharme...*

—¿Estás bien? —Su mirada estaba rebosante de preocupación—. Podemos parar a por café por el camino.

Cerré la puerta a mi espalda.

—Claro. Como quieras. —No me había dicho nada del pelo ni de mi modelito: un vestido Chloé sin mangas, azul celeste, y cuya falda llegaba no más alto de los diez centímetros reglamentarios por encima de la rodilla; el lazo de seda negro que recogía mi melena en una cola de caballo; y los botines Miu Miu negros a juego.

Las únicas joyas que llevaba eran unos zarcillos de diamantes y un reloj de pulsera Patek Philippe.

Me había llevado semanas planear este conjunto, dos días en Atlanta para conseguirlo, y la última hora para convencerme a mí misma de que nunca había estado más guapa.

Encogió sus anchos hombros, el tema ya olvidado, y luego recorrió el camino de acceso a Haven a toda pastilla; a la vez que pasábamos hectáreas y hectáreas de caña, fragmentos de conchas salían volando a nuestro alrededor.

—Estás muy callada esta mañana —dijo en cuanto alcanzamos la autopista, un tramo parcheado y llenos de baches de la antigua carretera de Luisiana.

—Anoche tuve unos sueños muy raros. —Pesadillas. Nada nuevo.

No fallaba, mis sueños buenos siempre estaban llenos de plantas. Veía hiedra y rosas que crecían frente a mis ojos o cultivos brotando a mi alrededor.

Pero últimamente en mis pesadillas una mujer loca y pelirroja, con los ojos de un verde resplandeciente, usaba esas mismas plantas para... hacerle daño a la gente, de formas horripilantes. Cuando sus víctimas le suplicaban clemencia, ella se reía a carcajadas, complacida.

Llevaba capa y se hallaba parcialmente oculta bajo la capucha, por lo que me era imposible vislumbrar su rostro entero; pero tenía la piel pálida, y tatuajes similares a la hiedra cubrían sus

dos mejillas. Había hojas enredadas en su salvaje melena roja.

La llamaba la bruja roja.

—Lo siento —dije a la vez que me estremecía—. Me han afectado un poco.

—Oh. —Su semblante me revelaba que se sentía bastante como pez fuera del agua. Ya una vez le había preguntado si tenía pesadillas y me había mirado con rostro circunspecto, incapaz de recordar una sola.

Esa era la cosa con Brandon; era el chico más despreocupado que hubiese conocido nunca. Aunque tenía la corpulencia de un oso —o de un jugador profesional de fútbol americano—, su temperamento se asemejaba más al de un perro noble que al de un oso pardo.

En secreto, tenía mucha esperanza puesta en él, ya que esperaba que su normalidad pudiese extraerme del mundo de mis extrañas visiones. Razón por la que me había inquietado que encontrase a otra chica y cortase conmigo mientras había estado encerrada en el CRI.

Ahora parecía que al menos una cosa iba a ir bien. Brandon me había sido fiel. Con cada kilómetro que nos alejábamos de Haven, el sol brillaba con más y más fuerza y la niebla desaparecía.

—Bueno, yo sé cómo animar a mi chica. —Me dedicó esa sonrisa traviesa suya.

Era imposible no sentirme cautivada.

—¿Ah, sí, grandullón? ¿Cómo?

Salió de la carretera y se paró bajo la sombra de un nogal; los neumáticos aplastaron las nueces que habían caído al suelo. Tras esperar a que el polvo se disipase, pulsó un botón y bajó la capota.

—¿Cómo de rápido quieres que vayamos, Eves?

Pocas cosas me entusiasman más que ir a toda pastilla por la autopista con la capota bajada. Durante un nanosegundo, consideré las opciones sobre cómo reparar el daño que sufriría mi peinado —*hazte una trenza de espiga suelta sobre el hombro*—, y luego le dije:

—Písale a tope.

Arrancó de golpe y el motor rugió con fuerza. Levanté las manos, eché la cabeza hacia atrás y grité: «¡Más rápido!».

Con cada marcha hacía que el motor se revolucionase al máximo antes de cambiar hasta que el coche fue a toda velocidad. Me reí de puro placer mientras pasábamos zumbando junto a las casas.

Los meses anteriores eran un vago recuerdo en comparación con esto: el sol, el viento, Brandon dedicándome sonrisas entusiasmadas. Tenía razón; esto era lo que necesitaba.

Menos mal que mi osito jugador de fútbol sabía cómo hacerme sentir despreocupada y cuerda otra vez.

¿Y no se merecía un beso por eso?

Me desabroché el cinturón, me puse de rodillas y tiré del vestido unos centímetros hacia arriba para poder inclinarme sobre él. Presioné los labios contra la suave piel recién afeitada de su mejilla.

—Justo lo que me recetó el médico, Brand.

—¡Ya ves!

Entonces besé su ancha mandíbula —tal y como mi experimentada mejor amiga, Melissa, me había explicado— y le acaricié la oreja con la nariz para que sintiese mi aliento.

—Ah, Evie —pronunció con voz ronca—. Me vuelves loco, ¿lo sabes?

Me estaba haciendo una idea. Sabía que estaba jugando con fuego al provocarlo de esta manera. Ya me había recordado la promesa que le hice justo antes de marcharme al «internado»:

si todavía seguíamos saliendo para cuando cumplierse dieciséis (yo era de las más pequeñas de clase), le entregaría mi virginidad. Mi cumpleaños era el próximo lunes...

—¿Qué cojones quiere ese tío? —exclamó de repente.

Aparté la cabeza de Brandon y vi que miraba algo a mi espalda. Desvié la mirada hacia atrás y se me paró el corazón.

Un chico en una moto se había colocado junto a nosotros, iba a la misma velocidad que el coche, y me estaba observando. Su casco tenía la visera polarizada así que no podía verle la cara, pero sabía que me estaba mirando el culo.

¿Mi primer instinto? Volver a pegar el trasero al asiento y desear que mi cuerpo se fundiese con la tapicería del coche. ¿El segundo? Quedarme donde estaba y atravesar al perverso con la mirada. Esta era *mi* mañana, mi risa, mi primer viaje en el cochazo deportivo de mi novio.

Después de pasar todo un verano en un infierno de luces fluorescentes, me merecía esta mañana.

Cuando me giré para fulminarlo por encima del hombro, vi que el casco había descendido; ahora su atención sí que estaba puesta en mi culo. Entonces alzó despacio la cabeza, como si me estuviese comiendo entera con la mirada.

Sentí que habían pasado horas antes de que llegase a mis ojos. Me aparté el pelo de la cara y nos quedamos mirándonos durante tantísimo tiempo que me pregunté si no iría a estrellarse.

Entonces asintió con brusquedad y nos adelantó a la vez que esquivaba un bache con mucha pericia. Dos motos más le siguieron, cada una con dos personas encima. Pitaron y jalearon mientras el rostro de Brandon se volvía tan rojo como su coche.

Me consolé pensando que probablemente nunca tendría que volver a verlos.

2

Para conservar la pintura de la carrocería intacta, Brand aparcó en la parte de atrás del aparcamiento del Sterling High. Incluso entre tanto Mercedes y BMW, su coche llamaba la atención.

Me apeé y recogí mi mochila con un quejido de esfuerzo por el peso; esperaba que Brand pillase la indirecta. No lo hizo. Así que, en una mañana ya lo bastante asfixiante, también tendría que acarrear con todos mis bultos.

Me dije a mí misma que me gustaba que no me ayudase con los libros. Brand era un hombre moderno y me trataba como a una igual. Me repetí eso mismo una y otra vez durante la larga caminata hasta la entrada principal.

Probablemente fuese lo mejor. Llevaba mi cuaderno de bocetos secreto en la mochila, y ya había aprendido por las malas a no perderlo nunca de vista.

Cuando llegamos al patio interior recién regado, alguien sacó un balón de fútbol y los ojos de Brand se posaron en él como los de un perro cobrador. De alguna forma logró romper el contacto visual para mirarme con una expresión interrogante.

Suspiré y me alisé el pelo, que me había trezado deprisa y corriendo en cuanto llegamos a los límites de Sterling.

—Ve. Te veo dentro.

—Eres la mejor, Eves. —Sonrió con esos hoyuelos suyos, y sus ojos de color avellana brillaron de emoción—. Me imagino que hasta tú sabes ir sola desde aquí.

Era cierto que tenía un sentido de la orientación limitado. Para alguien sin un solo ápice de maldad, tendía a soltar algunas cuantas pullitas.

Me recordé que Brandon tenía buen corazón, era solo que no era consciente de sus acciones. Había empezado a darme cuenta de que era un «buen chico», pero no «estupendo».

Creo que podía darme con un canto en los dientes.

Me dio un dulce beso en los labios y luego se alejó corriendo con el brazo extendido para que le pasasen el balón.

Cuando me encaminé hacia la puerta principal, pasé junto a un rosal lleno con capullos rojos. Mi color favorito. Una suave brisa sopló y pareciera que las flores se meciesen hacia mí.

Me habían gustado las plantas desde que tenía uso de razón. Dibujaba rosas, robles, enredaderas y espinos constantemente; me fascinaban sus formas, sus flores, sus *defensas*.

Se me medio cerrarían los ojos con el olor a tierra recién labrada.

Lo cual formaba parte de mi problema. No era *normal*.

Las chicas adolescentes deberían estar obsesionadas con la ropa y los chicos, no con el olor a tierra o la admirable sinuosidad de los espinos.

Ven, tócame... pero pagarás un precio.

Un BMW azul metalizado aparcó a unos cuantos metros de mí e hizo sonar el claxon.

Melissa Warren, mi mejor amiga y a la que consideraba prácticamente mi hermana.

Mel era una rebelde hiperactiva y sin causa que no conocía la vergüenza. Y siempre cruzaba la calle sin mirar. Me sorprendía sinceramente que se las hubiese apañado para sobrevivir al verano en el extranjero sin mí.

Llevábamos siendo mejores amigas desde hacía una década, pero a todas luces, yo era el cerebro de esa operación.

No podría haberla echado más de menos.

Teniendo en cuenta que medía uno ochenta, Mel se bajó del coche con sorprendente velocidad, estiró los brazos por encima de la cabeza y chasqueó los dedos.

—Así es cómo se aparca un coche, perras. —Mel estaba pasando últimamente por una fase en la que llamaba a todo el mundo así.

Su madre era la orientadora de nuestro instituto, porque su padre había pagado la construcción de la nueva biblioteca del Sterling High... y porque a la señora Warren le hacía falta un *hobby*. La mayoría de los padres sabían que, si Melissa era producto de su educación, entonces no debían fiarse mucho de la orientación que la señora Warren pudiera darles a sus hijos.

Hoy Mel llevaba una falda azul marino perfectamente planchada y una camiseta roja ajustada que le había costado, seguramente, quinientos pavos y que nunca más se volvería a poner. El brillo de labios Dior que llevaba era de un rojo clásico que conjuntaba con su ropa y se había recogido la melena caoba con un lazo también de color azul marino. Muy colegiala, pero elegante.

Inmediatamente después abrió el maletero, sacó su mochila de diseño y cerró el coche con llave.

Se acercó a mí encogiéndose de hombros.

—Eh, mira detrás de mí. ¿El que está con Brand en el patio es Spencer? —Spencer Stephens III, el mejor amigo de Brand.

Cuando asentí, ella prosiguió.

—Me está mirando ahora mismo, ¿verdad? ¿Con deseo?

Para nada estaba mirando a Mel.

—Este año voy a llevar nuestro tonto a otro nivel —me informó Mel—. Solo le hace falta un pequeño empujoncito en la dirección correcta.

Por desgracia, Mel no sabía dar empujoncitos. Ella directamente asestaba derechazos, con impunidad, además, y tampoco le faltaba alguna que otra llave de lucha libre de vez en cuando. Y eso era si le gustabas.

Con voz molesta, añadió:

—Si tu novio, *por fin*, nos quisiese organizar una cita juntos...

Brandon se había reído la última vez que se lo había pedido y me respondió que lo haría «cuando las ranas criasen pelo». *Nota mental: Hoy pídele otra cosa.*

Dos de nuestras otras amigas nos vieron en ese momento. Grace Anne llevaba un vestido amarillo de satén que iba de maravilla con su impecable piel bronceada. Las joyas de Catherine Ashley se veían a kilómetro y medio de distancia.

Las cuatro éramos animadoras populares en el instituto. Y me enorgullecía de ello.

Sonrieron y me saludaron emocionadas con la mano como si no nos hubiésemos visto la semana anterior todos los días para compartir todos los detalles de las vacaciones. Mel había sido modelo en París, Grace había ido a Hawái y Catherine había viajado por toda Nueva Zelanda.

Tras haberles repetido varias veces que mi verano había sido el más aburrido del mundo, al final dejaron de atosigarme. No tenía fotos en el móvil ni ninguna imagen decente durante tres

meses enteros.

Era como si no hubiese existido siquiera.

Pero tal y como se esperaba de mí, yo sí que grité de emoción con todas las tuyas, incluidas las fotos borrosas y cortadas de la Torre Eiffel y demás.

Las fotos de Brand, donde sonreía en la playa, o en las reuniones glamurosas de sus padres, o en un yate por el Golfo de México, habían sido como una puñalada en el corazón porque yo tendría que haber salido en todas ellas.

Así había sido la primavera pasada. Brand tenía en el móvil una carpeta llena de fotos y vídeos de los dos haciendo el tonto.

—Bonito vestido, Evie —dijo Catherine Ashley.

La mirada de Grace Anne era evaluadora.

—Bonito *todo*. La trenza bohemia, el vestido sencillo y esos tacones coquetos. Buen conjunto.

—Ojalá mis amigas también supieran vestirse... —bromeé con un suspiro.

Mientras nos dirigíamos a la puerta principal, los estudiantes se detenían y se giraban; las chicas examinaban nuestra ropa y los chicos admiraban las curvas que habíamos conseguido ese verano.

Lo gracioso del instituto es que no había grupitos diferenciados, como se ve en las series de televisión, sino que solo había distintos grados de popularidad.

Saludé con la mano a mucha gente para gran divertimento de mis amigas. Básicamente era amiga de todo el mundo.

Nadie se sentaba solo durante mi hora del almuerzo. Ninguna chica iba por los pasillos mal vestida si de mí dependía. Incluso acabé con la venta de pases para el ascensor del campus, que solo era de una planta, a alumnos de primer año.

Cuando llegamos a la entrada del edificio blanco de cemento, me di cuenta de que el instituto era justo lo que necesitaba. La rutina, los amigos, la normalidad. Aquí podía olvidarme de toda la locura, de todas las pesadillas. Este era mi mundo, mi pequeño reino...

El repentito rumor de unas motos acalló a todo el mundo, como la tiza al chirriar contra la pizarra.

Era imposible que fuesen los mismos mirones de antes. Aquel grupo parecía ser demasiado mayor como para ir al instituto. ¿Y no los habríamos pasado?

Pero bueno, tampoco es que el elegante pueblo de Sterling tuviese muchos motoristas. Miré detrás de mí y vi a los mismos cinco chicos de antes.

Ahora sí que quería fundirme con la tapicería del coche.

Todos iban vestidos con ropa oscura, así que, entre nuestro cuerpo de estudiantes vestido normalmente con alta costura de colores claros y caqui, destacaban como los moratones en la piel.

El chico más corpulento —el que me había mirado con lascivia— se subió sobre la acera hasta llegar al patio interior y aparcó la moto justo a un lado. Los otros lo siguieron. Me percaté de que todas sus motos tenían piezas desiguales. Probablemente robadas.

—¿Quiénes son? —pregunté—. ¿Han venido para dar problemas?

—¿No te has enterado? —respondió Grace—. Son una panda de maleantes del instituto Basin High.

¿Basin High? Eso estaba en otro condado totalmente distinto, al otro lado del dique. *Basin* era sinónimo de *cajún*.

—¿Pero por qué están aquí?

—¡Van a asistir al Sterling! —dijo Catherine—. Al construir el puente en el dique, los chicos

de las afueras de la cuenca ahora están más cerca de nosotros que de su antiguo instituto.

Antes del puente, esos cajunes habrían tenido que rodear todo el pantano para llegar hasta aquí; ochenta kilómetros por lo menos.

Hasta hacía una década o así, la gente del pantano se había encontrado aislada. Todavía hablaban francés cajún y comían ancas de ranas.

Aunque yo nunca había estado en Basin Town, la gente que trabajaba en Haven había venido de allí y la loca de mi abuela todavía tenía amigos allí. Sabía mucho de la zona; era un lugar donde se rumoreaba que estaba lleno de mujeres de sangre caliente, hombres luchadores y una pobreza increíble.

—Mi madre tuvo que ir anoche a un claustro urgente para ver cómo se podían «aclimatar» mejor, o algo así —dijo Mel.

Casi me daba pena ese grupo de chicos. Pasar de su condado pobre, cajún —y católico acérrimo— al nuestro, que era rico y protestante...

Choque de culturas, primer asalto.

Esto estaba pasando de verdad. No solo tendría que ver al chico que tan descaradamente me había desnudado con la mirada antes, sino que también tendría que compartir instituto con él.

Entrecerré los ojos; estaba impaciente por que se quitase el casco. Él jugaba con ventaja y no me gustaba.

Se puso de pie y desplegó su altísima complexión. Tenía que medir más de metro ochenta; era incluso más alto que Brand. Llevaba botas desgastadas, vaqueros raídos y una camiseta negra que se ajustaba perfectamente a su torso.

A su lado se encontraba una pareja en una moto; el chico iba vestido con unos pantalones de camuflaje y la chica llevaba una minifalda de polipiel. El grandote la ayudó a bajar de la moto alzándola fácilmente entre sus...

—Madre mía —espetó Catherine—, qué bien que ya sabemos que sus bragas son rosa chillón. Me sorprende hasta que las lleve, en realidad. De las más elegantes de todo el mercadillo.

Mel asintió pensativa.

—Por fin sé quién compra todos esos *kits* para decorar el pubis.

Grace Anne, portadora orgullosa del cinturón de castidad, arrugó el rostro hasta mostrar una expresión de desagrado.

—Está claro que la van a mandar a casa por llevar una falda tan corta.

Eso sin contar con la camisa que llevaba, que dejaba su abdomen al aire y rezaba: ¡ME AGARRÉ UN BUEN BOURBON EN PEDO STREET!

En cuanto el chico la dejó en el suelo, se quitó el casco y dejó a la vista una melena larga y castaña y un rostro más pintado que una puerta con un brillo de labios fucsia chillón.

El muchacho delgado que conducía la moto se quitó su propio casco. Tenía el pelo rubio oscuro y el semblante alargado, el cual no lo hacía feo, pero me recordaba muchísimo a un zorro.

Aceleró el motor de la moto para asustar a dos estudiantes que pasaban a su lado y sus amigos se rieron.

O más bien a una comadreja. *Se acabó el sentir pena por ellos.*

Por fin el grandote se agarró el casco. Esperé. Se lo quitó, se sacudió el pelo y alzó el rostro. Abrí la boca.

Mel expresó mis pensamientos en voz alta.

—No me esperaba eso, la verdad.

Una maraña de pelo negro azabache le caía sobre la frente y otros mechones desordenados le ocultaban las orejas. Tenía el rostro muy bronceado y el mentón fuerte y marcado.

Parecía tener más de dieciocho años. En general, sus rasgos eran agradables, hasta atractivos. Aunque no le llegaba ni a la suela de los zapatos a Brandon con su apariencia de modelo de Abercrombie, el chico era atractivo de un modo mucho más tosco.

—Es guapísimo —dijo Catherine con los ojos brillantes y con interés. Era la viva imagen de un libro abierto, ya que le resultaba imposible esconder sus reacciones frente a los demás.

La gente pasaba junto a nosotras en la puerta especulando sobre los recién llegados.

—*Nuestra criada es de Basin. Me ha dicho que los cinco son delincuentes juveniles y que están fichados.*

—*Yo he oído que el alto apuñaló a dos tíos en el barrio francés. Lo acaban de soltar después de pasar un año en un correccional.*

—*El rubio ha repetido segundo tres veces...*

El de la cara de comadreja y el grandote se encaminaron hacia la entrada principal y dejaron a los otros dos y a la chica fumando allí fuera.

El grandote sacó una petaca del bolsillo trasero de los vaqueros. ¿En pleno instituto? Me percaté de que tenía los dedos vendados por alguna razón.

Mientras que el de la cara de comadreja miraba con desdén a todos con los que se cruzaba, su amigo simplemente entornaba los ojos con inquietante resentimiento, como si los estudiantes de este instituto le indignaran.

Conforme se acercaban, pude descifrar algunas de sus palabras. Hablaban francés cajún.

Mi abuela me lo había enseñado —antes de que la internaran— y durante años se lo había oído a los trabajadores de la caña. Siempre que atravesaban los terrenos de Haven con sus botas de trabajo, yo los seguía con otras botas en miniatura para escuchar, entusiasmada, todas las historias de cómo era la vida en el pantano.

Entendía bien el dialecto. No es que fuese un dato del que presumir, porque apenas entendía el francés en sí.

Vi al chico con cara de comadreja fulminar con la mirada a cuatro animadoras del segundo equipo. Conforme se acercaba, las chicas se pusieron visiblemente nerviosas; entonces gritó «¡BU!» y las chicas gritaron de miedo.

Ante la reacción de las chicas, el de la cara de comadreja se rio, pero el otro chico simplemente frunció el ceño en su dirección y murmuró: «*Couillonnes*». Lo pronunció *coo-yôns*. Idiotas.

Cualquier mínima disposición por mostrarme amable con los nuevos estudiantes —como hacía normalmente— desapareció. Estaban metiéndose con mi gente.

Entonces el de la cara de comadreja se fijó en mí con una sonrisilla de suficiencia.

—¿No eres tú esa chica *jolie* del Porsche? —Su acento francés cajún era muy marcado; tanto como nada que hubiese oído antes—. Vuélvete, tú, y levántate el vestido para poder asegurarme de verdad.

Las expresiones estupefactas de mis amigas hicieron que cuadrarse los hombros; me negaba a acobardarme ante ninguno de esos chicos. Habían entrado en nuestros dominios y actuaban como si fuesen los dueños del lugar.

—Bienvenidos a *nuestro* instituto —dije con una sonrisa alegre. Mi tono de voz era tanto jovial como cortante; una mezcla de sarcasmo y dulzura tan perfeccionada que hasta debería registrarla—. Soy Evie. Si necesitáis ayuda para moveros por *nuestro* campus, preguntadle a otro.

La mirada desdeñosa del de la cara de comadreja solo se pronunció, si es que era posible.

—Anda, pero mira qué dulce eres, Evie. Yo soy Lionel. —Lo pronunció *Lie-nell*—. Y este de

aquí es mi *podna* Jackson Deveaux, también conocido como Jack Daniels.

¿Por la petaca? Qué encantador.

Los ojos de Jackson eran de un gris vívido que contrastaba con su piel bronceada; me miraban tanto el rostro como la figura como si no hubiesen visto a una chica en años. O como si no me hubiesen visto a *mí* hacía unos minutos.

Lionel prosiguió.

—No necesitamos tu ayuda para movernos por aquí, pero sí que nos podrías ayudar con otras cosas...

Jackson le dio un golpe en la espalda con el hombro para obligarlo a seguir andando. Mientras recorrían el pasillo, el grandote espetó en voz baja:

—¿*Coo-yôn*, tu vas pas *draquer les putes inutiles*?

Abrí los ojos como platos cuando el significado de esas palabras caló en mí.

—¿Habéis visto cómo miraba ese chico a Evie? —dijo Catherine.

—No he entendido ni una palabra de lo que han dicho —contestó Mel—. Y eso que acabo de volver de París. —Se giró hacia mí—. ¿Qué ha dicho el grandote?

—¿Hablas cajún? —me preguntó Grace.

—Un poco. —Bastante. Aunque no quería que todos en Sterling se enterasen que hablaba «la lengua de Basin», traduje igualmente—: Imbécil, ¿no te vas a ligar a esas zorras inútiles?

Catherine ahogó un grito.

—Mentira.

Mientras observaba a Jackson recorrer el pasillo, me di cuenta, asombrada, de que la petaca no era lo único que guardaba en uno de los bolsillos traseros de los vaqueros.

Distinguía claramente contra la desgastada tela la forma de una navaja con la hoja doblada.

Entonces fruncí el ceño. ¿Iba hacia a *mi* clase?

—Un momento —dijo Grace—. ¿A qué se refería ese con que te levantaste el vestido en un Porsche?

3

DÍA 5 a. D.

Durante la hora del almuerzo, Mel y yo nos tumbamos sobre una manta bajo el sol en el patio, el Eden Courtyard, y nos remangamos tanto las mangas como las faldas.

A nuestro alrededor, las rosas y las gardenias habían florecido. Una fuente de mármol borboteaba. Brand y Spencer estaban jugando al fútbol americano en el patio contiguo junto a otros chicos; todos se reían bajo el sol.

¿Y Jackson Deveaux?

Se encontraba holgazaneando justo fuera de nuestro patio con otros cajunes; mientras bebía de su petaca, los demás fumaban. Y me estaba mirando.

Ignóralo. Me había decidido a disfrutar de lo que restaba de la hora del almuerzo relajándome con mi mejor amiga. Nunca más volvería a dar por sentada esta preciosa libertad.

Exhalé. Vale, quizás no estuviese relajándome precisamente. Llevaba de los nervios desde que me había despertado esta mañana por culpa de otra pesadilla con la bruja roja.

En cada una de ellas yo parecía estar presente, observando desde una corta distancia, obligada a ser testigo de sus malas hazañas. Anoche, la bruja se había encontrado en un precioso campo dorado, rodeada de un grupo de encapuchados, todos de rodillas. La mujer era alta y sobresalía por encima sus cabezas inclinadas.

Con una risa malvada, había lanzado trigo frente a ellos y les exigía que lo aceptaran con entusiasmo, o si no les *arrancarí*a la piel a tiras hasta hacer lazos con ellas y los asfixiaría con las enredaderas.

Cuando descubrió sus garras, unas de color morado oscuro que parecían espinas de rosas, sus víctimas le habían suplicado piedad entre lágrimas. Pero ella no les mostró ninguna.

Al final sus pieles desolladas sí que parecían lazos...

Loca por buscar alguna distracción, me giré hacia Mel, pero tenía los auriculares puestos y estaba cantando una canción de rock interpretada por una mujer que parecía enfadada. Le encantaba cantar, aunque su voz sonaba como dos gatos peleándose en plena calle.

Con el maquillaje e iluminación adecuados, su rostro era impresionante con esos pómulos altaneros y esa piel perfecta. Ahora mismo se la veía mona, ya que tenía la boca un poquitín demasiado grande, los ojos demasiado abiertos y sus expresiones eran más bien cómicas en vez de provocativas.

Éramos mejores amigas desde la guardería, cuando un abusón me pegó una patada en la espinilla. Mel apareció para salvarme. Con ese ceceo propio de los niños a los que les faltaban los paletones, había exigido saber: «¿Qué *paza* contigo?».

Yo había asentido hacia ella, con el presentimiento de que me iba a dar un abrazo y ansiosa por recibirlo. Pero se alejó y le pateó el trasero a aquel niño.

Ahora se apoyó sobre los codos y se quitó los auriculares con el ceño fruncido.

—Vale, nadie nunca me ha acusado de ser observadora ni nada parecido, pero hasta yo estoy sintiendo cómo te está mirando ese cajún.

Llevaba así día y medio.

—Imagínate tener tres clases con él. —Inglés, historia y ciencia de la tierra. Eso sin mencionar que Jackson y yo teníamos las taquillas prácticamente al lado.

—Y encima tenéis el mismo tutor. —Mel todavía seguía enfadada porque no estuviésemos juntas en la misma clase, porque me hubiesen separado de todos mis amigos.

Pero, eh, a cambio me habían puesto tanto con Jackson como con Clotile Declouet, la chica cajún.

Me incorporé y me enrollé el pelo en un moño a la vez que lo miraba de reojo. De nuevo, me seguía mirando. Estaba sentado sobre una mesa de metal, con las raídas botas de motorista apoyadas en el banco unido frente a ella y con todos sus amigos alrededor de él.

Jackson tenía los codos apoyados sobre las rodillas y la mirada fija en mi dirección, incluso mientras hablaba en francés con los otros. De forma ocasional, Clotile se inclinaba hacia él para murmurarle algo al oído.

—¿Crees que es su novia? —pregunté, pero al instante me arrepentí cuando Mel entrecerró los ojos para examinarlos de manera flagrante.

—Por norma general, diría que son perfectos el uno para el otro.

La hortera y el simpático.

—Pero si están juntos, ¿entonces por qué sigue mirándote? Como si no hubiese visto ya suficiente.

—Eso no me hace sentir mejor en lo más mínimo, Mel.

—¿De qué están hablando? —Estaba encantada de que fuese a descubrir toda clase de sucios secretos de nuestros fascinantes compañeros nuevos.

Aunque nunca me había considerado una gran fisgona, tampoco podía desactivar mis conocimientos de francés, y los cajunes no dejaban de hablar delante de mí, sin ocultarse ni nada.

—Están debatiendo si empeñar los portátiles que les ha prestado el instituto.

Mel resopló y luego se puso seria.

—¿Cuánto crees que les darían...?

Ayer, en clase de tutoría, cuando el asistente del profesor nos entregó los ordenadores, Clotile y Jack se los quedaron mirando con asombro; entonces Clotile pasó los dedos por encima del suyo y murmuró con melancolía: «*Quelle une chose jolie*» —qué cosa más bonita—. Como si fuese la posesión más preciada que hubiese tenido nunca.

Sentí una punzada de dolor involuntaria y caí en la cuenta de que probablemente así fuera. Su pueblo era básicamente una enorme ciénaga llena de chabolas derruidas y muchas sin electricidad siquiera.

Por sobrecogedor que pudiera parecerme, estos chicos nunca habían tenido ordenadores, y mucho menos los suyos propios. Cuando comprendí lo duro que debía de ser para ella adaptarse a este nuevo instituto, hice contacto visual con ella y articulé un «hola» con una sonrisa.

Ella frunció el ceño por encima del hombro y luego en dirección a Jack, el cual había inclinado la cabeza, perplejo.

—¿Y bien? ¿Cuál es el veredicto? —preguntó Mel—. ¿Los van a empeñar o no?

—Lionel y Gaston planean hacerlo enseguida. Clotile y Tee-Bo van a quedárselo. Jackson se preocupa más por la libertad condicional.

—¡Sabía que los rumores sobre él eran ciertos!

Cuando por fin habían terminado de beber/fumar y se habían marchado, la atención de Mel se centró en Spencer.

—Le gusto de verdad. Se le nota.

—Ajá, claro que sí. —Le había vuelto a pedir a Brand que les organizase una cita, aunque fuese doble, con nosotros.

—Por supuesto que sí —convino Mel—. ¿Por qué no iba a gustarle a Spencer?

A veces cuando decía ese tipo de cosas, no sabía si lo hacía en broma o no.

—¿Y qué vas a hacer con Brandon y su gran búsqueda de tu himen?

—No tengo ni idea. —Estoy segura de que todos en el instituto se lo estaban preguntando. Ya mismo cumplía los dieciséis y tenía un novio mayor y mucho más experimentado que yo.

Tal y como Mel había resumido mi dilema: «En cuanto un potro aprende a correr, no pretendas tenerlo amarrado durante mucho tiempo.»

Observé a Brand reírse con otros chicos; tenía el rostro enrojecido en contraste con su camisa blanca. Estaba guapísimo.

Y aun así no sentía esa pasión apoteósica por tener sexo con Brand, ni tampoco una curiosidad arrolladora por el acto en sí. Aunque no me interesaba mucho el tema, no quería perderlo.

En algún momento tendrá de ocurrir.

—Es solo que no me gusta que me presionen. —Por mucho que se lo hubiese prometido yo en un principio. ¡Estaba desesperada por que me fuese fiel durante todo el verano!—. Ya... lo pensaré luego —concluí con derrota y sintiéndome todavía más exhausta.

—¿Qué te pasa? Normalmente sueles tener muchísima energía.

Me encogí de hombros, incapaz de confesarle que las pastillas me habían dejado seca.

—Si vas a estar así de sosa, me voy con Spencer.

—Diviértete —murmuré—. No le muerdas. Despiértame antes de que suene la campana.

Se alejó y enseguida la oí reírse de forma exagerada con una de las bromas de Spencer.

Pero yo fui incapaz de dormirme; todavía seguía sintiéndome observada. Volví a otear la zona. Todos estaban centrados en sus almuerzos, como de costumbre.

Me obligué a cerrar los ojos. *Deja de ponerte paranoica, Evie. Disfruta del lugar, las flores...*

Su olor me recordaba al adorado jardín de rosas de mi abuela en Haven. Lo había plantado bajo un molino de viento que bombeaba agua y lo había cuidado religiosamente antes de sufrir la crisis nerviosa.

No recordaba muchas cosas de mi abuela, pero desde que había regresado a casa, no dejaba de pensar en ella cada vez más y más. La última vez que la había visto, yo tenía ocho años. Un sofocante día de verano en Luisiana me dijo de ir a por un helado. Recordaba haber pensado que aquel debía de ser el mejor helado del estado, porque no dejábamos de alejarnos...

Fruncí el ceño. El olor a rosas se había intensificado hasta el punto de ser abrumador. ¿Alguien me había acercado una a la cara? ¿Era Brand?

Abrí los ojos y parpadeé, confusa. Dos tallos de rosa se habían estirado hacia mí y sus delicadas flores se hallaban una a cada lado de mi cabeza. Mientras las observaba, boquiabierta, se acercaron todavía más hasta mi cara, hasta *tocar* mis mejillas.

Los suaves pétalos llenos de rocío me acariciaron y mi mente entró en pánico y solté un grito.

—¡Ahhh! —Me puse de pie de un salto.

Las flores se replegaron igual de rápido. Como si tuviesen miedo... de mí.

Levanté la mirada y vi a algunos estudiantes contemplándome fijamente. Mel me lanzó una mirada interrogante.

—¡Ha-había una... abeja! —¡Ay, Dios! ¡Ay, Dios! Recogí el bolso del suelo y me apresuré al interior del edificio, directa al cuarto de baño.

En el pasillo, los sonidos parecían estar amortiguados. Pasé junto a la gente sin hablarles, ignorando a cualquiera que se me acercase.

Cuando llegué al lavabo, me eché agua en la cara repetidamente. *Tranquilízate. Rechaza la alucinación.*

¿Estaba volviendo a caer en la enfermedad? ¿Creía que me había curado!

Me incliné hacia adelante y estudié mi aspecto en el espejo. Apenas me reconocí a mí misma. Pero no parecía estar loca; se me veía... asustada. *¿Voy a perderlo todo?*

Me aferré a los bordes del lavabo. ¿A lo mejor me había quedado dormida y había tenido otro sueño raro?

¡Sí! Eso era, simplemente me había quedado frita. La medicación que me tomaba prevenía las alucinaciones. No había tenido ninguna en Atlanta. Ni un solo episodio.

Tenía sentido. Al fin y al cabo, no había experimentado los síntomas comunes de las alucinaciones. La pasada primavera, siempre que había sufrido alguna visión, había sentido una sensación de efervescencia en la cabeza y en la nariz, como si me hubiese bebido un refresco con gas demasiado rápido.

—¿Qué narices, Greene? —arremetió Mel—. ¿Ahora te dan miedo las abejas?

Me encogí de hombros; odiaba mentirle. ¿Se daría cuenta de los temblores?

—Estás muy rara desde que llegaste de Atlanta, el paraíso divino. Incluso estás más lenta que antes de verano pillando las cosas. Más nerviosa, también. —Mel abrió los ojos como platos—. Oh, ya lo pilló. Tus amigos del colegio conductual te han introducido en el mundo de las drogas caras, ¿no?

Puse los ojos en blanco.

—Lo digo en serio. ¡Te juro por Dios que si estás dándole a las drogas —Mel señaló al techo — sin mí, habrá consecuencias, Evie Greene!

—Te juro que no estoy tomándome drogas ilegales.

—Oh. —Reculó, ya más calmada—. ¿Estás bien?

—Ahora sí. Me quedé dormida y cuando me desperté tenía una abeja justo en la cara. —La mentira me sabía a tiza en la boca.

—¡Oh, joder! ¿Y por qué no lo has dicho? Estaba a punto de darte la charla.

—Que no... solo era una abeja... —Acallé la voz porque había hiedra entrando por la ventana abierta justo detrás de Mel. Crecía delante de mis ojos y había empezado a serpentear por la pared.

Como una gran serpiente verde...

La campana sonó. La hiedra retrocedió y se llevó consigo una buena parte de mi cordura.

—Voy a ir a por las cosas —dijo Mel—. Te veo en tu taquilla. —Pero cuando llegó a la puerta, se giró—. Eh, anima esa cara. Ni que se te hubiera muerto alguien. —Mientras intentaba mover los labios para articular una respuesta, ella salió volando de allí.

Evie Greene, versión 1.0, D.E.P.

4

DÍA 4 a. D.

Mientras esperaba sentada a que la clase de historia del señor Broussard comenzara, bosquejé en mi cuaderno de dibujo de estraperlo e intenté ignorar a Jackson, que se encontraba sentado un par de filas por detrás de mí.

No obstante, era más sencillo decirlo que hacerlo. Todo en él parecía llamar mi atención. Sobre todo desde que él y el otro chico, Gaston, habían empezado a hablar de chicas; en otras palabras, de las muchísimas amiguitas de Jackson, sus *gaiennes*.

Así que en Basin, ¿Jackson era un ligón? *Ahora estás en una liga muy distinta, cajún.*

Proseguí dibujando mi última pesadilla. Las pasadas tres noches había soñado con las horripilantes matanzas de la bruja roja.

Dibujar no era algo que hiciese por diversión, sino más bien por impulso. Era como si temiese que el mal recuerdo se fuese a quedar grabado en mi cerebro si no lo inmortalizaba en una página.

Conforme mis pensamientos vagaban sin cesar, comencé a mover el lápiz. Sacudí la muñeca para dibujar líneas y crear, despacio, las sombras por todo el dibujo hasta que la última víctima de la bruja roja tomó forma: un hombre que colgaba bocabajo desde la rama de un roble, atrapado en una enredadera llena de espinas.

A diferencia de la delicada y tímida hiedra con la que ayer me había topado en el cuarto de baño, la que lo ataba a él era más gruesa y estaba llena de pinchos, y se enredaba a su alrededor como una anaconda. Y la bruja la controlaba; la obligaba a endurecer el agarre cada vez que el hombre respiraba.

Aquellas espinas se hundían en su piel, como un centenar de colmillos hambrientos. Esculpí a conciencia los bordes, oscureciéndolos para hacerlos más afilados.

La bruja obligaba a las enredaderas a apretar más, y más, y más, hasta que se le rompieron los huesos... y la sangre brotó.

La escurrió del hombre como si se tratase de agua en un trapo.

Quebrándolo, estrujándolo. No tenía aire para gritar. Se le reventó un ojo de la cuenca, aunque seguía unido a su cabeza gracias a las venas. Mientras lo dibujaba, me pregunté si todavía podría ver con él.

Con dibujos como este, era fácil entender por qué el cuaderno había sido mi perdición antes.

Cuando me quejé por primera vez de la sensación de cosquilleo en la cabeza y de la vista borrosa, mi madre me llevó a una ristra de médicos para que me hiciesen un TAC y otras pruebas, pero todas salieron negativas. A lo largo de todo aquello, fui capaz de ocultarle a los demás lo fuertes que habían sido las alucinaciones. Y entonces mi madre descubrió el cuaderno.

Confíe en ella y le conté todo lo de mis delirios apocalípticos. Gran error.

Tras contemplar boquiabierta página por página —de cenizas y devastación, de viscosos hombres del saco pululando entre ruinas oscurecidas—, empezó a sumar dos y dos.

—¿No lo entiendes, Evie? Las alucinaciones son cosas que tu abuela te enseñó cuando eras pequeña. ¿Todas esas locuras sobre el día del juicio que ves en la calle? ¡Tu abuela no es muy distinta de ellas! Ahora que lo pienso, veo que... te adoctrinó con esas creencias. ¡Lo sé, porque ya intentó hacerlo conmigo!

Estaba perdida. Puedes negar estar loca todo lo que quieras, pero cuando tu madre tiene pruebas físicas de tu locura —y hay enfermedades mentales en el historial de tu familia—, estás jodida.

Mi madre me sacó del segundo año de instituto un par de semanas antes de que acabase el curso, y luego me llevó al CRI. Los médicos de allí me metieron en el mismo itinerario que tenían para los niños que rescataban de sectas.

Mi desprogramación empezó con una sencilla pregunta: «¿Evie, entiendes por qué debes rechazar las enseñanzas de tu abuela...?».

Respondí a ese médico arrastrando las palabras por culpa de la medicación que me habían administrado. Pero no recuerdo exactamente qué.

Gaston me volvió a distraer al preguntarle a Jackson sobre su última *pava*. ¿Así se referían a sus ligues los cajunes?

Eché una mirada disimulada por encima del hombro hacia Jackson. Sobre el pupitre solo tenía el libro de texto de historia, unos cuantas hojas sueltas y un sencillo lápiz en la mano, que tenía vendada y cerrada en un puño enorme. Su expresión era de suficiencia cuando respondió.

—*¿Embrasser et raconter? Jamais.* —¿Besar y contar? Nunca.

Miré al cielo con irritación, y luego devolví la atención a mi cuaderno para terminar otro detalle de mi dibujo; el otro ojo del hombre había sucumbido a la presión y ahora colgaba junto al primero.

Pero la siguiente pregunta de Gaston atrajo mi atención una vez más.

—*¿T'aimes l'une de ces filles?*

¿Le gustaba a Jackson alguna chica de aquí?

Respondió con voz grave:

—*Une fille, peut-être.* —Una, quizás.

De nuevo sentí sus ojos sobre mí. Antes Mel había preguntado: «¿De verdad se piensa que tiene alguna oportunidad contigo?».

Pues casi creía que sí.

Ayer decidí evitarlo y poner tierra de por medio. Lo cual no era fácil. A diferencia de la mayoría de los chicos, Jackson volvía a su taquilla después de cada clase. Para ser justos, sus paradas bien podrían haber sido para rellenar la petaca.

Pero a veces le daba un sorbo y luego se giraba hacia mí con los labios abiertos, como si estuviese a punto de preguntarme algo.

Yo siempre le dedicaba una sonrisa indiferente y luego me marchaba. Al cajún mujeriego parecía sorprenderle que fuese inmune a sus encantos. Obviamente, el muchacho era atractivo; algunas chicas suspiraban literalmente cuando pasaba por su lado...

Fingí estar fascinada con los muchísimos mapas que había colgados en el aula y miré por encima del hombro para volver a evaluar su aspecto.

De nuevo me estaba mirando. Mientras nos medimos el uno al otro, la luz del sol penetraba por la ventana e iluminaba su atractivo rostro, resaltando sus ojos grises y sus rasgos marcados.

Con esos pómulos, esa mandíbula cuadrada y ese pelo negro azabache, probablemente fuese

descendiente de los choctaw o houma.

Con razón tiene tantas gaiennes.

¿De dónde había salido ese pensamiento? Me giré hacia adelante con un sonrojo.

Aunque no tuviese novio, nunca saldría con un motero en libertad condicional. Quien, si los rumores eran ciertos, era el responsable de la última serie de robos en Sterling.

Me centré de nuevo en el dibujo. Palidecí ante la espantosa escena. *Arrancarte la piel a tiras, asfixiarte con enredaderas.* Era absolutamente perturbador, pero no tenía a nadie en quien confiar, nadie que me dijera que las cosas irían a mejor.

Si mi locura era la misma por la que mi abuela había pasado, ojalá pudiésemos hablar de ello. No obstante, mi madre me había prohibido ponerme en contacto con ella; ni siquiera quería que pensase en ella...

—Todos a sus asientos —dijo Broussard—. Hoy vamos a aprender un poco sobre los franceses acadianos o cadianos, más comúnmente conocidos como cajunes.

El profesor podía hablarnos de los cajunes a las mil maravillas, pero todos ya se habían forjado una opinión propia de los nuevos estudiantes.

Siempre que Clotile se paseaba por el pasillo con su minifalda cinturón y sus camisetas cortadas, los chicos se detenían y se la quedaban mirando, lo cual provocaba tapones de estudiantes. Los chicos de este lugar nunca se habían topado con una chica tan descaradamente abierta al sexo, y los estaba descontrolando un poco.

La mayoría de los alumnos se mantenían alejados de Jackson, cuyas mirada fría y navaja no habían ayudado mucho a disipar los malos rumores sobre él.

Los otros tres cajunes eran igual de problemáticos, ya que no dejaban de ponerles la zancadilla a los demás ni de tirarles los libros al suelo.

—Estos pobladores franceses se asentaron en un principio en Acadia —comenzó Broussard—, lo que ahora se conoce como Nueva Escocia. —Levantó un puntero de madera para señalar a Canadá en un mapa—. Cuando los ingleses protestantes que controlaban la zona les dieron varios ultimátum, uno de los cuales era cambiar su religión o marcharse, los acadianos católicos migraron a Luisiana y se asentaron en las tierras pantanosas que nadie más quería. Acadiano, cadiano, cajún. ¿Lo entendéis?

No podía estar menos interesada en el tema. Volví a reconectar con la clase cuando Broussard terminó de explicar y empezó a hablarnos del trabajo de historia local que tendríamos que hacer para la asignatura.

Constituiría el cuarenta por ciento de la nota final y lo haríamos por parejas. Lo escuché sin mucha preocupación mientras anunciaba las dieciséis parejas; podía trabajar prácticamente con cualquiera de la clase.

—Jackson Deveaux y Evie Greene.

Qué. Narices.

¿Emparejada con el chico que no me quitaba ojo desde hacía días? Me mordí el labio y volví a mirarle. Él me saludó con la cabeza.

Broussard continuó:

—Durante la segunda mitad de esta clase, os sentaréis con vuestro compañero y os pondréis de acuerdo en el plan de investigación y reuniones que tendréis a lo largo del semestre.

¿Reunirme con Jackson durante *un semestre entero*? Obviamente, me iba a tocar a mí escribir todo el trabajo. Pero algo me decía que el motero borracho que me había mirado el culo en el Porsche bien podría insistir en que «investigáramos» juntos.

Cuando todos los demás empezaron a mover los pupitres, él dio unos golpecitos en el asiento

vacío junto al suyo con una sonrisa petulante en el rostro.

¿Esperaba que saliese escopetada hacia él? ¿Que me muriese por convertirme en una de sus pavas?

¡Esto era innecesario! Mis clases ya iban a ser agotadoras de por sí sin tener que lidiar de formar regular con un depravado en libertad condicional.

Que mis notas bajasen era una de las señales que mi madre se suponía que iba a buscar que pudiesen indicar una recaída.

Al imaginarme volviendo al CRI, levanté la mano de golpe. Broussard hizo caso omiso de mí. Carraspeé.

—Señor Broussard, ¿puedo...? —Me callé cuando se volvió hacia mí con sus pobladas cejas arrugadas en una expresión de enfado.

—Evie, ponte a trabajar. Ya.

Decidí soportar los siguientes treinta minutos y luego hablar con Broussard después de clase...

Jackson estampó su pupitre junto al mío con expresión furibunda. Me apresuré a cerrar el cuaderno, pero él debió de haber atisbado algo porque frunció el ceño durante un segundo antes de decir:

—¿No me conoces y ya estás buscando a otro... *podna*?

Sabía que le resultaba difícil decir «podna», porque también era la palabra que usaban en cajún para «amigo».

—¿No prefieres trabajar con Gaston?

—Te he hecho una pregunta. ¿Por qué quieres cambiar?

—Vale. Porque cuando nos pasaste el lunes en la carretera, me comiste con la mirada como un auténtico viejo verde y salido.

—Si una rubia se levanta la falda y se inclina para que la vea, pues miro.

Desvía la mirada por toda la clase. ¿Lo había oído alguien?

—¡No me había inclinado para ti! —espeté en voz baja.

—Tú me has estado mirando tanto como yo a ti, chica.

—¿Yo? —Cogí aire para serenarme y dije—: Venga, Jack, sé realista. Sabes que alguien como tú y alguien como yo nunca podríamos trabajar juntos.

—No me llames Jack, no. Eso solo lo hacen mis amigos —dijo con voz cáustica.

Problemas de ira, ¿eh? Estaba empezando a creerme el rumor del apuñalamiento.

—Hay otras mil cosas que preferiría llamarte.

La nariz me empezó a picar, lo cual me puso todavía más de los nervios. El aula se oscureció. Quizás por fin fuéramos a tener algo de lluvia. No había caído ni gota en todo el verano.

Atravesé a Jackson con la mirada por si las moscas, y luego eché un vistazo al exterior...

El sol había... desaparecido.

La noche estaba cayendo. Y en el cielo luces etéreas parpadeaban de color carmesí y violeta, como en las serpentinas de Mardi Gras. Me quedé mirando boquiabierta cómo las llamas acechaban al colegio desde arriba y esas luces espeluznantes titilaban cual corona sobre el fuego.

Por el suelo, un río de serpientes reptaba unas sobre otras y las luces se reflejaban en sus escamas. Ratas asustadas huían junto a las criaturas que normalmente se las *comían*.

Las llamas descendieron y los redujo a cenizas; lo redujo todo a cenizas.

El apocalipsis. Igual que en mis visiones de la primavera pasada. Creía... Creía que me había curado, al menos de sufrir estas alucinaciones. Pero esa sensación destemplada en la cabeza me confirmaba que no era así.

Rechaza el delirio. Concéntrate; tienes el control, estás centrada.

Me lo repetía, pero lo único en lo que podía pensar era: *Estás entrando en pánico, a punto de hiperventilar, ¿dónde narices está la concentración?* Maldita sea, ¡me había tomado la medicación!

Aparté la mirada de golpe y me repetí internamente: *No es real, no es real.* Todos en la clase estaban hablando y Broussard se hallaba leyendo con los tobillos en alto.

Jackson se miraba los puños y respiraba hondo. ¿Estaba intentando controlar la ira? Abrió la boca para hablar...

Eché otro vistazo por la ventana. Un chico paseaba entre las llamas y se detuvo a unos cinco metros de la hilera de ventanas. Aunque el fuego se propagaba con furia a su alrededor, él se encontraba intacto.

Tenía rasgos parejos, una mata de pelo castaño oscuro y ojos marrón oscuro. Era alto y tenía el físico de un nadador; esbelto y musculoso. Un chico atractivo.

Nunca antes había visto a gente en mis alucinaciones. Quitando a los hombres del saco bebedores de sangre...

—¡Evie! —¿¡Me estaba hablando el chico imaginario!?!—. *¿Dónde están tus aliados? Tienes mucho que aprender. ¡No es un juego! ¡Las alianzas se están formando!* —dijo con expresión agobiada—. *Cuidado con los antiguos linajes, las otras familias que redactan las crónicas. ¡Saben lo que eres! Cuidado con la tentación: una criatura herida, una luz en la oscuridad, un festín cuando el hambre te consume. ¡Aliados, Evie! ¡Ten cuidado!*

Estaba... hablando... conmigo. ¿Puede que la verdadera prueba para saber si estaba loca era si le contestaba?

Escuché vagamente a Jackson decirme algo también. ¿El qué? ¿El qué? Me sentía desequilibrada, como si el suelo estuviese temblando bajo mis pies. *Actúa normal, Evie. Recuerdas cómo hacerlo. Responde al cajún como si no pasara nada.*

—Yo... eh... sugiero que hablemos con Broussard después de clase para que nos cambie de compañero.

Frunció el ceño.

—No sabes nada de mí.

—Sé lo bastante... —*termina la frase*— ...como para no confiarte el cuarenta por ciento de mi nota final. —Aquello debió de sonar mucho más borde de lo que pretendía.

Su expresión se volvió amenazante.

—¿Has escuchado lo que te he estado diciendo, tú?

—*No te preparas* —murmuró el chico imaginario con tristeza—. *Me vuelvo loco, el toro está pisándome los talones, pero la luna está creciente, Emperatriz. Has de estar preparada. Campo de batalla. Arsenal. Obstáculos. Enemigos. Empieza justo con el Final. Y el Comienzo está cerca.*

¿Emperatriz? La palabra desenterró recuerdos prohibidos de mi abuela cuando me había preguntado: «¿*La Emperatriz Evie quiere helado?*».

Fuera, el paisaje cambiaba. Los jardines del instituto se habían incinerado. Todo había muerto. Bien podría haber estado mirando la superficie de la luna. Las náuseas me revolviaron el estómago.

—*Contempla el campo de batalla* —manifestó el chico señalándome el páramo de ceniza—. *¿Arsenal?* —inquirió con esperanza—. *¿Obstáculos? ¿Enemigos? ¿No? Ah, ¡no escuchas!* —Entonces se le iluminó el rostro—. *La próxima vez hablaré más alto. Y más alto. Y más alto.*

Él —y toda la escena— desaparecieron.

¿Más alto? Ya de por sí no podía con esto, ¡mucho menos *más alto!* Apreté las manos temblorosas sobre el regazo a la vez que intentaba ocultar el miedo. ¿Acababa de decir Jackson algo más?

De nuevo, le dije:

—Conseguiremos otros compañeros.

Se quedó en silencio durante unos momentos antes de hablar rechinando los dientes.

—¿No crees que pueda hacer el trabajo, no crees que sea lo bastante inteligente?

Mi tercer día de instituto. Las visiones apocalípticas habían regresado. Estaba loca.

¿Dos años? Ni siquiera llegaría a las dos semanas. Solté una risa amarga.

—¿Te estás riendo de mí? —Apretó aquellos grandes puños vendados como si se estuviese muriendo por pegarle a algo. Mayormente a mi cara.

—¿De qué otra cosa me podría estar riendo si no? —inquirí de forma cortante y a la defensiva. Me llevó un segundo darme cuenta de que acababa de insultar de lo lindo al cajún.

Quería echarme a llorar. La medicación no estaba funcionando, no aguantaría dos años para ir la universidad, y encima acababa de comportarme de forma horrorosa con Jackson, aunque no hubiese sido totalmente mi intención.

Quizás luego pudiese disculparme, decirle que no me sentía bien...

—*Tu p'tee pute* —espetó con desdén en mi cara. Menuda zorra.

Me quedé rígida. Olvida esa disculpa.

Incapaz de contenerme, miré de nuevo por la ventana. El chico había desaparecido y el sol había vuelto a brillar sobre el césped verde y las flores tan dolorosamente perfectas.

Quizás hubiese soñado con aquel páramo. ¡Puede que todo el día de hoy fuese un sueño! Uno de los efectos secundarios de la medicación que tomaba era sentirse como si estuviese fuera de mi propio cuerpo.

Me sentía a un millón de kilómetros de aquí.

O quizás la escena fuera un desliz residual de la primavera pasada —una señal, una prueba— para ver lo comprometida que estaba con ser normal.

Si esta era una prueba de fuego, la pasaría. Con nota.

Jackson frunció el ceño en mi dirección; sostenía el lápiz con tanta fuerza en el puño que creía que lo iría a partir. La tensión entre nosotros se podía cortar con un cuchillo, y contuve a regañadientes las ganas de sacar mi cuaderno para dibujar el rostro críptico del chico.

El tictac del reloj de la pared sonaba como una bomba.

¿Cómo iba a arreglármelas para ocultarle a mi avispada madre en uno de sus interrogatorios este desarrollo de los acontecimientos? Durante la mayor parte de mi vida, Karen Greene había sido la madre ideal: divertida, amable, trabajadora. Pero últimamente pareciera que una extraña se hubiese apoderado de ella, una que estaba decidida a hundirme.

Si averiguaba que volvía a tener alucinaciones, sin duda alguna mi madre me encerraría de por vida en un sitio como el CRI.

Porque ya se lo había hecho a su propia madre hacía ocho años.

Por fin sonó la campana. En cuanto los demás estudiantes salieron del aula, Broussard se dirigió a Jackson y a mí.

—Las parejas se quedan como están. Tendréis que arreglar vuestras diferencias.

El lápiz de Jackson se partió en dos bajo la presión de su puño.

Brandon me estaba esperando en mi taquilla comiéndose una manzana con desinterés, totalmente feliz e inmune a los dramas y a las dudas. Entre mordiscos, me preguntó:

—¿Qué te pasa? Pareces estar a punto de que te dé un síncope.

Din, din, din. Entonces me recordé a mí misma que lo que acababa de sufrir era una mera visión residual. ¿Entonces qué había de temer?

—Estoy bien. Es solo que me han emparejado con Jackson Deveaux en historia. Broussard no quiere cambiarme.

—Ayer Deveaux chocó hombros conmigo en el pasillo —comentó Brand—. No sé qué problema tiene. ¿Quieres que hable con él?

Brand era un amante, no un luchador.

—No quiero que hagas nada que pueda expulsarte del equipo. —Además, sospechaba que Jackson bien podría barrer el suelo con él—. Esos chicos del Basin me están volviendo loca.

Asintió.

—Odio a esos cuatro macarras. —Sorprendentes palabras viniendo de Brand. Normalmente él era como yo, que se llevaba bien con todo el mundo—. Aunque la chica no está mal.

¿Ah, no? Ayer después de biología sonreí al ver que Brand me estaba esperando, pero entonces se giró, ansioso, cuando una Clotile que no llevaba sujetador pasó por nuestro lado. Hasta que carraspeé y lo miré con recelo.

¿Y más embarazoso todavía? Jackson lo había visto todo y no había dejado de sonreír con suficiencia sobre la boquilla de la petaca.

Ahora Brand parecía estar esperando algo de mí. ¿*El qué?* Tenía el cerebro frito.

Jackson apareció entonces en su taquilla, con Lionel detrás de él. Mientras dejaba el libro de historia dentro, me lanzó una mirada asesina. Entorné los ojos antes de volverme hacia Brand.

—Tengo una idea que comentarte —murmuró, y sus párpados parecieron volverse más pesados.

Oh. Ya volvíamos a eso. Desde que había regresado, había estado evitando el tema de mi promesa con la esperanza de que Brand pillase la indirecta.

En los mensajes, hasta había empezado a contar los días que quedaban para mi cumpleaños, como si tuviese una aplicación que le indicase los días que faltaban para desvirgarme.

Cuando lo pillé mirándome el pecho con cara de deseo, recordé una película donde una de las protagonistas había comparado las tetas con pequeñas bombas. Ahora me maravillaba la gran razón que tenía.

Logré esbozar una plácida sonrisa.

—Hablemos después del entrenamiento.

Se inclinó hacia mí.

—Los padres de Spencer se van del pueblo, no este fin de semana, sino el siguiente. Así que será después de tu cumpleaños...

¡Jackson estaba demasiado cerca y podía escuchar perfectamente nuestra conversación privada!

—...puedes decirle a tu madre que vas a pasar la noche con Melissa, y entonces venirme conmigo.

—Brandon, *luego* nos vemos. Te lo diré entonces.

—Vale. Claro. —Cuando sus amigos lo llamaron, él se inclinó para darme un beso rápido en los labios y luego se marchó trotando.

Mientras cogía los libros, oí a Lionel decir en francés:

—Me sorprende que no hayas movido ficha con esa. —Me señaló con la barbilla—. No es tu tipo, pero es guapa.

¿El tipo de Jackson? Ese probablemente prefiriese a las borrachas busconas del pantano que

se abrían de piernas a la ligera.

—Es fría y una auténtica zorra —respondió Jackson en francés y con un tono de voz iracundo —. Una muñequita inútil; muy bonita de mirar, pero nada más.

A la vez que Lionel se reía por lo bajo, yo rechiné los dientes; estaba decidida a no dejar que supiesen que los había entendido.

Oh, soy mucho más que una muñequita inútil, cajún. Estoy rota. Y si supieses lo que ha transcurrido antes en mi mente, te persignarías y saldrías corriendo en la dirección contraria.

Pero Jackson era observador. Sus ojos no perdieron detalle de la tensión en mis hombros y en la mandíbula.

Con ojos entornados, se colocó de frente a mí y continuó dirigiéndose a Lionel en francés.

—Tú eres el que deberías mover ficha con ella, y asegúrate de bajarle los humos. Nunca había conocido a una chica que le hiciese más falta que a ella.

Intenté controlar mi reacción, pero no sabía si lo había conseguido.

Cuando sonó la campana y Lionel se marchó, Jackson me preguntó con irritación:

—*¿Tu parles le Français Cadien?*

Vacilé durante un instante, alcé la mirada y luego miré por encima del hombro. Le contesté con un tono de voz lleno de confusión.

—¿Estás hablando conmigo? —Ventaja para Evie.

Jackson estaba atónito.

—*¡Tu parles Français!*

—¿Eh? ¿Qué dices?

Se acercó, con porte peligroso, y me obligó a levantar la cabeza para mantenerle la mirada.

—Como si no lo supieras, tú.

—No hablo *Basin* —articulé imitando su mismo tono iracundo. Se escuchó con mucha más superioridad de la que había pretendido, pero no me importaba.

Tras unos instantes eternos, Jackson se giró hacia su clase, pero miró hacia atrás y me señaló con uno de sus dedos vendados.

—*Je te guette.* —Te vigilo.

5

DÍA 3 a. D.

Estaba tumbada en la cama con los libros desparramados a mi alrededor; el móvil no dejaba de vibrarme en una mano, y la televisión estaba encendida, aunque sin volumen.

Los jueves por la noche Mel y yo siempre veíamos *America's Next Top Model* juntas y lo comentábamos por mensaje. Ella había empezado con: «me tirarías al pelirrojo».

Pero yo no tenía fuerzas para contestarle.

Stas ahí?

Respondí finalmente:

t tirarías al maniquí

JAJAJAJAJAJA zorra

Sonreí adormilada y proseguí con los deberes. Había leído la misma frase sin entenderla varias veces. Al final tiré la toalla y me dejé caer boca arriba. Miré en derredor despatarrada cual víctima de un accidente.

Después de haber estado un tiempo en el CRI, un sitio lúgubre y funcional, seguía sin estar acostumbrada a los lujos de casa. Esta habitación era espaciosa; tenía un vestidor en el que te podías perder y mobiliario antiguo que bien valía para una subasta de Sotheby. La increíble calidad de las sábanas me hacía ronronear.

También había echado de menos el mural de la pared. Antes de volverme loca la primavera pasada, cuando las cosas habían sido tan desesperanzadoras, dibujé las nubes de tormenta más negras y amenazantes que pude y las iluminé con rayos. Incluso ahora me las quedaba mirando...

La notificación de un mensaje me distrajo.

Spence no ha llamado. Joder, Greene.

Stoy n ello, le respondí mientras bostezaba.

A pesar de jugarme tanto con las notas, seguía sin estar motivada para estudiar. Me convencí a mí misma que no habría ningún examen sorpresa mañana —¿qué posibilidad había?— y decidí irme a dormir. Me deshice de los libros sobre la cama con una pierna aletargada. Ya había guardado el cuaderno de forma segura bajo el colchón.

Escribí otro mensaje:

Adormilada. A punt d caer, ¿hablams mññ?

Respondí a los mensajes de Brandon igual de mal.

Pero nunca t pierdes ANTM

A pesar de notar a través del mensaje que estaba dolida, escribí: *Buens noches*. Apagué el móvil y la televisión.

En la oscuridad de la noche, nuestra antigua casa se envolvió en niebla y quejidos

fantasmales. La humedad hinchaba los tablones y hacía que la estructura se moviese como si intentase ponerse cómoda.

En noches como esta incluso un barco en el mar hacía menos ruido.

Haven era la única casa en la que había estado. Podía sentir su historia; la finca sufría en estos momentos. Desde que había vuelto, el cielo había estado como cuando se está a punto de estornudar, con nubes de lluvia que aumentaban de tamaño, pero que se disipaban sin cobrar su recompensa. La sequía continuaba...

Pero cuando cerré los ojos, vi que mi mente se centraba en otra de mis preocupaciones. Jackson Deveaux. Gracias al cajún mi semana había empeorado más aún. Tal y como me había prometido, no había dejado de contemplarme con el ceño fruncido desde entonces.

Como si le estuviesen obligando a mirar algo que detestara.

Ayer, en Lengua, fulminó con la mirada al chico que se sentaba detrás de mí y se sentó en el sitio que el muchacho había dejado libre. Yo estaba sentada con la espalda recta cuando Jackson se inclinó hacia delante y su cercanía nubló mis sentidos. Pude oírlo respirar, oler la venda que envolvía sus dedos y un aroma masculino a madera que me hizo sonrojar. El aula se empequeñecía y oscurecía a la vez que otro frente de tormenta que no terminaba de fraguarse se acercaba al condado.

Después empezó a susurrar en *français cadien* y a decirme que sabía que podía entenderle y que lo demostraría. Para boicotear sus planes, no mostré ningún tipo de reacción, incluso cuando me dijo en voz ronca que olía «*comme une fleur*», como una flor.

¿Por qué no me dejaba en paz?

Mientras él me escrudiñaba, yo hacía lo mismo con él. Había algo de lo que me había percatado; cuando creía que nadie lo miraba, sus ojos se tornaban inquietos, como si desease estar en cualquier otro sitio antes que aquí. Y se pasaba los dedos por la venda. ¿Por qué la llevaba?

Escondí la cara bajo el brazo. ¿Por qué pensaba en Jackson en lugar de en mi propio novio?

¡Tenía la cabeza revuelta! Dios, lo único que necesitaba era una buena noche de descanso. Aunque ayer las pequeñas y amargas pastillas no previnieron la alucinación —o más bien mi incidente residual—, sí que consiguieron que me entrase sueño.

Miré el bote de pastillas. *En situaciones desesperadas...*

Esa misma noche, me desperté en ropa interior en el acceso de coches de mi casa, sin recordar cómo había llegado hasta allí.

Parpadeé varias veces. Seguro que era un sueño, o una alucinación.

Lo último que recordaba era que me había atiborrado a pastillas y había caído redonda en la cama. Así que en cualquier momento me despertaría...

En cualquier momento...

Nop. Seguía ahí, descalza, en el acceso de conchas, vestida tan solo con unas braguitas *culotte* y una camiseta vieja del campamento de animadoras.

Mierda.

Entrecerré los ojos en la niebla para orientarme, pero apenas pude ver unos metros delante de mí.

La niebla era tan espesa y húmeda como respirar contra un espejo, y atenuaba los relámpagos en el cielo. Rayos amarillos, del color de los ojos de un gato, destellaban sobre mí.

Me reafirmé en el hecho de que habría una explicación perfectamente válida y lógica de por

qué esta alucinación parecía más real que las otras y volví a casa. Me encogía cada vez que las afiladas conchas cortaban la piel sensible de mis pies. Por supuesto, el acceso no se encontraba a ras del suelo, sino flanqueado por dos zanjas de drenaje a lo largo de todo el campo que rodeaba la casa. Lo que significaba que me tocaba caminar durante todo un kilómetro.

Una persona cuerda se preguntaría por qué no tenía cortes del camino de ida hasta aquí; no es que hubiera caído del cielo.

¿Quizá porque es un sueño?, me dije a mí misma mientras balbuceaba maldiciones y caminaba sobre las conchas.

Y, para empeorar las cosas, volvía a sentir como si me observaran. Me pasé la mano por la nuca. *Ignóralo...*

Un caballo relinchó. Miré alrededor y traté de vislumbrar entre la niebla, pero no fui capaz de saber de dónde provenía.

Otro relincho enloquecido; mi viejo y dócil caballo, que dormitaba en el establo, no podía ser el autor de aquello. Aceleré el paso.

Abrí los ojos como platos cuando distinguí el sonido de unos cascos al chocar contra las conchas; un caballo se acercaba deprisa hacia mí. ¿Por la espalda? ¿Al otro lado del camino? ¡No estaba segura!

Esto no es real. ¡Tienes el control, concéntrate!

Concentrarse era difícil cuando me estaba lacerando los pies.

—Joder, joder.

Los cascos resonaron más cerca... *más cerca...* y mientras yo daba pequeños saltos y grititos por el camino cual dibujo animado.

A continuación, oí metal chocar con metal, como si fuese... ¿una armadura?

Mis instintos tomaron las riendas. Ignoré el dolor y comencé a correr.

Tras eso, vislumbé el final del camino. A mi derecha, Haven House se cernía sobre mí. A mi izquierda, veía el extremo de la entrada del cañaveral.

La casa era más segura.

El campo estaba más cerca.

¿Cuánta distancia habría entre el jinete y yo? La respiración agitada del caballo resonaba a mi espalda. ¿Tan cerca estaba?

Un recuerdo de la voz de la abuela apareció en mi mente: «*la niebla miente, Evie*».

En cuanto el camino desembocó en el césped de la entrada, giré en dirección al campo. Al encontrarse cerca la temporada de recogida, la caña de azúcar estaba madura, el doble de alta de lo que yo era. Podría despistar a cualquiera entre las hileras. Giré la cabeza, pero solo logré ver un borrón del jinete.

Corría... corría...

Escuché un silbido como si algo cortase el aire. ¿Una espada? Incluso atenazada por el pánico, un recuerdo trató de abrirse paso en mi mente.

El campo de caña estaba a unos seis metros.

Tres metros.

Cuando escuché el silbido justo detrás de mí, y sentí una brisa en la nuca, me lancé al interior de las hileras con los brazos abiertos.

Me arrodillé entre los tallos, pero el jinete no me persiguió. El caballo relinchó de nuevo y pateó el aire con sus cascos puntiagudos.

Me quedé con la boca abierta ante mi perseguidor. Llevaba una armadura negra con un casco imponente. El arma que portaba era una guadaña; la tenía ahora envainada en una funda lateral.

El pálido semental tenía los ojos rojos.

Descubrí quién era cuando usó las espuelas para moverse hacia delante y hacia atrás, justo al borde del campo de caña.

Una guadaña. Armadura negra. Un caballo blanquecino.

Era... la Muerte. La clásica imagen de la Parca.

La crin del caballo volaba con el viento que no podía sentir. Las hojas sedosas de la caña que se cernía sobre mí permanecieron inmóviles.

Mientras lo observaba, los sonidos rutinarios de la finca —mi propio caballo al gemir en sueños, el canto de las cigarras— dieron paso a los sonidos del crujir de la gravilla, al levantar del viento, y a un esporádico... ¿bufido?

Detrás de la Muerte, Haven House comenzó a desaparecer y a transformarse en un espacio de un negro brillante, abarrotado de columnas derruidas y montañas de escombros. Cómo si fueran restos de una ciudad antigua.

De algún modo supe que aquella era su morada, estéril e impersonal; su plano parecía estar fundiéndose con el mío.

¿Se le antojaría mi mundo —todo verde, neblinoso y con un aire nocturno sofocante— tan incomprendible como a mí el suyo?

Si se marchaba, ¿volvería mi casa? ¿Regresaría *mi madre*, que estaba dentro? Este delirio había pasado de ser totalmente extraño a horripilante. ¡Era incapaz de asimilarlo!

Desmontó y se dirigió al borde del campo, pero no entró en las hileras de caña. ¿*Por qué?*

Resultaba evidente que su armadura negra era muy antigua, pero no tenía ningún arañazo ni desperfecto. ¿Porque nadie le había golpeado? Poseía dos espadas excelentes, envainadas a cada lado de sus caderas.

Por fin pude hablar.

—¿Q-quié eres?

—Y pregunta quién soy. —¿Acaso mi pregunta lo divertía?—. Hay vida en tu sangre y en tu contacto. —Su voz sonaba tan ronca como las hojas secas; su acento era extranjero, aunque me resultó imposible determinar de dónde—. Y, sin embargo, ¿nadie te dijo que me esperases? —Vi un ligero brillo tras la rejilla de su casco, como si sus ojos resplandecieran.

—¿A qué te refieres? —pregunté con tanta valentía como pude—. ¿Qué quieres?

Otro bufido proveniente de su morada, de entre las ruinas tras él.

La Muerte se quitó los guantes metálicos y con pinchos y dejó a la vista unas manos masculinas, pálidas y perfectas.

—Me conoces. Siempre me conoces, mucho antes de que mi hoja se cierna sobre ti.

—Estás loco —susurré, aunque me resultaba tremendamente familiar.

Hincó una rodilla al borde del campo de caña y estiró la mano hacia mí.

—Ven a mí, Emperatriz Evie...

Emperatriz Evie, Emperatriz Evie...

Sus manos estaban a escasos centímetros de mi brazo, pero me encontraba paralizada, absorta por la luz que provenía del interior de su casco, hasta que algo me llamó la atención.

Detrás la Muerte, vi a un espantoso chico con cuernos —era más bien una bestia jorobada— merodeando entre las ruinas. De su labio inferior colgaban viscosos hilos de saliva.

La Muerte siguió la dirección de mi mirada.

—Olvídate de Ogen —dijo—. *El Diablo* es un antiguo aliado mío.

—*Me deleitaré con tus huesos* —me susurró Ogen mientras afilaba uno de sus cuernos contra una roca. El sonido chirriante me resultó insoportable; hacía temblar los escombros como un

terremoto y me daban ganas de chillar—. *Te chuparé el tuétano hasta dejarlo seco mientras me miras.*

—Ignóralo. Céntrate solo en mí. —La Muerte se acercó—. He esperado tanto para enfrentarme a ti otra vez. ¿No estás preparada para acabar con esto?

Los tallos de la caña se doblaban a mi alrededor de forma antinatural, como si me encerraran. ¿No los llamaba la abuela «soldados firmes»?

¿Acaso intentaban protegerme?

—Empieza justo en el Final, Emperatriz. —Volvió a intentar agarrarme.

Me aparté de él y me encogí cuando el dolor descendió por mis piernas. Hilos de sangre resbalaban por mis muslos.

¿Cómo me había cortado? Alcé las manos y gemí aterrada.

Mis uñas estaban afiladas y de un color morado rojizo. Había visto ese tono, esa *forma* triangular mil veces.

Parecían espinas de rosas.

—Dios... —El corazón me latía desbocado y mi respiración se agitó hasta el punto de jadear. ¿Garras como espinas como las de la bruja roja? Mi visión se tiñó de negro y la Muerte, su morada y su espantoso aliado se volvieron borrosos.

Empecé a reírme. El sonido histérico provino de mi pecho y sofocó la promesa de la Muerte de venir a por mí, de terminar la pelea de una vez por todas. Me seguía riendo cuando me caí hacia atrás y me golpeé la cabeza contra el suelo...

Me incorporé en la cama, cubierta de sudor. Miré en derredor y observé las paredes de mi cuarto pintadas a mano. La Muerte ya no estaba, Ogen tampoco.

—¿S-solo ha sido un sueño?

Justo cuando iba a quitarme las sábanas de encima para inspeccionarme las piernas y los pies, escuché pisadas en el pasillo.

Volví a tumbarme y cerré los ojos un instante antes que mi madre entrase a mi habitación. Ni siquiera llamó a la puerta.

—Evie, ¿estás despierta? —La luz del pasillo penetró en la habitación.

—¿Mamá? —Traté de sonar somnolienta a la vez que revisaba mentalmente el estado de mi cuerpo. ¿Me sangraban las piernas o los pies? ¿Estaba sucia? ¿Habían vuelto mis uñas a su estado natural?

Pero lo único que sentía era entumecimiento, como si mi cuerpo entero se hubiese llenado de novocaína.

—Juraría que te había oído gritar. —Su tono albergaba un tinte de alarma. Sherlock presentía la locura...

—¿Eh? Ha debido de ser en sueños.

Aún vestida con ropa de calle, se sentó en un lateral de la cama y sus pendientes de diamante brillaron.

—Tienes la cara pálida. ¿Estás enferma?

—No. —Dios, si tenía sangre en las piernas, ¿traspasaría las sábanas? Si mi madre veía las laceraciones, seguramente pensaría que me autolesionaba, como mi antigua compañera del centro.

—Me preocupas —exclamó—. Tenemos que hablar de cómo estás ahora que has vuelto a casa.

—Mamá, ya te lo he dicho, todo va bien. —Me *sangraban* las piernas.

Otro movimiento de las sábanas. Tres líneas de sangre habían calado. *Las va a ver, las va a*

ver...

Superpón las sábanas. Así. Mejor.

—Llevas aquí casi dos semanas, pero no te he oído reír ni una sola vez. Solías estar siempre bromeando, como tu padre. —Frunció el ceño—. Evie, ¿qué...? —Posó el dorso de la mano contra mi frente húmeda—. ¿Estás temblando? —Me abrazó y empezó a mecarme—. Cariño, estoy aquí contigo. ¿Qué pasa?

¿*Qué no pasa?* Me había tomado el doble de medicación y ahora estaba peor.

—C-creo que he tenido una pesadilla.

—¿Una alucinación?

—¡No! Estaba dormida.

—Cielo, dímelo, te prometo que lo arreglaré.

No lo hiciste la última vez. ¡La cura no hizo efecto! Aunque estaba tan espantada que me tentaba contárselo todo.

En lugar de eso, me armé de valor, decidida, y le planté cara. La miré a los ojos y regulé el tono de mi voz.

—Cuando necesite tu ayuda, te lo diré.

Mi comportamiento la sorprendió.

—Oh. —Porque durante un breve instante me había mostrado tan dura como ella—. Ah, vale.

—Mañana es un día importante. Tengo que dormir. —Me iba a quedar despierta durante horas convenciéndome de que había soñado tener garras.

Mi madre se levantó con una mirada llena de desconfianza, casi sorprendida.

—Claro. Eh, que duermas bien, cielo.

En cuanto cerró la puerta tras ella, me quité las sábanas de encima con una mueca al imaginar lo que vería.

La piel de mis muslos tenía sangre reseca, pero tenía los pies limpios y sin cortes.

Quizá me había cortado con las uñas mientras dormía. Quería aferrarme a ese pensamiento, ignorar lo realista que había sido la visita de la Muerte.

Al recordar su armadura, mis dedos ansiaron plasmar su figura. Rebusqué bajo el colchón y saqué el cuaderno de dibujo.

El lápiz voló sobre el papel mientras susurraba sin parar «dos años y me voy, dos años y me voy». Una lágrima cayó sobre el papel, después otra y otra. Tres puntos borrosos sobre la sobrecogedora imagen de la Muerte.

Para cuando acabé el dibujo, la tormenta ya volvía a disiparse. Esa noche no llovería sobre nuestra cosecha.

Y como estaba loca, me dolía tanto como a *ella*.

Bajé la vista hacia una de mis piernas, convencida de que solo me había hecho cortes durante la pesadilla. Tras proferir una palabrota, me limpié la sangre seca de encima.

La piel de debajo estaba... intacta.

6

DÍA 2 a. D.

Me pasé la hora libre del viernes en el patio Eden Courtyard, sentada a una mesa de cemento y lamiéndome las heridas en privado.

A punto de llorar, intenté ignorar que una cama de margaritas se había girado hacia mí en lugar de hacia el sol.

Al menos las rosas y la hiedra se habían quedado quietas.

Anoche, antes de irme a dormir —la primera vez— había pensado: «¿Qué posibilidad hay de que mañana tenga un examen sorpresa?».

Y no había tenido uno.

Sino *dos*. Y, para más inri, cuando entregamos los de inglés por fila, el de Jackson tenía todas las respuestas marcadas.

A pesar de no haber tenido jamás menos de un notable, ya había suspendido dos veces esta semana. De tan solo pensarlo se me llenaban los ojos de lágrimas. Apoyé la cara sonrojada sobre la fría piedra y traté de no llorar.

Esta mañana, al pedirles a los profesores una recuperación...

Los cabrones me habían dicho que no.

Se me revolvió el estómago. *Una bajada de notas*. No podía volver al CRI, no volvería a ese sitio.

Me preguntaba cuál sería el límite, cuánto más podía caer. ¿Qué palabra se utilizaba en los exámenes de acceso a la universidad? *Nadir*. ¿Dónde estaba mi nadir?

¿Cuántas veces más suspendería/perdería/alucinaría/me derrumbaría? Después de la cita de anoche con la Muerte, cualquiera pensaría que la locura me daría un respiro. ¡Pues no!

En cuanto acabamos el examen de inglés, me quedé dormida y volví a soñar con la bruja roja. Empecé a dibujarla. Por supuesto, acababa de matar. Sus enredaderas habían estado restregando la sangre de sus víctimas sobre su cuerpo; a la bruja roja le encantaba bañarse en ella.

Había sido la vez que más había podido vislumbrarla. Su rostro pálido era redondo, su piel solo tenía dos tatuajes brillantes a lo largo de sus mejillas. No, no eran tatuajes, sino glifos; como marcas de un tono verde brillante. Aunque tenía pecas por la nariz, parecía mayor, quizá estuviese en la veintena. Sus ojos también eran de un verde brillante de pura maldad.

Observé cómo caminaba entre unos rosales majestuosos y clavaba las garras de espinas en los tallos. Absorbía la energía de ellos de alguna forma, insuflándose la vida de las plantas mientras echaba la cabeza hacia atrás y gritaba de placer.

La planta se retorció, como si estuviera al borde de la muerte, pero ella no mostró piedad y la dejó seca, como un cascarón vacío. Ella era como un parásito; esclavizaba lo que yo amaba.

Cuando desperté, todos se encontraban recogiendo sus cosas, excepto Jackson.

Entonces me di cuenta de que no me había estado mirando a la cara, sino a las manos, a los nudillos que tenía blancos de agarrarme con fuerza al pupitre. Lo solté de inmediato.

—¿Una pesadilla? —preguntó con un movimiento de la cabeza.

¿Lo había dicho con compasión? Fui incapaz de contenerme y le pregunté:

—¿Tú las... las tienes?

—Sí. —Parecía haber estado a punto de continuar hablando, pero recordó que no éramos amigos. Se limitó a repetir—: Sí.

—¿Y qué haces?

—Dormir con un ojo abierto. —Le dio un trago a su petaca y se marchó.

A mí simplemente dormir me haría feliz.

Me sonó el móvil cuando recibí un mensaje de Brandon. Si seguía presionándome, iba a ponerme a gritar.

De relax l sábado. 4 parejs. Tus amigos y ls míos. Spence y Mel.

¿Había conseguido lo de Spencer? ¡Por fin algo bueno! Lo aproveché y respondí:

¿Dónde?

Molino d azúcar

Fruncí el ceño. Al final, final, *final* de la finca de Haven había un molino derruido a la orilla de un pantano. Era tan antiguo que solo quedaban las paredes de ladrillo y la chimenea. Las ventanas no tenían cristales, así que se parecía a un antiguo coliseo romano.

Aunque la gente dudaba de si Haven estaba encantada, del molino sí que estaban completamente seguros. Había un montón de historias de muertes crueles dentro de las prensas de azúcar.

Al pensar en Mel, supe que accedería a ir...

—¿Y las tías de Sterling os reís de Clotile por llevar minifalda? —exclamó Jackson tras cruzar el patio y observándome con el uniforme de animadora.

Cerré el cuaderno de golpe y lo puse con el resto de los libros.

—Ah, ah, AH, Evie. Tan solo de verte con ese conjunto me hace sentirme más... animado.

Al entrar al aula esa mañana, me había visto y me había sonreído sobre la boquilla de su petaca. Me había acusado de ser una muñeca. Mientras me había preparado para ir al instituto esa mañana y me había vestido con una falda roja, un chaleco con el cuello en pico y un lazo grande a juego, realmente me había sentido como tal.

Se asomó por encima de mi hombro y espetó un «*Je t'aime en rose*». Me gustas de rosa. Y a continuación se sentó a mi lado sin yo haberlo invitado a hacer tal cosa.

¿Eh? No llevaba nada rosa. Nada excepto el sujetador...

¡Me había mirado por encima del hombro, justo al escote! ¿Es que no tenía límites?

Y no podía decir nada, porque si no perdería nuestra lucha de poder. ¡Lo que me faltaba! Pero me negaba a marcharme de la mesa y a perder contra este abusón.

—Dime dónde has aprendido nuestra lengua —dijo y no sonó... nada enfadado.

—Te repito que no entiendo esa palabrería absurda que murmuras. Es más, no quiero hablar de ello. —Empecé a responder el mensaje de Brand.

—¿Le teclas a ese enamorado tuyo? —Jackson volvía a tener esa expresión frustrada en la cara. Su carácter era de lo más cambiante.

—*Le escribo, sí.*

—¿No quiere pelearse conmigo por haberte llamado zorra?

Me parece bi...

Detuve los dedos sobre el teclado.

—Claro que lo dije en francés. Pero he tenido que echar la vista atrás y ver qué más has podido entender.

Intenté que mi expresión permaneciese neutral.

—Da igual. Lo que sé es que no lo va a hacer.

—Porque sabe que le daré una paliza. —La sonrisa de Jackson era de pura maldad.

—No, es porque él sí tiene algo que perder si se pelea.

A Jackson no le gustó nada ese comentario. Sus ojos grises ardieron de ira.

Caí en dónde había visto ese color antes. En la pared de mi habitación.

Las nubes amenazantes de mi mural, las que estaban iluminadas por los rayos... ese gris era el color de los ojos de Jackson cuando se enfadaba.

—Te crees que Radcliffe, tú y el resto de vuestros amigos estirados sois mejores que los demás. —Cerró las manos en puños y se le hincharon. La venda se le rajó en una y se le vieron algunos cortes profundos en los dedos. A su alrededor se había formado un horrible tejido cicatrizante.

Se me olvidó la discusión. Grité.

—¿Qué te ha pasado en la mano?

Tras una mirada cruel, tomó mi barbilla entre sus dedos y acercó su otro puño a mi cara como si me fuese a pegar un puñetazo a cámara lenta.

—Los dientes. —Me miró con desdén—. Cortan como sierras.

Había participado en tantas peleas que tenía cicatrices sobre otras cicatrices. Me alejé de él después de soltar un gemido, y él dejó caer las manos; su expresión se volvió indescifrable de repente.

Pero lo había entendido alto y claro. Este chico era peligroso. Me volví y acabé de escribir el mensaje.

Jackson me arrebató el cuaderno de dibujo, se puso de pie y alejó de mí su nuevo botín.

A la par que me ponía de pie, él lo abrió y frunció el ceño mientras le daba la vuelta a una página para observarla desde otro ángulo.

—¡Devuélvemelo, Jackson!

—No, no, *bébé*. —Lo levantó por encima de mi cabeza a la vez que caminaba hacia atrás, provocándome—. Deja que el viejo Jack le eche un vistazo.

—¡Dámelo, YA!

De repente se tropezó, aunque terminó recuperando el equilibrio justo antes de caer. El cuaderno se le escapó de las manos y cayó al suelo.

Yo fui rápida y lo recogí.

—¡Cuánto más alto se sube...! —le espeté.

Tuve suerte de que se hubiera tropezado. Quizá había sido a causa del césped alto.

Abrí la boca. Algunas hebras seguían enroscadas en torno a sus tobillos e iban cayendo al suelo una a una.

Detrás de él, el césped ondeaba, aunque no había brisa ninguna. Jackson no parecía saber por qué había tropezado, pero yo sí.

Esas hebras se habían estirado y enroscado en torno a sus tobillos. ¿Acaso las plantas interactuaban con más personas?

El movimiento de las plantas había sido *mi* locura; se reducía a mis reacciones y a mi confusión. Lo había encontrado totalmente aterrador.

¿Pero me estaban ayudando? ¿Al igual que anoche, cuando la caña de azúcar me había encerrado de forma protectora?

Y ahora el césped casi había derribado a mi enemigo, salvando así mi cuaderno de dibujo. Empecé a reírme. *Me habéis ayudado, ¿eh?*

Jackson pensó de nuevo que me reía de él. Sus mejillas cinceladas adquirieron un tono carmín. Se enderezó, me lanzó una mueca amenazante y se marchó.

En cuanto se fue, me puse de rodillas frente a la hierba, porque quería pasar los dedos sobre ella, pero seguía demasiado asustada. Miré a las margaritas y después a las rosas.

Como había vuelto a recaer en la locura, podía hacerme preguntas raras.

¿Qué quería la hierba a cambio de ayudarme? ¿Tenían las enredaderas intenciones ocultas? ¿Las rosas... eran amigas o enemigas?

De una forma u otra, tenía que saber lo que me estaba sucediendo.

Decidí que, al llegar a casa, donde nadie me viese, iba a probar con la caña de azúcar.

Cuando Brand me dejó en casa después de clase, aparcó donde la ventana de la cocina no estuviese a la vista.

—¿Estás bien, Eves? —Tamborileaba los dedos sobre la palanca de cambios—. Llevas rara desde que has vuelto.

—Sí, todo va bien —respondí, impaciente por llegar al campo.

—Me alegro —dijo sin más. Me creía, aunque mi comportamiento gritaba a los cuatro vientos de forma irónica «¡de putísima madre!».

Apoyó una mano en mi muslo, a la altura suficiente como para hacerme fruncir el ceño. Sonreía, pero de forma tensa. Trazó círculos sobre mi rodilla.

—Entonces, ¿has pensado en lo de ir a casa de Spencer el fin de semana que viene?

—Seguro que no tanto como tú.

—Mi cerebro está en modo repetitivo —dijo mientras se rozaba la sien—. Evie, fútbol americano, Evie, fútbol americano.

—Al menos soy la primera.

—Siempre —respondió de forma natural y dedicándome su sonrisa de estrella de cine.

—Te prometo que te lo diré este fin de semana. —*¿Me daba a mí misma menos de cuarenta y ocho horas para contestar?*

En cuanto se fue para prepararse para el partido, me dirigí al campo de caña antes de que perdiese el valor de hacerlo. Dos resultados catastróficos me esperaban: bien estaba como una cabra o...

No quería ni pensarlo.

Cuadré los hombros, tragué saliva y alargué la mano hacia la caña.

Joder, esta se estiró hacia mí.

Retrocedí varios pasos. Tomé aire y lo solté. *Estás centrada. Centrada.*

Me obligué a alargar la mano de nuevo. Y otra vez la caña se movió hacia mí. Aunque en esta ocasión se cerró en torno a mi palma.

La hoja curvada ya no estaba curva. *Se movía.* Como un niño que se agarraba al dedo de un padre.

Oh, mierda.

No había sentido ningún cosquilleo en la cabeza cuando interaccionaba con las plantas porque no había estado alucinando. No era una ida de olla, no era una alucinación; esto era real.

¿No?

Cuadré los hombros y me adentré hasta el centro del campo de caña. El cultivo pareció

murmurar, y las hojas susurraron a mi alrededor.

Caminé por una hilera hasta llegar más y más al interior, a la vez que las hojas me acariciaban el rostro. Me empezaron a pesar los párpados, como si una amiga estuviese cepillándome el pelo.

La caña se arqueaba y bailaba en torno a mí, y yo me mareé de placer y del sentimiento de unión.

Si de verdad eran mis firmes soldados, entonces tenía el ejército más grande del mundo, uno de seis millones de tallos.

Podía imaginarlos moviéndose de cierta manera y responder de inmediato. Doblarse, sacudirse, mecerse. Hacia la izquierda, hacia la derecha, arriba o abajo. Porque estábamos completamente conectados.

Estaba segura entre ellos, como la reina rodeada de sus peones en el ajedrez. Y al aliviar la tensión, los recuerdos comenzaron a asomarse sobre el muro que el CRI me había ayudado a construir. Recordé más retazos de lo que mi abuela me había dicho.

El último día que había pasado con ella, nos había llevado por una gran autopista en dirección a Texas mientras decía: «Soy una Tarasova, Evie, una cronista del tarot. Sé cosas que nadie sabe. Y tú eres la Emperatriz. Como la carta de mi baraja. Un día controlarás todo lo que florezca o arraigue».

Apenas la había escuchado; soñaba con el helado que me había prometido.

¿La Emperatriz? ¿Por eso amaba tanto las plantas? ¿Por eso suspiraban cuando estaba cerca? Tanto la Muerte como el chico enigmático me habían llamado Emperatriz.

¡Todo esto sonaba de locos! ¿Qué parecía más probable, que las plantas se movieran con una orden o que una adolescente con un historial de una enfermedad mental sufriese alucinaciones?

Reduje el ritmo de mi caminar a la par que las dudas se acrecentaban. ¿No había tenido pesadillas de la bruja roja controlando plantas e hiriéndolas? ¿Estaría todo esto conectado en mi cerebro alterado?

Quizá nada de esto fuera real. Quizá estuviese empeorando porque había heredado la locura de la abuela y no estaba luchando lo suficiente en pos de la vida que tanto quería recuperar.

Evie, ¿entiendes por qué debes rechazar las enseñanzas de tu abuela...?

Observé los tallos mecerse. Esto mismo bien podría tratarse de una alucinación.

Aturdida, volví a mi casa. Cuando llegué al porche, me preparé para enfrentarme a mi madre. No obstante, era más fácil decirlo que hacerlo.

Mi madre bien podía mostrarse fiera. Una mujer de armas tomar. Lo cual era bueno algunas veces, como cuando se quedó a cargo de la finca en vez de la abuela y la convirtió en la más importante del condado en menos de diez años.

Otras veces no era bueno, como cuando se le metió curarme entre ceja y ceja.

Me llevó medio minuto calmarme en la puerta de entrada. *Tengo que aprender a silbar*. Mi compañera de habitación en el centro me había enseñado ese truco. Los padres nunca sospechaban que sus hijos tuvieran alucinaciones o no se encontrasen bien cuando silbaban. Sus mentes no lo concebían.

Al entrar, fruncí los labios y soplé aire en silencio. Silbar era una tontería.

Escuché a mi madre hablar por teléfono en la cocina. ¿Estaba enfadada? Me quedé quieta. Seguro que estaba hablando con la abuela. De vez en cuando, mi abuela lograba escaparse de los camilleros y llamaba a casa.

—Lucharé con uñas y dientes. ¡Ni se te ocurra ponerte en contacto con ella! —exclamó mamá antes de quedarse callada—. ¡No me vas a convencer! —Más silencio—. ¿Te estás escuchando? Le hiciste daño a mi niña, ¡no hay perdón que valga! Lloro todo lo que quieras, mañana cambiaré

el número de la casa.

Cuando colgó, me acerqué a ella en la cocina.

—¿La abuela?

Mi madre se pasó la mano por el pelo.

—Sí.

Abrí la boca para preguntar cómo estaba, pero ella se me adelantó.

—¿Hay algo que quieras contarme, Evangeline Greene?

Odiaba que me preguntase eso. Me encantaba tanto oírlo como cuando me auto-inculpaba.

¿Por dónde empezar?

Adiós a mis notas; creo que igual suspendo este año. He sufrido alucinaciones por primera vez en meses. Y encima puedo hacer que las plantas se muevan. No sé cuál de las dos prefiero, sinceramente. Y estoy tentada de cerrarme en banda con respecto a mi virginidad para que el guapísimo y maravilloso —la mayoría de veces— de mi novio se relaje de una —puta— vez con el tema.

En lugar de eso, contesté:

—Eh, no.

—¿No has hablado con tu abuela?

—Para nada. —No desde que era pequeña y mi madre la envió a una residencia en los Bancos Externos de Carolina del Norte. O al menos lo hizo el tribunal, tras llegarse a un acuerdo con el fiscal.

Recuerdo que una vez mi madre intentó tranquilizarme diciéndome que era un lugar donde enviar a los parientes con demencia senil. Yo me la había quedado mirando horrorizada.

Y aunque la abuela hubiese logrado llamarme al móvil, no habría contestado. Me habían dado el alta en el CRI con dos condiciones: cumplir con la medicación y no tener ningún contacto con ella.

Había accedido a ambas. Voluntariamente. Para cuando finalizó mi estancia en el CRI, mi desprogramación había funcionado: me habían convencido de que la abuela estaba simplemente trastornada. En lugar de ser una persona profética.

Ahora lo ponía todo en duda.

—Hace ocho años que no hablo con ella.

Mi madre se relajó ligeramente.

—Está muy enferma, Evie.

Entonces ha de estar en casa con nosotras, estuve a punto de responder. No, dos años y podré marcharme.

—Lo entiendo.

—Creo que no. Es muy convincente. Tiene respuestas para todo. Diablos, podría poner nervioso a cualquiera con sus cuentos sobre el juicio final.

—¿Qué te ha dicho? —inquirí rápidamente.

Mi madre entrecerró los ojos y estos brillaron.

—Pregunta equivocada. No importa lo que diga. —Me señaló con el dedo—. Perdió cualquier tipo de consideración por nuestra parte el día que intentó... secuestrarte.

Desvié la mirada; una parte de mi quería sacar a la luz los recuerdos de aquel día, y a la otra la asustaban.

—Lo sé, mamá.

—Te llevó hasta la frontera con Texas antes de que la policía lograra detenerla. Dios sabe a dónde te llevaba. ¿Te acuerdas de eso?

—Recuerdo cuando la arrestaron. —A su favor debo decir que la abuela se marchó con ellos de forma pacífica y con expresión satisfecha. Con voz tranquila, me había murmurado:

—Te he contado todo lo que has de saber, Evie. Lo harás bien. Todo irá bien.

Pero yo estaba histérica. Cuando la esposaron, no hice más que golpear a los hombres mientras gritaba.

Miré a mi madre.

—Aunque no me acuerdo mucho del viaje.

No recordaba nada de lo que tenía de saber. Si creía en la abuela, aquello era señal de que *no* lo iba a hacer bien.

Nada iba a ir bien. A menos que lo recordase. *Sin prisa, ¿eh, Evie?*

—Seguro que te llenó la cabeza de tonterías.

Sí, claro. Tonterías. Los médicos me dijeron que había interiorizado algunas cosas que me había dicho. Podía ser. ¿No?

—Su madre ya estuvo enferma antes que ella y mi tatarabuela también.

Odiaba que me lo recordara. Estallé.

—Rellené el historial familiar en el CRI, mamá.

Ya sabía que era la última generación de un linaje que durante años había sucumbido a la locura.

—Evie, escucha, vas por buen camino. Podemos lograrlo. Tienes que confiar en mí.

Sopló una brisa que hizo ondear la caña...

—¿Y qué pasa con la finca? ¿Y si no llueve?

—Lo que pasa es que tu madre encontrará la solución. No te preocupes de nada excepto el instituto.

El instituto. Estudiar. Pensar en los libros me daba náuseas.

—Pero, mamá...

—Ya se me ocurrirá algo. —Se irguió con la barbilla en alto y los ojos brillantes de determinación; era toda una fuerza de la naturaleza. Una mujer de armas tomar.

Casi me daba pena la sequía.

Una vez un amigo de la familia me dijo que cuando mi padre desapareció en la cuenca en un viaje de pesca, mi madre se encargó ella misma de la búsqueda. Se había adentrado en la ciénaga, que tenía más de mil quinientos metros cuadrados, decidida a buscar a su marido, un hombre generoso y alegre, hasta debajo de las piedras.

Fue en vano. Había desaparecido sin dejar rastro. Yo tenía dos años por entonces.

Aunque Karen Greene tuviese una fachada gentil, con ese pelo y modales perfectos, me resultaba fácil imaginarla al frente de un barco con botas de pescador.

Y pensar que una vez yo había mostrado signos de ser como ella. Había querido que se sintiera orgullosa. Hasta que caí en desgracia.

Ahora solo era la última loca que vivía en Haven House.

7

DÍA 1 a. D.

—¿Así voy a competir con Clotile? —le pregunté a Mel mientras esta me guiaba hasta la silla frente al espejo de mi habitación.

¿Con ropa prestada —un top Versace de color rojo brillante y sin mangas, una minifalda negra, y unas botas largas italianas que me llegaban hasta las rodillas— y más maquillada que una puerta?

Color del pintalabios: Ramera Escarlata.

Mel había venido a casa para prepararme para la cita porque quería que mi conjunto fuera más provocador y así tener una posibilidad contra las «pechugas en libertad» de Clotile.

Anoche se presentó en el partido con un top de tubo y pantalones cortos y ceñidos.

Me convencí a mí misma de que Brand habría fallado esas mismas jugadas de todas formas. E incluso así, habíamos conseguido ganar.

Pero hasta Grace Anne se me había acercado corriendo en la banda y me había dicho:

—Vas a tener que acostarte con Brandon para retenerlo.

Como si aquello no fuese suficiente como para preocuparme, había tenido otra visión. En mitad de nuestro número de animadoras empecé a sentir un cosquilleo en la cabeza. Vi a una chica extraña sentada de perfil en la zona alta de las gradas, pero su rostro estaba demasiado borroso como para poder discernir sus rasgos.

Sujetaba un arco largo y un carcaj en el regazo y parecía brillar bajo las luces del campo. Su pelo era como la plata iluminada a contraluz: no era gris, sino reluciente.

Cuando colocó una flecha en el arco y fijó su objetivo en la distancia, se me erizó la piel. Casi olvidé un paso de la coreografía. Me obligué a sonreír, la ignoré y me dirigí a la línea de banda mientras animaba con un «¡ánimo, Stars!».

¡Ánimo, locura!

Que las visiones se sucedieran tan de seguido significaba que estaba yendo a peor. Tal y como dos de los cinco loqueros de Atlanta habían predicho.

Pues entonces disfrutaría de los días que me quedaban en Sterling. Por cómo iban las cosas, los tenía contados.

Volviendo a Mel en el presente, le dije:

—¿No debería ponerme lo que me haga sentir más cómoda? En vez de esto... —Señalé el top, un trozo de tela brillante que se ataba al cuello, que dejaba la espalda al aire y se ceñía a mi piel.

Mel se rio.

—Eves, en la escala de puritana a puta, eres prácticamente una *amish*.

La atravesé con la mirada.

—Tienes dos opciones, pequeño saltamontes. O vas más zorra que Clotile o le partes la cara. Yo me apunto a ambas.

Pensar en competir con Clotile me dejaba un amargo sabor de boca. Y, sin embargo, le había seguido la corriente a Mel cuando me eligió la ropa y los accesorios: unos pendientes negros estilo candelabro y un gran lazo de color escarlata que hiciese de diadema, porque quería que llevase el pelo con mucho volumen.

Cuando se puso manos a la obra con el difusor, convirtiendo las ondas en tirabuzones, le pregunté:

—Mel, ¿de verdad es necesario todo esto?

Aunque jamás lo admitiría, el pintalabios sí me había gustado.

—Para ya, Greene. Tienes suerte de que no vaya a usar laca. Porque podría hacerlo.

—¿Y tú cuándo te vas a preparar?

—Oh, por favor. Tardo cinco minutos. La perfección no se puede mejorar.

Y se puso a hablar y detallar su plan para seducir a Spencer.

Estaba nerviosa por lo de esta noche. Aunque no tuviésemos toque de queda, le había dicho a mi madre que me quedaría en casa de Mel después de nuestra cita doble y Mel le había dicho a la señora Warren que volvería a casa cuando ella buenamente quisiese.

Mientras trataba de encontrar la fuente de mi ansiedad, respondí vagamente a Mel con un «sí, suena bien, puede».

—En serio, Evie, ¿qué te pasa? —Dejó el difusor en la mesa—. Llevas rara toda la semana. ¿Te pasa algo conmigo?

—¡No! ¡Si eres mi mejor amiga!

—Pues claro. Pero te pasa algo. Te comportas como la tía de *Inocencia interrumpida*. —Observó mi reflejo sin ser consciente de lo mucho que se había acercado a la verdad—. No me escribes. Te pierdes *ANTM*, que es de obligado visionado. Me esquivas después del entrenamiento.

Se sentó sobre mi delicado tocador. Este crujió en protesta.

—¿Y qué te ha pasado este verano? ¿Ni siquiera me has podido llamar *una vez*? Lo único que he recibido han sido cartas sosas. ¿Quién demonios escribe cartas? ¿Por qué no usar señales de humo, o palomas mensajeras, ya puestos?

Ansiaba contárselo todo. Pero al imaginarme explicándoselo, recordé que un sinónimo de *delirante* era... *psicótica*.

—Verás, la sequía tiene preocupada a mi madre. Brand me está presionando. Este año el instituto va a resultarme imposible. ¡Ya tengo dos suspensos! ¡Soy un desastre!

Hagamos recuento de la semana. ¿Alucinaciones? Dos confirmadas, quizá más. ¿Pesadillas? Demasiadas como para contarlas. ¿Deberes hechos? Ninguno.

¿Posibles poderes imaginarios y sobrehumanos? Me habían salido garras como espinas, controlaba a las plantas y mi piel se regeneraba de forma espontánea cuando me hacía una herida.

Quizás.

Mel hizo caso omiso de mis preocupaciones.

—Ignora a tu madre, acuéstate con Brandon, suspende. Si tú suspendes, yo suspendo contigo. Caso cerrado.

Ojalá fuera tan fácil.

—¿Y si todavía no quiero hacerlo con él? ¡No funciona bien bajo presión!

Ejemplo A: mi reflejo con ojos desorbitados. Respiré para calmarme.

—Siento que todo se me está yendo de las manos. Todo el rato tengo miedo de perderlo, de perder a todos mis amigos.

—¿Te refieres a perder la popularidad? —me preguntó Mel con una mirada astuta, a lo que yo me encogí de hombros a regañadientes—. ¿*Tanto* te importa ...? —Hizo una pausa—. Si la popularidad es tu meta en la vida, entonces vale. ¿Quién soy yo para meterme en ello? Pero que sepas que el instituto se iría a la mierda sin ti, y eso no va a cambiar porque vayas a otro ritmo o te drogues sin tu mejor amiga.

—¡Esta semana he pasado por delante de la gente sin saludarles! Iba por los pasillos como un zombi.

—Todos pensarán que ha sido algo puntual. Cuando yo tengo la regla, voy por el pasillo como Godzilla. Tu pequeño mundo de ensueño es adorable comparado con escupir fuego por la boca.

La semana que viene quizá pudiera cambiar las tornas. Casi me había acostumbrado a las plantas. Si eliminaba el miedo de la ecuación, puede que...

—Lo más importante que tienes que recordar es que eres mi mejor amiga —exclamó Mel de la forma más dulce que la había oído hablar jamás—. ¿Sabes en lo raro y maravilloso que eso te convierte?

Suspiré y me volví para abrazarla.

—Oh, Mel...

Pero ella me agarró la cabeza con una llave de judo y me frotó la cabeza con los nudillos.

—Siempre me has llevado por el buen camino, Greene. Ahora no me dejes tirada ni nada, ¿vale?

—Esto es de lo más espeluznante —dijo Mel mientras atravesábamos el matorral seco que estaba cerca del molino.

Nos acercamos todo lo que nos atrevimos en su BMW y luego nos pusimos a andar por el bosque mustio. La niebla era tan densa que apenas veía donde pisaba. Otro de los dichos de la abuela se abrió paso en mi mente: «Sé precavida ante la sequía, las serpientes reptan por doquier».

—No es que haya sido idea mía, Mel.

—Espero que no. Dos animadoras en el bosque, de noche, de camino a un supuesto molino encantado.

—No sé si parece el comienzo de un chiste o una película de terror.

—Oye, al menos tu himen está en peligro de extinción. Lo que significa que llegarás a los créditos finales. Yo no tengo esa suerte.

—¿Crees que ya estarán aquí? ¿Habrán aparcado en el otro lado? Quizá debería llamarles. —Después me acordé de que había dejado el teléfono y la bolsa de las cosas para dormir en el coche junto con mi preciado cuaderno de dibujo. Me volví, pero fui incapaz de ver el BMW por culpa de la niebla.

—¿Llamar? —exclamó Mel apresuradamente—. No seas tonta. Ya casi hemos llegado, ¿no?

Al acercarnos a los restos del molino, murmuré:

—¿Has oído eso? —Me froté la nuca y sentí que me observaban. Unas luces me cegaron. Unos cuerpos se lanzaron contra mí y sus rostros se acercaron.

Chillé con todas mis fuerzas.

Los gritos de «¡sorpresa!» cesaron cuando docenas de estudiantes se quedaron mudos ante mi

reacción. Grace Anne, Catherine, *Brandon*. Todos parecían estar pasmados.

Dios mío. Es una fiesta sorpresa. Alguien había colgado luces por las paredes. Había unos altavoces colocados sobre las trituradoras. Los barriles de cerveza se encontraban sobre unas calderas de hierro.

Acababa de hacer el ridículo delante de toda esta gente.

Mel se quedó con la boca abierta al oír mi grito. Justo cuando iba a echarme a llorar, se recompuso y dijo en voz alta:

—¡Evie! Lo sabías, ¿no, perra? ¡Querías asustar a la gente cuando te diesen la sorpresa! — Imitó mi grito y después soltó un «*Lai-ji-ju*».

Cuando todos empezaron a reírse, me obligué a sonreír.

—Claro que lo sabía. ¡Llevaba esperando todo el día para hacerlo! —*¡Sonríe, Evie!*

Por fin todos se relajaron y algunos chocaron los puños contra mi hombro de forma juguetona como si hubiera hecho algo guay, una broma divertida. *Buenos reflejos, Mel.*

—No tenías ni idea, ¿no? —murmuró de refilón.

—Ni la menor idea.

—¿Tengo que darte la charla?

—Seguramente sea inevitable.

—Entonces diviértete, soldado. Porque mañana vuelves a la realidad.

Brand me aupó y comenzó a dar vueltas conmigo hasta que me eché a reír.

—Espero que no te importe.

Me mordí el labio. Puede, si la fiesta no llegaba a más ni la música subía demasiado de volumen.

Sonó un claxon. Y otro. Mel, Brand y yo dirigimos la vista a la entrada. Por el camino del viejo tractor brillaron unas luces entre la niebla. Parecía como si se hubiese producido una evacuación en masa hasta el molino.

Lo último que quería era que mi madre llamara a la policía sin ser consciente de que era su misma hija quien estaba dando la fiesta.

—Chicos, quizá no sea una buena idea.

Mel y Brandon me miraron confusos. Evie Greene no solía decir aquello muy a menudo.

—No es como si fuésemos a destrozarte la casa —exclamó Brand—. Estamos fuera.

—Mi madre...

—No se enterará jamás. Hay kilómetros de distancia entre este sitio y tu casa. Además, las paredes amortiguarán el ruido.

—Tiene razón —añadió Mel—. ¡Y piensa en las fotos! De una fiesta como esta podrías sacar algunas fotos en condiciones. —Después añadió—: Las chicas *populares* celebran sus cumpleaños desmelenándose en molinos de azúcar encantados.

Me había preocupado la popularidad, ¿no? ¿Acaso dar una fiesta por mi decimosexto cumpleaños no era algo normal? Diablos, puede que mi madre lo viese como una buena señal. Ella misma había sido muy rebelde con mi abuela y normalmente no solía ser muy estricta conmigo.

Por otra parte, quizá cambiase de idea sobre que Brandon era «un buen chico», o se hartase de las travesuras de Mel.

Antes Mel la había llamado «mujer que ha parido a Evie» a la cara. A mi madre no le había hecho mucha gracia.

No sabría lo que hacer si me prohibía verlos.

—Te prometo que todo irá bien —dijo Brand—. Te doy mi palabra. —En lugar del saludo

Scout con los tres dedos, me mostró el símbolo de la paz.

Decidí pensar que estaba de coña.

Todavía seguía indecisa cuando Brand se metió la mano en el bolsillo.

—Oh, ¡casi se me olvida! Tu regalo de cumpleaños. Iba a esperar al lunes, pero pensé que quizá te gustaría llevarlo hoy. —Me dio una cajita envuelta en un lazo aplastado.

La abrí y vi un gran solitario en una cadena de oro blanco. Precioso. Iría a la perfección con mis pendientes de diamante.

Mel se llevó las manos al pecho y habló en tono persuasivo:

—¿Y lo único que quiere es montar una fiesta en tu molino de azúcar? —Después frunció el ceño—. Vaya, eso ha sonado mal.

—¿Te gusta? —preguntó él, nervioso. Lo cual me pareció adorable.

Tocada y hundida.

—Me encanta. Y me encanta mi fiesta sorpresa. —Me puse de puntillas y le di un beso rápido en los labios—. Gracias.

Él me sonrió y me pasó un vaso salpicado de cerveza.

—¡Chin, chin, Eves!

Levanté el vaso con vacilación. ¿Me sentaría mal el alcohol por culpa de las pastillas? Pero, oye, ¿acaso mi cabeza podía ir a peor? Quizá incluso empezase a alucinar... *ja, ja*.

De todas formas, me quedaba poco tiempo aquí.

—¡Chin, chin, chicos!

Durante la siguiente hora, todos se dedicaron a beber el líquido ambarino del barril hasta que, en palabras de Brand, nos pusimos «*depo*».

Se presentó más y más gente y convirtieron mi fiesta en un botellón salvaje y confuso. Vi a personas que no conocía e incluso uniformes de otros institutos.

A lo largo de la noche observé varios intentos de Mel de tontear con Spencer, sin éxito. No obstante, ahora, mientras bailaba conmigo sobre una plataforma, por fin la estaba mirando.

Ella y yo estábamos cantando tan alto que me casi me quedé ronca, y bailamos tan alocadamente que el mundo comenzó a darme vueltas. Por una vez no luché contra aquella sensación. Nos estábamos riendo por algo cuando divisé a Jackson Deveaux apoyado contra un muro derrumbado en la parte de atrás.

Entonces me percaté de que los demás estudiantes traspasados también estaban empezando a mezclarse con la gente. El conjunto de Clotile seguía haciendo que el mío pareciese de una tribu *amish*.

Pero no me podía enfadar porque estuvieran aquí. Me encogí de hombros y pensé: *todo va a acabar bien*.

Mientras bailaba, los ojos de Brand estaban fijos en mí, no en Clotile. Miré a Jackson con suficiencia; su mirada oscura también estaba puesta en mí.

Aturullada, estiré los brazos hacia Brand y le insté a que me ayudase a bajar. Pero, en cambio, me levantó y dio vueltas conmigo entre sus brazos. Me reí con la cabeza echada hacia atrás. Vueltas... vueltas...

¿Un cosquilleo en la nariz?

De repente vi al chico enigmático. Se encogió de hombros de un modo desafiante, como si hubiera hecho algo que pudiera cabrearme.

Desapareció en la siguiente vuelta, pero volví a vislumbrar a la chica con la cara borrosa una vez más.

Jadeé y vi que algo se movía entre las ramas de los árboles sobre nosotros. ¡Había otro chico!

Iba vestido con ropa antigua, tenía el pelo largo y oscuro y unas alas negras.

Un último chico apareció mientras giraba: un muchacho envuelto en electricidad.

La chica y los dos chicos parecían estar esperándome, listos para atacar.

Me sacudí entre los brazos de Brandon hasta que este me dejó en el suelo. Se rio y me preguntó:

—Evie, ¿vas a vomitar o qué?

¡O qué! ¡O qué!

Me llevé una mano a la frente, porque ahora cuando volví a mirar en derredor no vi nada fuera de lo normal. Esa gente había desaparecido como la niebla.

8

Alguien estaba subiendo las escaleras hasta mi escondite.

Después de separarme de Brandon y asegurarme que estaría bien tras un breve descanso —de nuevo me tomó la palabra sin rechistar—, me subí a una plataforma cerca de la antigua chimenea, ya que necesitaba estar sola y vigilar lo que sucediese a mi alrededor.

Me senté con las piernas colgando por el borde y tuve cuidado de no aplastar un trébol que había crecido entre los ladrillos. Desde aquí podía observar la fiesta como si se tratara de una casa de muñecas que hubiese cobrado vida.

El tiempo pasaba y la gente seguía apareciendo.

Desconexión. ¿Por qué no podía estar ahí abajo divirtiéndome como una adolescente normal? ¿Por qué siempre me tenía que sentir amenazada? ¿O en el punto de mira?

¿Y por qué mi escandalosa fiesta de cumpleaños continuaba... sin mí?

Casi como respuesta, un jugador de fútbol americano enseñó el culo y dejó entrever también la entrepierna. Suspiré. Ya no podría borraré de la mente. Jamás.

Fue entonces cuando sentí que alguien subía las escaleras. ¿Quién más sabía cómo llegar hasta aquí?

Jackson. Con dos vasos de plástico.

Solté aire decepcionada.

—¿Cómo me has encontrado?

—No hay muchas minifaldas negras que me pasen desapercibidas, *cher*. —El cajún ligón. Se sentó a mi lado y me ofreció uno de los vasos—. Toma.

Lo acepté a regañadientes y eché un vistazo a la bebida.

—¿Le han echado droga?

—Puede. —¿Estaba arrastrando las palabras? Parecía ebrio, su acento sonaba más pronunciado y estaba despeinado.

—Qué bien.

¿Acaso era yo quien las arrastraba?

Eso parecía, porque Jackson respondió:

—La mojigata de Evie Greene se ha pillado una buena cogorza. De haber sabido que eras una joven delincuente, quizá habría pedido una nueva *podna* en historia.

—¿Joven delincuente? ¿Tus iniciales no son J.D.? Quien se pica...

Le dio un trago a su cerveza, pero vi que había apretado los labios, como enfadado.

—Así que aquí estamos, el cajún J.D. y una animadora del Sterling High que dibuja mierdas góticas muy extrañas. Calé a todos estos idiotas fácilmente, pero a ti... —Sacudió la cabeza—. Hay algo en ti que no me cuadra. No me gustan los puzzles sin resolver. *Evangeline* —añadió—. Tienes nombre cajún, ¿eres parte cajún? ¿Por eso sabes hablar el dialecto?

—¿Cómo has averiguado cuál es mi nombre completo?

Se encogió de hombros con la palma de una mano hacia arriba, la respuesta más odiosa que podía darme, y volvió a beber de su vaso.

—¿Qué haces aquí, Jackson?

—¿Es que las fiestas de Sterling están vetadas para los cajunes?

—Simplemente no esperaba veros a tus amigos y a ti en mi fiesta de cumpleaños.

—¿Es tuya? Nos enteramos de lo de la fiesta en otro condado y seguimos el camino hasta la bebida gratis.

—Todo un fiestero. —Me eché el pelo sobre uno de los hombros y me abaniqué.

Al quedarse callado, me giré hacia él y me lo encontré mirándome el cuello con los ojos entrecerrados.

—Joder, Evie, qué bien hueles.

¿Por qué mencionaban todos mi olor? Hasta Mel me había pedido la colonia. La cosa era que no llevaba ninguna.

Jackson seguía con la vista fija en mí. Lo miré con cautela y me alejé ligeramente de él.

Parpadeó y luego tosió con el puño en la boca.

—¿Por qué no estás abajo en tu propia fiesta?

—Necesitaba un descanso.

—Ajá. —Vació el vaso, y seguidamente le dio un trago a su petaca.

Olí el aroma del whisky en su aliento, pero no lo encontré desagradable.

—Bebes de ahí constantemente. Y, sin embargo, nunca te he visto borracho.

—¿Quieres emborracharme, tú? ¿Aprovecharte del viejo Jack?

—Antes empezaría a usar la tercera persona para referirme a mí misma que aprovecharme de ti, Jack.

—Ja. Entonces, *cher*, ahora que has conseguido tenerme a solas contigo, ¿cuáles son tus intenciones?

Bebí del vaso.

—Estás fumado.

—Veo cómo me miras, como si me desnudases con los ojos.

—Claro que sí. Tengo novio.

—Entonces, ¿por qué no está contigo ahora mismo? ¿Por qué no te lleva los libros en el instituto?

¿Y por qué se había fijado Jackson en eso?

—¿Debería? ¿Solo porque soy mujer? Soy igual que él, y llevaría los suyos si él hiciese lo mismo con los míos.

—De donde vengo, un hombre lleva las cosas de una mujer porque es educado y para hacerle saber a otros que está pillada. ¿Cómo va a saber nadie que eres suya?

—*No soy de nadie*. ¿Has salido del pantano o de una cápsula del tiempo?

Jackson se inclinó hacia delante hasta que nuestras caras quedaron a escasos centímetros de distancia.

—Eso no ha sido muy amable, Evangeline. ¿No quieres ser *doux à moi*?

Dulce conmigo. Deslizó un dedo por debajo de mi top, justo entre mis pechos...

—¡Jackson!

Entonces me percaté de que había levantado mi nuevo colgante.

—Menudo dineral, ¿no? —Sus ojos mostraban una expresión impenetrable.

—Un regalo por adelantado de Brandon.

—Y yo sé qué le vas a dar tú a él. —Soltó la cadenita.

—No sabes nada de mí. ¿Entiendes? *Nada*.

Uno de los tréboles se enroscó en torno a mis nudillos, lo que me pareció extrañamente reconfortante.

—Empiezo a hacerme una idea. ¿Radcliffe te conoce?

—Por supuesto —respondí, aunque tenía mis dudas. ¿Es que no sentía la presión a la que estaba sometida? ¿Por qué añadía más peso sobre mi espalda?

—*Une menterie*. —Mentira.

—No me importa lo que digas. Sé que mi novio y yo estamos bien.

Él se rio con desdén.

—Siempre que no te importe compartirlo con algunas morenas cajún. Lo cierto es que ha estado rondando a Clotile. Y lo sabes. Por eso vas vestida así. —Me señaló con la mano.

—¿Así cómo?

Otra mirada impenetrable. Otro sorbo a su petaca.

—Diferente.

—Brandon no está... rondándole a nadie. *Me quiere*. Me ha dicho que piensa en mí en todo momento. —¡Tanto como en el fútbol americano!—. ¿Es que no te preocupa tu novia?

—¿Novia? Si Clotile seguramente sea mi hermana.

Abrí la boca de par en par. ¿Seguramente? Jackson y yo no solo éramos de mundos diferentes, sino de universos distintos también.

—Mira a Radcliffe ahí abajo. ¿Crees que ahora mismo está pensando en ti?

Brand estaba rodeado de una manada de guarras mientras bebía del barril de cerveza como si de agua se tratase. El alma de la fiesta, adorado y venerado.

¿Dónde estaba Mel? Normalmente no dejaría de darles codazos a todas esas chicas. No la había visto a ella, ni a Spencer, en un buen rato. Me levanté y pasé por encima de Jackson para ir a buscarla.

—¿Adónde vas, Evie?

Aunque hice caso omiso de él, me siguió por las escaleras. Cuando por fin llegué de nuevo al piso de abajo, vi una sombra merodear entre los coches aparcados. Entrecerré los ojos, pero con la niebla no se podía ver nada. ¿Era otra alucinación?

Me acerqué con cuidado para ver mejor, pero Jackson se interpuso en mi camino. Me moví hacia la izquierda y él me bloqueó el paso.

—No tengo tiempo para esto.

Empezó a guiarme poco a poco hacia el molino.

—Para ya, Jackson —estallé en cuanto mi espalda chocó con la pared de ladrillo. La música estaba tan alta que sentía las vibraciones contra la piedra.

Jackson se inclinó hacia mí y frunció el ceño.

—¿Llevas algún tipo de perfume caro? Nunca había olido a nadie como tú.

—No llevo perfume.

Me miró como si estuviese mintiéndole.

—Hueles casi como a... madreSelva.

—Que no llevo nada.

—Mi sueño hecho realidad. —Las comisuras de sus labios se curvaron; era la primera vez que veía esa sonrisa en él, tan parecida a una de sinceridad.

Por mucho que no quisiera, la media sonrisa me afectó y se me aceleró el corazón.

¿Acaso estaba Jackson tonteando conmigo? ¿Cómo un chico normal? ¿Y no para hacerme sentir incómoda?

Mala suerte. Entre Brandon, la Muerte y el chico enigmático ya tenía más que suficiente.

Y ese lado ligón de Jackson me hacía sentir recelosa. Aunque el cajún era guapo gracias a esas facciones duras, probablemente confiase más en la Muerte y su armadura impenetrable que en él.

—Déjame en paz.

—En cuanto hagas un par de cosas. Admite que hablas francés y enséñame el resto de tus dibujos.

Desvié la mirada por encima de su hombro, no quería seguir hablando.

—¿Por qué te interesa tanto? ¿Por qué estamos hablando siquiera? Me odias, ¿recuerdas?

—*Mais* sí. —Por supuesto. Apoyó la mano en la zona de la pared a mi lado y murmuró a la vez que se inclinaba hacia mí—: Pero puede que quizá también te desee.

Acababa de enterarme de algo que jamás hubiera sospechado. Un chico podía tener ganas de acostarse conmigo sin necesidad de caerle bien. De hecho, hasta podía odiarme.

—Quizá haya decidido perdonarte por causarme *la misère*. —Problemas.

Solté el aliento; estaba cansada de estos juegos. Estaba cansada de todo.

—Escucha, Jackson...

—Llámame Jack.

—No. Porque no somos amigos. —Imité su acento y dije—: Y solo tus amigos te llaman Jack, ¿no?

Él me volvió a sonreír, con sus dientes rectos y blancos.

—Puede que no seamos amigos, pero estamos a punto de serlo. —Sentía el calor que transmitía su piel. Olía a algo delicioso, como a bosque, a algo un poco salvaje.

Su mirada transmitía algo indescifrable. Parecía prometerme algo en silencio, pero no sabía qué.

—¿A punto?

—Voy a besarte, *cher*.

Mis pensamientos se dispersaron. Aunque el momento había empezado a parecerme un sueño, no quería ser infiel.

—Tengo que... volver a donde está Brandon.

Posé las manos en el torso de Jackson para alejarlo, pero sus músculos se flexionaron bajo mis palmas y el calor me atrajo como un imán.

—No permitiré que vuelvas con ese, no hasta que me des un *bec doux*. —Un beso dulce. Después alargó la mano y me desató el lazo del pelo.

—¿Qué haces? —murmuré.

—Un regalo. —Se lo guardó en el bolsillo, y por alguna razón me pareció lo más sexi que hubiese visto nunca.

La energía empezó a fluir por mi cuerpo. ¿*Cansada*? Ya no. Me sentía viva y emocionada por primera vez en meses.

¿Dónde estaba la desgana que había sentido al pensar en besar, en los chicos y en el sexo?

En ese momento, me moría porque el chico cajún me besase. No me importaba la reputación, los amigos a los que decepcionaría, la popularidad que perdería o que él se ganaría el derecho a jactarse.

Tenía que saber lo que su mirada prometía.

Jackson me miró a los labios, y sin darme cuenta siquiera, los humedecí.

—Eso es, *bébé* —exclamó con voz ronca y persuasiva—. *Ma bonne fille*. —Mi buena chica.

Me pasó un brazo por la espalda y acunó mi barbilla con la otra mano.

—Evangeline, voy a besarte hasta que se te doblen los dedos de los pies, hasta que respiremos el uno por el otro...

Esa era la promesa...

A lo lejos, o eso me pareció, oí que alguien gritaba «¡Jack!».

Él ignoró la voz y se acercó más a mí.

—¡Jack!

Nuestros labios estaban a punto de rozarse...

—¡JACK DANIELS! —Me di cuenta de que Lionel le estaba tirando del brazo.

Cuando Jackson se giró, su mirada fue la más peligrosa que le hubiera visto jamás a nadie.

—¿Qué quieres? —Espetó furioso.

—Hora de irse, *podna*.

Jackson negó con la cabeza de forma exagerada y afianzó más el brazo alrededor de la zona baja de mi espalda.

—Ya está. Es. Hora. De. Irse. —repitió Lionel.

A saber a qué se refería. Pero Jackson le estaba escuchando con atención.

Lionel se dirigió a mí.

—Evie, te buscan ahí dentro.

—Oh, ¡oh! —Me liberé del abrazo de Jackson, pero no pude evitar mirarle por encima del hombro.

Cuando me mordí el labio inferior, pensé que vendría a por mí, pero Lionel volvió a tirar de su brazo. Jackson le gruñó a su amigo: «Quiero probar a esa chica». La mirada de sus ojos ardientes...

Lionel dijo algo que no pude oír.

Algo que hizo que Jackson torciese el gesto.

—Vete, Evie —exclamó de forma nada amable—. ¡Ya! Vuelve a donde estén tus amigos.

Me dolió la brusquedad de su rechazo, que me sorprendió todavía más. Me apresuré a entrar y me rocé los labios con los dedos. Dios, casi había besado a otro chico. Casi había engañado a Brandon, que no se lo merecía.

Me paré en seco.

Clotile se estaba acercando a Brand de manera provocativa y él parecía estar más que encantado; incluso había alargado la mano hacia ella. Abrí la boca de par en par cuando este la ayudó a poner las piernas en alto para beber directamente del barril, con todo lo que aquello repercutía a nivel de vestuario. Los jugadores de fútbol americano los vitorearon.

¡Qué humillación! Y en mitad de esa crisis vergonzosa solo era capaz de pensar en una cosa: *por favor, que Jackson no vea esto*.

Me abrí paso entre la multitud y me dirigí hacia el barril. Cuando Brandon me vio, enrojeció y ayudó bajar a Clotile, que se encontraba muerta de risa.

Me sentía abochornada por que todos hubiesen sido testigos de la escena, y también cabreada. El miedo me abandonó y miré a Brandon.

—Qué, grandullón. ¿Por qué no le das a tu novia un beso?

—¿Aquí? ¿delante de todos? —preguntó.

¿Dudaba?

—Sí. *Aquí*.

Finalmente, Brandon se inclinó para pegar su boca contra la mía una y otra vez. Tras un gruñido, profundizó el beso y yo lo dejé durante un segundo, dejé que su palma me tocara el culo. Después, sonreí contra sus labios y le mordí suavemente el labio inferior.

Pero en lugar de reírse, se apartó con los ojos medio cerrados.

—Ah, Evie, no sabes...

—¿Me acompañas al río? —lo interrumpí.

Aturdido, murmuró:

—Te seguiría al mismísimo infierno.

Cuando salimos del molino, la satisfacción que había sentido sobre mi pequeña victoria disminuyó un poco, porque ahora tendría que lidiar con un chico borracho y desesperado por pillar cacho.

En cuanto el agua estuvo a la vista, Brandon me acercó a su cuerpo.

—Hueles tan bien, Eves.

Cuando empezó a besarme el cuello —con bastante urgencia—, me quedé mirando, ausente, a la niebla. Ya había vuelto a encontrar la desgana.

No, Evie, sé inteligente. Me recordé a mí misma lo fácil que era leer a Brandon, lo extrovertido que era. Era el tipo de chico que *necesitaba* en mi vida.

No podía perderlo. Sobre todo, por culpa de otra chica.

—Oye, espera.

—Ajá. —No esperó.

Acuné su cara con las manos e hice que me mirara.

—He tomado una decisión.

Su cuerpo se tensó.

—¿Sí?

—He pensado mucho en el tema y...

Se escucharon unas sirenas.

La gente empezó a gritar.

—¡La policía!

Abrí los ojos como platos. ¿Había venido el sheriff?

—¡Joder, Brandon! —Me tambaleé cuando la música dejó de sonar.

Él me agarró del codo.

—¡Yo me ocupo, Eves! Le diré al sheriff que solo he sido yo y otros jugadores de fútbol y que la fiesta se nos ha ido de las manos.

—¡Te arrestarán!

—Lo dudo. Mi padre juega al golf con el sheriff. ¡Todo irá bien! *No* has estado aquí. —Me dedicó una sonrisa borracho perdido.

En ese momento me pareció un héroe.

—Simplemente espérame aquí. Encontraré a Mel y le diré que se reúna contigo. —Se volvió y se fue corriendo.

—¿Brandon? —Lo llamé. Miró por encima del hombro y yo abrí la boca para decirle «te quiero», pero lo que salió de mis labios fue un simple «eres el mejor».

Se despidió con algo de torpeza y después se dirigió a la guerra.

Me mordí el labio cuando me quedé sola. ¿De verdad se podría encargar de esto Brandon? Una parte de mí esperaba oír más ruido de sirenas, o quizá una furgoneta grande para llevarse a los arrestados.

Mi primer impulso fue llamar a Mel, pero mi teléfono y mis cosas... ¡se habían quedado en su coche!

Una fría brisa entró en contacto con mi piel, disipando la niebla y haciendo volar las hojas hasta la superficie del río. Me froté los brazos cuando de repente me sentí congelada.

Justo detrás de ese viento se acercaron unas nubes con muy mala pinta. ¿Una tormenta? En Luisiana solíamos tener microrráfagas. No me preocupaba demasiado, me encantaría que lloviese.

No, no me preocupaba demasiado, hasta que sentí un escalofrío en la nuca.

Cada ruido o grito de animal pareció magnificarse. Giré en círculo, pero no vi a nadie. Sin embargo, sentía que alguien me observaba. ¿Era solo una paranoia? ¿Otro síntoma?

A continuación, volví a sentir ese cosquilleo. ¡Oh, no, no! *Ignóralo. Resiste...*

Un rayó cayó a menos de doscientos metros de mí.

Grité, cegada de manera temporal, y esperé a que el ruido sordo del relámpago sonase. No lo hizo.

Otro rayo silencioso cayó aún más cerca; impactó contra el suelo con tanta fuerza que chispas y tierra salieron volando hacia el cielo.

Me quedé mirando pasmada. Suciedad y chispas se veían entre la brisa, y fue aquello lo que me impulsó a moverme. Corrí hacia el borde del río.

Un tercer rayo me obligó a acercarme todavía más al agua, hacia los juncos infestados de serpientes mocasín.

—¡Mierda, mierda!

Mis pies pisaban el fango y el barro de la superficie, que hacían que mis botas se hundieran. Acabé corriendo de puntillas.

Después de que cayesen más rayos, me percaté de que parecían estar *persiguiéndome*.

Esto no podía ser real. Porque, en lugar de rayos, ahora veía lanzas, como jabalinas. Eran plateadas, con símbolos grabados, pero explotaban cual rayos ante el impacto.

No es real, no es real, me repetía histérica, moviendo los brazos para tener más velocidad. *¡Rechaza la alucinación!*

Una cayó justo a centímetros de mi última pisada. ¡Alguien intentaba matarme! Di tumbos hacia delante y puse rumbo de vuelta al molino. ¡Prefería que me arrestaran!

—¡Dios! —Me tambaleaba entre los árboles a la vez que esquivaba ramas que parecían alargarse hacia mí y hacer que me quedara quieta—. ¡Uf!

Me arriesgué y miré hacia atrás. Alguien, o *algo*, me perseguía. Me percaté de que mis garras de espinas habían aparecido y casi me entristeció más que...

Choqué con el fuerte torso de un hombre.

9

Casi me caí de culo, pero una mano vendada me agarró del brazo. Alcé el rostro.

Jackson.

—¿Qué te pasa, chica?

Lo miré a la vez que recuperaba el aire.

—¡Hay r-rayos!

Curvé los dedos para esconder las garras y esperé a que volviesen a su forma natural.

—¿Te asustan unos rayos? —Me miró de forma peculiar, como si lo decepcionara—. Sabía que eras blanda, pero joder, Evie.

Su mirada me dolió. Me alejé de él al temer estar a punto de llorar frente a él.

—Estaban muy cerca.

—Era de esperar de una chica de Sterling.

—¡No, esto era distinto! Eran... —Como rayos, pero no lo eran. Eran eléctricos, sofocantes, pero gélidos a la vez.

Aun así, cuando miré hacia el cielo, vi que estaba despejado; una noche tranquila.

—¿Estás aquí sola?

Asentí temblando.

—Se suponía que tenía que encontrarme con Melissa.

—Todos se han marchado.

—Entonces, ¿qué haces tú aquí? —De hecho, me sentía más segura en su presencia. No sentía ninguna amenaza por su parte, y eso que era un delincuente con amplia experiencia en peleas. Sabía que había acertado algunos cuantos puñetazos como mínimo—. Creía que te habías marchado.

Me miró.

—Quizá haya vuelto para reclamar mi beso.

Rechiné los dientes cuando le contesté.

—Ya te he dicho que tengo novio.

—Y yo también te he dicho que no lo parecía. Lo que me parece es que Radcliffe te ha abandonado en el bosque. Si fueses mía, no dejaría que te alejases de mi vista, ni mucho menos te dejaría aquí sola.

¿Por qué estaba tan empeñado en que las chicas fuesen de los chicos?

—Brandon ha ido a solucionar las cosas con el sheriff.

—Claro —espetó Jackson con la voz cargada de desprecio.

—Voy a buscar a mis amigos.

—Espera un momento. No puedes volver ahí. Te pescarán. —Al quedármelo mirando sin entender, añadió—: arrestar, atrapar, pillar.

—Vaya, esperas que hable cajún y como una delincuente.

Se pasó las manos vendadas por el pelo.

—Supongo que no puedo dejarte aquí. —Empezó a alejarme del molino. O eso creía. Estaba tan desorientada que era incapaz de saber a dónde nos dirigiáramos.

—¿Por qué estás siendo tan educado conmigo?

—No lo estoy siendo. Solo quiero que te subas a mi moto con esa falda. ¿Adónde te llevo?

Lo miré y parpadeé.

—Vivo aquí.

—¿Vives en esta finca? ¿En esa mansión escalofriante al final del camino? No me extraña que estés mal de la cabeza.

No contradije lo de escalofriante, o el comentario de estar mal de la cabeza.

—¿Has visto mi casa?

Jackson miró hacia el horizonte.

—La vi una vez desde la carretera, después de la cosecha. Cuando era pequeño. —Se pasó la mano por la boca, estaba claro que querría estar en cualquier otro sitio antes que aquí—. Te llevaré a casa. —Me percaté de que nos habíamos detenido cerca de su moto, que estaba aparcada en el bosque.

¿Dónde estaban sus amigos? ¿Y Clotile?

—¡Espera, no puedo ir a casa! He bebido. Se supone que voy a pasar la noche con Mel.

Arqueó las cejas y me miró como diciendo: «¿Y eso me tiene que importar?».

—Dos opciones, *peekôn*.

Fruncí el ceño. *Peekôn* significaba espina.

—Puedo llevarte a casa. O puedo dejarte aquí. Sola.

¿Y si había mas rayos? No quería quedarme aquí sola, al menos no hasta llegar al campo de caña. Pero no podía volver a casa en moto.

—Ninguna de esas opciones me vale.

Bebió de su petaca.

—Ninguna otra cosa me vale a mí.

—Entonces vete. —Seguro que no me dejaba aquí sola.

—*Bonne chance, peekôn*. —Se dio la vuelta y se dirigió a su moto.

—¡Espera, Jackson! ¡No puedo montarme contigo! Mi madre odia las motos y me oír si intento entrar. —Bajé la vista hacia mis botas italianas llenas de barro y murmuré—: ¿Me acompañas andando? ¿Solo hasta el campo de caña?

Expulsó aire claramente irritado.

—Iré contigo hasta allí.

Quitó la pata de cabra y empujó la moto.

La niebla nos rodeaba mientras caminábamos en silencio.

Aunque estaba ligeramente ebrio, también parecía estar alerta. Y andaba tan de mala gana que sentía la tentación de explotar y de decirle «¡Dios, vete de una vez!».

Pero los rayos me habían asustado. Aunque no hubiesen sido reales.

Odiaba sentirme así. Odiaba querer tener a Jack cerca.

Mientras proseguíamos, lo miré por el rabillo del ojo y traté de entender el entusiasmo que me había embargado cuando había estado a punto de besarme, en comparación con la desgana que había sentido cuando Brandon, de hecho, sí que lo había hecho.

Pensé en el atractivo de Brandon; sus mechones castaños y ondulados, la chaqueta de fútbol americano que siempre llevaba, y ese futuro tan prometedor que tenía por delante.

¿El de Jack? La cárcel estatal de Angola. Solo era cuestión de tiempo que lo mandaran allí.

Si Brandon era el chico bueno —que no estupendo—, Jackson era el típico chico malo, y encima ya era mala persona.

Sin embargo, con el cajún había experimentado lo que era desear a un chico, desearlo *de verdad*...

Me ofreció su petaca.

Decliné su oferta y le pregunté:

—¿Por qué bebes tanto?

—Mira quién habla. —Cuando vio que esperaba una respuesta, contestó—: Dame una razón para no hacerlo.

—Es malo para la salud.

—¿Crees que llegaré a vivir lo suficiente como para morir por culpa del alcohol? Brindo por eso.

Ladeé la cabeza y pensé en los rumores que circulaban en torno a él; los navajazos, el centro de menores, los robos en Sterling.

—Jackson, ¿eres tan malo como la gente dice?

Respondió con la boca pegada a la boquilla de la petaca.

—Mil veces peor, *fille*.

Unos truenos sonaron a lo lejos, como si atestiguaran su afirmación.

En cuanto llegamos al camino de tierra entre dos campos amplios de caña, exclamé:

—Gracias por traerme hasta aquí. Ya puedo ir yo sola.

—No te voy a dejar en mitad de un campo de caña —gruñó, aunque parecía que a cada paso que daba en él, más incómodo se sentía—. En el pantano la gente piensa que este sitio está encantado. —Me analizó de nuevo con la mirada—. ¿Es verdad?

—Puede que un poco.

Cuando la caña susurró en plena noche sin viento, me acerqué más a las hileras y rocé los tallos con los dedos separados, hallando en ellos consuelo. Aquí me encontraba a salvo.

La calma me embargó. Me empapé del aire sofocante a la vez que percibía el ruido de los insectos, el dulce aroma del rocío y los animales a nuestro alrededor.

Todo parecía tan vivo, tan lleno de vida. Suspiré y se me cerraron los párpados.

—*Drôle fille* —murmuró Jackson. En francés, *drôle* significaba divertida. En cajún, *rara*.

—¿Qué has dicho?

—Esta noche hay niebla y estamos atravesando un campo de caña que no deja de crujir. Una *p'tee fille* como tú andando por el mundo sin cuidado... ¿No deberías colgarte de mi brazo?

—Para nada.

Cuando algo se movió cerca, Jackson me preguntó:

—¿La caña no te...inquieta?

—Me encanta. Seguramente lo que oyes sean mapaches. —O serpientes.

Me percaté de que no había bebido de su petaca desde que nos adentramos en el campo. Quizá sintiese que algo no iba bien conmigo o con este sitio. Puede que se creyese los cuentos y quería estar preparado.

Cuando distinguí las luces de Haven a lo lejos, le pregunté:

—¿Eres supersticioso, Jackson?

—*Mais* sí. Que sea católico no significa que no pueda ser supersticioso —respondió y respiró aliviado cuando salimos del campo de caña. Silbó por lo bajó al instante cuando vio Haven House—. Es incluso más grande de lo que recordaba.

Intenté mirarla a través de sus ojos. Las lámparas de gas titilaban sobre las doce columnas. La

dama de noche subía por las numerosas celosías, intentando acercarse con deseo a la antigua y enorme casa. Los majestuosos robles ya la habían atrapado; rodeaban la estructura de forma protectora.

La mirada de Jackson viajaba por el lugar con tanto interés que supuse que pronto entraría a hurtadillas.

—¿Sabes lo que creo? —exclamó al final—. Creo que eres igual que esta casa, Evangeline. Rica y elegante por fuera, pero nadie sabe qué pasa por dentro.

Resultaba sorprendentemente perspicaz a veces.

—¿Crees que soy elegante, cajún?

Él puso los ojos en blanco, como si retrocediésemos algunos pasos en nuestro acercamiento ya establecido.

—Y tanto tú como este sitio sois más raros de lo que deberíais.

No tienes ni idea, cajún. Ni idea.

Me encogí de hombros y me volví hacia el establo. Finalmente, me siguió y alcanzó a ponerse a mi lado. Cuando abrí la puerta, los caballos relincharon a modo de saludo. Bueno, todos menos mi dulce y vieja Allegra, a la cual llamé así antes de que el medicamento antihistamínico empezase a comercializarse. La pobre roncaba.

Jackson aparcó la moto en la puerta y se apoyó contra ella.

—¿Una gran mansión como esta y solo vivís tus padres y tú?

Aunque el único coche aparcado era la furgoneta Mercedes de mi madre, le dejé creer que tenía padre.

—¿Entonces sois la familia más rica del condado?

—No. Todos saben que son los Radcliffe.

Un músculo palpitó en su mejilla.

—¿Vas a quedarte aquí fuera? ¿No tienes miedo?

¿Miedo? *Me sentía extremadamente poderosa.*

—Si me lo pides bien, puede que me quede y sea tu guardaespaldas.

Cuando me reí de forma burlona, él puso una mueca.

—¿Te gusta reírte de mí, eh, *peekôn*? Disfruta ahora, porque no siempre será así.

—¿A qué te refieres?

Él se limitó a cerrar los ojos y, bajo la luz de las lámparas de gas, su mirada me pareció intimidante.

—Eres libre de irte cuando quieras, Jackson. Porque no necesito un guardaespaldas y no estoy asustada. De todas formas, no tengo más elección, ya que te has negado a llevarme donde están Melissa o Brandon.

—¿Otra vez Radcliffe? —Maldijo de nuevo y se separó de la moto para acercarse a la puerta—. ¿Aunque ayudó a Clotile a beber del barril boca abajo? Después de eso, estaba seguro de que analizarías tu definición de «pareja consolidada».

—¿Lo... lo viste?

—Todos lo vimos. Y en tu propia fiesta de cumpleaños. También te vieron después intentando recuperar su atención. Si me lo preguntas, parecías desesperada.

Me subió bilis por la garganta. Jackson había dicho que necesitaba que me bajasen los humos. Objetivo cumplido.

—Lo que no sé es qué cree que tiene Clotile que tú no. Estás guapa con esa falda, se te da bien bailar y hueles a flores. ¿Qué es lo que no le gusta?

Su sonrisa burlona me hizo estallar. *¡Suficiente!*

—¡Te lo estás pasando en grande!

—*De tout coeur*. —Totalmente.

—Claro que sí. Porque eres un chico cruel y sin clase que disfruta con la infelicidad de la gente. —Lo miré a los ojos—. Brandon es el doble de hombre que tú. Y siempre lo será.

La expresión de Jackson se volvió más amenazadora que nunca.

Di la conversación por acabada y le cerré la puerta en las narices antes de dirigirme al despacho al fondo del establo. Paseé de un lado a otro, cabreada. *¿Analizar mi definición de pareja consolidada?*

¡Quería estrangularlo!

No, no, no tenía que pensar en Jackson Deveaux; tenía que pensar en quién, o qué, me había atacado.

O al menos descubrir si me habían atacado. Cuando estudié cada detalle que pude recordar —mierda, estaba algo borracha—, tuve clara una cosa. Estaba jodida.

Podía aceptar lo de las plantas; alucinaciones o no, habían empezado a consolarme. ¿Pero los rayos con forma de jabalina? ¿La Muerte sobre un caballo pálido? ¿Ver al chico enigmático en clase?

Estaba jodida. Lo de los dos años no funcionaría. Cambio de planes. Sí, le había prometido a mi madre que no me pondría en contacto con la abuela, pero de todas formas seguiría atada al CRI.

La Muerte me había dicho: «¿nadie te dijo que me esperases?». Quizá alguien sí que lo hiciera.

Mañana llamaría a la abuela a escondidas.

A la vez que reflexionaba sobre cómo empezar nuestra primera conversación en ocho años, la cabeza y el rostro me empezaron a hormiguear. Después a doler. Poco después, el establo desapareció.

—¡No, no!

«¡Es demasiado! ¡No puedo soportarlo más!».

Cerré los ojos con fuerza, como si eso fuera a servir de algo.

Al volverlos a abrir, me encontraba en una habitación sin ventanas, con pufs en un suelo de azulejo y con posters de *La guerra de las galaxias* en las paredes. ¿Una habitación de juegos en algún sótano?

Después vi al chico enigmático ¡justo delante de mí!

—Debes prepararte, Evie —exclamó.

La sensación burbujeante que normalmente sentía ahora parecía más una migraña, como si me estuviesen insertando la alucinación en el cráneo con una pistola de clavos.

—¡D-déjame en paz! —Y después añadí para mí misma—. ¿Cuántas alucinaciones puedo tener en una noche?

—Muchas —contestó él—. Es la víspera del Comienzo. ¡Hay mucho que hacer!

Genial. Tenía tanto sentido como la otra vez que lo había visto.

—¿Quién eres?

—Matthew Mat Zero Matto. Es más fácil acordarse de mí como la carta del Loco.

Una carta. Dios. Sí que había interiorizado las enseñanzas del tarot de la abuela. Un personaje de la baraja me estaba hablando en este mismo momento.

—Y supongo que la Parca que me ha visitado, la que quiere matarme, era la Muerte.

Él asintió.

—Un arcano mayor.

¿No me había explicado una vez la abuela quiénes eran los arcanos mayores? Eran cartas especiales, ¿puede que los triunfos del tarot?

¿No hubo una vez que le cogí la baraja y las cartas se me antojaron enormes...? ¡No me acordaba!

—¿Y la bruja roja? —inquirí—. ¿Qué carta es ella? ¿Cómo puede ser que ella...? —que nosotras—... ¿controle las plantas? —Hasta ahí llegaban nuestras similitudes.

Yo era buena y ella, mala. Y punto. Yo sería la Bruja Buena del Sur, la que controlaba las plantas —todo paz, amor y unidad—, y ella sería nuestra odiada plaga.

La misma Muerte había dicho que yo era vida, y la bruja era claramente la muerte.

Me pellizqué el puente de la nariz. ¡Como si alguno de estos personajes fuera real!

—¿La bruja roja? —Matthew frunció el ceño—. Ah, ha despertado. Nos ocuparemos de ella cuando llegue la hora.

—¿Ocuparnos de ella? ¿Te refieres a luchar contra ella?

—Ella es fuerte. Tú no. Todavía.

El dolor de cabeza se hizo insoportable. Los ojos se me humedecieron.

—Matthew, ¡me duele! —Saboreé sangre bajándome por la garganta, lo cual aumentó mis náuseas.

La presión se aligeró levemente, pero no del todo.

—No quiero que te duela —dijo con voz grave.

—¿Por qué apareces?

—Campo de batalla. Arsenal. Obstáculos. Enemigos. Te he enseñado cada uno; no prestas atención, tomas pastillas, bebes.

Cuando la sangre me cayó por la nariz, apreté la mano contra ella.

—Estoy casi al límite, chico. Me refiero a que estoy a punto de ponerme a gritar, a tirarme del pelo, y de quedarme loca de remate. No puedo seguir teniendo estas alucinaciones.

Sus ojos castaños me miraron con solemnidad.

—No te fallaré. Evie, eres mi única amiga.

Sus palabras sinceras me dejaron de piedra. Me resultaba muy familiar. Justo cuando me preguntaba por qué confiaba en él, cuando él había hecho todo lo habido y por haber para que no fuera así, me recordé que no era real.

Sacudí la cabeza con fuerza; pude desenfocar la alucinación lo suficiente como para escapar. Llegué a la puerta, cogí la manta de un caballo y me dirigí al campo de caña. Las nubes de lluvia se habían reunido sobre el campo; los truenos retumbaron.

—No, Evie —dijo él—. ¡Bajo las nubes no! *La lluvia...*

Miré hacia atrás. Él parecía asustado, era incapaz de seguirme. ¿Le asustaba la lluvia?

Matthew no tenía por qué saber que las nubes de Sterling eran unas estafadoras, no habían cumplido su promesa de llover en todo el verano. Seguí caminando.

—¡No estás preparada! —me gritó—. ¡Tus ojos se iluminarán si miras hacia la luz!

—¡Déjame en paz, Matthew!

—Aléjate de las luces. ¡Aléjate! ¡Quiero que estés a salvo!

—¡Yo también!

Justo antes de llegar al borde del campo de caña, me advirtió una vez más.

—*El Comienzo está cerca...*

10

DÍA 0

Cuando no supe nada de Mel ni Brandon al medio día siguiente, el miedo me embargó. ¿Por qué no respondían al móvil?

Era imposible que los hubiesen pillado... a los dos.

Principalmente porque no parecían haber pillado a nadie más. Como no tenía el móvil, había estado conectada al ordenador, atenta a las publicaciones de otros estudiantes para obtener información.

Había estado mirando fotos de la fiesta, tanto con el barril de cerveza como individuales con los vasos de plástico, durante toda la mañana. Había leído comentarios de otros chicos alardeando de haber estado en la fiesta del año.

Ni una palabra sobre la poli. Y, al parecer, mi madre tampoco se había enterado de nada...

Me había despertado al amanecer en mitad del campo de caña; había dormido a pierna suelta durante horas. Sorprendentemente, no me había levantado con resaca, lo cual era un milagro teniendo en cuenta lo mucho que había bebido. Tanto que había alucinado peor que nunca.

Había estado desesperada por ducharme y lavarme los dientes, pero no quería que mi madre me viese con la ropa con la que había salido. Después de un rato dejé de importarme.

Había estado tan distraída con la sequía, hablando por teléfono con otro agricultor, que ni siquiera se había dado cuenta de que llevaba un top Versace y un par de pantalones de montar usados del año pasado.

Mi madre ya se habría enterado de la fiesta para entonces, pero aun así no me dijo nada, simplemente me dio un beso en la mejilla de forma distraída antes de salir corriendo a otra reunión urgente de agricultores.

Después de ducharme y vestirme, había empezado a confiar en que mi novio realmente había acallado la situación.

Tal y como me había prometido que haría. Mi caballero de brillante armadura borracho había ganado la batalla.

Palpé el enorme diamante que me colgaba del cuello y caí en la cuenta de que Brandon Radcliffe no solo era el tipo de chico que necesitaba en mi vida, sino que también era el que quería; era formal, despreocupado y fácil de leer.

Ni taciturno, misterioso o imposible de descifrar.

Decidí afianzar las cosas con mi novio para así dejar de pensar estupideces sobre los cajunes.

Con eso en mente, volví a llamar al móvil de Brandon desde el teléfono fijo de mi casa con la intención de dejarle un mensaje esta vez.

—Hola, Brand, espero que todo vaya bien. Estoy empezando a preocuparme. —Me mordisqueé el labio inferior y debatí conmigo misma cómo empezar—. Anoche, con respecto a

nuestra conversación... nos interrumpieron, justo cuando te marchaste para salvarme el culo. Yo... solo quería decirte mi decisión.

Hice una pausa; sabía que ya no había vuelta atrás.

—Mi decisión es... sí. Pasaré la noche contigo el fin de semana que viene. —*Hecho. Afianzado*—. Yo... me siento... —¿Aliviada? ¿Nerviosa?—. Eh, llámame. A casa.

Para las tres de la tarde, justo cuando Mel entraba en mi habitación, seguía sin llamar.

—¿Dónde narices estabas? —Tenía un humor de perros. Mis planes de hablar con mi abuela se habían ido al traste. No me había atrevido a llamarla desde el fiijo—. ¿Qué te pasó anoche?

—Spencer y yo nos fuimos a su coche y nos enrollamos a tope. Le di candela, nos desahogamos, y ahora está comiendo de la palma de mi mano. —Se señaló la mano con un dedo—. Aquí la menda tiene un encanto especial; Spencer quiere que tengamos una relación con exclusividad.

¿Exclusividad? ¿Ya? Me alegré por ella antes de recordar que seguía enfadada.

—Justo cuando estábamos terminando, llegó la poli —dijo Mel—. Nos escapamos por la parte de atrás.

—¿Por qué no viniste aquí a por mí? —exigí saber.

Parpadeó.

—Acabo de hacerlo. ¿Y qué te pasó a ti, Eves?

—Um. Después de que Brandon se marchase para suavizar las cosas con el sheriff y encontrarte, me quedé sola en el bosque. —«Me atacaron y estaba aterrorizada»—. Al final, caminé unos cuantos kilómetros hasta llegar a casa con el pesado de Jackson Devaux, y pasé la noche en el establo. —O, mejor dicho, en el campo de caña—. Me dejaste tirada, Mel. Preferiste a Spencer antes que a tu mejor amiga —dije metiendo el dedo en la llaga.

Ahogó un grito.

—¿Pensaba que estabas con Brandon! Romperé con Spencer como castigo.

Lo interesante de Mel es que realmente lo haría. ¿Cómo podía seguir enfadada con ella cuando yo misma le había mentido tanto? Al final, murmuré:

—Te perdono.

—¡Gracias, Greene! No quería romperle el corazoncito a Spencey. —Se tumbó bocarriba en mi cama y añadió con malicia—: Al menos, no tan pronto.

Mi portátil sonó.

—¿Un correo de Brandon? —Extraño. El noventa y nueve por ciento de las veces nos mandábamos mensajes al móvil. Usaba el móvil como ordenador, básicamente.

Todo bien cn la poli. Mi padre m va a dar la charla, eso sí. Hablams luego.

—Qué raro. ¿Por qué no me ha mandado un mensaje simplemente? No sabe que anoche me quedé sin móvil. —¿Y por qué no había mencionado el mensaje de voz que le había dejado siquiera?

—No puede mandarte ningún mensaje —explicó Mel levantando las manos para examinarse las uñas—. A todos nos robaron el móvil.

—¿Qué? —Me puse de pie.

—¿Por qué crees que no te he llamado en toda la mañana? —Se incorporó frunciendo el ceño—. Alguien robó las carteras y los móviles de la gente. Y entraron en todos nuestros coches. Pero no te preocupes, tu bolso no se lo llevaron.

Puse pies en polvorosa. Bajé corriendo las escaleras para llegar al BMW de Mel. «¡Mi cuaderno!»

—¿Qué te pasa, Evie? —inquirió a la vez que trotaba detrás de mí. No le había resultado

difícil mantenerme el ritmo.

Cuando llegué a su coche, manoseé la puerta con desesperación hasta que ella la abrió.

—Madre mía, Evie, ¡relájate!

Me temblaba la mano cuando la extendí para coger el bolso. Era imposible que un ladrón dejase el bolso, pero se llevase el cuaderno. «Por favor, que mis dibujos estén dentro...».

Me incorporé con un tambaleo.

Mi cuaderno de dibujo había... desaparecido. El que estaba lleno de ratas y serpientes bajo un cielo apocalíptico, de cuerpos mutilados por espinos y de los horrendos hombres del saco. Había dibujado a uno lamiendo sangre de la garganta de una víctima. Como un animal en un bebedero.

El dibujo de la Muerte sobre su pálido caballo, manchado de lágrimas, solo databa de un par de noches atrás.

Era el cuaderno que tanto había intentado ojear Jackson. Abrí los ojos como platos. La figura que merodeaba anoche entre los coches era... Lionel.

Él había robado los móviles y mi cuaderno de dibujo. Mi billete de vuelta al CRI.

Y Jackson me había mantenido ocupada actuando como si hubiese estado interesado en mí... para que Lionel...

Ay, Dios mío.

Contuve las ganas de vomitar y le dije a Mel:

—Sé quién tiene los móviles. Y si me ayudas, voy a recuperarlos.

11

—Has tenido ideas mejores —murmuró Mel mientras cerraba los ojos para mirar por el parabrisas lleno de mosquitos aplastados. Cuando anochece, los insectos salían por millares, y sus cuerpos se habían quedado aplastados hasta parecer brea contra el cristal.

—Puede, pero tengo que hacerlo. —Jamás me había sentido tan cabreada, y no pensaba dejar que Jackson se saliera con la suya—. ¿No puedes ir más rápido?

Pronto el sol se pondría y ni siquiera habíamos llegado al dique del condado. Habíamos tardado horas en encontrar la dirección del cajún en el ordenador de la señora Warren, y después perdí todavía más tiempo convenciendo a Mel para que me llevase a la cuenca.

—Tienes suerte de que esté contigo, Greene. No pienso perder el carné por una quinta multa en lo que lleva de año...

Todavía seguía gruñendo cuando vimos el gran dique en la distancia.

—Llamemos a la policía.

Entonces confiscarían el cuaderno.

—Jackson lo ha hecho porque es un abusón y porque puede. Nadie le dice nada. Pero ha llegado la hora de que alguien le plante cara.

—¿Cómo sabes que tiene los teléfonos? Me has dicho que él era solo el que vigilaba.

No le había contado a Mel lo bien que había hecho Jackson su trabajo, solo que me había entretenido hablando con él mientras Lionel nos quitaba las cosas.

—Simplemente lo sé, ¿vale? —Lo cual no era del todo cierto. Puede que no tuviese los teléfonos, pero sí el cuaderno de dibujo, que era mi prioridad.

No es que los móviles no fueran importantes. Aunque el mío estaba bloqueado con un código —buena suerte para acceder a mi información—, Brandon nunca utilizaba código para bloquear el suyo. Y tenía guardados todos nuestros mensajes privados de los últimos siete meses, sin contar con una carpeta llena de videos y fotos mías.

¿Estarían esos cajunes viéndome en bikini o riéndose por las caras tontas con las que posaba ante la cámara de Brandon? ¿O los chistes malos que le había contado?

¿Habían escuchado el mensaje de voz que le había enviado? «Sí, pasaré la noche contigo». Enrojecí y la ira que sentía se incrementó hasta llegar a niveles estratosféricos.

Al vislumbrar el nuevo puente que surcaba hectáreas y hectáreas de pantano, apreté los labios en una fina línea. Sin esa línea de cemento gris y soso, jamás habría conocido a Jackson Deveaux.

En cuanto llegamos al final del puente, nos encontramos oficialmente en un nuevo condado. El cajún. Donde abundaban las ensenadas y los pequeños puentes levadizos. Un par de agentes de la reserva natural estaban charlando en un arcén en el interior de sus camionetas negras.

Mel soltó aire.

—¿Por qué me obligas a ser la voz de la cordura? Sabes que nunca nos funciona.

—Tengo que hacerlo —me limité a responder. Cuando me percaté de que Jackson me la había jugado, de que el casi beso había sido una trampa, me había dolido. Aunque, para empezar, ni siquiera había deseado ese beso.

¿Por qué actuaba como si le gustase? Era una broma malvada y desalmada. ¡Lo que se habrían reído Lionel y él de mi credulidad!

—Está muy oscuro —exclamó Mel cuando nos acercamos a la curva de la cuenca. No se refería al día.

Unas nubes negras se concentraban sobre el pantano.

—Ya, pero ¿qué probabilidad hay de que llueva?

Esas nubes me recordaban a la escena que había pintado en la pared de mi cuarto, y a la mirada abrasadora que vería pronto.

Normalmente la gente no se dirigía a una zona de menos altitud cuando se acercaba un vendaval como ese. No sabía qué tormenta sería peor, la del tiempo o la que desataría la ira de Jackson.

No importaba; estaba decidida a zanjar todo el asunto esta noche. Le di instrucciones a Mel para que se dirigiese al camino de tierra que llevaba a la cuenca.

Unos kilómetros más tarde, exclamó:

—Me parece que ya no estamos en Kansas.

Vimos barcos camaroneros, chozas y astilleros llenos de cacharros oxidados. Bastantes jardines ostentaban estatuillas de la Virgen María. A pesar de saber que eran católicos, me sorprendió.

Nos acercamos al final del camino y a la dirección donde vivía Jackson. Allí había menos edificaciones, pero más palmeras enanas, cipreses y plataneras. La basura rodeaba los lirios junto a la cuneta.

Para cuando pudimos ver el pantano, ya había oscurecido, así que encendimos las luces del coche. Entre los juncos, unos ojos rojos se iluminaron. Caimanes. Eran tan grandes que algunos más pequeños estaban encima de los otros.

Vimos bastantes pares de puntitos rojos y brillantes amontonados como peldaños en unas escaleras.

Mel reafirmó las manos sobre el volante con nerviosismo, pero prosiguió. El coche se internó bajo las copas de los árboles entretejidas con hiedra y ramas, como si estuviésemos entrando en un túnel encantado.

Una vez la carretera se transformó en una senda con baches, la casa de Jackson hizo acto de presencia. Era una casa larga y estrecha, de habitaciones conectadas sin pasillo. Los listones del marco eran un caos de pintura despegada. Se habían clavado un par de pieles de caimán con chinchetas sobre las peores zonas.

El tejado era un conjunto oxidado de láminas de hojalata. En una zona habían aplanado piezas de metal y las habían unido a martillazos.

Este sitio era lo más opuesto que había a Haven. Pensaba que había visto zonas pobres. Me equivocaba.

—¿Vive ahí? —Mel se estremeció—. Es horrible.

En ese instante, me arrepentí de haber venido, como si hubiese traicionado la confianza de Jackson, lo cual no tenía ningún sentido.

—Evie, el coche se me va a atascar si sigo. Y no tenemos los móviles.

—Aún no los tenemos. Quédate aquí y yo iré andando. Volveré con nuestras cosas.

—¿Y si no está?

Señalé su moto, que estaba aparcada bajo un alero al lado del desvencijado porche delantero.

—Es suya.

Cuando abrí la puerta del coche, me dijo:

—Piénsatelo bien.

Ya lo había hecho. Toda esta situación era innecesaria. Nada de esto tendría que haber sucedido. ¡Y todo porque Jackson me había robado! Había invadido mi privacidad y quizás escuchado mis conversaciones privadas con Brandon.

Y había visto mis dibujos.

¡Sus acciones amenazaban la libertad que me había prometido no subestimar!

Recordar lo que estaba en juego me hizo cerrar la puerta del coche con fuerza y caminar hacia delante. Unas moscas amarillas volaron a mi alrededor, pero continué entre neumáticos, trampas para cangrejos rotas y raíces de cipreses.

No había ni césped cortado ni hierba cerca de su casa. En estas zonas, algunos vecinos que no podían permitirse un cortacésped «barrían» sus jardines para que no hubiera vegetación ni serpientes. Su jardín era un gran trozo de tierra compacta.

Al acercarme vi que había herramientas colgadas del techo del porche. Un machete y una sierra entrechocaban por culpa de la brisa.

Atravesé un surco seco delante de cuatro escalones que parecían poco firmes. ¿Cómo es que un chico tan grande como Jackson podía subirlos sin que se viniesen abajo?

No había llamador en la puerta de madera contrachapada y sin pintar, tan solo una palanca para abrir. La parte de abajo estaba rayada.

¿Habían sido los animales intentando entrar?

Me estremecí, volví a mirar al cielo y vi que las nubes estaban empeorando. Miré a Mel a lo lejos, que se mostraba pensativa en el coche. «Quizá sea... una estupidez».

No. Tenía que recuperar el cuaderno. Golpeé la madera con los nudillos.

—¿Hola?

La puerta se abrió con un quejido.

12

—¿Señor o señora Deveaux? —Sin respuesta—. Tengo que hablar con Jackson —anuncié a la vez que entraba en la casa.

No vi a nadie dentro, pero aun así estudié el interior. «Es tan horrible como el exterior».

El salón principal era estrechísimo; el techo era tan bajo que me preguntaba si Jackson tendría que agacharse para poder moverse por la habitación. Colgando de él solo había una sencilla bombilla que zumbaba como lo hacía una abeja.

La única ventana que había en la estancia se hallaba sellada con tablones de madera. Al fondo, vi una puerta cerrada que daba a un dormitorio, pero oí la televisión resonar en el interior.

A mano izquierda había una cocina tan pequeña que era casi ridícula. Seis peces yacían limpios junto a una sartén crepitante. Habían troceado alguna especie de animal que habían cazado y ya lo habían empanado en harina de maíz. ¿Había sido Jack el que había cazado, atrapado o disparado todo lo que veía en esa encimera?

¿Por qué había dejado el fuego encendido?

—Jackson, ¿dónde estás? —Con ojos llenos de desesperanza, observé la estancia más minuciosamente.

Junto a la pared de la derecha había un sofá a cuadros con quemaduras de cigarrillos en los reposabrazos. Habían forrado los cojines hundidos con unas sábanas deshilachadas.

Las botas de Jack se encontraban a los pies del sofá, en el suelo. «¿Aquí es donde duerme?».

Abrí la boca. Ni siquiera tenía su propia habitación.

Un libro de español para principiantes yacía en el suelo, con el lomo resquebrajado y abierto por la mitad, y junto a él un ejemplar muy usado de *Robinson Crusoe*. Aquella novela no aparecía en nuestra lista de lectura. ¿Significaba eso que leía por pura diversión? ¿Y también quería aprender a hablar otro idioma?

Sentí una punzada en mi interior. Por mucho que creyese que ya era todo un adulto, solo era un chico de dieciocho años con planes y sueños típicos de esa edad.

Puede que se imaginase huyendo a México o echándose a la mar para alejarse de este lugar.

Me sorprendió lo poquísimo que sabía realmente de él.

A la vez que desaparecía mi enfado, me recordé a mí misma que lo poco que sabía, lo detestaba. Aun así, me encontré avanzando por la estancia para apagar el fuego antes de que se prendiera la casa entera.

Me mordí el labio. ¿Dónde estaba Jack? ¿Y si el cuaderno estaba en casa de Lionel? Tampoco veía aquí ninguno de los teléfonos que nos habían quitado.

Tras apagar la hornilla, oí gritos en la parte de atrás. ¿No era la televisión?

De repente un estridente repiqueteo resonó contra el techo de hojalata. Grité del susto, pero aquel ruido lo amortiguó.

—Solo es la lluvia —murmuré para mí—. Las gotas al chocar contra la hojalata. —¡Por fin!

El agua comenzó a penetrar por las uniones abombadas de las láminas y goteaba sobre el suelo de la estancia, sobre el sofá. Jackson no tendría un lugar seco donde dormir esta noche.

Pegué un bote cuando unas violentas pisadas sacudieron la casa entera, como si alguien estuviese instalando unas escaleras de emergencia. Cuando se oyó un portazo en la parte de atrás, la puerta que conectaba con la habitación se entreabrió.

Una curiosidad morbosa me embargó e hizo que me acercase. «Un vistazo y luego me iré...».

Una mujer de mediana edad yacía inconsciente sobre un colchón lleno de manchas, con el pelo negro como el azabache revuelto cual halo alrededor de la cabeza. La postura en la que se encontraba era casi indecente; la bata que la cubría se le había subido por las piernas y dejaba a la vista gran parte de ellas. Le colgaba del cuello un rosario de relucientes cuentas de ónice y del que pendía una pequeña cruz gótica.

Un brazo le colgaba por el lateral de la cama y pude ver una botella vacía de *bourbon* en el suelo, justo debajo de sus dedos. También vi un plato intacto de huevos revueltos y tostada sobre una caja de cartón junto a la cama.

¿Esa era la señora Deveaux?

Un hombre alto y con quemaduras del sol, ataviado con un mono de trabajo mojado, entró en mi campo visual. Comenzó a pasearse junto a la cama a la vez que gritaba a la mujer inconsciente y hacía aspavientos con un puño y su propia botella de licor.

¿Ese hombre era su marido? ¿Su novio?

Sabía que tenía que marcharme, pero me quedé clavada en el sitio; no podía dejar de mirar.

Entonces vi a Jackson al otro lado de la cama cerrándole la bata.

—*¡Maman, réveille!* —murmuró con urgencia al tiempo que le sacudía un hombro a la mujer.

La mujer farfulló algo, pero no se movió. Por el modo en que la miraba Jackson con tanta protección... supe que él le había preparado aquel desayuno por la mañana.

Cuando el hombre borracho se acercó tambaleante hacia ella, Jackson le apartó el brazo de malas maneras.

Ambos comenzaron a gritarse en francés cajún. Incluso con lo que yo entendía, apenas pude seguir su discusión. Por lo que intuí, Jackson estaba intentando echar al hombre a la calle y le había dicho que no volviese nunca más.

El hombre volvió a alargar el brazo hacia la señora Deveaux. Jackson lo apartó una vez más. Entonces ambos se encararon a los pies de la cama. Sus voces no hacían más que subir y subir de volumen mientras rugían de ira y se rodeaban.

¿Aquel idiota no veía el brillo en los ojos de Jackson? ¿Aquel que prometía infligirle mucho dolor?

En vez de tomar nota de aquella advertencia, el hombre agarró el cuello de la botella y estampó el culo de la misma en el alféizar. Con sorprendente rapidez, atacó a Jackson con el extremo dentado. Jackson repelió el golpe con el antebrazo.

Vi hueso antes de que la sangre comenzase a brotar. De golpe, me tapé la boca con el dorso de la mano. ¡No podía imaginarme ese dolor!

Pero... ¿Jackson? Él simplemente sonrió. *Un animal mostrando los dientes.*

Por fin, el borracho retrocedió presa del miedo. Era demasiado tarde. Jackson abalanzó su enorme cuerpo y comenzó a asestarle puñetazos.

Un chorro de sangre brotó de la boca del hombre, y luego otro, y aun así Jackson siguió golpeándolo sin piedad. La fuerza de su imponente figura era brutal, su mirada salvaje...

¿Por qué no podía salir corriendo? ¿Por qué no huía de este sórdido lugar?

De esos sonidos horribles: la lluvia furiosa sobre el techo de hojalata, el farfullar de la mujer,

los gruñidos del borracho cuando Jackson le acertaba golpe tras golpe.

Entonces... Jackson le asestó un último puñetazo en la mandíbula. Creí oír cómo el hueso se fracturaba.

La fuerza del golpe hizo girar al hombre sobre uno de sus pies hasta caer al suelo babeando sangre y algunos dientes.

—*Bagasse* —se burló Jackson riéndose con crueldad.

Despojo. Lo había golpeado hasta dejarlo papilla literalmente. Me tapé los oídos con los antebrazos para combatir un mareo.

Ahora que el hombre había caído, la ira de Jackson pareció menguar. Hasta que, despacio, giró la cabeza hacia donde yo estaba. Frunció el ceño con desconcierto.

—Evangeline, ¿qué estás...?

Barrió la estancia con la mirada, como si estuviese viéndola a través de mis ojos. Como si viese este cuchitril por primera vez.

Incluso después del alarde de pura violencia de Jackson, no podía evitar seguir compadeciéndolo.

Él debió de percatarse de eso por mi expresión, porque su rostro enrojeció de la vergüenza. Su desconcierto desapareció y reapareció la rabia. Sus ojos casi rebotaban de ira.

—¿Por qué mierdas has venido aquí? —Los tendones de su cuello se tensaron mientras se acercaba despacio hacia mí—. ¡Dime por qué estás en mi puta casa!

Yo solo pude quedarme mirándolo a la vez que retrocedía. «No le des la espalda, no apartes la mirada...».

—¿Qué hace una chica como tú en la cuenca? ¡*C'est ça coo-yôn!* ¡*Bonne à rien!* ¡Eres una inútil que solo sabe meterse en problemas! —Nunca lo había oído hablar con un acento tan marcado.

—Esto... yo...

—¿Querías ver cómo vivimos la otra mitad? ¿Es eso?

Crucé de espaldas el umbral de la puerta principal hasta casi llegar a los escalones del porche.

—¡Quería recuperar el cuaderno que me robaste!

Un relámpago iluminó el cielo y resaltó la expresión iracunda de Jackson. Al instante tronó y la casa se sacudió con tanta violencia que hasta el porche repiqueteó. Grité y me bamboleé en un intento de recuperar el equilibrio.

—¿El cuaderno con todos esos dibujos disparatados? ¡Y tú vienes a recriminarme! —Cuando Jackson alargó su brazo herido para agarrarme, yo retrocedí y salí rápidamente bajo la fuerte lluvia.

Aquel escalón medio suelto pareció ceder bajo mi pie y el dolor se extendió por mi tobillo.

Me sentí caer... y caer... hasta que aterricé de culo en un charco de barro. Jadeé y escupí tanto barro como agua de lluvia, demasiado impactada como para llorar.

Algunos mechones de pelo empapados se me pegaron a la cara y a los hombros. Intenté ponerme de pie, pero el barro se me tragaba cada vez más. Me aparté el pelo de los ojos y me llené la cara de lodo en el proceso.

—¡Tú! —chillé a la vez que intentaba parpadear bajo la lluvia. Quería despotricar contra él, culparlo del dolor, de la humillación—. Tú... ¡me das asco! —logré gritar por fin.

Él soltó una risa llena de amargura.

—¿Ah, sí? Anoche no lo parecía, cuando te relamías los labios y esperabas que te besase, no. ¡Querías más de mí!

Me ruboricé de la vergüenza. Pero luego me acordé.

—Me engañaste para que el perdedor de tu amigo pudiera robarnos. ¡Actuaste como si te gustase!

—¡No pareció importarte! —Levantó el brazo que tenía intacto y se peinó con los dedos—. ¡Oí el mensaje que le dejaste a Radcliffe! ¿Ibas a besarme y luego entregarte a ese unos días después?

—¡Devuélveme el cuaderno!

—¿O si no qué? ¿Qué vas a hacer? La muñequita no tiene dientes con los que morder.

La frustración me embargó, porque tenía razón. El cajún tenía todo el poder, no yo.

A menos que realmente pudiese asfixiar a alguien con una enredadera o arrancarle la piel a tiras...

Cuando mis uñas comenzaron a transformarse, sentí algo parecido a la maravillosa unidad que había compartido con los tallos de caña. Era plenamente consciente de todas las plantas que me rodeaban; su localización, sus puntos fuertes, y los débiles.

Por encima de la casa de Jackson, un ciprés movió las ramas hacia mí como para protegerme. A lo lejos percibí hiedra de kudzu sisear como respuesta, y reptar hacia mí para defenderme.

Y por un breve instante, sentí la necesidad de demostrarle quién tenía el poder realmente, de castigarlo por haberme hecho daño.

«¿Castigarlo?». No, ¡no! De inmediato, me esforcé por controlar la ira que había desatado.

—¿Quieres tus dibujos? —Jackson entró de nuevo en la casa y regresó con mi cuaderno—. ¡Tómalos! —Me lanzó el cuaderno como un disco volador. Las páginas salieron volando y cayeron sobre el barro.

—¡Nooo! —grité al verlas desparramarse por el suelo, a punto de hiperventilar.

Cuando logré apoyarme sobre las manos y las rodillas, respiraba con tanta dificultad que casi me ahogué con la lluvia. Estiré el brazo para recoger las páginas que tenía más cerca, pero todas hacían que las visiones se me quedasen grabadas en la mente.

La Muerte. Los hombres del saco. El sol brillando por la noche.

Con cada hoja que recogía, balbuceaba y seguía gritándole.

—¡Te odio! ¡Bestia asquerosa! —Su atractivo rostro escondía violencia y ferocidad.

Aunque había estado protegiendo a su madre, le había gustado golpear al hombre hasta dejarlo inconsciente. Jackson me había demostrado realmente lo insensible que era de verdad. *Bagasse...*

—¡Te ODIO! ¡No vuelvas a acercarte a mí!

Jackson parpadeó. Su expresión asesina se volvió incrédula. Negó con la cabeza de forma exagerada.

¿Qué era lo que había visto?

—¡Evie! —gritó Mel. ¡Había venido a por mí! A la vez que me echaba un brazo por encima de los hombros para ayudarme a ponerme de pie, le gritó a Jackson—: ¡Aléjate de ella, escoria!

Con una última mirada de desconcierto hacia mí, se dio la vuelta con la intención de marcharse.

Justo cuando cerró la puerta principal de la chabola de un portazo, mis enredaderas llegaron a su porche. Mel estaba demasiado ocupada mirando si tenía alguna herida como para darse cuenta, pero yo las vi ascender cual cobras, a la espera de que les diese alguna orden.

—No —les susurré. De inmediato retrocedieron hasta su escondrijo, como el elástico cuando ya no da más de sí. Entonces me dirigí a Mel—: N-necesito los dibujos. Todos.

Sin pronunciar palabra, se arrodilló a mi lado y las dos, en pleno barro, nos pusimos a recoger mis locuras.

13

—Estas muy callada —le dije a Mel mientras me ayudaba a subir al porche de la entrada de mi casa. Estaba escampano y la puerta mosquitera se encontraba abierta para dejar pasar la brisa nocturna. Ambas seguíamos estando cubiertas de barro—. Odio cuando te quedas callada.

En el camino de vuelta, le había contado a Mel lo del CRI, lo de mis alucinaciones, y lo de mi madre y mi abuela —aunque no lo de las plantas— y terminé en cuanto nos detuvimos.

Ahora, tras confesarlo, me sentía desmadejada, como uno de esos muñecos que siempre volvía a su estado natural después de golpearlo. Pero he ahí la cuestión, por eso mismo siempre golpeaban más a esos muñecos tontos.

«¿Cuándo va a acabarse el día?». Me temblaba el labio inferior de intentar reprimir las lágrimas.

—Estoy esperando a que me cuentes lo que ha pasado en la choza del cajún —respondió Mel—. Me refiero a que tu cara era un poema, estabas en plan... «papá, he visto algo detrás de la leñera».

—Quizá te lo cuente algún día. —Ahora mismo tenía el recuerdo demasiado reciente.

—¿Por qué soy la última en enterarse de que sufres alucinaciones? La mujer que te parió lo ha sabido antes que yo. Y eso duele.

—No quería que me mirases de otra forma. —Cuando llegamos a la puerta añadí—: Entiendo que no quieras que sigamos siendo amigas. —Hice un gesto hacia la mochila llena de hojas de papel empapadas.

Mel puso los ojos en blanco y me la tendió.

—¿Y perderme la oportunidad de vender tus extraños dibujos en deviantART.com? Nanai, señorita loca como una cabra. —Enroscó los brazos en torno a mi cuello y me empujó hacia abajo para frotar los nudillos contra mi pelo recubierto de barro—. ¡Voy a ser rica! Así que dame más dibujos que no estén mojados y con hedor a cajún.

—¡Para! —Pero, sorprendentemente, estaba a punto de echarme a reír.

—¿Seguro que no quieres que entre? —Me preguntó Mel cuando por fin me soltó.

—No, no te preocupes —le contesté—. Lo más seguro es que me ponga a llorar.

—Mira, saltamontes, lo solucionaremos mañana —me aseguró Mel—. Pero piensa en esto: no vas a volver a ese CRI. Nunca. Si hace falta, nos escapamos juntas, nos casamos por lo civil y vivimos de tus dibujos.

Y de nuevo el tembleque del labio inferior.

—Siempre has estado a mi lado y has soportado mis mierdas.

Mel me atravesó con la mirada.

—Me aburres, Greene. Déjate de todas esas chorradas sentimentales y pregúntate a ti misma: ¿Qué opciones tengo? Holaaa. Eres mi mejor amiga. Y ahora entra antes de que me quite el filtro.

Asentí seria, entré en casa cojeando y me volví para decirle adiós con la mano mientras Mel se alejaba con el iPod a todo volumen y su característico saludo de tres bocinazos.

Cuando entré cojeando en la cocina, vi que mi madre estaba haciendo palomitas.

—Hola, cariño —me saludó por encima del hombro con voz animada—. ¿Te puedes creer que ha llovido...? —Puso los ojos como platos al verme—. ¡Evie! ¿Qué te ha pasado?

—Me he tropezado en el barro. Es una larga historia.

—¿Te has hecho daño?

Me encogí de hombros y agarré el asa de la mochila. Define daño.

—Me he torcido un poco el tobillo.

—Te traeré algo de hielo y Advil. —¿Había mirado hacia la puerta en vez de a mí?—. Y después me cuentas lo que ha pasado.

Mientras envolvía hielo en un trapo de cocina, me dejé caer en una silla y mantuve la mochila con los dibujos cerca de mí.

—No ha sido nada importante, mamá.

Mientras pensaba en cómo explicarle el accidente, se levantó viento, que no dejó de soplar a través de la puerta mosquitera.

A pesar de haber llovido, la brisa era caliente y seca. Como el tacto de una bufanda recién salida de la secadora.

Cuando sopló todavía con más fuerza, mi madre frunció el ceño.

—Deja que mire el canal del tiempo un segundo. —Cogió el mando de la tele de nuestra cocina y la encendió.

En la pantalla aparecieron tres reporteros con cara de preocupación que hablaban uno por encima del otro. Uno de ellos era el que se había mostrado indiferente cuando pasó lo del Katrina.

¿Por qué sudaba tanto ahora?

—Se observan extraños fenómenos meteorológicos en los estados del este... echen un vistazo por encima de mi hombro... miren esas luces, señores... ¿está saliendo el sol?

El segundo reportero parecía no haber parpadeado en una semana.

—Las temperaturas alcanzan su máximo... fuegos en el noreste... no hay razón para entrar en pánico —exclamó con tono alarmado—. Hay picos de radiación... informes de la aurora boreal en zonas tan al sur como Brasil...

El micrófono del tercer hombre temblaba en su mano.

—Hemos perdido contacto con nuestras oficinas de Londres, Moscú y Hong Kong... todos informaron de sucesos parecidos. —Apretó el pinganillo de su oreja—. ¿Qué es... Nueva York? ¿DC? —exclamó en un tono más alto—. M-mi familia está en Wash...

Una a una se cortaron las transmisiones. *Bip. Bip. Bip.*

—¿Mamá? —susurré—. ¿Qué pasa? —«¿Por qué estás más pálida que nunca?»

Miró a mi espalda y, de repente, aflojó los dedos. Los cubitos de hielo cayeron al suelo.

Me puse de pie, aunque el tobillo me dolía. Me sentía demasiado asustada como para mirar atrás, y a la vez demasiado asustada como para no hacerlo. Al final seguí la mirada de mi madre. Unas luces titilaban en el cielo, que ahora estaba descubierto.

Carmesí y violeta como las serpentinatas de Mardi Gras.

Había visto esto en la primera visita de Matthew. Era la aurora boreal. Las luces del norte en Luisiana.

Eran absolutamente cautivadoras.

Mientras mi madre y yo nos acercábamos a la puerta de la entrada, el viento cálido se

intensificó y empezó a rugir, haciendo temblar los carillones. En el establo, los caballos relincharon. Podía oír sus cascos golpear los compartimientos y la madera quebrándose.

Parecían estar aterrorizados...

«¡Pero mira esas luces deslumbrantes!». Podía quedarme observándolas toda la vida.

Al este, la caña crujía. Un montón de animales salieron de prisa del campo. Mapaches, comadrejas, coipos e incluso ciervos. Salieron tantas serpientes de las zanjas que pareciese que el jardín de la entrada brillase y ondeara.

Una gran cantidad de ratas trataba de escapar. Los pájaros nublaron el cielo mientras se peleaban entre sí o caían en picado hacia el suelo. Sus plumas ondeaban en el aire.

Pero, ¡las luces! Tan maravillosas que me daban ganas de llorar de alegría.

Y, sin embargo, creía que no debía mirarlas. ¿No me había advertido Matthew sobre esto? No podía pensar, solo mirar.

Los enormes robles de Haven desviaron mi atención al crujir. Mi madre no pareció darse cuenta, pero se movían, nos envolvían con sus ramas mojadas por la lluvia. Extendieron un escudo de hojas verdes sobre nuestra casa, como si se prepararan para defenderla.

Mi caña de azúcar parecía estar paralizada, tensa incluso en el viento. Como sorprendida.

«Saben lo que va a pasar. Saben por qué debería...».

«¡Aléjate de las luces!»

—¡Mamá, no mires al cielo! —La aparté de la puerta.

Ella pestañeó y se frotó los ojos como si despertase de un trance.

—Evie, ¿qué es ese ruido?

Se estaba empezando a escuchar un rugido; el sonido más alto y desgarrador que hubiese oído nunca.

Pero la actitud de mi madre se volvió fría.

—No vamos a entrar en pánico. Pero en treinta segundos tenemos que estar encerradas en el sótano. ¿Entendido?

El apocalipsis... estaba pasando ahora. Y Mel se encontraba sola ahí fuera.

—¡Tengo que llamar a Mel! —Después me acordé de que no tenía teléfono—. ¡Si voy en coche por el terreno puedo intentar alcanzarla!

Mi madre me agarró del brazo y me giró hacia el sótano.

—¡No voy a bajar sin Mel! ¡Tengo que alcanzarla!

Me lancé hacia la puerta, pero mi madre tiró de mí hacia atrás con una fuerza descomunal.

—¡Métete en el sótano YA! —gritó por encima del ruido—. ¡No podemos arriesgarnos!

El cielo se tornó más claro, más caliente.

—¡No, no! —chillé, intentando liberarme—. Morirá, morirá, ¡sabes que morirá! ¡Lo he visto!

—¡Las dos moriréis si intentas ir tras ella!

Me sacudí contra mi madre, pero fui incapaz de soltarme. Lloré con los brazos estirados hacia la puerta y me removí mientras ella me arrastraba hacia las escaleras del sótano.

Al ver que me agarré al marco de la puerta, ella tiró de mí y me separó los dedos.

—¡Mamá, no! D-déjame ir a por Mel, por favor...

Y entonces hubo un destello de luz, una explosión de fuego que hizo temblar el suelo, y se me perforaron los tímpanos...

Un segundo después, la fuerza de la explosión nos lanzó hacia las escaleras y la puerta se cerró detrás de nosotras.

14

DÍA 246 d. D.
REQUIEM, TENNESSEE

—Arthur, ¿qué ha sido eso? —me pregunta Evie.

Parpadeo. Y otra vez. He estado totalmente inmerso en su relato sobre el Destello.

—¿Qué ha sido el qué?

Sacude la cabeza con fuerza, como si quisiese despejarse de la influencia de la droga.

«Buena suerte». Soy un maestro con los brebajes, no hay nadie que me supere en química; la única razón por la que sigue despierta es porque quiero que lo esté.

Todo se está desarrollando de acuerdo con mis planes.

—Creo que he oído un golpe en el sótano.

Seguro que sí. Uso el espacioso sótano como laboratorio y como lugar de contención. Una de las zorritas que tengo allí abajo probablemente esté intentando coger el cubo de basura. Lo había dejado lo bastante cerca como para darles esperanzas.

Nunca desaprovecho la oportunidad de demostrar el poder divino que ejerzo sobre mis cobayas.

—Ratas, probablemente —le digo a esta, y me río por dentro ante la comparativa—. Ignóralas. Por favor, continúa. —Estoy ansioso por seguir escuchando la historia de Evie.

Aunque me crea poco de ella.

Evie ladea la cabeza y me dedica una mirada evaluadora.

—Arthur, ¿y qué hacías tú antes del Destello?

Me deja de piedra. Ninguno de mis visitantes me lo había preguntado antes, y por un instante me devano los sesos buscando una respuesta, pero luego me decanto por una mentira.

—Me estaba preparando para ir a la universidad en primavera. Me iba a matricular en química en el MIT.

Desde que tengo uso de razón, me han interesado los mejunjes químicos, transmutar una sustancia en otra. Una carrera en química me habría proporcionado una buena base para lo que realmente quería estudiar.

Alquimia; las antiguas ciencias ocultas de las pociones y los elixires.

—Quería ser químico. —Alquimista. Pero el MIT no me aceptó. Al parecer, mi redacción de acceso sobre la importancia de probar las sustancias en humanos había dado la señal de alarma.

—Guau. —Evie está realmente impresionada. Sus expresiones son de lo más reveladoras—. Debes de ser muy listo.

—Estuve preparándome toda la vida —digo con falsa modestia. Mi inteligencia es extraordinaria, imposible de cuantificar incluso con las escalas más sofisticadas—. Así que ahora estudio por mi cuenta. Sigo trabajando para cumplir mi sueño. —Mi propia investigación

independiente; llevada a cabo en el sótano de esta guarida robada.

Dios, me encantaba... aprender.

Pero no quería seguir hablando de mí. Evie tendrá tiempo de sobra para descubrir exactamente lo que soy, y lo que hago.

—Y, aparte, compilo estas historias. ¿Estás preparada para contarme más? —Cuando asiente, pulso el botón de grabar—. ¿Qué os pasó a ti y a tu madre después del Destello?

—La explosión me dejó inconsciente. Cuando desperté, esperé en la oscuridad durante horas. Al amanecer, nos asomamos al exterior. Te puedes imaginar lo que vimos.

Así es. Rayos de sol, como láseres, habían arrasado la tierra entera en cuestión de una sola noche. Todos esos campos verdes de caña de azúcar que recordaba con tanto cariño habrían quedado reducidos a cenizas. Todo lo orgánico —cualquier ser vivo que no se hubiese resguardado— se había incinerado.

Y tantísima gente, embelesada por las bonitas luces, había salido de sus casas, atraída como polillas a las llamas.

Como si estuviese premeditado.

Todos los viajeros que me habían visitado en esta encrucijada, aquellos que de forma involuntaria me habían entregado su ropa, comida, o incluso alguna hija muy de vez en cuando, me traían relatos de sus regiones. Antes de que los matase.

Ciertos detalles coincidían en todos esos relatos.

El agua se había evaporado, pero no había caído ni gota de lluvia en ocho meses. Toda la vegetación había quedado permanentemente destruida; nada volvería a crecer de nuevo. Y solo un pequeño porcentaje de humanos y animales lograron sobrevivir a la primera noche.

En los días posteriores, cientos de millones de personas murieron, incapaces de sobrevivir a la toxicidad del nuevo panorama.

Por alguna razón, la mayoría de las mujeres habían enfermado y muerto.

Un número indefinido de humanos mutaron hasta convertirse en «hombres del saco»: criaturas parecidas a los zombis, contagiosas y maldecidas con la sed eterna y aversión al sol.

Algunos los llamaban hemófagos; bebedores de sangre. Yo creo que son bebedores de cualquier cosa, pero sin agua a la vista, recurrieron a las personas, que somos bolsas de líquido andantes.

Beben y beben, pero nunca logran satisfacer la sed. Como mi búsqueda del conocimiento.

—¿Por qué crees que sucedió, Evie?

Se encoge de hombros y unos cuantos rizos dorados se deslizan sobre ellos. De nuevo, me fascina.

Por un momento considero seriamente la opción de mantenerla como mi ayudante, mi compañera. Aunque estoy desprovisto de compasión, sí que albergo algunas necesidades emocionales.

La soledad me carcome. Quizás haya encontrado por fin a una chica que pueda entender mi genialidad, la importancia de mi trabajo.

Puede que no le importen mis excentricidades, ya que ella misma ha probado el sabor dulce de la locura.

«O quizás», cavilo con pesimismo, «intente distraerme de mis estudios».

Yo elimino las distracciones sin piedad.

—Todas las teorías que he oído tienen sentido en parte —dice—. Supongo que fue una fulguración solar.

Sí, pero ya las habíamos sufrido antes, y con frecuencia. ¿Qué había hecho que esta fuese tan

catastrófica? ¿Por qué se había vuelto infértil el planeta entero?

Algunos dicen que el mismísimo eje del planeta se tambaleó, alterando así el equilibrio de nuestro mundo y bajando sus defensas. Otros afirman que la mermada capa de ozono —ya una cáscara inexistente— se abrió y nos dejó vulnerables al calor y a la radiación.

Básicamente, sabemos del Destello lo mismo que los galenos del Medievo sabían de la peste negra. ¿Era la respuesta tan sencilla como que las culpables fueron unas pulgas contaminadas que portaban las ratas?

—La verdad es que no sé qué pensar —dice Evie—. Intento no obsesionarme con las cosas que no puedo controlar.

Chica lista.

—¿Cuál es tu teoría, Arthur?

—Yo soy de los tuyos. Es mejor no darle vueltas —respondo, aunque sí que le doy vueltas continuamente, obsesionado con la perfección con la que se destruyó toda la materia orgánica, mientras que algunas casas y edificios permanecieron intactos. Mi teoría solo lograría asustarla, y no estoy preparado para ponerla nerviosa. Todavía—. ¿Sobrevivió alguno de tus amigos? ¿Tu novio?

Sus ojos se anegaron en lágrimas.

—Ninguno sobrevivió. Mel... nunca llegó a casa. —Evie baja la mirada y vuelve a balancearse en la mecedora. Me he fijado en que se mece más siempre que se siente particularmente inquieta—. Murió sola, sin su familia cerca, en una autopista solitaria.

—¿Cómo lo sabes?

—Su coche estaba en una cuneta. Tenía la puerta abierta y dentro había... cenizas.

—Ya veo. —El montón de cenizas se había convertido en la tumba de muchos en todo el mundo... hasta que el viento se levantó y dispersó los restos por el aire para que todos los demás los respirásemos—. Lamento tu pérdida —le digo, aunque en realidad me da igual.

La falta de empatía es una bendición para un científico como yo. Me permite experimentar sin vacilar. Solo siento felicidad cuando mi bisturí abre la carne; como dos cortinas que se abren para revelarme sus secretos.

De alguna manera Evie detiene sus lágrimas. Qué muchachita tan valiente. Más gratificante será para mí cuando la haga llorar de verdad.

—¿Tú perdiste a toda tu familia en el Destello? —me pregunta, de nuevo sorprendiéndome con su interés.

—Sí, en el Destello. —Pongo cara de dolor.

Ella me ofrece otra de compasión.

—¿Creciste aquí?

Asiento, aunque realmente es la sexta casa en la que me he asentado desde el apocalipsis. Me he movido cual cangrejo ermitaño, de concha a concha. En el pasado gastaba todos los recursos que me proporcionaba un lugar y luego lo abandonaba.

Pero este pueblo me gustaba. Me gustaba que los recursos viniesen directamente hasta mí.

Tenía pensado quedarme un buen tiempo.

Otro golpe en el sótano. Evie se tensa e inclina la cabeza. Aprieto los puños. «Esas zorritas...».

Alargo el brazo hacia la grabadora y la paro.

—Voy a ir un segundo a comprobar las trampas —le digo apenas conteniendo la rabia, y me levanto. Estoy tan furioso que temo cometer asesinato y manchar de sangre mi ropa de pana—. Quédate aquí. —Como si pudiese escapar...—. Vuelvo enseguida.

Saco el llavero de camino a la puerta del sótano y la abro en silencio. Mientras desciendo las oscuras escaleras, oigo las voces susurrantes de mis cobayas. Saben que deben permanecer en silencio a menos que yo les diga que hablen.

«¿Me están desobedeciendo?». Pienso en la ropa de pana impoluta y me armo de paciencia.

Cuando entro en el laboratorio semiiluminado, el olor familiar me reconforta en cierta medida. Sobre las mesas de laboratorio hay viales burbujeantes, destilerías y matraces hirviendo sobre mecheros Bunsen. Hay un sinfín de partes del cuerpo preservadas en tarros llenos de formaldehído.

Los globos oculares que hay en uno de los tarros siempre parecen seguir mis movimientos, lo cual me hace gracia.

En un vial de cristal he destilado una poción que me subirá la adrenalina de golpe, proporcionándome así mucha más fuerza y velocidad. Otro matraz contiene la clave para acelerar la curación.

He convertido otras fórmulas en armas. Los hombres del saco —que se rumorea que son alérgicos a la sal— no tendrán ninguna oportunidad contra mi spray de cloruro sódico.

Si a algún paramilitar le da por pasar por este pueblo, se llevará una gran sorpresa cuando le lance mis viales de ácido...

La otra mitad del sótano está oculta gracias a unas pesadas cortinas de plástico. La llamo la mazmorra. Aquí es donde hago el trabajo sucio. Hay una inmensa tabla de cortar, una mesa de operaciones de acero inoxidable, un campo de drenaje y herramientas anatómicas.

También tengo mi aprovisionamiento de chicas encadenadas ahí. Actualmente solo poseo tres, de entre catorce y veinte años, encadenadas a la pared y con sus respectivos collares aprisionadores.

Las chicas jóvenes y sanas como Evie se han convertido en una rareza, en recursos. Y como a todas las demás personas vivas, me gusta almacenar los recursos.

Daba igual que hubiese empezado a hacerlo antes del apocalipsis. Las necesitaba para probar mis brebajes.

Algunos podrían decir que las torturo porque mi padre ya lo hizo conmigo; un tirano que intentó sacarme el «demonio» que llevaba dentro. Durante toda mi infancia no fui más que un saco de huesos rotos y contusiones incesantes... hasta el día en que lo cloroformicé, lo encadené a una bañera, y luego lo disolví lentamente en ácido clorhídrico.

Se despertó a tiempo para ver al demonio de cerca.

Y mi madre, la mujer que no había hecho nada por detenerlo, la misma que incluso me culpaba de desatar su ira...

A ella le esperó un destino peor.

Pero mi pasado es irrelevante. Uso a estas chicas solo por el bien de mi investigación. Este es el trabajo de mi vida. No pretendo hacerles daño, *per se*. El hecho de que disfrute infligiéndoles daño es secundario.

No, la investigación es lo único que importa.

Cuando me encamino hacia la mazmorra, el trío se calla tras la cortina de plástico; sus cadenas suenan a la vez que se apresuran a volver junto a la pared.

Aparto el plástico y enciendo el farol a pilas de la pared. Al mismo tiempo que ellas se protegen los ojos de la luz, yo las desafío una a una con la mirada.

Se encogen del miedo sobre aquel suelo de tierra compacta. Su ropa está llena de suciedad y tienen las manos cubiertas de mugre. Han estado cavando en el suelo para fabricarse un camastro donde permanecer calientes al dormir.

Un cadáver lleno de gusanos yace acurrucado en uno de ellos, todavía encadenado. Esa sucumbió a mi último experimento: una poción que había diseñado para disminuir la necesidad corporal de fluidos.

Durante semanas, había funcionado a la perfección. Pero entonces... dejó de hacerlo.

Observo sus restos sin emoción. La sangre coagulada, el tejido, y los órganos antes pertenecían a una persona, a una antigua estudiante becada de una universidad prestigiosa. Aquel montón de carne solía encarnar un alma.

Ahora solo es un conjunto de elementos.

Evie ocupará el lugar de la estudiante. Puede que dure más de un mes. Puede que mi último elixir —la inmortalidad embotellada— por fin engañe a la muerte.

Tiene que hacerlo.

¿Por qué todos presuponen que ya hemos visto lo peor del apocalipsis? Yo estaré preparado.

Agarro la cadena de la chica más mayor y tiro de ella hasta ponerla de pie.

—¿Por qué habéis hecho ruido? —exijo saber escupiendo al pronunciar cada palabra.

El círculo de ampollas que rodea su cuello está salpicado de sangre diluida. Todas se hacen heridas en el cuello por culpa de los collares de hierro oxidado. Esta necesita más unguento, pero no se lo voy a dar ahora.

La chica considera la opción de responder, pero luego se lo piensa mejor. Al principio se había mostrado rebelde, atrevida. Ahora tiene los ojos hundidos y no deja de temblar.

—Si oigo otro ruido, os haré beber el elixir dorado. —Es una poción dolorosa que les desgarrar los intestinos. Me deleito en sus miradas afligidas—. ¿Entendido?

—Sí, Arthur... —balbucean.

Cuando vuelvo arriba junto a Evie, la encuentro relajada en la mecedora mirando el fuego. Sus ojos medio entornados siguen las llamas.

El último fuego que verá en su vida. «Disfrútalo de momento».

—Perdona —le digo—. Una plaga de ratas parece haberse mudado aquí durante el invierno. —Espero que la afirmación no suene presuntuosa. Hoy en día una plaga de ratas es un regalo—. Ojalá dejasen de tirar cubos de pintura vacíos. Bueno... ¿por dónde íbamos? —Vuelvo a encender la grabadora y me siento—. Cuéntame cómo fueron esas primeras semanas.

—Mi pueblo tenía unos cuantos miles de habitantes. Casi todos ellos vieron el Destello, y poco menos de un puñado sobrevivió. Justo después, se refugiaron en lo que quedaba de la iglesia, que aún seguía ardiendo, pero ni mi madre ni yo lo hicimos —dice Evie—. Al ver que ningún coche funcionaba, cogimos nuestro único caballo superviviente, le enganchamos un carro, y fuimos a saquear.

Se inclina hacia adelante; ahora parece más animada.

—La mitad de la tienda de comestibles había ardido para cuando llegamos allí. Así que nos centramos en los pasillos que quedaron intactos. Mi madre desechó las galletas integrales y las patatas fritas de bolsa que había cogido, y me enseñó que había que ir a por la comida alta en calorías, como la mantequilla de cacahuete. La farmacia estaba hecha cenizas, así que registramos los suministros veterinarios en busca de antibióticos. Robamos armas y munición de los hogares de las víctimas del Destello. Éramos como una plaga de langostas.

Evie lo cuenta con orgullo. Muy bien que hacía. Si no fuese por almas emprendedoras como ella, no tendría suministros de los que apropiarme.

—Aunque mi madre estaba convencida de que el ejército llegaría a Sterling y nos salvarían, que volverían a implementar un gobierno y que las leyes volverían a cumplirse, o algo así, nos preparamos como si estuviésemos solas. Nos abastecimos al máximo, hasta que ya no nos cupo

nada más en el sótano. Luego, juntas, inspeccionamos los miles de latas, las bolsas de judías y los botes de proteínas para ganar peso.

Sacude la cabeza con remordimiento.

—Recuerdo pensar que las provisiones nos durarían años. En cuanto mi madre nos preparó lo mejor que pudo, se... vino abajo.

—¿A qué te refieres?

—Le carcomía la culpa por haber enviado a su madre a una residencia, por haberme enviado a mí a ese lugar tan horrible en Atlanta. ¿Te lo puedes imaginar? Su madre siempre había tenido razón, y las visiones de su hija habían demostrado ser ciertas. Mis «hombres del saco» eran reales, y eran igual de pálidos y viscosos. Eso sin mencionar los detalles del Destello... Bueno, el concepto que tenía mi madre del mundo dio un violento giro de ciento ochenta grados. Su confianza desapareció.

—¿Tu abuela le contó algo que ella pudiese transmitirte a ti?

—Mi madre no había prestado atención a los sermones de mi abuela sobre el fin del mundo. Es decir, se había esforzado especialmente en ignorarlos. Así que no sabía mucho. Y cada vez que la presionaba para que intentase recordar más cosas, se ponía a llorar. Ya no era la persona fuerte y de hierro que conocía.

—Pero debía de haber algo, seguro.

—Mi madre solo sabía tres cosas. Mi clarividencia tenía que ver con las cartas del tarot por alguna razón. La mía, por lo visto, era la de la Emperatriz. Y mi destino era... —Evie murmura lo siguiente—: ...salvar la humanidad.

Me río por dentro al oír eso. Esta chica es débil de cuerpo y mente, y es tan indefensa como ingenua; si el destino de la humanidad depende de ella, estamos bien jodidos.

—Demasiada responsabilidad para una chica de dieciséis años, ¿no?

—¡A que sí! Era frustrante. Si mi abuela tenía razón y de verdad era alguna especie de emperatriz, entonces, ¿qué sentido tenía todo? ¿Pude haber salvado a mis amigos? ¿Por eso había sufrido las visiones? Yo también me sentía culpable.

—¿Continuaron las visiones —*alucinaciones*— después del Destello?

Evie sacude la cabeza y parpadea para centrarse.

—Las de otras personas eran poco frecuentes, pero sí que veía a Matthew una vez a la semana, más o menos. En cada visita parecía ser menos coherente. Aun así, estaba desesperada por ver a alguien de mi edad, así que lo recibí con los brazos abiertos, aunque también me producía migrañas, hacía que me sangrase la nariz y demás. Pero tenía un nuevo síntoma del que preocuparme. Ahora oía voces en la cabeza. El Destello me había traído un aluvión perfecto de locura: soñaba con unas muertes horribles, tenía visiones y oía voces.

¿Voces? Eso corresponde con su patología.

—¿Qué decían?

—Durante meses solo oía susurros y tonterías. Nada que tuviese sentido. A cada día que pasaba se hacían más claras, pero también más fuertes. Todo lo malo se me acumulaba. —Se meció con más ímpetu—. El estrés, el hambre, las pesadillas y las voces. Todo se me acumulaba.

Evie estuvo en aquella finca sola con su madre, prácticamente como si se hubiesen quedado tiradas en una isla desierta. Es natural que se inventara voces para conferirse un sentimiento de pertenencia. Como amigos imaginarios.

Y lógicamente, se inventó los superpoderes. En un mundo lleno de peligros, donde las chicas como ella son objetivos allá donde van, necesita sentirse poderosa.

La diagnosticaría como esquizofrénica paranoide con trastorno delirante. Debido a mi propia

locura, soy capaz de identificarla tan bien en los demás. Pero la mía es una locura divina, una chispa que desató la divinidad.

Con mis elixires fluyendo por las venas, soy un dios. Pronto Evie se arrodillará, deslumbrada, cuando revele mi verdadera naturaleza.

En comparación, su locura se vuelve tediosa. Una esquizofrénica común y corriente no mantendrá mi interés durante mucho tiempo.

—¿Y qué sacaste en claro de esas voces?

—Te lo repito, ¡no lo sabía! —Se royó una de sus uñas delicadas y rosas; difícilmente las garras de espinas que había descrito—. Empezaron el día después del Destello. Al final, se convirtieron en advertencias. —Levanta la cabeza y me mira a los ojos.

¿Está comprobando si la creo? Le lanzo una mirada de compasión, o lo más parecido a una que puedo.

—Y con las advertencias llegó la sensación de que se suponía que debía estar fuera, haciendo algo. Tanto la Muerte como Matthew me habían dicho «Comienza con el Final». Algo había empezado, pero no sabía qué.

—¿Y qué hay de tus otras... habilidades? ¿Las conservaste?

—No había plantas que pudiese controlar. La regeneración de mi piel era aleatoria. Pero, a veces, cuando tenía una visión que me daba miedo, las uñas se me transformaban.

Arqueo las cejas mirándole las manos; una petición silenciosa para que me lo demuestre.

—Oh, para hacerlo tengo que estar alterada. No puedo hacerlas aparecer sin más. —Extiende sus pálidos dedos para que los vea—. No me crees, ¿verdad?

—¿Sinceramente? No estoy seguro. —Estoy cien por cien seguro de que o me está mintiendo, o delira. El movimiento espontáneo de las plantas que me ha descrito es biomecánicamente imposible, eso sin mencionar la transformación de las uñas en espinas.

La ciencia es capaz de explicar los demás sucesos del apocalipsis, pero no los «poderes» de Evie.

Que habían desaparecido de forma tan oportuna. Como la tierra se ha vuelto estéril, y no está alterada, no hay forma de demostrar o desmentir su relato.

Empiezo a preguntarme si no me la está jugando, si la chica no me está contando una historia sobre la marcha, según los detalles de mi casa, o de mi personalidad. El aburrimiento que había sentido desaparece al considerar esa posibilidad.

¿Hablará ahora de fuegos, debido a las llamas que estaba observando hace un momento, o de estofados, como el que se ha comido antes?

—Tenía miedo de que me dijeras que me creías, aunque fuese mentira —dice Evie—. Te agradezco la sinceridad, Arthur. —Me sostiene la mirada, como si realmente quisiese hacerme entender lo en serio que lo decía—. Mentir es lo peor, ¿sabes?

«Dice la chica cuyos labios solo sueltan mentiras. Pero tengo que preguntarme quién le ha mentado. ¿Quién te ha hecho daño, Evie?».

—Siempre seré sincero contigo.

Ella me dedica una dulce sonrisa. Una rubia de dieciséis años. Qué fácil es embaucarla.

Cuando le indico que continúe, su rostro se ensombrece.

—Poco más de un mes después, todo empeoró. Muchísimo.

—¿Y eso?

—Descubrí una nueva especie de talento. Jackson Deveaux volvió a entrar en mi vida, y mi madre... se hizo daño.

Se le rompe la voz cuando habla de su madre, pero la mención de ese chico me toca las

narices. Tal y como Evie lo había descrito —como si el cajún fuese lo más interesante del mundo para ella— me hace tener pensamientos homicidas.

Así que no solo había logrado sobrevivir, ¿sino que había vuelto a por ella? Las opciones de dejarla como mi ayudante se reducen.

¿Por qué los chicos malos como Jackson Deveaux siempre atraen a las chicas como Evie? En mi instituto pasaba igual. La única atención que yo recibía por parte de las chicas guapas eran sus risas cuando aparecía en clase con el labio partido o con una escayola nueva.

Me habían rechazado por algo que no había podido controlar.

Me digo a mí mismo que me ocupé de mis padres y que ya no tengo que preocuparme por atraer la atención de una chica; tengo cautivas a una ristra de mujeres preciosas.

Sí, hoy en día Arthur se queda con todas las chicas. «Las guardo en el sótano». Casi me río entre dientes.

—Háblame de tu madre —le digo, en cambio. Mi voz suena amable y preocupada, aunque realmente estoy pensando: «Si te gustan los chicos malos, pequeña, entonces has encontrado al peor de todos».

—Te contaré el resto. —Otra mirada avergonzada—. Pero, Arthur —dice arrastrando las palabras, y con ello consigue acelerarme el corazón—, la advertencia de antes sigue intacta.

15

DÍA 214 d. D.
STERLING, LOUISIANA

Había llegado la hora.

Me temblaba la jarra de agua que tenía en la mano. En el otro puño apretaba una tira de venda limpia.

Aun así, vacilé, me daba miedo lo que estaba a punto de ver. Y me odiaba por ser una cobarde.

Las voces que me acosaban —con sus repetitivas amenazas— bajaron de volumen hasta convertirse en un zumbido soportable. Como si me dejaran sufrir los próximos veinte minutos con mi madre.

Sin distracciones o interrupciones.

—Malditas —murmuré—. Ojalá os pudráis todas en el infierno.

Respiré profundamente y exhalé. Había llegado la hora del espectáculo.

Entré en la habitación oscura de mi madre con despreocupación y dejé la jarra al lado de la palangana en el tocador.

—Buenos días. ¿Cómo estás?

Un rayo de sol se coló entre un listón roto de la persiana y le iluminó la cara. Se la veía tan pequeña en aquella cama grande con dosel; la sombra de la mujer que había sido antes del Destello. Sus mejillas hundidas estaban mucho más pálidas que ayer.

Si realmente tenía una herida interna, tal y como sospechaba, significaba que, bajo aquel vendaje elástico, sus abultados hematomas habrían acumulado más sangre.

—¿Lista para que te cambie el vendaje?

Me odiaría toda la vida si lloraba cuando viese la herida. Si vacilaba...

Cuando me senté en la cama a su lado, levantó la mano para acunarme la cara.

—¿Y tú cómo estas, cariño?

Casi me temblaba el labio inferior. Tenía muchísimas ganas de hablar con mi madre y contarle todo lo que pensaba.

«Escucho más de una docena de voces. Si me duermo, las pesadillas me atormentan. Estamos con las últimas raciones de comida. Me estoy conteniendo incluso ahora para no irme de tu habitación, salir fuera y gritarle al viento por la frustración que siento. Estás empeorando.

¿Te estás muriendo?»

En lugar de eso, respondí:

—¿Que cómo estoy? Súper bien. Hoy es día de sopa de guisantes. —Mi interpretación no engañaba a nadie, pero estaba decidida a hacer que se la creyera—. Así que a ver qué tenemos aquí. —Pasé uno de sus brazos por mis hombros y la ayudé a levantarse despacio mientras le

colocaba unos cojines detrás de la espalda.

El sudor perlaba su rostro, ¿le costaba no gritar de dolor? Ambas éramos actrices interpretando un papel. Y lo peor era que las dos lo sabíamos.

Empecé a quitarle el vendaje y vi que estaba húmedo por el sudor. Le cambiaba el vendaje todas las mañanas desde que la atacaron.

Hacía una semana mi madre había ido a revisar los niveles del pozo del vecino. Una de nuestras bombas de agua había empezado a expulsar arena y aquello sonaba como cuando se succionaba de una pajita sobre los restos de un batido. Así que había decidido ir a investigar y se fue sola una mañana mientras yo dormía. En la nota que me dejó decía que Allegra apenas podía cargarla, y mucho menos a las dos, y me aseguraba que no habría «hombres del saco» a plena luz del día.

Estaría segura siempre y cuando tuviera sal y regresara antes del anochecer.

No habíamos visto nunca a un «hombre del saco» excepto en mis dibujos. Al principio me había asustado que nos fueran a invadir, pero no se había visto ninguno en meses. Así que no entré en pánico cuando encontré la nota.

Para mantenerme ocupada, limpié la casa a fondo. No soportaba la ceniza que se acumulaba y me ponía enferma al pensar que podría estar respirando las cenizas de alguien.

Mientras tanto, mi madre ya estaba a kilómetros de distancia cuando se topó con tres «hombres del saco» en una estación de bombeo.

Dos de esas cosas estaban lamiendo la boca de un pozo. La tercera se había interpuesto entre ella y la puerta. Le quitó la sal de un manotazo, así que mi madre empujó a la cosa hacia la luz y ambos cayeron por unas escaleras de cemento.

Mientras le quitaba la primera capa del vendaje, recordé lo alucinaba que había estado por su valentía cuando la escuché relatarme la historia. La antigua y fantástica Karen había vuelto a casa sin un solo mordisco de los «hombres del saco», tan solo con un par de costillas doloridas.

O eso pensábamos.

La segunda capa del vendaje. Me preguntaba como una idiota si el ataque había sido algo bueno, un punto de inflexión para que volviera a ser la valiente de antes.

La tercera capa. No estaba preparada para este tipo de prueba.

¿A qué venía ese pensamiento? «Qué vergüenza, Evie».

«Qué. Vergüenza».

La última capa. «Ni se te ocurra gritar. No respire. Cálmate. Finge que está mejor».

Descubrí la herida. Apreté los labios para reprimir el vomito que me subía por la garganta hasta llegar a la boca. «Tráгатelo, cobarde estúpida. Tus manos no hacen más que temblar».

La herida era espantosa.

Al principio solo había sido un conjunto de hematomas. Después se había reblandecido. Ahora parecía un abultado saco de sangre a punto de reventar. Como si le estuviese creciendo un tumor en el costado.

Lo único que hacían las vendas era hacerme sentir mejor a mí, hacer que pensara que la estaba ayudando.

—Hoy... está mejor —dije con voz ahogada—. Creo que sí. —Me temblaban las rodillas cuando me acerqué al antiguo tocador y a la palangana que antes formaban parte de la decoración y que ahora volvíamos a usar.

Me tomé un minuto para serenarme mientras empapaba un trapo para lavarla y miraba la habitación a través del reflejo del espejo.

Este sitio también distaba mucho de su antigua gloria. La decoración era en tonos crema y

borgoña, los ricos tapices de seda y el encaje de su cama con dosel ahora resultaban anodinos, de colores apagados.

A pesar de que me esforzaba por limpiar, la ceniza seguía entrando y cubriendo todo lo que teníamos, borrando quienes éramos.

Dejé de mirar y fijé los ojos en mi madre. Dios, ¡me había estado observando después de haber bajado la guardia! «Qué vergüenza, Evie».

¿Había podido ver la frustración e indefensión que anidaban en mi interior? Claro que sí; sus ojos brillaban de intentar contener el llanto. Pero no dijo nada y se ciñó a su papel.

—Vamos a lavarte —dije alegremente, decidida a no sentirme indefensa. ¿No era eso sinónimo de inútil?

Igual que como me había descrito el cajún una vez. *Bonne à rien*. No valía para nada.

Mientras lavaba el pecho de mi madre, me di cuenta de que tenía razón. No sabía cocinar, ni coser, ni arreglar nada, ni cazar las alimañas o serpientes que habían logrado sobrevivir. Era una cuidadora torpe e incompetente.

Jamás en la historia de la humanidad había necesitado tanto no serlo.

Pero no sería así mucho más tiempo...

En cuanto terminé de lavarla y de vendarle el torso lo mejor que pude, le dije:

—Mamá, hoy voy a buscarte un médico. —Era como decirle que iba a buscar conexión a internet. O un arcoíris—. Si me doy prisa, puedo llegar al siguiente condado antes del anochecer.

La sola idea de alejarme de este lugar, de adentrarme en el mundo, me entusiasmaba. Y entonces me sentí culpable. ¿Cómo podía entusiasmarme dejar a mi madre?

¿Tan desesperada estaba de escapar de la miseria de Haven House?

Cada vez que tenía esas ganas abrumadoras de irme, temía ser una verdadera cobarde.

¿O es que era algo más? ¿Había comenzado algo tras el Final, tras el final del mundo?

¡Lo que daría por la respuesta! Desde que dejé de tomarme la medicación, había empezado a acordarme de la última vez que había estado en el coche con la abuela. Pero aquellos pequeños recuerdos no eran suficientes para darle sentido a lo que estaba pasando.

Recordaba que me había pedido que le sacase la baraja de tarot del bolso para que mirase a los arcanos mayores. Recordaba el olor de su bolso, a chicle de fruta jugosa y crema de manos de gardenia. Al barajar las cartas me habían parecido tan grandes...

—¿Evie, qué probabilidad hay de que encuentres a un médico? —me preguntó mi madre—. E incluso si lo hubiera, no va a tener lo necesario para curarme. Sé realista. —Su voz sonaba más suave que ayer, ¿no?—. Y quieres ir rápido. Hace una semana Allegra casi estuvo a punto de desmayarse después de haber ido hasta la casa del vecino. Ahora no será capaz de llegar ni a los límites de la finca.

¿Acaso se creía que me iba a quedar esperando haciendo crucigramas con ella? La última vez que lo había hecho no nos había ido nada bien.

«¿Y si pude haber usado mis visiones para salvar a mis amigos y seres queridos?».

Maldita sea, lo único bueno de las voces era que me distraían y evitaban que pensara en el pasado o en lo que habría sucedido. Más de una docena de adolescentes me hablaban a horas diferentes, de forma tan críptica como Matthew. Esa mañana, mientras decidía si llevarle el desayuno a mi madre, porque sabía que no lo iba a querer, se habían puesto a hablar:

—*Te aplastaré con todo el peso de tus pecados.*

—*Garras y dientes teñidos de rojo.*

—*Te amaremos. A nuestra manera.*

—Evie —me llamó mi madre—. Quiero que te vistas muy bien y le lleves una cesta de latas al señor Abernathy.

¿El antiguo agente de control de animales del condado?

—¿Una cesta? ¿Crees que somos ricas? —De ese sótano lleno de latas que nos iban a durar años quedaban solo para unas cuantas semanas y ya estábamos dividiendo raciones y pasando hambre.

—Hazlo por mí, cielo. Déjame más tranquila.

—Mi madre me está vendiendo a un tipo de cincuenta años que atrapa perros —le respondí fingiendo estar horrorizada.

—Tiene unos treinta. Y ahora está viudo.

—¿Lo dices en serio?

Mi madre, que antes era tan independiente, ahora quería que buscara la compasión de un hombre.

La mujer que había luchado contra el patriarcado en los cultivos, y ganado, ahora planeaba ofrecer a su hija como un trozo de carne.

«No grites; deja que la conversación siga siendo cordial».

—Entonces, ¿por qué limitarnos a una cesta de latas, mamá? ¿No crees que sería mejor aparecer por su casa con una niña de catorce años para que sea su mujer?

—Es una de las pocas personas que quedan en Sterling, cariño.

El viento de siempre soplaba con fuerza; arrojaba cosas contra las ventanas cerradas y mecía a Haven House hasta que la casa chirriaba y crujió.

Cuando el viento removía la ceniza y oscurecía el sol, la temperatura descendía. Seguí moviéndome y la cubrí con otra manta.

—Entonces quizá deberías ser tú quien saliese con Abernathy.

—Ahora mismo tengo cuarenta y un años y no estoy para llevarme bien con ningún hombre. ¿Y si me pasa algo, Evie? ¿Qué harías? —Me lo había estado preguntando desde el ataque—. No hay nadie que vele por ti o te proteja. Pensar en ti, sola, me carcome.

—Ya te he pedido que dejes de hablar así. Hace unos días me dijiste que estarías bien. Ahora te comportas como si tuviera que instaurar el darwinismo o dejarte en un iceberg a la deriva o algo.

Ella suspiró y, de inmediato, comenzó a toser. En cuanto paró, le ofrecí un cazo de agua a la vez que pensaba en ir a la bomba en cuanto el viento nos diera un respiro.

—Ay, Evie. ¿Qué harías? —volvió a preguntar.

La miré y deseé que me creyera.

—Mamá, eso no va a pasar. —En cuanto saliese de la habitación, iría al establo. Si Allegra podía con la silla, iría a caballo en busca de un médico—. ¿Por qué no te centras en mejorar y dejas que yo me preocupe de las cosas? —La besé en la frente—. Voy a terminar la trampa.

Era una mentira creíble. Aunque nadie había entrado o había visitado Haven desde el Destello, lo había convertido en un lugar seguro para mantener a salvo a mi madre.

Su expresión se tornó recelosa.

—Evie, es muy peligroso y tú eres... eres...

—¿Una patosa? Hasta yo soy capaz de seguir un libro de instrucciones con imágenes.

—Pero ¿y la tormenta?

La ceniza, aunque asquerosa, era manejable. Arrastré el pañuelo que siempre llevaba del cuello a la cara y después estiré los dedos índices como si fueran pistolas. Mamá sonrió, aunque

no se rio.

—Descansa un poco —le dije—. Volveré para traerte la comida.

—Recuerda la sal —contestó con voz débil.

En cuanto me quedé sola, la sonrisa se me borró de la cara. Me puse unas gafas de sol extragrandes Coach y una sudadera con capucha y me colgué una escopeta en la espalda. Entre eso y la sal en mis bolsillos, estaba preparada para posibles hombres malos y los «hombres del saco».

Se suponía que la sal repelía a los zombis, al menos si creíamos a los rezagados de ojos atormentados que habían pasado por Sterling. También habían dicho que la peste había asolado el norte, que había fuegos interminables al oeste, esclavistas que gobernaban las grandes ciudades del sur y que los caníbales se habían hecho con la costa este.

Escuchar esas historias me hacía agradecer estar aquí, apartada en Haven, incluso a pesar de sentir que debería estar en otro sitio y haciendo otra cosa.

Pero ¿qué era más importante que cuidar de mi madre?

En cuanto abrí la persiana, quité las tablas, dejé que la escalerilla de emergencia se desplegara por el lateral de la casa.

Esta ventana era nuestra única entrada. Al principio, había reforzado las puertas con madera y había bajado las persianas de la planta baja.

Cerré la ventana detrás de mí y después bajé por la escalera hasta llegar a la ceniza que se arremolinaba sobre el suelo, casi como si fuera una clase de educación física infernal. La tierra cubierta de ceniza crujió cuando salté.

Al instante tuve que batallar con el viento para evitar que se me llevase.

¿Cuál era la única constante del nuevo patrón meteorológico? Que nunca llovía. La mayor parte del día había vendavales. Y, una vez estos acababan, reinaban el cielo azul y el sol abrasador.

Por la noche había una calma perfecta, sin ruidos de insectos, el crujido de las hojas o las ramas meciéndose. Un silencio miserable.

A menos que hubiese algún terremoto a lo lejos.

En cuanto pasé junto a los restos de los robles de Haven, que ahora eran esqueletos negros con ramas sin una sola hoja, me detuve para pasar una mano sobre el tronco desmoronado.

Sentí, como siempre, una punzada; habían dado su vida para protegernos.

La última noche de lluvia previa al Destello había empapado las antiguas tablas de Haven House y el establo. Entre eso y que los robles nos cubrieron, la estructura se había salvado del fuego proveniente del cielo, aunque la mayoría de los edificios del condado se habían chamuscado.

Fue casi una bendición que no pudiese ver más allá de unos cuantos centímetros por delante de mí. Al menos teníamos algo parecido a los árboles alrededor de la casa. El campo...

Mi ejército de seis millones estaba completamente destruido. Oí un ruido y me sorprendió que fuese un leve gritito que salió de mi propia boca.

Cuando llegué al establo, abrí la puerta doble lo suficiente como para entrar sin que el viento las azuzase.

Dentro, me bajé el pañuelo y fui hacia el compartimento de Allegra. La ensillaría costase lo que costase y nos marcharíamos.

No vi a mi caballo en el compartimento, no hasta que estuve delante, porque se hallaba recostada de lado, con las costillas bien marcadas y la respiración agitada.

Apenas podía abrir los ojos, pero lo intentó para tratar de mostrarme que sabía que estaba allí.

¿Se preguntaría por qué ya no le traía manzanas? ¿Estaría asustada? ¿Cómo podía dejar que siguiera sufriendo?

Sus expresivos ojos se pusieron blancos y se desmayó. Ni Allegra ni médico para mi madre.

La pena y la frustración que había acumulado tenían que salir. Eché la cabeza hacia atrás y grité todo lo que pude.

Grité y grité.

Cuando la garganta me empezó a doler horrores, dejé de hacerlo y respondí a las voces.

—¡Venga, ahora vosotros! ¡Os toca! —Giré sobre mí misma—. Todavía queda algo de mí que podéis atormentar. No seáis tímidos.

Tres voces diferentes así lo hicieron a la vez:

—*¡Alzad la vista, muchachos, ataco desde arriba!*

—*No te quito los ojos de encima.*

—*¡Me deleitaré con tus huesos!*

Reconocí la voz chirriante de Ogen. Suponía que al menos alguna de las voces pertenecía a las personas de mis visiones.

Me acordé del chico con alas de la visión de la noche de mi fiesta. Quizá fuera él el que decía lo de «no te quito los ojos de encima».

¿Y el chico de las chispas y la electricidad? ¿Eran suyas las jabalinas de rayos? Puede que fuera suya la voz irlandesa que decía lo de «alzad la vista, muchachos».

Había visto que esos chicos y la arquera con la cara borrosa estaban a la espera. Ahora estaban en mi cabeza al igual que los otros. ¿Era posible que alguno de ellos fuese real?

Chicos con alas y jabalinas hechas de rayos. Criaturas con cuernos como Ogen. La Muerte...

Antes del Destello no me había vuelto loca. ¿Después? Era como un callejón sin salida en el que seguían provocándome, sin parar, hasta estar totalmente segura de que sí lo estaba.

Desaté la escopeta, apoyé la espalda contra la pared y me deslicé hasta el suelo. Luego me golpeé la cabeza contra la madera una y otra vez.

Siempre me había preguntado por qué los chicos del CRI hacían eso, porque parecía doler, y ahora sabía por qué. El dolor te distraía de la pena.

Pero no ayudó contra las voces. Zumbaban en mi cabeza como avispas.

—*Te amaremos... deleitaré con tus huesos... ¡ataco desde arriba!*

—¡Matthew! —Grité—. Prefiero la migraña. Ven. Por favor.

Estaba claro que había cambiado mi forma de ser con él y con respecto a las visiones. Ahora quería que me visitase. La última vez me había dicho que «siempre que ayuda, te hace daño».

¿Entendía lo que decía? No, pero me gustaba que estuviese cerca.

Otra vez vino para decirme, en tono pesaroso, «eres la única amiga que he tenido nunca».

Me obligué a no sentirme decepcionada cuando esta vez no vino, y me obligué a concentrarme y a bloquear las voces. «¡Piensa qué vas a hacer!».

Mi madre me preguntó una vez si nos comeríamos a Allegra si la situación se volvía desesperada. Yo creía que la verdadera pregunta era: ¿cómo podía Evie mirar a su caballo a los ojos, dispararle y después comérselo?

Estaba a punto de saberlo.

Si Allegra no valía para el transporte, nos valdría para... comer. Mi madre se pondría mejor al

ingerir más nutrientes; tampoco es que pudiera ir a peor.

Eso era lo único que podía hacer para ayudarla.

Sacrificar a mi dulce Allegra.

Grité y escondí la cara entre las manos con los ojos anegados en lágrimas. Poco después me puse a sollozar más que el primer día después del Destello, cuando sospeché por primera vez que las personas habían muerto.

Me empezó a doler el cuero cabelludo. La lágrimas me humedecían las mejillas... ¿y la frente?

Bajé la vista y vi que tenía sangre en las palmas de las manos.

—¡Mierda!

Me había hecho un corte en la frente con las garras puntiagudas y ahora la sangre me chorreaba por la cara. Goteaba hasta la barbilla y me manchó el pañuelo.

Dejé un reguero de sangre detrás de mí y entrecerré los ojos para ver si encontraba algo que no estuviese lleno de polvo para secarme las heridas, pero con tanta sangre me resultaba difícil ver.

Me limpié los ojos porque las gotas me cegaban. Las heridas en el cuello cabelludo sangraban mucho, ¡y tenía diez!

No encontré nada que sirviera como vendaje, así que deslicé el pañuelo hasta arriba, para cubrirme la cara, hasta apretarlo contra la zona de las heridas.

Me quedé quieta cuando escuché un susurro a mi derecha. Y después otro a mi izquierda. Sentía movimiento a mi alrededor, pero estaba demasiado asustada como para huir y quitarme la venda improvisada y manchada de sangre.

Acerqué una mano a la escopeta sin dejar de temblar. Palpé el suelo de tierra y sentí una criatura.

¡Una rata! «¿Varias?», chillé, me alejé y, tambaleando, me quité el pañuelo. ¡Las ratas me iban a comer en el establo!

Me pasé el brazo por los ojos hasta poder ver...

Me quedé con la boca abierta y solté todo el aire que tenía en los pulmones. Un rato después, pude exclamar:

—Dios mío.

Veía... plantas.

A mi alrededor, había brotes creciendo del polvo. Habían brotado donde mi sangre había empapado antiguos copos de avena o paja.

Me levanté con cuidado. Había pasado muchísimo tiempo desde la última vez que había estado cerca de una planta viva; casi me había convencido a mí misma de que mi conexión con ellas no había sido más que fruto de mis alucinaciones.

Las voces intentaron llamar mi atención, pero me fascinaba tanto mi nuevo descubrimiento que, durante varios momentos, pude bajarles el volumen.

Mientras trataba de pensar en lo cuerda que estaba, las plantas se estiraron hacia un trozo de luz. ¿Eran reales? Vacilante, toqué un tallo con otra gota de sangre. Creció hasta madurar en cuestión de segundos. La Muerte me había dicho que «había vida en mi sangre». Mi mente apenas concebía las posibilidades. Necesitaba...

—Más semillas.

Fui hacia la casa corriendo, con el viento en contra. Para cuando llegué a la cocina, las garras ya habían desaparecido y mi cabeza ya había dejado de sangrar y empezaba a curarse.

Busque en la alacena una caja con paquetes de semillas. Mamá y yo las habíamos recogido

pensando que podríamos cultivar nuestra propia comida.

No había crecido nada. Ni nadie había podido tampoco.

Pero ahora...

Los pensamientos me iban tan deprisa como el corazón. Había una zona en la parte de atrás del establo donde se había hundido el tejado y había dejado un espacio abierto. Quisimos arreglarlo porque temíamos que entrase la lluvia por ahí.

Pero no hubo lluvia. Solo sol, polvo y ceniza. Pero podía sembrar las semillas allí.

Guardé los paquetes en los bolsillos de los vaqueros. Si mi madre comía lo suficiente, comida buena, mejoraría. ¡Claro! No se curaba como debía porque el hambre la debilitaba.

Desvié los ojos entrecerrados hacia el establo. Podía arreglarlo. Incluso podía ayudar a nuestro caballo y así ir en busca de un médico.

¿Sin comida, suerte o tiempo? Podía aprovecharme de la suerte que ahora me sonreía, hacer crecer más comida y conseguir más tiempo.

Con tan solo una navaja.

Al fin y al cabo, ¿cuánta sangre necesitaba una chica?

16

DÍA 220 d. D.

Creí oír una moto.

Esta mañana el viento se había tranquilizado. Ahora, al no haber hojas, ni coches, ni gruñidos de animales, los sonidos eran diferentes.

¿Podría ser? Le di vueltas a la vez que me alejaba, tambaleante, de la casa, débil por culpa de la pérdida de sangre. Desde mi descubrimiento la semana pasada, no había dejado de... sembrar.

Aquel sonido parecido al de una moto me traía recuerdos de una vida pasada, de abundancia y comodidad, de la que parecían haber pasado mil años.

Casi podía cerrar los ojos, escuchar ese rugido y fingir que todavía seguía viviendo esa vida.

Casi. El penetrante olor de la ceniza y las chirriantes voces que oía en la cabeza hacían que fuese un tanto difícil fingir.

«Estás delirando», Evie. No había ninguna moto, al igual que tampoco había aviones en el cielo.

Sí, deliraba. Por desgracia, ese era uno de los gajes del oficio de hacer crecer plantas con la sangre. Sobre todo con una cosecha tan abundante como la mía.

Creía que los efectos secundarios de la sangría de ayer habían remitido. Al parecer, no, por como seguía imaginándome cosas del pasado.

Pero bueno, ¿qué más daba un ruido imaginario más? «¡Únete al coro y ruge junto con las demás voces!».

Caminé arduamente hacia el establo con la determinación de ponerme a trabajar. El cielo seguía despejado por ahora. El azul intacto del cielo debería haberme parecido precioso, pero parecía estar intentando compensar de manera exagerada la ausencia de vegetación.

Para mí, el cielo azul parecía más bien como una sonrisa forzada...

Me acordaba de que Brandon una vez me dijo que sus pensamientos oscilaban de forma intermitente entre el fútbol americano y yo. Ahora mi vida oscilaba también entre tres horribles tareas.

La primera. Por la mañana vendaba la herida en las costillas de mi madre. Puede que me estuviese engañando a mí misma, pero no creía que hubiese empeorado. Aun así, sus pensamientos no parecían ser tan claros, y se pasaba los días durmiendo.

Después de poner a mi madre cómoda, me dirigía al establo para llevar a cabo la tarea número dos antes de comer. Mis nuevas plantas parecían acallar las voces en mi cabeza y me otorgaban unas cuantas y preciadas horas de cordura, aunque después me salía bien caro.

Tercera. Cuando me quedaba sola por la noche en la cama, las voces explotaban. Como si mis amadas plantas las hubiesen encerrado a la fuerza en una botella de refresco que luego se agitaría hasta que el tapón saliese despedido de la presión.

Gritaban hasta que me entraban ganas de arrancarme los pelos. Si por casualidad me quedaba dormida, entonces me veía recompensada con vívidos sueños de la bruja roja...

Hacía unos minutos había terminado la tarea número uno. Había dejado a mi madre medio dormida después de sufrir un ataque de llanto. Suyo, no mío.

Cuanto más se le deterioraba la salud, más sentimental se volvía.

—¿Por qué no... le hice caso? —había resollado—. Tu abuela me dijo que eras especial, y yo me reí de ella. ¿Por qué no creí en ella... o en ti, las dos únicas personas que más quería en este mundo?

Aunque a menudo yo misma me lo preguntaba, había intentado tranquilizarla diciéndole que ahora todo iba a ir bien.

Tras aquel arrebato supe que no podía revelarle lo de mi nuevo talento. Le había estado dando vueltas durante días, pero ¿cómo se sentiría si tuviese más pruebas de que, efectivamente, era «especial»? ¿Lloraría y tosería más?

Mi nueva habilidad sería como un guantazo en la cara de la mujer que me había internado en la Última Esperanza. Así que al final me decanté por guardar silencio.

Si dormía, podía darle pequeños bocaditos de succulento melón chino y fresas. Ayer por la mañana había murmurado: «Esto debe de ser un sueño».

Otras veces, había simplemente envinado las verduras y le decía que había encontrado botes y latas de verduras en la despensa o en casa de algún vecino.

¿Sabía cómo envinar la comida? Pues más bien no. Pero sabía comerme los pepinillos de un tarro y luego echar las verduras en aquel líquido curtidor.

Abrí el candado que mantenía las puertas del establo cerradas. No, no habíamos tenido visitantes ni intrusos aquí; pero, aun así, demasiado paranoica me tenía el inestimable contenido que guardaba dentro como para cerrar el establo con llave.

Dentro Allegra relinchó con un poco más de energía. Al menos ya estaba de pie. Tras la falta de apetito inicial, ahora estaba más que encantada de ser la receptora de constantes cáscaras de melón.

—Hola, chica. —Acaricié su cuello y acerqué la nariz a la de ella. Dejaría pasar dos días más antes de arriesgar a salir de viaje con ella.

Si lo hacía demasiado pronto, podría matarla, y entonces eliminaría cualquier esperanza que tuviese de encontrar a un médico. Y si, por el contrario, lo hacía demasiado tarde...

«No vayas por ahí, Evie».

Al fondo, me agaché para pasar por debajo de los travesaños caídos del techo y me adentré en mi huerto antes justo de quitarme la chaqueta. Me remangué el jersey y saqué un paquete de cuchillas que me había metido en el bolsillo de los vaqueros. Extraje una.

Respiré hondo y luego arrastré la hoja sobre la vena del brazo hasta el codo. «Si los médicos de Atlanta pudiesen verme ahora...».

Ah, pero esos loqueros engréidos probablemente no fuesen más que cenizas.

Usé la sangre para otorgarles vida a algunas semillas de zanahoria y patatas como si estuviese encendiendo un fuego. Derramé algunas gotas sobre unos granos y observé cómo de los lustrosos tallos crecieron mazorcas de maíz.

No obstante, demasiado pronto, sentí un escalofrío hasta en los huesos y me mareé. Ahora entendía por qué los personajes de las películas cuando morían desangrados susurraban: «Frío... tengo mucho frío». El calor corporal te abandonaba al igual que lo hacía la sangre.

Suspiré cuando la piel empezó a regenerarse. Aunque me temblaba la mano, volví a reabrirme la tierna vena con otro corte de la cuchilla, y me encogí de dolor.

Mientras la sangre fluía, luché por mantener los ojos abiertos. El establo comenzó a dar vueltas y el escalofrío se intensificó.

Los delirios tuvieron que estar volviendo, porque oí a la moto imaginaria rugir por el camino de conchas de Haven House.

¿No era imaginaria? Lo primero que pensé fue: ¿Había sobrevivido... el cajún?

De vez en cuando pensaba en él, sobre todo para maldecirlo por llevarse el teléfono de Mel; aunque había empezado a preguntarme si podría haberla traído de vuelta a Haven, y a nuestro sótano, a tiempo.

¿Lo culpaba de su muerte? Siempre que me imaginaba a Mel incinerada en su coche, sí.

Dolía menos que culparme a mí misma por mis errores, por no hacer que mi madre viese la verdad, por no creer en mi propia cordura, por no advertir a la gente.

Por no decir: «De eso nada, Mel. Esta noche tú te quedas aquí».

La moto se estaba acercando. Fuese quien fuese, tenía que recoger todo esto y preparar la escopeta. Me limpié el brazo, y luego me bajé la manga de un tirón.

Con el arma en mano, salí tambaleándome al exterior y cerré el establo con llave a mi espalda.

El motorista me vio y frenó hasta detenerse por completo, luego levantó la visera del casco. Iba vestido con una chaqueta de cuero negra, vaqueros raídos y botas. Una ballesta de aspecto peligroso colgaba sobre su espalda.

Reconocí su figura, la gran anchura de sus hombros. Me quedé boquiabierta. Jackson Deveaux.

Estaba vivo.

Me tambaleé, como si el suelo se hubiese puesto a temblar. Luego fruncí el ceño. El suelo sí que había temblado ligeramente.

Aparcó y apagó el motor. Cuando se quitó el casco, vi que tenía el pelo negro más largo, y su cara ya no estaba tan bronceada. Seguía teniendo los ojos de aquel color gris tan vívido, pero con ojeras debajo.

Se lo veía agotado. Y sus facciones demostraban una dureza que antes no tenían.

No sabía cómo me sentía por volverlo a ver. En mi mente, Jackson era un villano. Pero también un antiguo compañero de clase, aunque fuese por muy poco tiempo. ¿No había ansiado ver a alguien de mi misma edad? Pues él estaba real y físicamente aquí.

¿Tanto necesitaba hablar con alguien hasta como para sufrir la presencia de Jackson?

Nos quedamos mirándonos durante unos largos instantes. Él se tomó su tiempo estudiándome, al igual que había hecho la primera vez que me vio.

Qué aspecto tan diferente tenía ahora. Había pasado de ser una animadora aseada a un desastre con patas tras el apocalipsis. Llevaba la ropa desarreglada y manchada de hollín, y el pelo completamente despeinado. Debía de estar pálida como la muerte.

—*Dépouille*. —murmuró con aquella voz profunda que tan bien recordaba.

Me tensé. *Dépouille* básicamente significaba «despojo» en cajún. ¿Venía a mi casa para insultarme? ¿Después de nuestro último encuentro?

¡Como si ya no tuviese suficiente con lo que lidiar!

—Debería haber sabido que sobrevivirías.

Se bajó de la moto y se apoyó contra ella.

—¿Y eso por qué, Evangeline?

—Mala hierba nunca muere. —Sonaba colocada. Me di de tortas mentalmente y me obligué a abrir los ojos un poco más.

—Veo que no has cambiado nada. Sigues sin valer para nada.

—Y tú tampoco. Todavía eres un maleducado sin clase.

—Se te ve un poco *cagou*. Enferma. ¿Has contraído la peste, tú?

«No, solo he estado cultivando un poco. Con mi sangre, sudor y lágrimas». Casi me reí entre dientes, pero me llevé el envés de la mano a los labios.

—¿Qué quieres? —dije desde la distancia.

—Voy de camino a Texas. He parado aquí para negociar. —Se desabrochó la chaqueta y luego sacó la petaca de un bolsillo—. Un par de tíos en Sterling dicen que tienes una buena reserva de comida. Me imaginaba que tu madre y tú estaríais aquí, viviendo como si nada.

«¿Viviendo como si nada?». ¿A qué se refería? No podía pensar. Hasta bajo la luz del sol tenía tanto frío que casi me castañeaban los dientes.

—¿De qué estás hablando?

—Tú sabías que esto iba a pasar, ¿verdad? Estoy seguro de que os preparasteis. Por eso seguís teniendo comida.

—¿Que nos preparamos? —Me mareé todavía más—. Si todavía nos queda, es porque salimos a buscarla cuando todos los demás no hacían más que rezar. —El viento estaba arreciando otra vez, y con él mi sensación de escalofríos.

—Dibujaste el Destello con bastantes detalles. ¿Qué tenías? ¿Visiones? ¿Sueños? No hacías otra cosa en clase.

Era obvio que Jackson me guardaba rencor por algo que no me había ayudado en lo más mínimo.

Entrecerró los ojos.

—No me extraña que quisieras que te devolviese el cuaderno. Era una maldita guía ilustrada del apocalipsis. Vi a los «hombres del saco» en tus dibujos antes de verlos siquiera en la vida real. Vi el sol brillar por la noche en una de las páginas antes de que sucediese. Gracias por el aviso, tú.

—¡Claro! ¡Como si me hubieseis creído! ¡Ni yo misma creía que mis dibujos fuesen reales! —grité. La frustración de la última semana, de los últimos meses, explotó—. ¡Creía que estaba loca! ¡Igual que todos los demás que los veían! —Al ver que seguía impasible, espeté mordaz—: Déjame decirte lo preparada que estaba. Estaba tan preparada que mi novio y su familia se convirtieron en un montón de cenizas. Todos nuestros amigos murieron. Y Mel... —se me rompió la voz, pero continué— ella era como una hermana para mí y murió sola, ¡ni a cinco kilómetros de mi casa!

Suavizó un poco la expresión... hasta que volví a hablar.

—¡Te culpo a ti de su muerte!

—¿Y yo qué narices he hecho?

—Cuando vi la luz, caí en la cuenta de lo que estaba pasando, de que todas las cosas que había visto podrían ser reales. Quise llamar a Mel y decirle que volviese aquí. ¡Pero no tenía el teléfono!

—Yo no le robé el teléfono, no.

—Me entretuviste para que Lionel lo hiciese.

—Si lo hizo, ya ha pagado por ello. Está tan muerto como ella.

—Tú tuviste la misma culpa que él. —Me froté la frente; me negaba a seguir discutiendo. Jackson no se merecía mi tiempo. A menos...

—¿Has pasado por algún médico, o algún tipo de doctor, de camino aquí?

—¿Por qué quieres saberlo? ¿Estás enferma? ¿O tu *mère*? Algo dijeron en el pueblo.

—¡Respóndeme! ¿Puedes traer a un médico? Tenemos cosas de valor, cosas que harían que el

viaje mereciese la pena.

—*Non*. No es... No es posible.

Me balanceé sobre los pies.

—Eso es lo único con lo que voy a negociar, Jackson. Si no me puedes traer a un médico, entonces márchate.

—Ni siquiera sabes qué es lo que puedo ofrecerte.

—No hay nada que quiera, o necesite, a excepción de un médico.

—¿Y qué hay de lo que yo necesito? Puede que simplemente tome lo que vengo buscando.

El miedo me invadió. No podía acercarse a mi madre. ¡Éramos tan vulnerables! Le quité el seguro a la escopeta.

Él le dio un sorbo a su petaca como si nada.

—¿Sabes acaso cómo disparar esa cosa, tú?

¡Dios, me ponía de los nervios!

—¡Te he dicho que te vayas! —Levanté la escopeta.

Se guardó la petaca en el bolsillo y se incorporó.

—No me apuntes con esa cosa —dijo con irritación y acercándose a mí.

A la vez que se aproximaba, pude ver aquella mirada amenazadora que le dedicó al borracho.

La que prometía dolor.

Se me dispararon las alarmas. Lo cual me enfadó todavía más. ¡Tenía un arma cargada apuntándole a la cabeza! Él no tenía por qué saber que mi puntería era tan mala que no era capaz de darle ni a la parte más ancha del establo.

—Ves, Jackson, la muñequita tiene dientes...

Se movió tan rápido, apenas un borrón, y apartó la escopeta de un manotazo. El más ligero roce sobre el gatillo y la escopeta se disparó, lanzándome hacia atrás por el retroceso. Lo vi abalanzarse sobre mí —demasiado tarde— y luego sentí el golpe de mi cabeza contra el suelo.

La visión se me nubló a la vez que Jackson se agachaba a mi lado y me palpaba la nuca.

—Vivirás, *coo-yôn*. ¿No te alegras?

Puse los ojos en blanco. Oscuridad.

17

La bruja roja se encontraba sobre una tarima elevada desde la que se veía una multitud de individuos entre las sombras.

Aldeanos. Se encogían de miedo ante ella.

Al observarlos, sintió un ramalazo de hostilidad recorrer sus venas. Los destruiría a todos y cada uno; su ira era inmensa.

Levantó los dedos acabados en garras al cielo claro y ordenó a las plantas cercanas que liberasen sus espinas. Tras un grito, desató todo un tornado de ellas.

Al igual que un enjambre de abejas, la tempestad descendió sobre su presa. Las personas se empujaban las unas a las otras y pasaban por encima de los caídos para escapar, pero ninguno pudo.

Las espinas afiladas se clavaron en sus caras, y se restregaron contra sus narices y labios. Centímetro tras centímetro, las puntas les cortaron la piel, desollando la carne de sus cuerpos. La sangre borbotó y el cartílago cubrió el suelo.

La cabellera de una mujer estaba completamente sesgada; su precioso pelo negro ondeaba en el viento turbulento.

La tempestad de la bruja los azotó más y más. Incluso sin la mayoría de su piel, la gente consiguió sobrevivir durante bastante tiempo, lo cual ella disfrutó sobremanera.

Mientras reía encantada, ellos se arrastraban sin apenas moverse, atrapados entre los montones aglutinados de sus restos...

Me desperté en la cama, con los ojos entrecerrados por la cantidad de luz que entraba en la habitación y con escalofríos por la última pesadilla.

Fijé la mirada en un trío de velas encendidas. ¿Tres? Nunca gastaría tantas a la vez.

Me encogí al ver el perfil borroso de alguien. Ajusté los ojos poco a poco.

¡Jackson estaba en mi habitación! Jamás había entrado un chico, y mucho menos él.

Todavía tenía la ballesta colgando de la espalda. Y en la mano llevaba otra vela.

A la vez que intentaba deshacerme de los vestigios del sueño y recomponerme —¿Cómo había llegado hasta mi cama? ¿Por qué estaba él aquí?—, fingí estar dormida y lo observé husmear como si fuese dueño del lugar.

Observó las nubes de tormenta que yo había pintado en las paredes; se metió en mi armario y rebuscó en él; cuando salió echó un vistazo a mis trofeos de baile y las fotos de los conciertos a los que había ido. Ojeó mi suministro de cuadernos, todos en blanco.

Últimamente, dibujar no me interesaba casi nada. Las voces no me dejaban sentarme tranquila. Y, además, mi mente ya estaba manchada a más no poder.

Como si no pudiese reprimir las ganas, volvió a fijar la vista en los dibujos de la pared,

alzando la vela para seguir el camino de las nubes con los dedos. La luz titilante marcó una cicatriz en su antebrazo que tenía un aspecto horrible.

Recordaba aquella herida; justo había estado en su casa cuando un hombre borracho le había rajado la piel a Jackson hasta llegar al hueso.

Había sido testigo de lo cruel que podía ser este chico; había estado a punto de matar de una paliza a un hombre delante de mí. Y ahora acariciaba mis dibujos casi con adoración.

Me sentía como una espía, porque era un momento que se suponía que no debía ver. Parecía... íntimo. Cuando tocó la caña de azúcar, juro que sentí su dolor en el campo, por la lluvia que estaba a punto de caer.

Bajó las manos de repente.

—Así que aquí fue donde creció Evangeline Greene —dijo sin girarse.

—¿Qué haces en mi cuarto? ¿Cómo he llegado a la cama?

Finalmente, se dio la vuelta, pero ignoró mis preguntas.

—Ese armario tuyo no es lo bastante grande, ¿eh?

Me sonrojé al recordar que él ni siquiera tenía un cuarto propio.

Jackson abrió el primer cajón de la cómoda.

—¿Cuántos lazos y ropa de encaje puede tener una chica? —Enarcó las cejas a la vez que levantaba un sujetador de Victoria's Secret del siguiente cajón—. Este me trae buenos recuerdos.

Apreté los dientes y le respondí:

—Suéltalo a la de ya. Como si te quemase.

—Oh, sí que me quema. —Sonrió de forma burlona, pero lo dejó donde estaba—. ¿Cómo sabes todo lo que tienes? No se si querría tener tanto, yo. Recordar dónde está cada cosa debe de ser como un trabajo a jornada completa.

Me acordé de su casa, las escasas posesiones, los poquísimos libros... aquel libro usado de *Robinson Crusoe* al lado del sofá donde había dormido.

—Eras más rica de lo que pensaba.

¿Rica? ¿A qué venía eso? Entonces recordé que era un ladrón, ¡y que me había dicho sin un ápice de vergüenza que nos robaría comida!

—¿Dónde está mi madre?

—Bebíendose el té que le he preparado y leyendo uno de los últimos periódicos del este.

—Si le haces daño o haces que se sienta mal, me las pagarás.

—¿Hacerle daño? Cuando la encontré estaba intentando llegar hasta las escaleras, estaba aterrorizada por ese disparo tonto que lanzaste.

—¡Dios!

—No te preocupes. Logré subirte por esa escalera del árbol y salvarte. —Frunció el ceño—. Pesas menos de lo que creía. Da igual; le expliqué que me disparaste sin querer, lo cual no le sorprendió, y le enseñé que te habías quedado inconsciente, sin fuerzas.

—¡Mamá! —grité.

Justo cuando me quité el cobertor para ir corriendo a su habitación, me respondió:

—Estoy aquí, cariño. —Sonaba perfectamente bien, incluso mejor que antes.

El alivio me duró poco al ver que Jackson me estaba mirando las piernas desnudas. Di un grito ahogado y volví a taparme con la colcha. ¿Por qué no llevaba las botas y los vaqueros? ¿Me los había quitado?

¿O había sido Jackson? No se atrevería...

Oh, sí que lo haría.

—¿Me has desvestido? —susurré.

Me miró con cara de aburrimiento total.

—En parte.

Miré en derredor y volví a preguntar:

—¿Dónde está mi escopeta?

—La he guardado antes de le pudieses disparar a alguien inocente. Puede que hayas sido inteligente con lo de la escalera y apuntalando la puerta, pero no es que seas muy buena tiradora.

Mientras pensaba en el insulto más cruel e hiriente que pudiera, él cerró la puerta de mi habitación.

Abrí mucho los ojos.

—¿Qué haces?

En lugar de responderme, se quitó la ballesta y después se sentó conmigo en la cama antes de apoyar la espalda contra el cabecero.

Y no había nada que pudiera hacer para impedirlo. Me tensé y me desplacé hasta el lado opuesto del colchón. No lo recordaba tan corpulento, ocupaba una gran parte de la cama.

—¿Sabes? No le haría daño a tu *mère*, no. Ella nunca me ha hecho nada. Al contrario que la desalmada de su hija.

¿Qué le había hecho yo? Él fue quien nos robó a mis amigos y a mí, quien me había gritado bajo la lluvia.

—*Non*, Karen y yo hemos tenido una larga charla.

—¿Karen? —¿Llamaba a mi madre por su nombre de pila? ¿Cuánto tiempo había estado inconsciente?—. ¡Ella no te habría dejado merodear por nuestra casa! —Y entonces me percaté de que tenía el pelo húmedo y de que llevaba una camiseta negra y unos vaqueros desgastados limpios. Así que añadí—: Y, de hacerlo, no debería. No te conoce.

—Le expliqué que tú y yo fuimos *podnas* de historia en el instituto. —Y añadió con una sonrisa cruel—: Le dije que incluso habías estado en mi casa y habías conocido a mi madre.

Tragué saliva al recordar esa noche, al oír la rabia que destilaba su voz al mencionarla. Parecía como si me estuviese retando a decir algo de aquella noche.

Como no lo hice, añadió:

—Después de eso, a Karen no le importó que estuviese aquí.

Me aferré al cobertor con fuerza.

—No me voy a disculpar por haber ido a tu casa esa noche. No tenías derecho a quitarme el cuaderno.

—No me gustan los puzzles sin resolver, yo. No me enseñabas tus dibujos, así que le pedí a Lionel que los cogiera prestados.

—Teniendo en cuenta el contenido del cuaderno, entenderás por qué lo quería recuperar.

—¿Hace cuánto que tienes visiones?

Su pregunta directa me hizo sonrojar.

—Yo no... Yo... ¿Cómo puedes estar tan calmado hablando de esto?

—Tenía una prima que podía leer el futuro con el café molido. Mi abuela podía predecir huracanes con un mes de antelación.

Al parecer, en Luisiana todo el mundo conocía a alguien que tuviese «el don».

—No pienso hablar de esto contigo.

—No importa. Tu madre me ha explicado algunas cosas.

¿Le había explicado que mi abuela era una fanática de las cartas del tarot y que creía que yo salvaría el mundo? «¡Menudo trabajo estoy haciendo, abuela!».

—¿Qué te ha dicho mi madre exactamente?

—Que se supone que eres dulce, encantadora y divertida. —Me atravesó con la mirada—. No me lo parece.

—Tienes que irte de Haven. Ya. —¿Y si veía lo que escondía en el establo?—. No eres bien recibido aquí.

Él sonrió con suficiencia.

—Karen no piensa lo mismo.

—Dudo que te reciba con los brazos abiertos si le dices que me has desvestido.

—Quizá solo lo haga en parte.

Listillo.

—Ha llegado la hora de que hablemos, Evangeline. No he venido aquí solo para negociar. He venido para advertirte.

—¿De qué?

—Hay una bandada de hombres que llegará en un día o dos. Un ejército. Unos tres mil.

—¿Y? Eso son buenas noticias. —Se me disparó el corazón—. ¡Deben de tener médicos!

—Veo por dónde vas, pero no es como crees. El Ejército del Sureste es diferente.

—¿Cómo lo sabes?

—Estuve en el ejército paramilitar de Luisiana.

—A ver si lo he entendido bien. Te uniste al ejército. Aún tienen que estar sucediendo cosas ahí fuera, pero aquí estas. ¿No te convierte eso en un desertor?

Asintió sin un ápice de vergüenza.

—Cuando ese enorme ejército se quedó a cargo de mi unidad, nos encontramos con un nuevo general y un nuevo objetivo.

—¿Cuál?

—Alistar de forma involuntaria a las mujeres —dijo sin emoción.

—No entiendo. Entrenar como soldados... —Me callé al ver su expresión. Sus ojos mostraban cautela, lo cual traicionaba su numerito de chico malo. ¿Qué podría afectar así a un chico tan duro como él?

Caí en la cuenta de lo impensable cuando murmuró:

—Soldados no.

—Ya veo. —¿Qué había visto Jackson allí fuera?

—No hay nadie que las libere o se enfrente a ellos. El ejército absorbe cualquier unidad militar con la que se cruza. Texas debe de ser la siguiente en su camino. Nadie sabe por qué se dirigen hacia allí, pero supongo que, si alguien es capaz de detener a esos hombres, esos son los tejanos. Voy de camino a advertir a los paramilitares de allí. —Frunció el ceño—. ¿No has visto nada de eso en tus visiones?

—Deja de hablar de ellas como si... como si...

—¿Como si fueran reales? —Al final lo dejó pasar—. He adelantado a las tropas, pero me pisan los talones. Han acampado al norte de Sterling. Si no hay tormenta, bien podrían estar aquí mañana. Si no os marcháis, os cogerán a ti y a tu madre.

—¿Por qué debería creerte? Puede que vengan a salvarnos. Llevamos esperando algo así desde el Destello.

—Vienen hacia aquí, Evie. Te lo juro. —Tiró de la cadenita que le colgaba del cuello y sacó un rosario negro de debajo de su camiseta. Las cuentas brillaron bajo la luz de las velas. La extraña cruz era pequeña, pero estaba decorada—. Y te juro por Dios que desearás que no hayan puesto las miras en ti.

Casi... le creí. Recordé vagamente que había visto ese rosario antes, y le pregunté:

—¿Se lo has contado a mi madre?

Él asintió.

—¿Qué te ha dicho?

Se miró los nudillos y se pasó un dedo por una cicatriz.

—Que tú tomarías la decisión de irnos o quedarnos.

¿Y si decidía que nos fuéramos de una vez por todas? ¡Lejos! ¡Por fin saldríamos al mundo!

Como siempre, controlé aquel impulso a la vez que la culpa me carcomía por dentro.

¿Por qué debería ser decisión mía? ¡Jamás pensé que fuera a desear tanto tener una figura de autoridad que tomase las decisiones por mí!

—Aunque tu historia sea cierta, no puedo viajar con ella. Está herida, y tenemos un caballo, malherido. ¿Cómo se supone que voy a alejarla de un ejército?

—Me podrías pedir ayuda. ¿O eres demasiado orgullosa?

—Haría cualquier cosa por mantenerla a salvo. —Lo miré—. Ese gran ejército tendrá médicos, incluso puede que algún cirujano. Uno podría estar viniendo aquí en este mismo momento. No voy a arriesgar su vida escapando de la única persona que podría salvarla.

—No me estás escuchando, Evie...

—No, tú no me estás escuchando a mí —exclamé, furiosa— He dicho cualquier cosa.

Por fin entendí lo que llevó a mi madre a hacer lo que fuese necesario por curarme el año pasado. Lo único en lo que yo había pensado era en lo horrible que había sido el CRI para mí. No había tenido en cuenta lo angustiante que debió de ser para ella dejar a su hija allí, abandonarla.

—Puedes decir lo que quieras, porque no sabes lo que eso implica con esta gente.

Parecía como si quisiese seguir discutiendo, pero fuera lo que fuere que viese en mi expresión le hizo pensárselo mejor.

—*Tête dure* —murmuró. Cabezona—. Hablaremos después de cenar, sí.

—¿Cenar?

—He traído carne de caimán. Se te derretirá en la boca.

Me quedé callada. Sería la primera vez que comeríamos carne desde que Allegra matase con los cascotes a una serpiente de cascabel hacía un par de meses. ¡Quizás, si mi madre comía proteínas, eso la ayudaría a mejorar!

Como si pudiese leerme la mente, Jackson añadió:

—A tu *mère* le iría bien una buena comida.

Bingo.

Entonces me acordé de que el sótano casi parecía un anuncio del día de Acción de Gracias. ¿Habría encontrado las reservas? Había pensado encurtir el resto, para que no fuera muy obvio.

—Eso es, Evie. Pensé que con todas esas verduras frescas deberíamos preparar un guiso.

«¡Mierda!». Levanté la barbilla y me quedé en silencio. ¿Se lo diría a mi madre? ¿Se lo había dicho ya?

—Y en el establo he encontrado más cultivadas. Un huerto de verdad. ¿Me lo quieres explicar? Llevo toda la tarde estrujándome el cerebro tratando de encontrarle el sentido.

—¿Has entrado en el establo?

—¿Después de ver cómo cerrabas el candado frente a mis narices? —El cajón se encogió de hombros—. A estas alturas ya deberías saber que, si Evie Greene no quiere que yo descubra algo, encontraré la manera de hacerlo.

—¿Se lo has contado a mi madre?

—Supuse que no lo sabía y he mantenido el pico cerrado.

—La alteraría.

—Pero a mí no. Cuéntame lo de tu huerto. Pintas plantas en las paredes; ¿las convences para que crezcan del suelo muerto? ¿Tienes otros dones a parte de ver el futuro?

—¡Deja de hablar de eso!

—¿Le has contado a alguien lo que tienes en el establo?

—¡Pues claro que no!

Me miró con esos ojos oscuros e intensos suyos.

—No se te ocurra decírselo a nadie, no. No te puedes hacer una idea de lo que la gente haría por ese huerto. ¿Me oyes?

Sentí cómo un escalofrío me recorría la espalda.

—A nadie menos a ti, ¿no?

—Tengo que saber cómo has hecho que crezcan, Evangeline.

Entrecerré los ojos.

—Con campanadas de plata y conchas de hojalata. —«Chorros de sangre y sueños raros y chicas bonitas... todas marchitas».

Curvó las comisuras de los labios.

—Tú y tus secretos. Ah, *peekôn*, justo cuando creo que he resuelto un misterio sobre ti, otro aparece. Algún día te descifraré. *En garde, cher*. Advertida quedas.

18

—No me puedo creer que le hayas dejado quedarse. Sin hablar conmigo siquiera —le recriminé a mi madre mientras le trenzaba el pelo.

Quería estar «presentable» para nuestra primera cena en condiciones en mucho tiempo, y para nuestro primer invitado desde el Destello.

Me había suplicado que yo también me arreglase, que fuese respetuosa para con el esfuerzo que Jackson, él solo, estaba haciendo, ya que había rechazado a mi madre todas las veces que había insistido en que yo lo ayudase.

Me había mofado hasta que ella se hartó y me dijo:

—Vístete, Evie. O ve abajo e insiste en ser de utilidad.

¿Una orden de mi madre? Me decanté por la opción menos mala y saqué uno de los pocos conjuntos bonitos que todavía me quedaban bien: un vestido ajustado Nanette Lepore y unos tacones anchos a juego. Hasta me puse los pendientes de diamante y me apliqué un precioso brillo de labios.

Con una punzada en el corazón, me coloqué el collar que Brand me había regalado la noche previa a su muerte.

—¿Cómo iba a hablar contigo de Jack? —me preguntó ahora mi madre—. Estabas inconsciente.

—¿Y no sospechaste que pudo haber sido él el quien me hizo daño?

—Sinceramente, Evie, su explicación tenía todo el sentido... Me sorprende que no te hayas disparado aún en un pie. Además, tengo un buen presentimiento con respecto a él.

—¿Qué le has dicho de mí? —Terminé de trenzarle el pelo y re Coloqué algún mechón aquí y allá.

—Que eres especial. Que tienes un propósito en este mundo. Y que necesitarás ayuda para llevarlo a cabo.

Bueno, no era tan malo. ¿Qué madre no diría eso de una hija?

—Por favor, no le cuentes nada más sobre nosotras, ni de nuestros planes. No es el chico amable que crees que es. No es como Brandon.

Pensé en la última vez que había visto a mi primer y único novio; recordé su sonrisa cuando se marchó para evitar que la policía me pillase. Tendría que haberle dicho que lo quería, en vez de decirle que era el mejor.

Y había sido culpa del cajún que no hubiese podido a hablar con él nunca más.

—No seas tan dura con Jack, cariño. Ahora todo es diferente. Hasta me dijo que nos arreglaría el coche esta noche. ¿Te imaginas? —Suspiró—. Volver a tener coche.

Al principio, mi madre y yo habíamos hablado de ir a Carolina del Norte para encontrar a la abuela.

—¿De verdad crees que sigue viva? —le había preguntado.

—Tiene que estarlo —me había respondido entre lágrimas.

Tres cosas nos habían retenido aquí: la falta de vehículo, la espera a que el orden se restaurase y las reservas de agua.

Los pozos se estaban agotando, y, al parecer, el orden no se veía próximo. Pero lo del coche, sí.

—¿Te crees lo que dijo Jackson de los paramilitares?

Asintió.

—Si hay tan pocas mujeres supervivientes y si esos hombres de verdad piensan que ya no volverá a haber ningún otro gobierno... Evie, la gente sin esperanza por el futuro puede ser muy peligrosa. —Se calló un momento. Parecía estar pensando en el modo exacto de formular sus siguientes palabras—. Sé que es difícil de entender para ti, pero la situación todavía puede empeorar para nosotras, para cualquiera que siga vivo.

—Pero probablemente cuenten con algún médico que pueda curarte.

Negó con la cabeza.

—Y te casarán con algún viejo. Eso si tienes suerte.

—¡Tú estabas intentando emparejarme con un controlador de animales!

—Eso era hasta que Jack apareció. Es muy considerado. ¡Y guapo! ¿Has visto qué hombros tiene? ¿Y la sonrisa seductora que le sale?

Siempre había pensado que sonreía así para demostrar su superioridad, no para seducir a nadie.

—Es fuerte, inteligente y tiene recursos. Puede cuidar de ti.

«¿Y qué pasa contigo?».

—Si tengo que casarme con un abuelo para que te pongas bien —«para salvarte la vida»— es decisión mía.

—Olvídalo, Evie.

—¿Por qué tú puedes sacrificarte por mí, pero yo no puedo hacer lo mismo por ti?

—Porque soy tu madre.

—¿Crees que no haría lo que fuese para conseguirte atención médica?

—Eso es precisamente lo que me asusta. —Empezó a toser, lo cual solo me reafirmó en mi postura.

—¿Por qué no vemos cómo te sientes por la mañana? —le dije. Me preguntaba si el costado podría ponerse más tirante y negro a lo largo de la noche—. Entonces decidiremos. —Ya me había decidido.

Creía que seguiría discutiendo, pero lo dejó estar.

—De todas maneras, necesitamos a Jack. —Ante mi expresión ojiplática, añadió—: Podrías hacer que se quedase con nosotras si fueses amable con él.

—Admito que nos vendría bien. Pero todo mi ser me dice que no confíe en él. —Me había mentido, robado y tomado por una tonta.

—Es una pena. Porque le he pedido que cuide de ti... si algo me pasase algún día.

Me quedé de piedra.

—No habrás sido capaz. ¡Acabas de conocerlo!

—Como he dicho, tengo un buen presentimiento con respecto a él. ¡Y me respondió que se lo pensaría! Le gustas, Evie. No habría venido hasta aquí para advertirnos de no ser así. Ahora prométeme que intentarás llevarte bien con él. —Abrí la boca para discutir, pero empezó a toser peor que antes.

Corrí a darle golpecitos en la espalda.

—Vale, vale, te prometo que lo intentaré —le dije. Cuando el acceso de tos remitió, le entregué un vaso de agua—. Voy a ver si necesita ayuda.

Se le iluminó la cara y el dolor desapareció de sus pálidas facciones.

—Gracias, cariño.

Bajé la oscura escalinata todavía gruñendo por dentro. De golpe, las voces se hicieron más fuertes. Oh, y ahora oía una nueva entre las otras, la de una chica.

—*He aquí la que siembra la duda.*

—¡Aj! —espeté en voz baja—. ¿Qué significa eso? ¡Dejadme en paz!

—¿Estás hablando sola? —me preguntó Jackson. Se había detenido en mitad de las escaleras cargando con una mesa plegable para que mi madre no tuviese que bajar.

Detalle que era... muy considerado por su parte.

Subió hasta el escalón justo debajo del mío y habló con esa voz tan grave que tenía.

—Ah, ah, AH, Evangeline. ¿Te has puesto guapa para mí?

Tacha lo de considerado.

—De eso nada. —Al ver que se me quedaba mirando, entorné los ojos—. ¿Cuánto tiempo llevabas ahí?

—Lo suficiente como para saber que estás dispuesta a romper la promesa que acabas de hacer. Así que sé amable, cariño.

«No sabrías lo que es la amabilidad ni aunque la tuvieras enfrente».

—Vaya, Jackson, ¡qué ganas de cenar! ¡Iré a por los platos! —dije con mi mejor voz alegre y con una sonrisa falsa en la cara.

Pero él me bloqueó el paso y dejó la mesa plegable sobre un escalón. Sus ojos parecían brillar bajo la tenue luz y su expresión denotaba total determinación.

Apoyó una mano en la pared que tenía junto a la cabeza y se inclinó hacia adelante... tal y como hizo hacía tantos meses cuando casi me besó. Cuando había estado ayudando a Lionel.

Recordaba lo estúpida que había sido esa noche. Recordaba el entusiasmo —y la atracción— que había sentido.

Por aquel entonces había sido guapo. Ahora era guapísimo, ¿y más taimado todavía?

—Joder, *cher*, sigues oliendo a flores. Llevo tanto tiempo sin ver una flor que casi me había olvidado de cómo huelen. —Recogió un mechón de mi pelo y lo frotó con sus dedos pulgar e índice—. ¿Te has puesto guapa y también te has echado perfume? El viejo Jack presiente una trampa. Considérame atrapado.

—¿Qué pretendes? ¿Por qué estás aquí en realidad?

—Quizás no sea el tipo malo que piensas que soy.

—Que es exactamente lo que diría un tipo malo. —Lo aparté, pero él me agarró del brazo.

—Escúchame, Evie. Y déjame decirte cómo va a transcurrir esta noche.

Me quedé a cuadros al oír ese tono de voz condescendiente.

—¿Cómo te atreves...?

Habló por encima de mí.

—Vamos a deleitarnos con una cena espléndida, tan deliciosa como puedas imaginar, y vas a ser más encantadora que un *ange*. Después de comer, tú, yo y tu *mère* vamos a *veiller* —quedarnos despiertos— hasta que ella se duerma. Luego me darás una respuesta sobre lo de mañana, y yo me pondré a trabajar. Porque yo sí que me voy a ir antes de que los paramilitares lleguen aquí. ¿*Comprends*?

—Yo... yo... —La cara me empezó a palpar. Oh, no, no. «¡Ahora no!». No delante de su mirada perspicaz.

Un dolor extenuante me atravesó la cabeza. La escalinata y Jackson comenzaron a desaparecer. Cuanto más luchaba contra la visión, más me retumbaba la cabeza.

Intenté alejarme como pude, llegar hasta algún lugar privado, pero él me sujetó del brazo.

—¿Evie? ¿Qué te pasa, tú?

En vez de la casa, vi un bosque oscuro a mi alrededor.

—Jackson —susurré, ahora aferrándome a él con desesperación—. Por favor, no dejes que... —Las piernas me cedieron, y yo me aferré a él, me aferré...

Pero había desaparecido. Todo había desaparecido.

Me hallaba en el exterior en una noche helada y entre columnas de humo. Los ojos me ardían y la nariz me moqueaba. Podía oír a los hombres gritar de terror a mi alrededor, pero no veía por qué.

Cuando unas explosiones hicieron retumbar el suelo bajo mis pies, el miedo me azotó. El pavor. Tenía seres queridos ahí en pleno caos, pero no podía alcanzarlos, no podía hacer nada para protegerlos.

Hasta que ella apareció. La chica del arco.

Aunque no pude atisbar sus rasgos, la vi moverse a través del humo como un espectro. Era gloriosa, una diosa. Tensó el arco, y apuntó...

A mí.

—¡No! —grité—. ¡Espera!

Disparó la flecha sin vacilar. Tuve tiempo de cerrar los ojos. Y de volverlos a abrir con indecisión.

Había disparado en la garganta a un hombre sin rostro, un hombre que había querido hacerme daño a mí, y a mis seres queridos.

Cuando la chica se giró hacia mí, su piel era de lo más brillante, pero estaba teñida de rojo, como la luna del cazador.

—Lo siento —murmuré—. No lo sabía.

Ella soltó una risa amarga.

—Nunca lo sabes. La Arquera siempre guarda una flecha para ti; vuelve a ponerte delante y te dispararé a ti directamente.

Reconocí su voz. Era la que *semebraba la duda*...

—*Evie, bebé* —dijo Jackson en voz baja, logrando por fin traerme de vuelta—. Te tengo.

Parpadeé una vez, y otra. Cuando se me aclaró la visión, me lo encontré mirándome desde arriba. Me encontraba entre sus fuertes brazos, en el suelo, al pie de la escalinata. Presionaba mi nariz con un pañuelo. ¿Estaba sangrando?

No podría soportarlo durante mucho más tiempo. Muchas otras noches así, y me lanzaría corriendo contra una de las flechas de esa arquera.

—Has tenido una visión, ¿no?

—Nunca van a parar —murmuré tras caer en la cuenta. Tenía los días contados igual que mi madre si no buscaba ayuda también. Y mi abuela era la única que sabría qué necesitaba.

Me aparté ligeramente de Jackson, pero él no me soltó.

—Cuéntame lo que has visto. ¿Ha sido sobre lo de mañana? ¿El ejército?

—No. No tiene sentido. —¿Quién era esa chica? ¿Una aliada o mi enemiga? ¿Existía siquiera? Le di un empujón en el pecho y me hice con el pañuelo con el que estaba presionándome la nariz—. Por favor, déjame ir. ¡Ya, Jackson!

—¿Ir a dónde? —espetó.

—A... cenar —dije imitando su tono de voz. Cuando por fin me soltó, me encaminé, tambaleante, hacia la cocina.

Una parte de mí quería pensar que la Arquera era imaginaria. Pero todas mis otras visiones se habían cumplido. Antes del Destello había escuchado a todo el mundo menos a mí misma. Había ignorado lo que recordaba de las enseñanzas de mi abuela, incluso después de haber empezado a creérmelas.

Ahora tenía que confiar en mi instinto, y me decía que esa Arquera estaba viva por ahí.

Lo cual significaba que todas las voces pertenecían a adolescentes de verdad.

Chicas con la piel roja, chicos que podían volar. ¿Por qué no? Yo podía hacer que las plantas creciesen con mi sangre y controlaba sus movimientos con la mente.

Matthew era real y también se encontraba por ahí. Mi amigo. Un día lo encontraría.

¿Pero el resto...? El instinto también me decía que haría bien en evitarlos.

Cuando mi madre terminó de comerse su ración de guiso, la esperanza creció en mi interior.

Durante la semana anterior, solo había picoteado la comida, pero estaba claro que le estaba volviendo el apetito. Quizás sí que estuviese yendo a mejor.

—Jack, estaba buenísimo.

Siendo sincera, sí que lo estaba. No había escatimado en nada. Había preparado una comida increíble, había desplazado la mesa y las sillas hasta donde se encontraba mi madre, y me había hecho sacar la mejor vajilla y vasos de cristal.

Cuando hube cogido los platos y los cubiertos de siempre para los tres, él me había fruncido el ceño.

—Venga ya, niña rica, sé que eso no es lo mejor que tienes.

Me había puesto de los nervios ver la cantidad de velas que había encendido —era extravagante—, pero aquellas titilantes llamas se reflejaban en el cristal y batallaban contra las cenizas a la vez que daban a la habitación un toque más cálido.

Hasta las mejillas de mi madre parecían tener color.

—Muchas gracias —le dijo a Jackson—. O supongo que debería decir *merci*.

—*De rien, cher* —respondió. *De nada, querida*. Y lo acompañó con una sonrisa «seductora».

Mi madre soltó una risilla nerviosa. ¿Estaba con el puntillo? Probablemente.

Para mi sorpresa, le había ofrecido barra libre de nuestra licorera, siempre y cuando transformase su té en «irlandés». Con poca delicadeza, vertió un chorreón de whisky caro en su diminuta taza de té, y luego se llenó un vaso Baccarat para él.

Durante toda la velada, Jackson había sido cariñoso con ella, mientras que yo había estado con el alma en vilo, preguntándome qué intenciones tenía y lo que pensaba de mi desvanecimiento de antes.

Pero si esto era lo que conseguía que mi madre dejase de sufrir, entonces le seguiría el juego. Por ahora.

—Jack, ¿sabías que Evie habla francés muy bien?

Se inclinó sobre el respaldo de la silla con expresión petulante.

—Pues sí.

—¿No ha estado genial la cena, cariño? —me preguntó a mí.

Me obligué a volver a sonreír. Mi madre no era la única que se había terminado su ración de guiso. En vez de felicitar a Jackson y subirle el ego, preferí preguntarle:

—¿Quién te enseñó a cocinar?

—*La nécessité* —contestó rechinando los dientes.

Mi madre se percató de la reciente tensión y añadió:

—Quizás puedas enseñar a Evie.

—Algo me dice que no sabe ni freír un huevo —le dijo, con la sonrisa de nuevo en su lugar.

Mi madre sonrió, pero no tardó en replicar.

—Nuestra Evie aprende rápido.

¿Nuestra *Evie*? «¿Ya estás intentando que se sienta dueño de mí, mamá?».

Al ver que él simplemente se encogía de hombros sin comprometerse a nada, ella continuó hablando.

—¿Te encontraste alguna vez con gente de tu edad cuando te alistaste en el ejército?

—Solo otros chicos.

—Así que nuestra Evie es una rareza.

Jackson sonrió con suficiencia sobre el borde del vaso.

—Oh, sí que lo es.

Lo atravesé con la mirada.

—¿No está guapa esta noche, Jack?

—¡Mamá! —Me sentía como si estuviese en una web de citas—. Voy a fregar los platos.

—Eso puede esperar. Cariño, ¡deberíamos sacar tus fotos de pequeña! Oh, ¡y las de tu primer baile!

¿La noche no iba a terminar nunca?

—Todas están en la memoria USB. Nos deshicimos de los papeles, ¿recuerdas? —Lo cual significaba que no había forma de visualizarlas, igual que mis libros o correos electrónicos. Aunque hubiésemos tenido un generador, pocas cosas electrónicas funcionaban desde el apocalipsis. Maldita tecnología.

—Guardé las originales. Están en el cuarto de la costura.

Estaba a punto de suplicarle que no me torturase —o a Jackson— de esta forma, pero empezó a toser contra la servilleta.

A la vez que se ponía roja, le froté la espalda con impotencia. Cuando por fin cesó el ataque de tos, pareció... asustada. Intentó ocultarlo, pero vi que la servilleta blanca estaba manchada de sangre.

Miré a Jackson. Aunque su rostro no mostraba ninguna expresión, podría haber jurado que vi contraerse un músculo en su mejilla.

19

—¿Quieres un trago? —Jackson me ofreció su petaca mientras lo observaba trastear bajo el capó del coche.

Miré alrededor y jugueteé con la sal que guardaba en el bolsillo de la sudadera. Era una de las primeras noches que salía al exterior desde el Destello. El silencio era tan siniestro que cada sonido que hacíamos se multiplicaba, como si estuviésemos en un auditorio.

—Coge la petaca, Evie. Parece que la necesitas.

Tenía el corazón en un puño por mi madre. Alcé la vista hacia su ventana, a la luz titilante de la vela que se podía observar tras la persiana. Lo comprendía. Ella creía que se moriría pronto.

Antes, mientras la ayudaba a prepararse para dormir, se había puesto sensible; me había repetido varias veces que me quería y no había dejado de cogerme de la mano.

Me dijo que mi padre habría estado muy orgulloso de mí. Me hizo prometerle que, si le pasaba algo, encontraría a mi abuela.

Lo que se traducía en que mi madre no me había creído cuando le había dicho que lograría recuperarse.

Acepté la petaca de Jackson.

—¿Por qué no?

Torció el gesto cuando limpié la boquilla con la manga.

—Joder, Evie. ¿Aquella noche en el molino ibas a dejar que te besase, pero ahora no quieres beber del mismo sitio que yo?

—¡No te iba a dejar! ¿Por qué lo mencionas siquiera? ¿No crees que debería quedarse en el olvido?

Volvió a su tarea.

—No todos los días se lía un cajún con una animadora de Sterling. Me habrían considerado una mayor leyenda de lo que ya era.

—Guau. ¿Entonces tenías más razones aparte de engañarme?

Se encogió de hombros.

Puse los ojos en blanco, di un sorbo y apreté los dientes ante la quemazón.

—¿No te preocupan los «hombres del saco»?

Me miró desde debajo del capó.

—Nada puede sorprenderme. —Incluso ahora tenía la ballesta cerca. Me había dado cuenta de que siempre la tenía al alcance.

Cuando fui a ofrecerle la petaca, me dijo:

—Quédatela mientras acabo.

—¿De verdad crees que puedes arreglarlo?

—Arreglé las camionetas de los paramilitares. No es difícil si sabes lo que haces.

—¿Y tú sabes lo que haces?

—*Ouais*. —Sí—. ¿Te ha mandado tu *mère* bajar para que seas amable con el cajún? Había dado en el clavo. Antes de salir me lo había ordenado, algo muy raro en ella.

—Logra caerle bien a Jack. —Y me había preguntado—: ¿Te imaginas lo aliviada que me sentiría de saber que estás con un chico fuerte y hábil como él? Lo necesitamos, Evie. Por favor, ¿puedes hacerlo por las dos? Prepárale la habitación de invitados. Ayúdalo con el coche.

No quería dejarla sola.

—¿No quieres que me quede? —Cuando negó con la cabeza, le di un beso de buenas noches—. Voy a conseguir que mejores. Ya lo verás.

—Deja la vela encendida, cariño.

—Te quiero.

Pero cuando salí junto a Jackson, no estaba convencida de que pudiera dejarlo todo atrás.

Había decidido enterrar por fin el hacha de guerra por una sola razón. Había mirado pacientemente cada una de mis fotos de la infancia. Mientras mi madre miraba embobada las fotos de cuando era un bebé sin dientes —*¡mira esa sonrisa!*—, Jackson había prestado atención, a pesar de haber sido una tortura para él.

Había ganado puntos conmigo.

Y pensé que, de haber querido robárnoslo todo, no se habría tomado tantas molestias.

Tomé otro trago al pensarlo y este no me quemó tanto la garganta.

—A mi madre le caes muy bien —dije—. Quiere que te invite a que te quedes con nosotras. El tiempo que quieras.

Dejó de trastear.

—Me sorprende que me invites.

—Ya he hecho la cama en una de las habitaciones de invitados. —Cuando enarcó una ceja, añadí—: ¿Qué?

—Joder, Evangeline. Pensaba que esta noche me ibas a hacer dormir en el establo.

—¿Por qué lo dices?

—Porque sigues considerándome el servicio. —Volvió a fijar su atención en el coche y murmuró—: Probablemente siempre lo pensarás.

Se equivocaba. No lo veía así; lo consideraba un criminal curtido por la vida. Además, no quería que se volviese a acercarse a mi cosecha en el establo.

—Haz lo que quieras, Jackson, da igual.

—No pienso estar aquí cuando llegue el ejército. —Me señaló con una llave inglesa—. Tenlo presente. Y os sugiero que vosotras tampoco os quedéis.

—¿Por qué estás tan seguro de que vendrán?

—Haven House es el edificio en pie más grande de la zona, y uno de los más antiguos.

—¿Y eso qué importa?

—Por los pozos y los molinos. No necesitáis electricidad para conseguir agua. El general ha estado siguiendo una guía de todas las fincas grandes que hay en el sur y siempre acude a las que tienen los pozos más antiguos. ¿Cuántos tenéis vosotras? ¿Dos o tres?

—Cinco —admití.

—Sí. —Se frotó la frente y, en el proceso, se la manchó de grasa—. Vendrán.

—Me cuesta creer que haya tres mil soldados y todos sean malos.

—No hace falta que lo sean. Pero tanto el general como sus dos hijos lo son. Y, si no cumples sus órdenes, te ejecutarán.

—O te vuelves un desertor.

—Tienes que pasar página, Evie. Estás empezando a herir mis sentimientos. Pero no importa;

si te quedas, verás por qué *deserté*.

—Si pudiera mover a mi madre y si arreglases el coche, me iría. Me largaría al amanecer para buscar a un médico y después nos iríamos a Carolina del Norte para reunirnos con mi abuela.

—¿Qué te hace pensar que tu abuela sigue viva? Probablemente no sea así.

—Solo sé que sí.

Tal y como dijo mi madre, tenía que creerlo. La alternativa, que jamás pudiese comprender los misterios que me rodeaban, era insoportable. ¿Y si lo de las voces no tenía remedio?

Reprimí un escalofrío.

Eso sin contar con no volver a ver a mi abuela nunca más. Cuanto más me acordaba de ella, más la quería. Recordaba sus ojos; de un marrón brillante, el mismo color que la oscura estriación de la cáscara de una nuez. La piel a su alrededor se arrugaba cuando reía. Y se reía mucho. También solía tararear todo el rato, sobre todo cuando usaba su vieja baraja de tarot.

—¿Sabes que está viva? —preguntó Jackson—. ¿Por una visión?

—No voy por la vida viendo el futuro, Jackson. La mayor parte del tiempo lo que veo no tiene sentido.

—Háblame de ellas.

—No hay patrón para saber cuándo suceden. Son... dolorosas. —Eso era quedarse corta—. Es como si me las metieran en la cabeza a presión.

—¿Estás preparada para contarme lo que has visto antes?

«No, Jackson, no lo estoy».

Respondí vagamente.

—Tengo visiones continuas de un chico que dice cosas sin sentido. Me echa la bronca y es como si me hablara en otro idioma. —Y aun así sentía una conexión fuerte entre ambos—. De todas formas, muchas de las cosas que veo no se hacen realidad. —Pero tiempo al tiempo...

—Quizás todavía no.

Muy perceptivo por su parte. Cambié de tema.

—¿Cómo es estar ahí fuera, en el mundo?

Soltó aire y permitió que desviara el tema de mis visiones.

—En las afueras de las ciudades pueden pasar días sin que veas a otra persona. Aunque, de hecho, es mejor así. Solo quedan dos tipos de personas: las que no quieren tener nada que ver contigo y las que quieren hacerte daño, los sombreros negros.

—¿Y en las ciudades?

—Muchos cadáveres. Ahora muchos supervivientes están muriendo y los antiguos no se descomponen como deberían, así que los cuerpos se apilan.

Me estremecí al imaginarlo.

—¿Todos los sitios están calcinados igual que Sterling?

—No hay nada verde, si es lo que me estás preguntando. La ceniza lo cubre todo, pero no todos los sitios están quemados. Algunas ciudades solo tienen rayas de las columnas de fuego que impactaron contra el suelo. *C'est surprenant*. —Es asombroso—. Como lo del dedo de Dios.

Lo miré confusa y él me lo aclaró:

—Una casa permanece erigida mientras la de al lado se quema hasta los cimientos. Sin ton ni son, como un tornado. —Cerró el capó. Se limpió las manos en los vaqueros, cogió la ballesta y se sentó en el asiento del conductor a la vez que se colocaba la ballesta sobre el regazo—. Sube.

Cuando entré, añadió:

—Nunca llegaríais a Carolina del Norte, Evie. Iríais directas a la boca del lobo.

—¿Por qué lo dices? ¿Por los «hombres del saco»?

Me miró.

—Puede que nunca tengas que llegar a saberlo. Pídemelo bien y a lo mejor os llevo conmigo a Texas.

Dios, sus ojos eran impresionantes. Mientras clavaba la vista en ellos, me permití imaginar cómo sería que nos guiase a mi madre y a mí hacia el oeste. A ella ya le caía muy bien.

Otra cosa de la que me di cuenta fue que, cuando él se encontraba cerca, las voces permanecían mucho más calladas. Suponía que cuando había gente a mi alrededor, distrayéndome, se atenuaban.

Admití a regañadientes que quizá no fuera tan terrible tenerlo cerca.

—¿Por qué nos ayudarías?

—Tu *mère* ha sido amable conmigo.

—Tiene que ser por algo más.

Antes le había dicho a mi madre:

—Jackson no se va a quedar a menos que tenga un motivo oculto.

Ella me había dedicado una pequeña sonrisa.

—¿Su «motivo oculto»? Seguramente que tiene dieciocho años y tú eres una chica guapa.

¿Le gustaba?

—Tengo mis razones, yo. Por ahora, eso es lo único que debes saber.

—No me basta. Mañana a estas horas mi madre podría estar al cuidado de un médico de verdad.

Él vaciló y agarró el volante con fuerza; estaba claro que dudaba sobre lo que hacer. Chasqueó los dedos para que le tendiese la petaca y respondió:

—Clotile sobrevivió al Destello.

Eso sí que fue una sorpresa.

—¿Cómo? —Le di el whisky—. ¿Y, ya que estamos, cómo lo hiciste tú?

Se tocó el antebrazo sin darse cuenta.

—No dejaba de sangrar, esto. No podía arrancar la moto. Así que Clotile me llevó a un médico sin licencia que tenía la consulta en un sótano en el condado contiguo.

Por azares del destino, aquel borracho les había salvado la vida a Jackson y a Clotile.

—Después del Destello, Clotile y yo seguimos a otro superviviente de la cuenca, un reservista, para unirnos a su compañía. Nos habló de servir a nuestro compatriota y todas esas chorradas. Pero ¿qué otra cosa podíamos hacer? Además, había conseguido averiguar cómo arreglarle el coche; estábamos deseando dejar el condado atrás. Aunque Clotile era muy buena tiradora, los reservistas la relegaron a la cocina y a mí, a los campos, para cazar «hombres del saco».

—¿Los has matado?

—Por el día los exterminábamos en sus escondites. Por la noche, patrullábamos y los cazábamos. He matado a cientos. —Entrecerré los ojos, pero prosiguió—. Es cierto. Si no veo a ninguno más...

Sacudí la cabeza con fuerza y añadió:

—Clotile y yo teníamos alojamiento y comida, así que pasamos varios meses así. Estar ocupados nos sentaba bien, para distraernos. —Fijó la mirada por encima de mí—. Para no pensar en las cosas. En fin, hace dos semanas llegó un ejército dirigido por el General Milovnici. Tras darnos la opción de unirnos o morir, el jefe de mi grupo se rindió a la cadena de mando de Milovnici. Creía que el general era raro, pero sus hijos se llevan la palma.

—¿A qué te refieres?

—Vincent y Violet son mellizos de tu edad, y tienen los ojos vacíos, como los de un pez muerto. Se visten igual, hablan igual, incluso tienen tatuajes iguales; un diseño gótico, en la mano.

—*Te amaremos. A nuestra manera.*

Me costó bloquear la voz. Mierda, habían estado tan callados.

—Pero ¿qué sé de política, yo? —dijo Jackson—. Supuse que un general sería tan malo como cualquier otro. Allí no tenía voz, así que seguí las órdenes y salí de patrulla. Cuando volví, pasé por junto al resto de la escolta del ejército, la zona de los prisioneros. Todos mujeres y chicas. Fui corriendo a buscar a Clotile, pero ya se la habían llevado.

—¿Al general?

—*Non*. Ahí es cuando la cosa se vuelve... *étrange*. Los mellizos la tenían. —Jackson volvió a agarrar el volante con fuerza—. Encontré su tienda de campaña y atacé a los guardias, pero había demasiados; me rodearon y me golpearon en la cara con un rifle. Al despertar a la mañana siguiente, vi que me llevaban a rastras al paredón. —Se giró hacia mí—. La razón por la que no hay prisioneros varones es que ejecutan a los hombres que se rebelan. Lo hacen frente a todo el mundo para que las filas estén bajo control.

—¿Y qué pasó? —pregunté sin aliento.

—Un par de *podnas* me hicieron un gesto. Iban a ayudarme. Así que ahí estaba yo, luchando contra los dos guardias que me habían apresado, cuando vi que Clotile se alejaba de la tienda de campaña de los mellizos con una pistola en la mano. Había conseguido escaparse. —Y en voz baja añadió—: Pero, Evie, durante toda la noche le habían dado una paliza. Le salía sangre por la nariz, por las orejas y le habían partido los labios. Su brazo izquierdo colgaba inerte. Sus ojos... estaban frenéticos.

Pareció desasirse del recuerdo.

—Clotile era una chica fuerte. En su día había visto cosas, pero sea lo que fuere que pasase en aquella tienda de campaña, la dejó aturdida.

—*A nuestra manera, a nuestra manera...*

—Disparó a los guardias que me sujetaban. Los cobardes escaparon. Así que quedé libre, solo tenía que llegar hasta ella y escapar de aquel infierno...

—¿Y entonces? —Alargué la mano para tocarle el antebrazo y le acaricié la fatídica cicatriz.

—Negó con la cabeza y me hizo un gesto para que escapara con mis amigos. La miré con intensidad y me dirigí hacia ella. Después los mellizos salieron cojeando de la tienda de campaña. Ella miró por encima del hombro, los vio y después me miró a mí. Se me encogió el corazón en un puño, sabía lo que iba a hacer. Le grité que esperase, que me diese tiempo a llegar hasta ella. Ella... la muy maldita me dijo «lo siento». —Tragó saliva—. Después se voló los sesos.

Me olvidé hasta de respirar. ¿Cómo había podido ver suicidarse a alguien a quien quería?

—A veces me pregunto, yo, qué le llevó a hacerlo. ¿Para salvar mi pobre pellejo? ¿O porque no podía vivir con lo que esos dos le habían hecho? —Sacudió la cabeza, confuso—. ¿Una chica cristiana quitándose la vida?

Cuando por fin me miró, pareció sorprendido por que estuviera al borde del llanto.

—No llores —espetó, sintiéndose incómodo—. No quería contártelo. No sabía qué más hacer

para convencerte. —Y añadió con brusquedad—: No me gustan las lágrimas, yo.

—No puedo evitarlo. —Nos quedamos en silencio hasta que recuperé el control de las emociones—. ¿Por qué es tan importante para ti convencerme? ¿Qué soy para ti?

Otro largo trago.

—He conocido a gente de todas partes, algunos de Canadá, otros de Sudamérica. He ido más al este de los campos en llamas de California. Y hay un par de cosas en las que todo el mundo está de acuerdo; nada crece en ningún sitio. Y no hay lluvia. Creo que ya no hay ni océanos.

—¿Qué?

—Evaporación por el Destello. Sucedió con los ríos y también con los lagos. El Golfo de México es todo desierto, por lo que se puede ver. —Mientras escuchaba tales horribles noticias, prosiguió—: Después de la muerte de Clotile, dejé de fingir que había algo que me hacía seguir adelante.

—Jackson...

—*Non*, deja que termine. Decidí ir al oeste para ver si había milicias que se enfrentasen al general. Quería intentarlo tanto con él como con sus hijos. —En su voz había una rabia contenida que me desconcertaba. Hablaba de matar a tres personas como si se tratase de matar a tres mosquitos—. Sabía que moriría en el intento, pero no me importaba. Así que decidí pasarme por la finca de cierta *belle fille* con la que solía ir al instituto y resolver un último misterio.

—¿Misterio?

—Ajá. Estos últimos seis meses he visto que todo lo que había en tu cuaderno se había hecho realidad. Tenía que saber por qué.

—Tú y tus acertijos —respondí distraída—. ¿Por qué creías que seguía viva si la mayoría de las chicas había muerto?

—Lo sabía. —Cuando enarqué las cejas, se explicó—: Tengo formas, yo. —Antes de que pudiera indagar, continuó—: Pero jamás imaginé encontrar lo que vi. En un condado alejado de Luisiana, una chiquilla esconde un huerto en su establo. —Jackson me miró fijamente—. Y una mierda voy a dejar que el general se haga con él.

—¿Cuándo vendrán?

—Si mañana el cielo está claro, el primer convoy estará aquí a mediodía a más tardar. ¿Por qué no me crees?

—No importa si te creo o no. ¡No puedo mover a mi madre! Siente un dolor horrible incluso al levantarse de la cama; ¿cómo voy a bajarla por las escaleras? ¿Y si empeora? ¿Podría matarla! —Traté de regular el tono de mi voz cuando pregunté—: ¿Qué harías tú si se tratase de tu madre?

Suponía que había muerto cuando Jackson y Clotile se marcharon en busca del médico...

Él se tensó a mi lado.

—No quiero hablar de ella, no.

¿Podía hablar de lo que le había pasado a Clotile, pero no de lo que le había pasado a su madre?

¿Es que había sido peor?

—De acuerdo. No la volveré a mencionar.

—¿Y si prometo encontrarle a tu *mère* un médico en Texas?

Si ayer alguien me hubiera dicho que lo estaría considerando —el hecho de confiarle la vida de mi madre a Jackson Deveaux— me habría echado a reír.

—¿Me das hasta mañana para pensarlo?

—¿Para qué, tú?

Había compartido aquella violenta historia conmigo. Le debía sinceridad con respecto a las dudas que albergaba.

—No estoy acostumbrada a tomar decisiones así —confesé—. Durante el noventa y cinco por ciento de mi vida, mi madre se encargó de la parte difícil. Sigo aprendiendo, y Dios sabe que no puedo permitirme hacerlo mal con esto. Ella es lo que más me importa. Solo ella.

—Evie...

—Ahora que come bien, quizá mejore.

Soltó el aire que había retenido en los pulmones y contrajo de nuevo la mandíbula.

—Habla por la mañana. Temprano. Hasta entonces, voy a llenar el coche de cosas para estar listo e irnos pronto.

—¿Qué cosas?

—Voy a llenar todos los envases que pueda encontrar de agua o gasolina. Buscaré herramientas y armas. Y más vale que estés lista para irnos. Por si acaso —añadió, pero sabía que él tenía la certeza de que nos marcharíamos.

—Entonces estás bastante seguro de que el coche funcionará.

Él asintió.

—¿Y qué vamos a hacer con la cosecha?

Desvié la vista.

—¿Hacer?

¿Vamos?

—Cuando el ejército la encuentre, el general querrá saberlo todo. Si sigues aquí, te entregará a los mellizos para que te torturen hasta que lo reveles todo. Si no, mandará rastreadores a buscarte. De una forma u otra obtendrá las respuestas. ¿Quieres que lo descubra?

«Dios, no». Si ese hombre era tan malo como contaba Jackson, seguramente me dejara seca a diario. Me estremecí.

—Evangeline, joder, cuéntamelo y te ayudaré. ¿Cómo lo has hecho? ¿Vudú? ¿Magia? ¿Es un experimento del gobierno? —Como permanecí en silencio, él siguió hablando—. Vamos, te lo he contado todo. —Espetó un gruñido de frustración— Entonces al menos contéstame a esto: si me llevo ese paquete de semillas de la alacena, ¿podrán volver a crecer?

Al menos eso sí podía decírselo, ¿no? Me mordí el labio inferior. Mi madre creía que podíamos confiar en él. «Arriégate, Evie». Lo necesitábamos.

Entonces, ¿por qué seguía desconfiando tanto de él? ¿Por el pasado o porque era muy diferente a mí y a la gente con la que había crecido?

—Tú mismo me dijiste que eras mil veces peor de lo que contaba la gente de ti. Fingiste querer besarme para que tú y tus amigos pudieseis robarnos a mí y a los míos. ¿Cómo puedo fiarme de ti?

Me miró con incredulidad.

—¿Crees que ese fue el motivo por el que quise besarte? No sabes mucho de chicos, no. Esa noche te habría llevado a la cama tan rápido que hasta te habrías mareado.

Y dio otro trago.

Mi respiración se volvió más agitada.

—Y-ya te he dicho que tendría una respuesta mañana. Puede que tenga que debatirlo. — Cuando alzó las cejas, me expliqué—: Presuponiendo que puedas arreglar el coche.

—Ya lo he arreglado, *peekôn*.

Aguanté la respiración cuando acercó la mano para arrancarlo. Cuando el motor volvió a la vida, volví a mirar a la habitación de mi madre.

La imaginé metida en la cama a punto de dormirse, sonriendo somnolienta al oír aquel sonido.

20

DÍA 221 d. D.

Me levanté al amanecer.

Estaba demasiado nerviosa como para tener resaca, aunque Jackson y yo nos habíamos quedado en el coche, pasándonos la petaca, mientras yo cargaba mi iPod. Él creía que las cosas electrónicas que no recibieron el Destello de forma directa no se estropearon: «Como las personas». Había tenido razón con el iPod.

Pero cuando me volvió a preguntar por el huerto, le di las gracias en voz baja por la cena y me fui a la cama...

Me deslicé hasta la ventana y observé la tormenta de polvo que se había levantado esa mañana; craso error. Esa tormenta implicaba que los hombres se retrasarían y que podía retener a Jackson un poco más. Quizás mi madre estuviese mejor, lo bastante como para evacuar.

Vertí agua de una jarra al lavabo taponado, y rápidamente me lavé los dientes y el pelo. Tras ponerme unos vaqueros, una sudadera con capucha y el pañuelo de siempre alrededor del cuello, salí de la habitación.

En el pasillo ralenticé el paso. Jackson estaba sentado en lo alto de las escaleras, abriendo la petaca. No parecía haber dormido; todavía tenía la ballesta colgando de la espalda y su pañuelo estaba manchado de hollín.

Fruncí el ceño cuando volvió a cerrar la petaca sin darle ningún trago. Simplemente se la quedó mirando entre las manos.

La ansiedad se apoderó de mí, cual animal al presentir la llegada de una tormenta. Presión. Peligro próximo.

—Evangeline, tu *mère* se ha ido.

Entrecerré los ojos.

—Solo un cretino como tú se atrevería a bromear sobre algo así.

—Falleció durante la noche.

—¡No tiene gracia! Dios, ¡no has cambiado ni un ápice! —espeté, aunque sentía que un tornillo de banco me estaba aplastando el pecho.

—Ha muerto —volvió a murmurar.

—No. —El miedo crecía en mi interior cuanto más miraba su rostro cansado—. Estás mintiendo. —Lo señalé con un dedo—. ¡No!

Él simplemente se me quedó mirando. Cuando el mundo comenzó a darme vueltas, corrí por el pasillo y abrí la puerta de su dormitorio como alma que llevaba el diablo.

Una mirada y supe que se había ido. Su expresión era de paz absoluta. Por primera vez desde el Destello.

Se me escapó alguna especie de sonido desolador. *Se ha ido*. «Mi madre está...

...muerta».

Aturdida, me acerqué a la cama y me percaté de que en una de sus manos pálidas sostenía una fotografía.

Recordaba esa foto. Era de ella, de mí y de la abuela frente a Haven en Pascua. Yo me encontraba de pie entre ellas y mostraba con orgullo una cesta llena de huevos. Las azaleas habían estado en flor y destacaban gracias a su resplandeciente color. El aire olía a caña de azúcar nueva, a gardenias, y a una distante marea alta.

Ahora, tal y como había hecho miles de veces antes, me senté junto a mi madre en la cama para hablar con ella.

—Tú no lo harías. —Apenas reconocí mi voz—. Tú no me dejarías sola.

Al ver que no me respondía, se me escapó un sollozo y luego otro. Me derrumbé sobre ella y apoyé la cabeza sobre su pecho.

No sonaba. Ni se movía.

Las lágrimas empezaron a caer y empaparon el cuello de su camisón.

—Vuelve, mamá —susurré, y recé por volver a oír latir su corazón o sentirla respirar.

Seguía sin moverse.

—Tenemos que irnos —dijo Jackson a mi espalda.

¿Abandonar a mi madre?

—Evie, ya no hay razón para que te quedes aquí.

Tambaleante, me puse de pie y entorné los ojos lacrimosos hacia él.

—Se estaba poniendo mejor. Y entonces apareces tú, y quieres que nos marchemos... —Me sequé los ojos y le pregunté—: ¿Qué le has hecho?

Jackson no dijo nada y su expresión se volvió inescrutable.

—¿Qué has hecho? —Me lancé hacia él y comencé a golpearlo en el pecho.

—¡Yo no he hecho nada! —Se quedó allí de pie y me dejó pegarle—. Entré esta mañana y ya estaba así. —Por fin me agarró las muñecas—. Tenía una herida interna.

Ya habíamos sospechado algo así, pero...

—¿Y tú cómo lo sabes?

—¿Crees que no me han pegado bastante en las costillas como para reconocer una herida interna? ¿Que no he tenido que arrastrarme al hospital los domingos por la mañana más de una vez, yo?

—¡P-pero se estaba recuperando! Y ahora... ahora está... m-muerta. —La última palabra la dije llorando.

—Lleva días muriéndose. ¡Y ella lo sabía! Anoche me estuvo pidiendo promesas por una razón.

Una parte distante y racional de mí sabía que tenía razón. Su herida no podía haber mejorado. Recordaba los «¿Y si...?». Había intentado con todas sus fuerzas que le gustase a Jackson... para que quisiera ocuparse de mí. Y a mí también me había hecho prometerle cosas.

Porque sabía que se le estaba agotando el tiempo.

Al no tener a nadie a quien culpar, la rabia me abandonó. Mis piernas cedieron y me desplomé sobre el suelo.

Jackson simplemente... se me quedó mirando, como si nunca antes hubiese visto tal aflicción. En vez de consolarme, me dijo:

—Te vas a marchar de aquí, conmigo, en diez minutos. —Luego se acercó al armarito de joyas de mi madre y empezó a metérselas en los bolsillos.

Mi madre yacía muerta, y él estaba saqueando sus pertenencias.

—¿Qué narices te pasa? —grité—. ¡Muestra algo de respeto!

Se giró hacia mí y me puso de pie de un tirón.

—Eso pretendo. Salvándole el culo a su hija. Vamos a necesitar cosas para negociar. Tú solo déjame ser el chico malo que le roba las joyas a una mujer muerta, ¿sí? Yo me ensuciaré las manos y así no tendrás que hacerlo tú. —Me arrastró hasta mi habitación y estudió la estancia—. ¡Maldita sea, Evie! ¿No has hecho la maleta?

No iba a hacer la maleta para mí y no para mi madre. Y no había querido despertarla.

¿Habría estado ya muerta?

Se encaminó hacia mi armario y sacó una maleta.

—La ropa aquí. ¡Ya!

—¡N-no puedo dejar a mi madre así! Tenemos que e-enterrarla.

Él frunció el ceño como si hubiese dicho algo absurdo. Entonces se puso manos a la obra con mis propias joyas, robándome broches y perlas que eran reliquias familiares.

—¿Tienes algo más de valor en la casa?

Confusión.

—N-no lo sé...

—¿Lingotes de oro, relojes, más armas que no hubiese visto anoche?

Yo solo pude quedarme mirándolo.

Tras maldecir en francés, arrancó un cajón y echó toda la ropa que contenía a la maleta antes de hacer lo mismo con otro.

En silencio, lo observé llenar la maleta y luego cerrarla a la fuerza.

Con la maleta en una mano y mi brazo en la otra, comenzó a guiarme por las escaleras en dirección a la planta inferior.

Pero Jackson no lo entendía. Nunca abandonaría a mi madre tal y como estaba.

—Ayúdame con ella, Jackson.

—No tenemos tiempo para hacer las cosas bien con ella. Tenemos otras cosas de las que preocuparnos.

—Por favor, Jack.

—Esos hombres van a venir. En cuanto el viento se calme, oirás a los exploradores disparar al aire y luego todo el maldito ejército empezará a avanzar hacia aquí. Se te llevarán y no habrá nada que puedas hacer para evitarlo.

Al pie de las escaleras comencé a golpearlo otra vez.

—¡No voy a dejarla así! Sobre todo, si son tan malos como dices.

Desvió la mirada.

—¿Vendrás conmigo si la entierro?

Cuando asentí, él se colocó el pañuelo sobre la boca y la nariz, arrancó el soporte de la puerta principal, y luego salió bajo el vendaval.

Se apresuró a llegar al establo y yo lo seguí sin hablar, cubriéndome mi propio rostro.

Emergió con una pala, y pensé que iba a ponerse a cavar ahí mismo, pero encontró un lugar bajo el molino, donde el rosal de mi abuela solía estar.

Tras quitarse la ballesta, hundió la pala en la tierra. La ceniza salió volando y se arremolinó gracias al viento.

Conforme cavaba más y más, despotricaba contra mí en francés diciéndome que le traía más problemas de la cuenta, que no teníamos el lujo de enterrar a nuestros seres queridos, que, si no me volvía más fuerte, no sobreviviría ahí fuera.

Sintiéndome tan desconectada de la realidad como en los últimos días de instituto, me calmé y

asentí con la mirada perdida a la vez que él me maldecía y continuaba cavando.

Enseguida el sudor perló su frente y comenzó a chorrear por su rostro hasta mojar el pañuelo que lo cubría. Justo cuando empezaba a preguntarme si tendría ampollas en las manos por culpa del mango arenoso de la pala, reafirmó la sujeción en torno a él.

Había manchas de sangre en la madera. ¿Habían explotado sus ampollas nuevas?

—Esto es lo más estúpido y *coo-yôn* que he hecho nunca. —Parecía resuelto y loco por terminar. Aceleró el ritmo hasta que la sangre comenzó a correr libremente por el mango.

Y entonces... el viento se calmó.

La ceniza cayó sobre nosotros como la nieve. Ambos miramos al cielo con los ojos entornados. Poco a poco, este se puso de un azul intenso. Una sonrisa forzada.

Se nos agotaba el tiempo. Esos hombres pronto estarían aquí.

Se oyó un disparo a lo lejos y luego otro y otro.

—¡*Putain!* —Jackson se bajó el pañuelo con fuerza—. Ya vienen.

—¿Están muy cerca?

—No tenemos mucho tiempo. Evie, no puedo hacer esto por tu madre. Si no es lo bastante profundo... —Su voz se apagó, pero luego espetó—: Maldita sea, no puedo hacerlo. —Por como actuaba, cabría pensar que nunca había fracasado en nada en su vida—. Ella no querría que te quedases.

—L-lo sé. —No teníamos más alternativa que abandonarla.

Se oyeron más disparos seguidos de gritos alborotados. Lo que sonaba como una procesión de camiones venía hacia aquí. Me estremecí cuando oí el grito de una mujer; y luego la risa de un hombre.

Supe en ese mismo instante que todo lo que Jackson me había dicho era verdad.

—¿De verdad son tan malos como dices?

Asintió.

Pensé en la pobre Clotile. Pensé en todas las chicas de ahí fuera que estaban en peligro por culpa de este ejército. Y supe lo que tenía que hacer.

—¡Ahora vuelvo!

—¡No! No puedes... —Fuera lo que fuere que viese en mi expresión lo hizo levantar dos dedos—. Dos minutos, Evie.

Me adentré en la casa y subí las escaleras. En mi habitación, recogí la mochila, el pen drive de recuerdos, y el collar que Brandon me había regalado. Por alguna razón Jackson se lo había dejado.

Cuando fui a salir, miré a mi habitación, a todos mis trofeos y dibujos, y me los grabé en la memoria.

En el dormitorio de mi madre, me senté junto a ella una última vez. Recogí la foto que sostenía, y luego le agarré la mano y la coloqué junto a mi mejilla empapada por las lágrimas.

—Te lo juro, i-iré a por la abuela. Averiguaré por qué todo se fue al traste. Y haré lo que sea por arreglarlo. —Luego le susurré—: T-te quiero, mamá. —La besé en la frente a modo de despedida.

Abandonarla fue lo más difícil que había tenido que hacer nunca.

En unos instantes sabía que haría algo todavía peor.

Jackson se encontró conmigo en la puerta principal y tenía un brillo peligroso en los ojos. Me ofreció un mechero con su mano hecha polvo.

Olí gasolina, oí a Allegra trotar para alejarse del establo y relinchar con nerviosismo.

El momento comenzó a parecerme un sueño, como si me hallase fuera de mi cuerpo. La

confusión me embargó.

—No pueden ver el huerto, Evie. Vendrán a por ti, te rastrearán. No se detendrán. Tienes que quemarlo, aunque sea el último sobre la faz de la tierra.

—¿Hay gasolina... por todos lados? —Me lo quedé mirando fijamente. Lo miré a aquellos penetrantes y deslumbrantes ojos grises.

Asintió.

—Este es mi hogar, Jackson. El único que he conocido. —Tenía siglos de historia, de sueños perdidos y cumplidos—. No voy a dejarla así. Dame ese mechero.

Él me agarró por la nuca y juntó nuestras frentes.

—Sé que este es tu hogar, *ange*, pero escúchame...

—¡No, escúchame tú! —La furia hizo que mi voz saliese bajita, como un siseo. Me separé de él—. No pueden quedársela. —No quería que todos esos siglos se manchasen por culpa de esos asesinos, no quería que vieses a mi madre tan vulnerable. No tocarían nuestras pertenencias ni violarían a mujeres en mi cama.

No podía permitir que Haven refugiase a ese ejército, que los ayudase a fortalecerse todavía más.

Ya había planeado quemar la casa hasta los cimientos con mi madre dentro. Jackson simplemente había ido un paso por delante de mí.

—Dame el mechero. Ya.

Abrió los ojos como platos y luego los entornó. Me dedicó una mirada, como si por fin hubiésemos logrado estar en la misma página.

—*Ma bonne fille* —murmuró a la vez que me lo tendía.

Encendí el mechero y una llama apareció. Jackson me agarró de la mano que tenía libre y se preparó para salir corriendo.

Con el corazón latiéndome fuerte en los oídos y la sangre corriéndome frenética por las venas, susurré:

—Jackson, puedo volver a hacerlo crecer...

Solté el mechero.

21

En cuanto nos alejamos del fuego y de posibles espías del ejército, Jackson condujo por el dique del condado y aparcó en la cuesta.

Salí del coche y me protegí los ojos del sol. Desde esa posición podía ver el humo que ondeaba desde Haven.

La pira funeraria de mi madre.

—Está en un lugar mejor —murmuró Jackson detrás de mí. Y eso fue lo único que dijo del tema.

En este tema le creí.

Mientras observaba el horizonte desolado; la ciénaga llena de ceniza que solía ser un caudaloso pantano; los terrenos ennegrecidos que una vez fueron campos verdes; las poderosas llamas que se elevaban sobre Haven... me dije a mi misma que sí que lo estaba.

—*La Emperatriz ha empezado a jugar.*

Me desperté con las voces repitiendo esa frase una y otra vez. Pero ahora los personajes parecían distintos, más alerta, puede que incluso engréidos.

Desorientada, abrí los ojos hinchados. La noche estaba cayendo, el viento se había esfumado y Jackson había aparcado en... ¿en un astillero?

—¿Dónde estamos?

¿Me había quedado dormida?

—No tan lejos como querría. Seguimos en Luisiana.

—¿Por qué estamos en un astillero?

Uno a la orilla del pantano seco.

—La gente no se acuerda de saquear los barcos cuando están en tierra. Pasaremos la noche aquí. —Preparó la ballesta después de salir del coche. Era obvio que sabía lo que hacía con el arma, ya que se mostraba tan cómodo con ella como yo lo estuve con las volteretas hacia atrás.

Me preguntaba quién le había enseñado a disparar. ¿La *nécessité*?

Antes de quitarme el cinturón de seguridad y salir, él ya se encontraba en mi puerta.

—Pégate a mí como una lapa, tú —ordenó.

Aunque me cabréé por el tono, lo seguí mientras él se adentraba en el astillero.

—Me gusta ese de ahí. —Señaló un enorme barco camaronero de metal con la pintura descascarillada y que se hallaba subido a una superficie de reparación.

—¿Qué tiene de interesante?

—Necesitaremos una escalera para subir y solo hay un hueco para entrar y salir. Será tan seguro como que me llamo Jackson. Apuesto a que hay comida enlatada en la cocina.

Poco después, encontramos una escalera y subimos al barco. Me agarró del brazo para subirme y después arrastró la escalera hacia arriba.

Mientras nos movíamos por cubierta, viejas conchas de camarones, cangrejos y ostras se quebraban bajo nuestros pies, pero el sonido parecía agradar a Jackson.

En el interior vimos que el cuarto del capitán era espacioso y que había tres pequeñas cabinas con literas preparadas. Al menos no tendríamos que dormir en la misma habitación.

Después de revisar cada centímetro, volvimos a la cocina. Jackson rebuscó entre las cosas y se mostró ufano por lo que había encontrado: latas de sopa, cajas de galletitas saladas sin abrir, saquitos de cecina, agua embotellada y una botella de ron de Captain Morgan.

—Sabía que este iba a ser un premio seguro cuando lo vi. Tengo un sexto sentido para estas cosas. No me tomes a mal, no hay ningún sitio completamente seguro. Siempre hay que estar alerta.

Hice un ruidito para hacerle saber que le había oído.

—Sé que no es a lo que estás acostumbrada en lo que a barcos se refiere, pero es un buen botín.

El último barco en el que había estado, el de la familia Radcliffe, era un yate de más de siete ceros que se llamaba *Horas extra*.

Cuando el grifo escupió agua, Jackson me lo explicó:

—De los tanques. No es potable, pero puedes ducharte.

—¿Ducharme? —me animé un poco.

—*Ouais*. Abre un par de latas y yo iré a por tu mochila.

Atontada, eché un vistazo a lo que había y me pregunté qué le gustaría. Había al menos una docena de latas. Parecía como caído del cielo, pero sabía por propia experiencia que necesitaba unas mil quinientas calorías al día para mantenerme en mi peso. Elegí una lata de sopa minestrone y me encogí ante el número de calorías. Doscientas.

Podía hacerme una idea de las que necesitaba un chico como Jackson. Antes de que se acabase la semana habríamos terminado con esto y con lo que habíamos traído de Haven.

Me corté con una lata en el mismo momento en que él volvió con mi maleta y la dejó en el colchón de espuma de la cabina grande.

—Aj, chica. —Me cogió la mano—. Estás sangrando.

—¡No pasa nada!

—Déjame verlo. —Alzó mi dedo y se lo metió en la boca como si fuera un niño pequeño. Yo me liberé del agarre y me dirigí a la habitación. Gruñó—: Joder, Evie. Bueno, tú misma. —Y añadió subiendo el tono de voz—: Recuerda no beber el agua. Y guarda una poca para mí.

Jack había dejado una linterna en el pequeño baño, así que pude buscar tiritas en el armario para ocultar que la piel se me regeneraba. Encontré una entre botellas de aspirinas, cajetillas de No-Doz y un paquete de condones más que caducado.

Me quité la ropa sucia y entré en la ducha tras los paneles de cristal. El desagüe estaba tapado por botellas de champú y trozos de jabón Irish Spring.

Bajo el chorro de agua me lavé lo más rápido posible. Pero estaba cubierta de ceniza y apestaba a hollín.

«Porque hoy Haven ha ardido hasta los cimientos».

¿Solo habían pasado horas desde aquello? Parecía más bien una semana.

«Hoy mi madre ha muerto».

Pegué la cara a la ducha y traté de reprimir las lágrimas. Temía que, si empezaba, no pudiese parar.

La ducha empezó a desaparecer y unos puntos negros nublaron mis ojos.

—No, no, ¡otra no! —susurré desesperada a la vez que apretaba las palmas de las manos contra la sien. Me había empezado a doler la cabeza.

La nariz me empezó a sangrar hasta gotear sobre las botellas de champú. Miré hacia abajo, aturdida por las gotas de color escarlata.

Plop, plop, plop...

—Lo saben, Emperatriz —dijo Matthew.

Me pegué contra el cristal. ¡Estaba aquí! En el baño, conmigo.

Me volví para darle la espalda y lo fulminé con la mirada. Pero a él no pareció interesarle mi desnudez.

—La Emperatriz ha empezado a jugar —prosiguió—. Los arcanos lo sienten, como una perturbación en la Fuerza.

—¿*La guerra de las galaxias*? ¿En serio, Matthew?

—Eres un objetivo. «Derrotadla antes de que se haga más poderosa», susurran las cartas malas. Pero hablaste tan alto que parecía que quisieses atraerlos a la finca. —Se tocó la sien—. Cuidado con la tentación.

Sus palabras desataron un recuerdo del último día que pasé con mi abuela:

—*Odio alejarte de casa, cariño —me había dicho mientras llevaba su Blazer por la interestatal—. Solo los arcanos más valientes, o los más estúpidos, se aventurarían a ir a Haven, morada de la gran Emperatriz...*

—¿Que hablé muy alto? ¿Qué significa eso? —¿No solo oía las voces, sino que también proyectaba la mía?

Matthew frunció el ceño.

—Nadie es tan ruidoso como tú. Ellos responden más fuerte para provocarte.

—Las voces son de los personajes que he visto, ¿no? El arquero, el chico con alas. la Muerte. Él asintió.

—Los arcanos mayores.

Los triunfos del tarot.

—¿Por qué oigo sus voces en la cabeza? ¿Soy una vidente o algo así?

—Más bien una oyente. Todos los arcanos tienen una llamada. Estoy loco de atar.

Claro que sí.

—¿Qué me oyen decir? ¿Cómo hablo más bajito?

Con tono condescendiente, respondió:

—No grites, Evie.

Me apreté la frente, cabreada por su doble sentido, lo cual no me decía nada.

—¿Por qué quieren provocarme? ¿Qué les he hecho?

—Eres un arcano.

—N-no te entiendo. No... no voy a poder soportar mucho más de esto de los arcanos.

—Te seguiré mandando visiones. —Se tocó la nariz mientras murmuraba—. Plop, plop, plop. Tienes que aprender.

—¿Mandarme? Te refieres a que yo... ¿no las veo por mí misma?

—Yo te mando las visiones.

—O quizá es que estoy chalada y me estoy imaginando que me dices esto. ¡Quizá no seas ni real!

Él puso los ojos en blanco.

—¡Nooo! Yo te mando las visiones. No es tu poder arcano. Mío, mío, mío.

¿Entonces no era una vidente siquiera?

—¿Todos los arcanos tienen poderes?

—Enormes. Sobrehumanos.

Entrecerré los ojos y empecé a sospechar algo.

—Entonces, ¿tú también me mandas las pesadillas? ¡Porque ya vale!

—¡Pesadillas nunca! No me queda tiempo, Emperatriz. Encuéntrame.

Ya había planeado buscarlo.

—Pero tengo que encontrar a mi abuela. ¿Dónde estás?

—Encuéntrame antes de que la Muerte te encuentre a ti.

—¿O si no qué?

Eché la cabeza hacia atrás, como si la respuesta fuera obvia.

—O te... tocará. Su poder. Eres la carta que codicia.

Me estremecí y recordé a la Parca intentando acercarse con las manos extendidas hacia mí.

—¿Por qué me codicia? No lo entiendo.

Pero Matthew había desaparecido.

Y el agua se había acabado.

—¡Joder!

Jackson solo me había pedido eso, hacer sopa y guardarle agua. No había hecho ninguna.

Volví a la habitación con la culpa carcomiéndome por dentro. Su mochila se encontraba al lado de mi maleta. No esperaba que nos quedásemos en la misma habitación, ¿no?

Justo había terminado de cambiarme cuando abrió la puerta de la habitación sin llamar, cruzó el umbral con dos tazas de sopa en las manos.

Me repasó con la mirada y se fijó en el top y la falda de gimnasio que me había visto obligada a ponerme. La forma en la que hizo la maleta dejaba mucho que desear.

Ahora mi armario se componía de un par de vaqueros y una sudadera, los cuales ya me había puesto, diez coleteros, más ropa interior de la que podría llevar en esta vida, sujetadores que no me quedaban bien, ropa de deporte y un par de calcetines dispares.

Abrió la boca para decir algo, pero se lo pensó mejor.

«No vayas tan rápido, Jackson».

Después de ofrecerme una taza que estaba sorprendentemente caliente, se sentó en el escritorio empotrado y empezó a beber de la suya. Sentí una punzada al ver que él había tenido que vendarse las manos heridas con tiras de ropa.

Había ayudado tanto con lo de mi madre...

—Este es tan buen momento como cualquier otro para que hablemos de los días que tenemos por delante —dijo.

Me senté en el borde de la cama, frente a él.

—Vale.

—Sí que le... aseguré algunas cosas a tu madre. Intenté que fuera general, para poder escaquearme sin tener que ir al infierno. Me preocupa que tú también le hicieras promesas.

—Sí que se las hice.

Soltó un taco.

—¿Le prometiste encontrar a tu abuela?

—Exacto.

—Deja que te lo explique, *peekôn*. Entre Carolina del Norte y nosotros hay «hombres del saco», filiales del ejército y sectas del día del juicio final que últimamente sienten que todo está justificado. Los esclavistas controlan las ciudades...

—¿Los esclavistas existen de verdad? Habíamos oído rumores...

—*Ouais*. Reúnen a gente para cavar pozos, como los esclavos en las minas de oro. —Al ver mi desconcierto, añadió—. Si atrapasen a alguien como yo, me encadenarían a una cantera llena de cenizas con una pica o me meterían en un pozo y no me sacarían hasta dar con el nivel freático. Claro que, si te capturasen a ti... sería distinto. Igual que los caníbales.

—¿C-caníbales? —Había habido rumores de eso también.

Cuando asintió, traté de imaginarme cómo serían los caníbales americanos modernos; en mi mente llevaban partes del cuerpo como collares. Quizá portaban bates ensangrentados...

A pesar de que las amenazas me habían dejado helada, le dije:

—Emprenderé el viaje hacia los Bancos Externos mañana.

—Puede que no se te den bien muchas cosas, pero eres una maestra en terquedad. No hay forma de disuadirte, ¿verdad?

—Ninguna. —No tenía elección. Además de la promesa que le hice a mi madre, tenía que resolver el misterio de los arcanos. «Porque no se va a detener jamás»—. Si estás empeñado en ir a Texas, te llevaré hasta que consigas otro coche que puedas arreglar.

—Me has puesto *mal pris*. —En un aprieto—. Si te dejo ir sola, acabarás muerta. —Abrí la boca para rebatirlo, pero habló por encima de mí—. Venga, chica, no puedes defenderte.

Una vez sí que pude. Solía tener soldados en cada rincón, vigilándome. Miré la taza y recordé la caña de azúcar sorprendida y los valientes robles. Se habían ido para siempre.

Igual que mi madre.

—Mírame, Evie. ¿Estás segura de querer ir allí?

—Sí. —Y también de que estaría mejor sin él—. Me... ¿Me ayudarás?

—*Mais sí* —respondió solemnemente—. Te llevaré. Pero con varias condiciones, yo.

—Claro que las tienes.

—Me contarás tus secretos. Sabré cómo hiciste crecer el huerto. Cómo lo volverás a hacer.

¿Quizá debería motivarlo?

—Te diré todo lo que quieras saber en cuanto lleguemos a donde está mi abuela.

Vaciló antes de aceptar.

—*D'accord*.

El alivio se entremezcló con algo de sospecha.

—No te caigo bien. Nunca fuimos amigos.

No negó ninguna de las dos cosas.

—Bien podríamos ser desconocidos, Jackson. Y, aun así, ¿estás dispuesto a viajar conmigo y arriesgar tu vida?

—¿Desconocidos? Eso es relativo, ¿no crees? Me conoces mejor que nadie que siga vivo. Y yo te conozco mejor que nadie excepto tu abuela.

«Porque mi madre ya no está».

—Maldita sea, Evie, solo quedas tú. La única con la que hablar en cajún, que se acuerde del pantano, cómo olía o cómo sol...

—¿Solía atravesar el musgo y las piñas?

—*Exactement*.

—Entonces estamos de acuerdo.

Con expresión indescifrable, exclamó:

—¡Bien! Hay dos formas de ir. El ejército del sureste ha asolado desde Carolina del Sur hasta Luisiana. Podemos regresar sobre sus pasos y dirigirnos a Atlanta. Las carreteras principales estarán sin escombros y habrá menos «hombres del saco». Lo malo es que las tropas habrán

arrasado con las gasolineras y las tiendas. Si la racionamos, tenemos una buena reserva de agua de Haven, pero habrá poca comida y gasolina. Y consiguiéndolas se nos irá la mayor parte del día.

No sonaba nada bien.

—¿Y la otra opción?

—Podríamos ir al norte hacia Tennessee y después hacia el este. Perderemos su rastro, pero nos arriesgamos a encontrarnos con «hombres del saco» y con carreteras bloqueadas.

Me sorprendía e impresionaba a partes iguales ver cómo se manejaba en esta situación.

—¿Qué sugieres hacer?

—Volver atrás. Tardaremos más y será en cuesta, pero creo que también más seguro.

¿Tardaremos más? Ahora que iba de camino a encontrar a la abuela, me sentía incapaz de esperar.

—¿Cuánto tiempo?

—Llevo conduciendo todo el día y hemos hecho unos cien kilómetros con el viento. Había visibilidad de un metro y medio. Tardaremos semanas en llegar.

Abrí la boca.

—¿Pararemos al anochecer todos los días? El viento se detiene por la noche, podría conducir también.

—Por la noche los «hombres del saco» merodean, así que no.

—Pero no nos podrán coger si estamos en el coche.

—Si estuviese solo... pero contigo... —Se pasó una de las manos vendadas por la boca; daba la sensación de que era ahora cuando se daba cuenta de la gran responsabilidad que tenía sobre los hombros. La responsabilidad de estar a cargo de otra persona—. ¿Has visto algún «hombre del saco»? ¿Aparte de en tus visiones?

Vacilé y negué con la cabeza.

—Cuando los cazábamos, íbamos en grupos de diez, entrenados y armados hasta los dientes. Tú y yo no podemos arriesgarnos a encontrarnos con ellos. Sobre todo, no a los grupos. Si me pasa algo en la carretera, estás acabada. No hay opción.

—Logré sobrevivir al Destello sin ti.

—Estabas escondida con agua, comida y un buen refugio. Lo de ahí fuera es una locura. La gente ha perdido la cordura.

—Me cuesta creer que todo lo bueno se haya descarriado tan rápido. —La decencia, la moral—. Solo han pasado siete meses. La gente no debería haber optado por el canibalismo todavía.

—Evie... No. Hay. Comida. —Se levantó y sacó la petaca del bolsillo—. Aún incluso quedando tanta poca gente, se saquearon todas las tiendas en cuestión de días. No hay cosechas y apenas quedan animales. Casi un año es tiempo suficiente como para que se cree una nueva cadena alimenticia.

Me froté la frente.

—¿Cadena alimenticia?

—Los fuertes, como el ejército y las milicias, tienen todos los recursos y la comida. Están en la cima. Los caníbales son algo menos fuertes. Casi al fondo, los débiles se mueren de hambre. ¿Y los débiles sin suerte? Acaban siendo la cena de alguien. —Me miró mientras bebía—. Así que piensa bien a dónde quieres que te lleve mañana, *peekôn*.

Traté de quedarme dormida en el silencioso barco.

Haven House siempre era —siempre había sido— ruidosa. No volvería a oír cosas crujir o sonar. No volvería a oír a la caña susurrarme que me durmiera. No volvería a oír los tacones de mi madre repiquetear sobre el suelo de mármol.

Incluso las voces se habían quedado en silencio, como si quisiesen que viviese el luto en su máximo y doloroso esplendor.

O quizá se habían quedado calladas porque Jackson se encontraba a escasos metros de mí, dormido sobre el escritorio. Me dijo que, de camino, siempre nos quedaríamos en la misma habitación porque «no hay ningún sitio completamente seguro». Su ballesta estaba preparada.

Tenerlo cerca me hacía sentir protegida e incómoda a partes iguales.

Reviví mentalmente el día tumbada sobre una cama de espuma en una habitación demasiado silenciosa. Había tres recuerdos que se me habían grabado en la mente y que no se me olvidarían jamás.

La mirada de orgullo que Jackson me había lanzado cuando dejé caer el mechero para quemar la casa e incinerar a mi madre.

El tacto de su mano callosa cuando nos alejamos corriendo de las llamas.

Lo en paz que parecía estar mi madre tras haber fallecido.

Las lágrimas se agolparon y empezaron a resbalar por mis mejillas, no había forma de detenerlas. Imaginé sus últimos pensamientos; la imaginé agarrando esa foto. ¿Había sabido que era su última noche?

¿Por qué no me había quedado con ella?

Si no hubiera muerto durmiendo, podría haber estado a su lado para agarrarle de la mano y... que estuviera acompañada.

Me hice un ovillo y lloré intentando no hacer ruido.

Jackson se irguió de repente.

—Tienes que parar de llorar.

Seguí llorando.

Soltó un taco por lo bajo y exclamó:

—Aquí no hay tiempo para eso. Eres demasiado blanda, Evangeline.

Sí, Jackson había empezado a percatarse de la pesada responsabilidad que había asumido hoy, y ahora la realidad empezaba a ver la luz. Me senté y me limpié la cara con el antebrazo.

—N-no puedo evitarlo. —Antes o después se cansaría de mí.

—Tu *mère* murió por la gracia divina. ¿Qué hubieses querido si no? Ojalá yo me fuese así.

Lloré con más fuerza.

—¡Maldita sea, Evie! —Juntó las cejas y frunció los labios en una fina línea—. Al cuerno. Lloro todo lo que quieras, ¡pero yo no tengo por qué verlo! —Cogió la ballesta y salió de la habitación dando un portazo.

Lo vi marcharse; me sentí desolada a la vez que lo escuchaba caminar por el barco. Pero de repente dio media vuelta. Lo oí deslizarse hasta sentarse en el suelo al otro lado de la puerta. Exhaló profundamente.

Yo seguí llorando; él se levantó y continuó paseándose.

Pareciera que hubiesen pasado horas cuando abrió la puerta.

—¿Sabes lo que es un SAAP?

Negué con la cabeza.

—Un Sistema de Aviso Anticipado del Perímetro. Una forma de escuchar cuando los enemigos se acercan. Como las conchas en cubierta.

—V-vale —Las lágrimas me caían por las mejillas.

Pero él no me miraba, sino que se paseaba de un lado a otro.

—Puedes hacer añicos bombillas y ponerlas al otro lado de la puerta, o cualquier tipo de cristal. Una escalera que cruje también funciona. Esa es una de las razones por las que intento rondar las casas de dos pisos. Cuando esté conduciendo, tendrás que buscar sitios en los que nos quedemos por la noche, así que acuérdate de eso.

Asentí vacilante.

—Los «hombres del saco» pueden oler agua a kilómetros de distancia, por eso siguen yendo como locos a viejos cadáveres...

—Entonces, ¿p-por qué estamos en un astillero?

—Un barco elevado es demasiado bueno como para dejarlo escapar. Los «hombres del saco» son como lobos rabiosos; pueden cazar, pero no son capaces de entender cómo usar una escalera. Además, cada zona donde nos quedemos por la noche tiene sus inconvenientes. Si es en una casa con la puerta abierta, te preguntarán si los «hombres del saco» ya han pasado por allí, como una serpiente mocasín enroscada dentro de una bota. En un edificio público hay montones de salidas de emergencia. Y las salidas de emergencia equivalen a entradas para los «hombres del saco».

—S-sabes mucho.

—Sí, Evie —convino él—. Sé que los arañazos de los «hombres del saco» no son contagiosos, pero si su saliva o su sangre entra en contacto con la tuya, te convertirá en uno en menos de dos días. Sé que la única manera de matarlos es cortándoles la cabeza o disparándoles al cráneo. Los he visto deshidratados y pálidos, hasta el punto de pensar que tienen que estar muertos; pero, si les tiras un balde de agua, reptarán por el suelo para morderte.

»Sé que no tienen alergia al sol como cree todo el mundo. Simplemente no les gusta porque seca su piel viscosa. Con un buen incentivo, se enfrentan al sol. Los he visto pasado el amanecer lamiendo el rocío de los coches, o incluso del suelo.

Me estremecí al imaginarlo y él giró la cabeza hacia mí.

—¿Me estás oyendo? Lo he aprendido, pero lo he pagado caro. Yo te lo digo gratis.

Me aferraría a cualquier cosa con tal de ocupar la mente en algo.

—Quiero saber más cosas.

—De acuerdo. —Subió la mochila a la cama y se sentó frente a mí—. Esta es mi mochila de emergencia. Solo cosas de extrema necesidad y supervivencia. —Volcó el contenido sobre el colchón; parecía... ¿orgullosa?

Paseé la mirada por los paquetitos de gel y las barritas energéticas; un bote de sal Morton; una herramienta multiusos suiza; un cepillo de dientes de viaje; mecheros; esparadrapo; una linterna de cuerda; barritas fluorescentes; tres pequeñas botellas de alcohol y una cantimplora.

Algunos objetos me sorprendieron más: un pequeño martillo y una bolsa de clavos; un sobre con fotos que parecía no querer dejarme ver; y una pistola en su funda.

—Convertiremos la tuya en una de emergencia. Y, cada noche, revisaremos los recursos que tenemos. —Como lo miré interrogante, añadió—: Para saber qué buscar de camino.

Se me estaban secando las lágrimas.

—¿Cómo qué?

—Si se te rompen los cordones, no pasaremos de largo ante un cadáver con un buen par de botas.

Tragué saliva. Mi vida se había convertido en esto.

—Si tienes una pistola, ¿por qué solo llevas una ballesta y flechas?

—¿Solo? —Resopló—. Es a cerrojo. —Cogió su arma y me enseñó que dentro había seis pequeñas flechas—. Es silenciosa y las flechas son reutilizables. No va muy bien con los

soldados, pero es perfecto para los «hombres del saco». Además, esa pistola solo tiene una bala; la conservo por si me muerden.

—Oh. ¿Cuándo me vas a devolver la escopeta?

—Nunca. —Me atravesó con la mirada—. Voy a serrar el cañón. La llevaré junto con mi ballesta para los sombreros negros. Pero te ayudaré a recabar recursos. —Me ofreció las tres botellas pequeñas.

Alcé una ceja.

—¿Jack Daniels?

Me miró.

—Siempre es bueno tenerlo a mano.

Las dejé a un lado; me sentía demasiado cansada y emocionalmente sobrepasada como para lidiar con su doble sentido.

Pero él recogió las botellas y las dejó caer sobre mi regazo.

—No le hagas ascos al alcohol, Evie. ¿Qué mas puede desinfectar, hacer arder a un enemigo y emborracharte? Dime, ¿para qué podrías usar las botellas vacías?

—Eh... ¿cristal para SAAP?

La comisura de sus labios se curvó un milímetro.

22

DÍA 230 d. D.
EN PLENO MISISIPI

Permanecí sentada en el coche aparcado, rodeada de cadáveres viejos, observando a Jackson pelear contra un vendaval. Tenía la ballesta preparada, la escopeta le colgaba del hombro y tenía un depósito de combustible de plástico atado al cinturón.

Vacío, por supuesto.

No habíamos logrado salir de Luisiana cuando ya nos habíamos quedado sin gasolina. Eso había sido hacía nueve días. Desde entonces, Jackson había estado buscando litro aquí y allá y también piezas para el coche. Ya habíamos consumido tres pares de limpiaparabrisas y dos filtros de aire.

Con las paradas constantes —y los incesantes vendavales— no llegábamos a recorrer ni treinta kilómetros al día.

Hoy estaba intentando conseguir combustible en una tienda de reparación de cortacéspedes. Creía que los paramilitares podrían haberla pasado por alto.

Estaba claro que se habían hecho con todo lo demás. Tal y como Jackson había predicho, la comida escaseaba. Nos estábamos quedando sin latas. Por suerte, el agua parecía mantenerse estable, ya que a veces encontrábamos restos en los calentadores de agua.

Me puse de rodillas en el asiento y pegué la frente al cristal. Entrecerré los ojos para no perder a Jackson de vista. La visibilidad era limitada. El coche se balanceaba y la ceniza se arremolinaba sobre los cadáveres desparramados por toda la zona, como la arena sobre unas dunas en movimiento.

Cuando Jackson se encontraba con un cuerpo en su camino, no se desviaba, simplemente lo pisaba. También conducía por encima de ellos con el coche.

Al principio le había pedido que los evitara. Después de un par de días, me di cuenta de lo tonta que había sido mi petición. Sin apenas humedad o insectos, y unos pocos pájaros, los cadáveres se conservaban durante bastante tiempo y se terminaban amontonando.

Jackson me había dicho que en las ciudades era peor. Nunca me había imaginado cuántos podría haber.

Aun así, me aliviaba estar aquí fuera con Jackson. Sentía como si parte de la presión que había sentido estos últimos meses se hubiese aligerado.

Aunque todavía lloraba la muerte de mi madre, no me consumía tanto como al principio. Al menos ahora podía contener las lágrimas. A Jackson parecían molestarle bastante, como si se las tomase como un insulto personal.

Pero bueno, igualmente se pasaba la mayor parte del día enfadado conmigo. No tenía ni idea de por qué, y apenas era capaz de seguir el ritmo de sus cambios de humor...

El viento arreció. Un árbol de navidad de plástico pasó rodando por nuestro lado; una secadora ennegrecida se acercaba por la carretera. Los escombros golpeaban el coche.

Jackson estaba ahí fuera, en el páramo, expuesto al peligro. Los paramilitares habían barrido los caminos y allanado los restos. Los habían apilado a los lados, hasta que las calles eran como corrales. Como conductos de aire mortales.

Cuando Jackson se agachó junto a un cortacésped aparcado en el pequeño solar, me mordí el labio inferior. Pero él parecía no poseer ningún sentido del miedo, y siguió trabajando en su tarea.

Lo observé introducir un sifón en el tanque del cortacésped y lo movió por dentro. Me levanté el dedo pulgar.

Qué inteligente era Jackson.

Había resultado ser notablemente diferente a cómo lo recordaba en el instituto. Estaba más fortalecido, y se mostraba tan dueño de sí mismo que a veces me olvidaba de que solo era un par de años mayor que yo.

Aun así, en muy raras ocasiones vislumbraba al muchacho de dieciocho años que era realmente.

Algunos aspectos de Jackson seguían siendo los mismos. Seguía siendo peligroso, persuasivo, imposible de ignorar... y desconcertante.

Aunque quería salir a ayudarlo, él siempre se negaba. Luego me criticaba por no arrimar el hombro.

A veces me sentía como si nunca pudiese ganar con él, como si estuviese abriendo una brecha entre nosotros a propósito. Pero no sabía por qué.

Tras colocar el recipiente junto al tanque del cortacésped, se bajó el pañuelo y agarró la manguera entre los dientes. Lo vi vacilar antes de comenzar la maniobra. Aunque tenía la habilidad suficiente como para no tragarse la gasolina, igualmente tenía que respirar los gases nocivos...

Por el rabillo del ojo vi una lámina de metal volar hacia él que cortaba todo lo que encontraba a su paso, como una cuchilla gigante.

—¡Cuidado! —grité. Era imposible que me oyese.

Él se agachó por sí solo.

Pegué las manos sudorosas a la ventana y solté el aliento cuando Jackson me miró. Tenía las gafas de sol puestas, pero supe que ambos teníamos una expresión de «¡madre de Dios!» en la cara. Luego siguió manos a la obra.

Otra ráfaga de viento empujó al coche. Más viento, más balanceo, más cenizas. Ya casi no lo veía.

Se me paró el corazón cuando desapareció por completo; se lo había tragado la neblina.

La preocupación me embargó. ¡Odiaba sentirme así de impotente! Sin tenerlo a la vista, las voces me amenazaban.

Intenté mantenerme ocupada examinando los cadáveres que rodeaban el coche. Jackson me había dicho que prestase atención a los nuevos porque «te revelaban los secretos del terreno».

Ante mi cara inexpresiva, él prosiguió con la explicación: «Una bala entre los ojos significa que ha sido víctima del ejército. Puedes saber hace cuánto han pasado hombres armados por allí. ¿Un cuerpo apaleado o estrangulado? Una pelea por la supervivencia del más fuerte. Gente desesperada por encontrar recursos, así que sigue moviéndote. No va a haber comida cerca. ¿Una puñalada en la espalda? Una lucha interna. Familia o amigos que se están matando los unos a los otros. Te digo lo mismo, sigue andando».

Era capaz de reconocer a las víctimas de los «hombres del saco» yo sola. Una expresión de terror cubría sus facciones y tenían los cuellos destrozados. Al parecer, los mordiscos eran contagiosos solo si la víctima sobrevivía al ataque.

Siempre guardaría sal en el bolsillo de la sudadera...

—*¡Garras y dientes teñidos de rojo!*

—*¡Me deleitaré con tus huesos!*

Apreté los puños e intenté acallar las llamadas de los arcanos con todas mis fuerzas. Supuso un esfuerzo atroz. Había empezado a anhelar la presencia de Jackson solo por la paz que me envolvía.

Otros chicos susurraron. Chicos nuevos:

— *Me cerniré sobre ti como la noche.*

—*¡Que caiga la desdicha sobre los derrotados!*

Incluso oí la voz de Matthew.

—*Loco de atar.*

Así que a eso se refería; aquella frase era su propia llamada. Pensaba que no eran más que tonterías.

Y entonces la Muerte habló: «*Ven a mí, Emperatriz. Llevo mucho tiempo esperando*». Lo reconocí con facilidad. A menudo hablaba directamente conmigo, lo cual me ponía de los nervios.

Me froté los brazos y me abracé con desconsuelo. ¿Dónde estaba Jackson? ¿Y si nunca regresaba? ¿Y si venía otra lámina de metal...?

Lo oí justo fuera del coche. ¿Estaba echando el combustible? Luego dejó el recipiente en la parte de atrás. Tras luchar por abrir la puerta del conductor, se coló por la rendija y se sentó dentro justo antes de que otra ráfaga de viento cerrase la puerta tras de él.

—*¡Jackson, estaba muy preocupada!*

Se bajó el pañuelo manchado de hollín y recuperó el aliento.

Las voces se redujeron a meros susurros, y luego... desaparecieron. A la vez que me precipitaba a abrirle la cantimplora, me pregunté si podía ver lo mucho que estaba temblando.

—*No podía verte.*

Se tomó su tiempo colocando la escopeta de cañón recortado entre su asiento y el compartimento, y luego dejó la ballesta a mano en el asiento de atrás. Fulminó la cantimplora con la mirada antes de aceptarla.

Tras beber con ansia, se limpió la boca con la manga.

—*Yo sí te tenía a la vista* —dijo, cortante. *¿Otra vez estaba enfadado?*

—*Solo digo que estaba preocupada.*

—*Tu guardaespaldas ha vuelto de una pieza. Aunque puede que tengas que buscarte uno mejor. Solo he conseguido unos cuantos litros. Y nada de comida.*

Arrancó el motor. Al instante, los limpiaparabrisas rasparon el cristal arenoso, como las uñas sobre una pizarra.

—*¡Eso es increíble!* —*Estiré el brazo y le di un apretón en una de las manos manchadas de*

gasolina—. Por fin podremos llegar a Alabama. Y encontraremos comida esta noche. Tengo un buen presentimiento.

Se ablandó un poco y rebuscó algo en el bolsillo.

—Te he traído esto. Puede que te ayude con el hambre. —Me ofreció un paquete abierto de chicles Juicy Fruit en el que quedaban tres. Era la misma marca que a mi abuela siempre le gustaba.

Caí en la cuenta de algo. Cada chicle que disfrutara significaba que quedaba uno menos en el mundo, ya que nunca se volverían a reponer. Lo miré a los ojos.

—Gracias, Jackson.

Él se encogió de hombros, incómodo, y un color rosado tiñó sus mejillas. En ese momento parecía ser el chico de dieciocho años que era.

No pude evitar sonreír.

—No es como si estuviéramos prometidos ni nada —murmuró—. Anda, vamos a salir de este agujero. He creído ver una cortina moverse en una casa cercana. Nos están observando.

—¿Hay gente? —grité. A veces, cuando íbamos en busca de suministros, saqueando casas, veía alguna puerta cerrarse o a alguna figura correr a lo lejos. A diferencia de Jackson, yo no creía que todo el mundo fuese malvado. Pero nadie nos mostraba su cara—. ¿Gente viva?

Él frunció el ceño.

—Que son de la peor calaña.

Aun así, miré en derredor.

—¿Qué estúpida fijación tienes con ver a más gente? ¿No soy suficiente compañía para ti?

Y, de nuevo, gruñón.

—Por supuesto que sí, es solo que...

—Antes de que empieces a desear tener a alguien más con quien hablar, ten en cuenta que vamos a pasar cerca de una gran ciudad; en otras palabras, territorio esclavista...

Aunque ambos odiábamos tener que retroceder, no tuvimos más remedio para poder llegar a una autopista interestatal. Jackson creía que volver atrás era un error táctico y yo simplemente tenía un trastorno obsesivo compulsivo que me lo impedía.

Atravesamos los mismos baches provocados por los cadáveres —badum, badum— y pasamos la misma señal pintada con espray. Alguien había escrito «¡Arrepentíos!» en rojo. Debajo, otra persona había pintado «¿O QUÉ?» en negro.

Luego, cuando volvimos hasta la interestatal, el silencio se prolongó entre nosotros. Un silencio maravilloso. Saqué una copia medio amarillenta del *Cosmopolitan* de la guantera, pero me quedé mirando a Jackson.

Estaba perdido en sus pensamientos; agarraba el volante con una mano y trazaba de forma ausente las cicatrices que tenía en los nudillos con la otra.

¿Seguía enfadado por haber querido ver a otra gente? ¿Estaba frustrado porque no habíamos encontrado comida hoy?

¿Cómo podía estar perdido en sus pensamientos e inquieto al mismo tiempo?

A lo largo de los últimos días, había aprendido muchas cosas nuevas sobre mi guardaespaldas cajún, pero todo lo que había descubierto me llevaba a más preguntas.

Había aprendido que podía avanzar grandes tramos en completo silencio. Ahí donde Brandon había sido como un libro abierto y sin filtros, Jackson se guardaba los pensamientos a cal y canto.

¿Qué pensaba durante el día un chico de su edad, un superviviente del apocalipsis? ¿Por qué se acariciaba las cicatrices de las manos a menudo? ¿Estaría recordando antiguas peleas?

En otras ocasiones, sospechaba que era mejor no saber lo que pasaba por su mente.

Debería simplemente saborear el silencio. Las voces habían desaparecido, lo cual significaba que estaba tranquila y en paz. Al menos durante un rato.

Apoyé la frente contra la ventana y contemplé las chamuscadas vallas publicitarias que anunciaban cosas que ya nunca podríamos volver a comprar: un viaje a Hawái, un ordenador nuevo, depilación total en un spa. Gracias al cielo que Mel me había obligado a ir con ella el año pasado cuando se hizo el láser.

Cerré los ojos con el paquete de chicles en mano. Con cada descanso de las voces, había sido capaz de centrar mis pensamientos y de recordar más de mi vida antes de la clínica. Durante el de hoy, olí el dulce olor familiar del chicle y mi mente retrocedió hasta aquel funesto día en coche con la abuela...

—Volveré contigo a Haven bastante antes de tu decimosexto cumpleaños —dijo—. En cuanto te haya preparado para tu destino.

¿Mi destino? Helado de chocolate y menta o de nuez.

—Hay una baraja de cartas del tarot en el bolso—prosiguió mi abuela—. Quiero que mires las cartas. Pero míralas bien.

—Vale. —Rebusqué en su enorme cartera; toqué una crema de gardenias, me distraje con unos chicles...

—Evie, la baraja.

Asentí, saqué las cartas y levanté varias del montón.

—Las cartas más elegantes son los triunfos, los arcanos mayores.

—¿Los arc... qué?

—Los ar-ca-nos mayores. Viene del latín y significa «grandes secretos». Tú y yo tendremos bastantes. —Pareció entristecer de repente—. Es lo que se espera de nuestro linaje. —Le restó importancia y dijo—: Los detalles de las imágenes son importantes. Hay que leerlas como un mapa.

Vi una carta con un ángel con alas, otra con un viejo vestido con una túnica, otra con un león. Un par de cartas tenían perros.

Me llamó la atención el dibujo de una mujer rubia ataviada con un vestido rojo. Llevaba una corona sobre la cabeza con doce estrellas. A su espalda había infinitas colinas verdes y rojas.

Tenía los brazos abiertos como si quisiese un abrazo, pero su mirada era hostil.

Mi abuela se cambió de carril y miró la carta.

—Esa eres tú, Evie. Eres la Emperatriz. Un día controlarás todas las cosas que florezcan o echen raíces. Olerás como ellas, y ellas reconocerán tu olor.

Yo medio fruncí el ceño, medio sonreí. A veces, la abuela decía cosas de lo más extrañas. Luego pasé un par de cartas... hasta que lo vi: un caballero vestido con una armadura negra sobre una montura blanca. El pobre caballo tenía los ojos inyectados en sangre. Me encantaban los caballos...

—Los detalles, Evie —dijo la abuela con voz más seria, y volvió a mirar por el retrovisor.

Había gente arrodillada frente al caballero, llorando y suplicando. Él había levantado una especie de palo sobre sus cabezas y tenían miedo.

—Esa de la Muerte te asusta, ¿verdad, cariño? —preguntó mi abuela—. ¿O quizás te enfadas cuando la miras...?

—Evie, ¿estás despierta? —me preguntó Jackson.

Parpadeé y el recuerdo se desvaneció.

—Sí, ¿qué pasa? —Dios, ¡me moría de ganas de ver a mi abuela una vez más! Por fin todas mis irritantes preguntas encontrarían respuesta.

Jackson abrió la boca para hablar. La cerró. La abrió.

—Olvídalo —dijo, por fin.

Me encogí de hombros y miré por la ventana una vez más. No se me olvidaba que Jackson se encontraba en la misma situación que yo. En cuanto llegásemos a los Bancos Externos, él también resolvería el rompecabezas.

Mis secretos lo estaban volviendo loco. Siguió interrogándome sobre el huerto y las visiones.

—Si logramos llegar a Carolina del Norte y podemos acampar en algún lugar durante un tiempo, ¿qué te haría falta para poder volver a hacer crecer las semillas? —me había dicho ayer.

—Te lo contaré todo en cuanto lleguemos hasta mi abuela. Hasta entonces, tenemos que buscar campanadas de plata y conchas de hojalata.

—¿Por qué siempre estás tan callada conmigo? Con otra gente solías hablar por los codos —me preguntó ahora.

¿Hablar por los codos?

—¿Cómo puedes saberlo? Apenas me conocías. —Oh, espera un segundo. De hecho, una vez sí que tuvo en su poder la fuente de todo conocimiento de Evie.

El teléfono de Brandon. ¿Cuánto habría visto, leído y oído Jackson?

—En cualquier caso, quería que te concentrases en conducir.

—Ajá. Anoche volviste a gritar y no dejaste de murmurar cosas mientras dormías. ¿Qué soñaste? Y si me respondes «esto y aquello» otra vez, frenaré de golpe.

—No me acuerdo —contesté, *aunque sí que recordaba la última pesadilla que había tenido de la bruja. Todas parecían ser del mismo día, casi en el mismo lugar. En esta había estado viajando por el campo con un joven admirador enamorado. Él la había enfurecido por culpa de algo. Así que... por supuesto... decidió matarlo.*

—Ven. Tócame —*le había murmurado. Cuando se tropezó con sus propios pies para llegar hasta ella, la bruja abrió la palma de su mano y una flor había crecido... de su piel. Con un guiño sensual le sopló un beso y liberó de la flor unas esporas mortales.*

El joven empezó a toser y a asfixiarse, y cayó de rodillas frente a ella. Se le hinchó la piel hasta lacerarse en algunos lugares. Forúnculos putrefactos crecieron y reventaron. Ella lo contempló y le dijo con alegría:

—Con cuánto ingenio atraemos nosotras, las plantas, a los demás; cuánta perfección a la hora de castigar...

A cada día que pasaba, más la odiaba. Entonces, fruncí el ceño.

—Jackson, ¿qué me oíste murmurar en sueños?

—Dijiste: «Ven, tócame». Me pareció una buena idea, hasta que añadiste: «Pero pagarás un precio». ¿De qué iba todo eso?

La admirable vileza de las rosas salvajes.

—Ni idea.

—Mentirosa. —Miró al espejo retrovisor—. ¿Qué más voy a tener que hacer para que confíes en mí?

—No lo sé —respondí con sinceridad. Ojalá lo supiese. Me moría por poder confiar en otra persona. O quizás volver a tener un amigo. Al menos, uno que estuviese físicamente presente.

Pero no tenía por qué seguir dándole razones a Jackson para abandonarme. Aunque había aceptado las visiones con bastante facilidad, que oyese voces era otra historia completamente diferente. Las repetidas pesadillas que sufría sobre matanzas a sangre fría...

—Siempre estás intentando buscar a otra gente, pero no hablas con la persona con la que estás —me recriminó—. Supongo que no merezco la pena.

—Puede que hablase más contigo si no fueses tan borde todo el rato.

—¿Borde? ¿Cuándo? ¿Es por lo de las gafas de sol?

Mis antiguas gafas de sol Coach estaban tan arañadas que apenas podía ver a través de ellas. Había encontrado otras de aviador que llevaba un cadáver. Había pasado junto al cuerpo apuñalado una y otra vez; me había muerto de ganas por coger aquellas gafas.

—¡Mueve el culo hasta allí, Evangeline, y arráncaselas de un tirón! ¡Ya! —me había ordenado Jackson.

—Sí, borde —insistí—. ¿Y aquella vez que se me olvidó la mochila? ¡Te me echaste encima!

—Si no te trato con pinzas es por una buena razón.

¿Con pinzas? Por favor. Los primeros días de nuestro viaje se había mostrado decente, pero distante. Pero conforme se me pasaba el dolor por la muerte de mi madre, su mal humor aumentaba.

Si alguna vez me veía resoplar de tristeza, no comer cuando teníamos comida o no dormir, se lo tomaba con una ofensa personal.

—¿La cama no está lo bastante suave para ti, princesa? —me había preguntado con desprecio, aunque yo nunca me había quejado—. ¿La comida no es lo bastante buena?

Sobre todo, no le gustaba cuando me quedaba callada o pensativa. Aunque él a menudo estuviese igual.

Al recordar todas las veces que se había mostrado inquieto, me imaginé que simplemente detestaba verse atrapado en el coche conmigo, cargar conmigo. Estábamos atrapados juntos, viendo los limpiaparabrisas arañar el cristal, escuchando las mismas canciones en el iPod una y otra vez.

La mayoría de ellas formaban parte de las listas de reproducción de Mel. Por alguna extraña razón, a Jackson no le hacían mucha gracia los remixes interminables de rap de Alanis Morissette.

Dios, la echaba muchísimo de menos, al igual que echaba de menos a mi madre...

—Tú tampoco eres perfecta, *peekôn* —dijo Jackson, todavía molesto por mi acusación de ser borde conmigo—. Se te hieren los sentimientos así —chaseó los dedos— y no me cuentas nada sobre ti. Eres la chica más reservada que haya conocido nunca.

—¿Por qué siempre soy yo la interrogada? Tú apenas hablas sobre ti desde que nos pusimos en marcha. —Sí, yo guardaba secretos, pero él me llevaba muchísima más ventaja. ¡Él había tenido el teléfono de Brandon!

—Pregúntame algo —dijo Jackson, aunque agarró el volante con más fuerza, como si se estuviese preparando para recibir un puñetazo.

—Vale. ¿Era verdad lo del rumor de que tenías problemas de ira? ¿De verdad fuiste a la cárcel? —Si así era, puede que entendiese cómo había sido mi experiencia en el CRI.

La ira afloró en su expresión.

—Siempre vas a degüello a cualquier oportunidad.

—¿De qué estás hablando? Te lo he preguntado por una razón.

—¡Para recordarme cuál es mi lugar!

—Jackson, me sorprende que puedas andar derecho con ese peso sobre los hombros.

—¿Y qué tal si me preguntas cuál es mi libro favorito? ¿O qué clase me gustaba más?

—Me imaginé que te gustaba mucho Lengua y creía que *Robinson Crusoe* era tu libro favorito.

—A veces olvido, yo, que estuviste en mi casa —dijo con un tono de voz bajo y amenazador.

—Vale, volveré a intentarlo. Bueno, Jackson, ¿qué planeabas hacer después del instituto?

Él me miró con los ojos entornados.

—Abrir un desguace. Robar coches para buscar piezas. ¿No es eso lo que esperas que diga?

—Mira, olvídate de que te he preguntado.

—¿Qué ibas a hacer tú, pues?

—Casarme con Brandon, tener un par de niños ricos y jugar al tenis todo el día. ¿No es eso lo que esperabas que dijera?

Él parecía estar estrangulando el volante. Al menos se le habían curado las manos. Cuando insistí en limpiárselas y vendárselas la semana pasada, se había puesto huraño, pero sospechaba que, en secreto, le gustaba que alguien se preocupase por él.

¿Porque era una rareza?

—Me sorprende que no les hayas dado un beso para que se pongan mejor —gruñó cuando terminé de vendárselas. Así que lo hice; le di un beso a cada una solo para sorprenderlo. En cambio, su voz se había vuelto algo ronca cuando me llamó «*ma belle infirmière*». Mi preciosa enfermera...

Tenía un humor muy cambiante. Aquella noche había flirteado conmigo. Ahora se mostraba taciturno, tenso.

Parecía que cuanto más amable intentaba ser con él, o hacerlo feliz, más me salía el tiro por la culata.

El silencio se volvió a instalar entre nosotros. Hasta que me gruñó el estómago.

Jackson volvió a mirarme con el ceño fruncido. También había aprendido que el ruido de mi estómago cuando tenía hambre lo molestaba muchísimo, como si le diera la brasa para que encontrase comida.

—Todavía nos quedan varias horas sin comer, princesa. —Él sabía que odiaba cuando me llamaba así—. Acordamos seguir yendo en dirección a Atlanta, Evie. Y sabíamos que el camino estaría arramplado.

—No me estoy quejando. Nunca me he quejado.

—No, pero tu estómago sí. Casi desearía que empezases a darme tú la lata. —Ahora tenía los nudillos blancos de lo fuerte que agarraba el volante.

—¿Y eso en qué nos beneficiaría?

—Es mejor eso a que te quedes ahí sentada y enfadada todo el día.

—¿Enfadada? ¡Y un cuerno! —Jackson no lo entendía. Ahora que las voces se habían callado, podía soportar más golpes—. Antes estaba de muy buen humor.

—¡Y una mierda! ¿De buen humor? Estás agotada, hambrienta, y no sabes cuándo vas a volver a probar bocado.

—Lograste que una lámina de metal no te decapitase y encontramos combustible. ¡Victoria!

—Pero no encontramos comida. —Los limpiaparabrisas rasparon el cristal con más fuerza. No dejaban de chirriar...

Levanté las manos.

—Vale, lo has conseguido. Estoy oficialmente de mal humor.

—Maldita sea, no deberías tener que saltarte comidas. —Al principio siempre me había dejado a mí el mejor pedazo, y se justificaba bajo el pretexto de que estaba en «edad de crecimiento».

Tal y como me había explicado:

—Joder, Evie, me gusta lo que veo —hizo un gesto para señalarme el pecho—, quiero ver hasta dónde llega.

No obstante, ahora murmuró:

—Pensaba que podría cazar algo. —En ocasiones, veíamos algún pájaro o algún conejo—. Y tú tampoco es que estés contribuyendo mucho.

No, pero podía hacerlo. Si las cosas se ponían muy feas, podría hacer crecer comida de las semillas que teníamos en el maletero. Pero me negué a morder el anzuelo.

—Se está haciendo tarde —le dije. El viento desaparecía a la vez que el sol se ponía. Las cenizas empezaban a caer y la luna creciente se hacía visible—. ¿No deberíamos estar buscando algún lugar en el que pasar la noche?

—Tenemos que pasar esta zona. La gasolina nos ha llevado más lejos de lo que pensaba. —Miró por encima del hombro y luego de nuevo a la carretera a la vez que aceleraba—. Estoy harto de las tormentas.

—¿Y qué pasa con los «hombres del saco»? Dijiste que no podíamos seguir avanzando una vez cayese el sol. —Esta tarde habíamos cruzado puente tras puente. Si buscaban antiguos cadáveres rebosantes de agua, por la noche...

—Voy a cambiar esa regla y añado: a menos que estemos en territorio esclavista. Tenemos que recuperar tiempo perdido igualmente.

Mi estómago volvió a gruñir con más insistencia.

—¡Aguántate, Evie! No podemos arriesgarnos a salir a buscar comida ahora mismo. Si algo me pasara, estarías perdida.

—Te lo repito, no te estoy pidiendo que vayas a por comida, no me estoy quejando, y puede que te sorprenda logrando sobrevivir sin ti.

—No sabes cazar ni encontrar suministros. Eres nula para buscar recursos. Tampoco sabes cocinar...

—Ya empezamos otra vez. —No podía negarle nada. Se me daba fatal cocinar; no podía siquiera calentar una lata de raviolis sin cagarla.

—Deberías terminar los días dándome las gracias por estar viva. —Otra vez miró por encima del hombro y volvió a acelerar.

—Está claro que solo soy una molestia para ti, una carga. Me sorprende que no te hayas cansado ya de mí y me hayas abandonado. Sigo esperando que lo mandes todo a la mierda y pases de ir hasta Carolina del Norte.

—No dejo ningún rompecabezas sin resolver.

«Razón por la cual no te contaré cómo hago crecer las plantas hasta que me hayas llevado hasta donde necesito ir».

—Además —me dedicó una sonrisa voraz—, todavía no me he acostado contigo.

Abrí los labios.

—Estás hablando de tener... sexo. ¿Conmigo?

Debería haber sabido que esta conversación llegaría en algún momento. Parecía que cada noche que pasábamos juntos, Jackson y yo nos sentíamos menos cómodos el uno con el otro.

Si se sentía relativamente seguro con el lugar donde pasaríamos la noche, solía dormir sin camiseta. Aquellas vistas tentadoras de su pecho —yo siempre apartaba la mirada— me aturullaban y me dificultaban el sueño.

En otras ocasiones yo lanzaba miradas recelosas hacia la cama mientras él me miraba con deseo.

—¿Eso es en lo que piensas todo el rato? ¿En sexo? —Tal y como había sospechado, era mejor no saberlo.

Su expresión denotaba aburrimiento, como si me dijera «madura de una vez».

—¿Y por qué no? Soy un hombre pasional, y tú eres la única mujer disponible. Dime que tú tampoco piensas en ello.

Sí que lo había pensado. Había fantaseado con lo que podría haber pasado en el molino de azúcar si nos hubiésemos besado, si hubiésemos explorado la química sofocante que había entre nosotros. Entonces me sentía culpable y de mal humor.

—¡N-no voy a tener sexo contigo! —respondí al final—. No me puedo creer que lo hayas dicho como si nada.

Aunque sabía que el mundo era distinto ahora, seguía aferrándome a la estúpida idea de que perder la virginidad tenía que ser especial; algo que se hacía con tu novio.

No algo que se hiciera solo porque el chico que viajaba conmigo fuera pasional.

Me dedicó una mirada cómplice y llena de picardía.

—¿Entonces no niegas haber pensado en ello?

—Esa es la razón principal por la que te ofreciste a ayudarme —balbucí—. ¡Porque querías convertirme en una de tus *gaiennes*, en una de tus conquistas!

—*De tout coeur*. —Totalmente.

—Toda esa mierda de recordar el pantano y de hablar cajún no era más que palabrería. ¡No podría importarte menos que hablásemos la misma lengua o que compartiésemos un pasado!

—Te dije la verdad. No es culpa mía que todo venga incluido en una rubia muy guapa que quiero llevarme a la cama...

¡BUM! ¡BUM! Se oyeron explosiones justo fuera de donde nos encontrábamos.

Jackson perdió el control del coche. Pisó el freno, pero nos precipitamos hacia un terraplén.

Estiré los brazos hacia adelante para sujetarme al salpicadero.

—¡Jackson!

23

—¡Agárrate, Evie! —gritó Jackson mientras hacía fuerza con los brazos para controlar el volante.

El coche subió el terraplén de lado a toda velocidad y salimos volando sobre el suelo.

Y después... ingravidez. Jackson se rindió contra el volante y extendió el brazo sobre mi pecho. El motor aceleró a la vez que girábamos en el aire.

Tenía los pies sobre la cabeza. Cuando la parte de arriba del coche por fin impactó contra el suelo, grité; los airbags se desplegaron.

Y seguimos cayendo... rodando...

Al instante nos detuvimos. El coche aterrizó boca abajo. Las ventanas se rompieron por el impacto y el metal chirrió por el esfuerzo.

Jackson y yo nos quedamos colgando de los cinturones. Y parecía como si... ¿hubiésemos aterrizado sobre otro coche?

Nuestra respiración se escuchaba mucho a pesar de las juntas ruidosas.

—¿Q-qué ha pasado? —Miré por la ventana, desorientada. Estábamos lejos del suelo, al menos a casi dos metros.

El cuchillo de Jackson atravesó el airbag.

—Espero que tengas la mochila de emergencia bien provista. Ahora quédate quieta.

—No vas a cortarme el...

Y cortó el cinturón.

—¡Auch! —Me levanté y me agazapé sobre el techo del coche.

Después, se cortó su propio cinturón girándose hacia atrás.

—Evie, ¡coge tu mochila y cierra el pico! ¿Me oyes?

Rebusqué hasta tocar la mochila con la mano.

—¿Qué pasa?

—Estamos en un buen lío.

Él cogió la suya, su ballesta y la escopeta y después salió por el agujero de la ventana. Saltó y se apresuró a ayudarme.

Cuando nos liberamos del coche, caí en la cuenta de a lo que se refería. Habíamos aterrizado sobre otro coche viejo. Y a nuestro alrededor había más coches destrozados.

Un cementerio de coches.

De repente, unas linternas comenzaron a apuntarnos. Lo que parecía un... perro aulló. Me impresionó que siguiera vivo. Jackson levantó la escopeta y la amartilló.

Tenía los labios apretados debido a la rabia y su mirada era letal.

—¿Esa gente no viene a ayudarnos? —susurré—. Q-quizá s-saben que la carretera es peligrosa.

—No vienen a ayudarnos. Son esclavistas que vienen a cazar. Estaban esperando.

Dios.

Desvió la mirada del grupo que se acercaba por nuestra derecha hasta las ruinas imponentes de un bosque a nuestra izquierda. Después, su expresión se tornó decidida.

Me agarró del antebrazo y me arrastró hasta la nebulosa zona de los árboles. Me costó seguirlo; el barro, barro de verdad, se tragaba mis botas. Lo cual era sinónimo de humedad.

Lo que implicaba «hombres del saco».

—Jackson, no podemos entrar en el bosque —murmuré entre bocanadas de aire y mirando por encima del hombro. Los hombres nos estaban ganando terreno. Podía ver a unos pocos gracias a la escasa luz que había; eran unos tipos de mediana edad vestidos de forma normal. Sin grilletes preparados. Parecían tan... normales.

—No es un bosque. Solía ser una ciénaga arbolada.

—¿Y si esa gente sí que quiere ayudarnos?

—Era una trampa. —Jackson cambió la escopeta por la ballesta con una mano y preparó una flecha—. Una tira de pinchos nos pinchó las cuatro ruedas. Esos coches están así a propósito.

—¡No!

—Claro que sí. Puede que tengan demasiado miedo como para seguirnos. Una vieja ciénaga seguramente estará repleta de «hombres del saco».

—¡Olvídate de eso! No me vas a convencer de que estaremos mejor ahí dentro.

Me apretó el brazo.

—Los que han tendido la trampa son esclavistas, en el mejor de los casos. Al menos los «hombres del saco» van directamente a la garganta.

Me quedé con la boca abierta y lo dejé guiarme lejos de las luces que se aproximaban y de los hombres que gritaban.

En cuanto nos metimos en la arboleda, empezamos a oír sonidos alrededor de nosotros. Una rama quebrándose. El susurro de las hojas cubiertas de hollín.

Algunas ramas muertas se partieron justo a nuestra izquierda. Jackson me liberó con un empujón y se dio la vuelta con la ballesta preparada.

—¡Corre, Evie!

Me tambaleé hacia delante con un grito. Pero la hiedra quemada que cubría el suelo me dificultaba el camino.

A pesar de no tener ni idea de lo que hacía, lo intenté. La luna se alzaba y se colaban rayos de su luz a través de los árboles sin hojas. Las sombras se movían a mi alrededor.

¿Dónde estaba Jackson? Jamás había estado tan asustada. Jamás me había sentido tan vulnerable.

—*Te observo con ojos de águila.*

—*La sangre esclarece, la sangre caerá.*

—*No mires a esta mano, mira a esa otra.*

—¡No, no! Callaos, ¡callaos! —Un corte. Sentí dolor en las palmas de las manos.

Bajé la vista y no supe si llorar o reír. Mis garras habían vuelto a crecer. Me quedé observándolas a la vez que llegaba a un claro y levanté los ojos. Había tres «hombres del saco» a escasos metros de mí.

Me detuve con un grito ahogado. Uno estaba de pie y los dos más pequeños se arrastraban con las manos y las rodillas mientras lamían el barro.

Giraron las cabezas hacia mí.

Eran más horribles que en mis visiones. El pus supuraba de sus ojos y relucía a la luz de la luna. Sus irises eran tan pálidos como la nata. Y su piel... arrugada y estropeada, como bolsas de papel enrolladas, pero más viscosa.

Había sangre y suciedad en sus ropas hechas jirones y en torno a sus bocas.

El que estaba de pie me observó la garganta. Se abalanzó sobre mí arrastrando los pies. Yo me eché hacia atrás. ¿Llamaba a Jackson? ¿Habría más detrás de mí?

La criatura estaba volviéndose más rápida. Asustada, rebusqué en el bolsillo de la sudadera y rompí la ropa con una de mis garras. Mis reservas de sal empezaron a caer como la arena en un reloj.

Logré salvar un puñado. Apunté hacia el «hombre del saco». Lo lancé tan fuerte como pude.

¿Qué harían los cristalitos, cegarlo, quemarlo...?

La sal cayó inútilmente al suelo delante de él.

«¡Mierda, mierda!». Desvié la mirada una vez más...

Escuché un *chan*. Una flecha atravesó el ojo derecho del grande.

Mientras el cuerpo del monstruo caía al suelo, una mano me cubrió la boca por detrás. Me sacudí asustada, pero Jackson me susurró al oído:

—Silencio.

En cuanto asentí, me liberó y disparó dos flechas más para acabar con el resto de los monstruos.

Los tres cayeron como blancos de una feria. Había visto cómo peleaba, pero jamás lo había visto disparar.

Y mientras lo miraba con admiración mal disimulada, él me devolvía la mirada con el ceño fruncido.

—Evie, ¿qué tienes en la cara?

—No lo sé. ¿Ceniza? ¿Te han seguido los hombres?

Él pestañeó.

—No. Pero habrá más «hombres del saco» de aquí al amanecer. Necesito esas flechas. —Se acercó a los que había matado, pero murmuró por encima del hombro—: Pégate a mí como una lapa, tú.

Antes, su orden me habría cabreado. Ahora simplemente susurré:

—Por supuesto, Jackson.

24

—¿No me dijiste que tenías un buen presentimiento sobre esta noche? —murmuró Jackson a la vez que disparaba a otro hombre del saco rezagado.

Después de vencer a aquel trío, nos habíamos refugiado en una densa plataforma de árboles muertos y caídos que nos protegía por tres lados. Jackson vigilaba el cuarto.

—Joder, Evie, ¿qué clase de vidente eres tú? —preguntó cuando se levantó para recoger la flecha.

«Puede que ni siquiera lo sea, ya ves», pensé y corrí a colocarme justo detrás de él.

Pero vacilé a la hora de acercarme a la criatura. De cerca era mucho más repugnante que en los dibujos; tenía sangre seca cayéndole de la comisura de la boca y por el cuello como si se hubiese pintado una barba. Su piel viscosa mudaba unos pegotes de baba apestosa a su alrededor.

Si exudaban esa cosa constantemente, normal que siempre tuvieran sed.

Apenas me podía creer que esta cosa fuera antes una persona. Pero llevaba vaqueros raídos, una camiseta de un concierto y una sola bota Timberland. Un chico adolescente.

Y ahora la flecha de Jackson sobresalía de su ojo. ¿El cajún nunca fallaba?

—Recuerda cómo huele, chica —me dijo.

—A podrido. —Cuando era pequeña, tenía un perro que estaba obsesionado con restregarse con los restos de animales muertos. No había champú que pudiera quitar aquel olor a rancio. Eso era lo que olía ahora.

—Coge tú la flecha y yo muevo el cuerpo —dijo, pero yo seguía vacilante—. Ven aquí, Evie. Ya —espetó Jackson con el tono de voz severo que había acostumbrado a usar conmigo—. Vas apañada si crees que voy a dejar que un «hombre del saco» muerto te asuste.

¿Dejarme? ¿Había sido tan borde conmigo durante estos días para... endurecerme? ¿Como un sargento que me preparaba para la guerra?

O quizás fuera porque lo estaba llevando hasta el límite de sus nervios.

—Vale. —Me arrastré hacia adelante.

Contuve la respiración y alargué el brazo para tirar de la cola de la flecha, pero no salía.

—Más fuerte, princesa.

Lo atravesé con la mirada y tiré con más fuerza hasta que se liberó con un burbujeo de sustancia viscosa roja.

Me llevé el dorso de la mano a la boca para intentar no vomitar.

—Este se ha alimentado hace poco. Si no, estaría más blancuzco —dijo Jackson.

Seguía sin poder creerme que había estado cara a cara con estas cosas. Me podrían haber mordido. Joder, podría haber muerto en el accidente, ¡o me podrían haber capturado!

Por supuesto, la noche era joven...

Cuando Jackson empezó a alejar el cadáver de nuestro escondite, yo le pregunté:

—¿Por qué estás haciendo eso?

—Los «hombres del saco» se beben a sus caídos. No voy a invitarlos a una barra libre.
«Todos los días se aprende algo nuevo de Jackson».

—¿Estás seguro de que la piel no es contagiosa?

—Sé que conmigo no. Pero para estar seguros, no la toques, no. —Me quitó la flecha, la limpió con la suela de su bota y luego la volvió a guardar en el carcaj.

—Si me muerden... —dije una vez regresamos al escondite de árboles muertos.

—Te meteré una flecha en la cabeza, no te preocupes —dijo sin vacilar ni un nanosegundo.

—Bien. Es bueno saberlo. —Me preguntaba si me podría regenerar de un mordisco. «Ojalá nunca tenga que averiguarlo»—. Cuando los hombres del saco vayan a resguardarse, ¿nos perseguirán los esclavistas?

—Esperemos que se levante un vendaval —contestó, aunque no desvió la atención de los árboles secos—. Su perro no podrá rastrearnos.

—Parecían gente normal. —Casi me podía imaginar que formaban parte de una comunidad dedicada a perseguir a criminales, y que debería haberme parado y dicho «¡se han ido por allí!».

—Jackson, ¿por qué hacían volcar a todos esos coches? —¿Y por qué lo habían hecho con el nuestro? Justo cuando habíamos conseguido algo de gasolina.

Ahora toda nuestra agua, las semillas... habían desaparecido.

—Es una forma sencilla de conseguir provisiones —explicó—. Probablemente también quisiesen mujeres. Creo que eso es la mitad del problema.

—¿Y eso qué se supone que quiere decir?

—Nada.

—Dímelo —insistí.

—Vaya a donde vaya, siempre me encuentro con locos *coo-yôns*. Solo me he cruzado con una o dos personas de fiar desde el Destello. ¿Te acuerdas cuando me preguntaste cómo era posible que todo se hubiese descarriado tan rápido? Creo que la falta de mujeres no es más que gasolina para avivar el fuego.

Puse los ojos en blanco.

—Ohhh, ¿los hombres ahora son malos porque tienen «necesidades» masculinas o algo así?

—No los estoy excusando. Solo creo que las mujeres hacéis que nosotros seamos más civilizados. Sin vosotras, nosotros...cambiamos.

Ajá. Su explicación tenía tanto sentido como cualquier otra cosa que se me ocurriese.

—Jackson, creo que eres mucho más inteligente de lo que piensas.

Él me miró con el ceño fruncido. Cuando se dio cuenta de que lo decía en serio, me preguntó:

—¿Ahora sí te quedarías conmigo como *podna* de historia?

De nuevo, creía que eso era algo que ya debería haber olvidado. Al menos lo suficiente como para no mencionarlo.

—*Sans doute* —dije igualmente. Sin duda.

Pude ver que mis palabras lo complacieron.

—Deberías intentar descansar, *ange*.

Ni en broma podría dormir.

—Puedo ayudarte a hacer guardia.

Él se rio entre dientes.

—Ya te lo he dicho... nada es más rápido que yo. Nada.

—Guau. Ojalá solo fueses así de engreído con eso.

—Me he pasado toda mi vida guardándome las seis. —Al ver que fruncía el ceño, me explicó —: Guardándome las espaldas.

Recordé a aquel borracho que entró de repente en casa de Jackson, una amenaza que apareció de la nada. ¿Había habido otras?

—Duermo con un ojo abierto —me había dicho una vez.

¿Y su comentario de que se arrastraba hasta el hospital los domingos por la mañana después de que lo golpearan en las costillas? Yo había supuesto que se refería únicamente a las heridas que recibía en las peleas en las que se metía cuando salía los sábados por la noche.

¿O se había estado refiriendo a una época pasada de su vida, cuando no había sido más que un niño pequeño asustado y apaleado por los... novios borrachos de su madre?

Quizás esa fuera la razón por la que se tocaba las cicatrices. Puede que fueran un recuento de golpes fallidos o victorias ganadas con esfuerzo. No me extrañaba que fuese tan despiadado.

Sentí una punzada de vergüenza por haberlo juzgado al pegar a aquel hombre en su casa. Ya no lo haría más.

—Evie, acuéstate. —Examinó la oscuridad y murmuró—: No tienes por qué tener miedo. Te tengo.

«Así es, ¿verdad?» Aquí estábamos, en la guarida de los «hombres del saco», y no sentía terror. Jackson mataría a cualquiera que se atreviese a acercarse demasiado. De hecho, ellos deberían temerle a él.

Estaba con el chico que los monstruos deberían temer.

La idea se me antojó liberadora. Nos habíamos quedado sin coche, casi no teníamos provisiones, acabábamos de tener un accidente y nos encontrábamos atrapados en una ciénaga llena de zombis sedientos de sangre... y, aun así, estaba empezando a sentirme optimista.

Siempre y cuando tuviese esa ballesta, quizás nosotros fuésemos los «hombres del saco».

Me quité la mochila de supervivencia y me maravillé ante lo aliviada que me sentía ahora de tenerla. Gracias a que Jackson me había estado dando la tabarra, todavía tenía la memoria USB, una cantimplora llena, joyas, otra muda de ropa, algunas barritas energéticas y más.

—En realidad no tengo miedo. ¿Te lo puedes creer? Cuando más debería tenerlo...

—Puede que estés conmocionada.

—Puede que me sienta segura contigo. —Sonreí y le dije—: Gracias, Jackson. Me alegro de estar viva.

—Listilla —respondió entre dientes, pero las comisuras de sus labios se curvaron.

Me acurruqué sobre las hojas llenas de ceniza con mi mochila como almohada y me lo quedé observando. Siempre lo había encontrado físicamente atractivo, pero no al nivel de las chicas como Catherine.

Esta noche estaba empezando a ver por qué había suspirado por él.

La luz de la luna iluminaba sus pómulos marcados y su pelo negro como la noche. Sus preciosos ojos brillaban. No se había afeitado en varios días, pero la barba solo lo hacía más guapo.

Cuando giró la cabeza, atento y a la espera de escuchar algo, admiré su perfil, su fuerte mentón y su nariz recta.

Era atento y despiadado; verlo así me hacía querer suspirar a mí.

Ni en un millón de años me habría imaginado que Jackson Deveaux terminaría siendo mi protector, un refugio para las voces, y un... amigo.

Si no tenía cuidado, podía terminar haciendo algo increíblemente estúpido, como enamorarme de él.

Él debió de notar que lo estaba mirando con mucha atención.

—Duérmete.

—Estoy demasiado nerviosa por el accidente. Nunca había estado en ninguno. ¿Y tú?

—He tenido muchos accidentes de moto. Joder, tú misma casi hiciste que me la pegase.

—¿Yo?

De nuevo, arqueó las comisuras de los labios.

—Aquella primera mañana que te vi, apenas podía apartar la mirada de tu culo en aquel minivestido. —Se pasó una mano por la boca como si recordase aquella vista incluso ahora.

Lo cual hizo que se me cortase la respiración. No sabía decir si me sentía halagada, avergonzada o excitada.

—Entonces te miré a la cara. Y un bache por poco consigue lanzarme por los aires, yo. —Me contempló, y lo vi arrepentido por haberme revelado tanto.

Definitivamente, me sentía halagada y excitada...

Jackson se tensó de repente. En cuestión de un instante, había apuntado y disparado la ballesta.

Cuando oí un batacazo a lo lejos, tragué saliva.

—Tú mueves el cuerpo, yo cojo la flecha.

Me ayudó a ponerme de pie.

—Ahora, Evangeline, sé que no vas a olvidarte de la mochila.

En cuanto regresamos a nuestros puestos, volví a dirigirme a él.

—Jackson, lo de antes lo he dicho en serio. Gracias por salvarme esta noche.

Me miró de soslayo otra vez para ver si lo decía de verdad.

—Si tanto quieres darme las gracias, cuéntame un secreto.

Una parte de mí sentía que se lo debía, pero por otra...

—Tú sabes mucho más de mí de lo que yo sé de ti. Registraste mi habitación, todas mis pertenencias... hasta mi cajón de ropa interior.

Pronunció un «ajá» como estando de acuerdo.

—Así es.

—Y tenías el móvil de Brandon. ¿Miraste lo que contenía?

—¿Por qué iba a hacerlo? —murmuró, pero tampoco lo negó.

—Me da vergüenza lo que pudieras ver o leer. —Y oír.

Simplemente se quedó contemplando la oscuridad de la noche y no compartió nada de lo que se le pasaba por esa cabeza misteriosa suya. Pero percibía la tensión emanar de él.

—¿De verdad... de verdad querías quedarte con Radcliffe? ¿Tener hijos y jugar al tenis?

—Había planeado marcharme de Sterling lo antes posible —contesté con sinceridad—. Ir a la universidad de Vanderbilt o a la de Texas en Austin.

—¿Ibas a dejarlo? —De golpe, el humor de Jackson pareció mejorar.

—Quería marcharme, de un modo u otro.

—Entonces puede que lo tuyo no fuese amor de verdad, ¿no?

Casi deseaba que sí lo hubiera sido. Me sentía culpable por no haber estado enamorada de Brandon; era como si no hubiese apreciado lo buenas que habían sido nuestras vidas, al menos antes de que me mandasen al loquero.

—No quiero hablar más de él.

—Entonces dime dónde estuviste realmente el verano pasado, cuando desapareciste de la faz de la tierra. No fuiste a ningún internado, ¿verdad?

Ahí me di cuenta de dos cosas: Jackson era una de las personas más intuitivas que había conocido nunca, y había repasado cada *byte* de datos en ese móvil.

Seguramente notaría que mis mensajes a Brandon habían pasado de muchísimos a cero de la

noche a la mañana; hasta que mandase alguno suelto a lo largo del verano. Justo los mismos días del mes, y a la misma hora.

Aunque no le había dicho a nadie dónde estaba, un chico inteligente se habría dado cuenta de que me habían tenido encerrada en algún lugar.

—No voy a hablarte de eso, Jackson. No hasta que tú también hables.

Otra vez parecía estar incómodo, como si prefiriese enfrentarse a un ejército de «hombres del saco» antes que contarme cosas sobre sí mismo.

—No tenemos por qué hacerlo —le aseguré—. No tenemos por qué conocernos mejor, aunque estemos viajando juntos y podamos morir mañana. En cuanto lleguemos a Carolina del Norte, te contaré todos mis secretos más oscuros y profundos, y podrás irte siendo todavía un extraño para mí. Si eso es lo que quieres.

Soltó una bocanada de aire.

—Pregúntame, pues. —Sacó la petaca de su propia mochila como si se estuviese preparando.

Sorprendida al ver que quería cooperar, me incorporé.

—¿Qué era lo que realmente querías hacer después del instituto?

—Un *podna* mío trabajaba en una plataforma petrolífera en la costa de México. Periodos de ocho semanas. Se ganaba mucho dinero. —Me dedicó una sonrisa triste—. Nada de chicas. Iba a enviarle dinero a Clotile, ya que ella era la que se ocuparía de mi *mère*. —Y añadió con un tono de voz más serio—: Lo teníamos todo pensado.

Un muchacho con esperanzas, sueños y un libro de español para principiantes. Tal y como me lo había supuesto todos esos meses atrás, sí que había tenido pensamiento de salir de aquel cuchitril.

—Me dijiste que Clotile... bien podría ser tu hermana. ¿Sabes quién era tu padre?

—Me habían hablado de él, más bien. Solo lo vi una vez.

—¿Por qué?

—Estaba demasiado ocupado malcriando a su hijo legítimo como para pasar tiempo conmigo, o como para mandarle un solo céntimo a *ma mère*. Le dijo que no admitiría culpabilidad o no sé qué mierda.

—Suenan a abogado.

Pensativo, le dio un trago a la petaca.

—*Je* —murmuró Jackson. La versión cajún de «ja, ¿en serio?»—. Para cuando me enteré de que podía joderlo vivo con una demanda por paternidad, me preocupaba más el decirle por dónde se podía meter el dinero. —Agarró la ballesta con más fuerza—. Yo sabía quién era mi *père*, pero Clotile solo pudo reducirlos a tres o así. Mi padre era el que más papeletas tenía. Pero de sangre o no, era como una hermana para mí.

—Siento que la hayas perdido.

—¿Y qué hay de tu padre? —preguntó para cambiar de tema.

Otra cosa que había aprendido del cajún era que no le gustaba lidiar con emociones demasiado fuertes. Su respuesta automática para todo tendía a ser la ira, con un poquito de acción, además.

—Nunca llegué a conocerlo—respondí—. Desapareció cuando era pequeña. Fue al pantano a pescar y no volvió.

Jackson parecía tener una opinión sobre eso, pero se la guardó para sí, sabiamente.

—¿Ya has terminado?

—Por favor, dime por qué estabas en libertad condicional.

Volvió a encogerse de hombros.

—Uno de mis expadrastrós no aceptaba un no por respuesta. Aterrorizó a *ma mère*. Y pagó por ello. —La actitud tan fiera y protectora de sus ojos era abrumadora.

¿Así que Clotile no había sido la única mujer de la que se preocupaba y a la que habían maltratado?

—Le hice lo que me viste hacerle a aquel otro hombre... y peor.

—¿*Bagasse*?

Asintió.

—Sabía que me condenarían, pero me dio igual. El tío se las apañó para sobrevivir, pero ya nunca más sería capaz de hacerle daño a otra mujer. —Mientras pensaba en a lo que se refería con aquello, Jackson prosiguió—: ¿Ahora ya podemos volver al verano en el que estuviste desaparecida?

Había compartido tanto conmigo que suponía que al menos podía contarle aquello. ¿Y acaso no había anhelado tener a alguien con quien hablar de estas cosas? El problema era que no quería que me mirara como lo habían hecho los médicos. Porque, en algún momento durante los últimos nueve días, la opinión que Jackson tuviese de mí se había vuelto importante...

—Fuiste a un loquero, ¿verdad?

—¿P-por qué lo dices?

—Si alguien más viese aquel cuaderno tuyo, te habrían mandado al manicomio seguro.

Lo atravesé con la mirada.

—O puede que leyese los mensajes que le envié a Brandon y hayas sumado dos y dos.

—Me dijiste que había una razón por la que me preguntaste si había ido a la cárcel. Creo que era porque a ti también te encerraron, solo que tú estabas con todos los *fous*. —Locos.

—¡Aj! ¡Eres un imbécil!

—Shh. —Desvió la mirada, tenso de nuevo, antes de volver a colocarse despacio en su sitio.

¡Nunca tendría que haber hablado de este tema con él! Ahora pensaba que estaba loca.

—¿Fuiste por las visiones... o por las voces?

Yo ahogué un grito.

—¿Qué...? ¿Cómo sabes lo de las voces? —¿Por qué me molestaba en ocultarle nada a este chico?

—No estoy estúpido, Evie. Te he pillado hablando sola. Mucho. No dejas de murmurar que alguien te deje en paz ni de suplicar que se calle.

—No es... no es así.

—¿Entonces cómo es?

—¿Y por qué tendría que contarte nada? Te burlarás de mí otra vez —puntalicé, aunque estuviese casi temblando de la necesidad de compartirlo con alguien—. Me dirás que estoy loca.

—Yo nunca he dicho que lo estés. No voy a burlarme.

¿Me atrevía a confiar en él? Me mordí el labio inferior.

—No hablo sola; hablo con otros. Sí que oigo voces, muchas. Todas parecen ser de chicos de nuestra edad.

—¿Crees que son reales? —me preguntó con voz neutral.

Suspiré y asentí.

—Y siento que estoy conectada con ellos de alguna manera. Como si compartiésemos una conciencia colectiva o algo.

—¿*Pardon*?

—Conciencia colectiva. Así es cómo se comunican las abejas.

—Estás empezando a confundirme y a ponerme nervioso, Evangeline —dijo, pero

extrañamente no parecía ni lo uno ni lo otro. ¿Nada lo desconcertaba?—. ¿Qué te dicen?

—A veces no son más que tonterías. A veces oigo las mismas frases una y otra vez. Hay una chica que dice: «He aquí la que siembra la duda». Hay un muchacho irlandés que siempre dice: «Alzad la vista, muchachos, ataco desde arriba». Me da repelús.

Jackson estudió mi expresión; probablemente me estuviese leyendo como un libro abierto, mientras que yo no sacaba nada en claro de él. ¿Estaría ahora más dispuesto a cortar de raíz y a abandonar a la muchacha loca?

—¿Por qué crees que te pasa?

—No lo sé. Por eso tengo que llegar hasta mi abuela. Ella tendrá todas las respuestas.

—¿Ella es vidente?

Buena pregunta.

—Sinceramente, no lo sé. Podría. —O quizás hubiese aprendido todos los detalles de los arcanos de su propia madre; información que se había transmitido de generación en generación.

¿No me había dicho mi abuela que era cronista? Matthew también me había mencionado algo de eso.

—Si tu abuela sabe tanto, ¿entonces por qué narices no te enseñó antes de marcharse a la playa? —preguntó Jackson—. Déjame adivinar: había alguna especie de ceremonia secreta en la que te lo contaría todo cuando cumplieses dieciséis años, pero nunca sucedió...

—Mi madre la envió a una residencia cuando yo tenía ocho años. Todos decían que estaba loca. Tenía prohibido hablar de lo que me había enseñado.

—Algo tienes que recordar.

—No lo bastante. Se me prohibía hasta pensar en ella.

—Nadie puede controlar lo que piensas —rebató Jackson.

Solté una risa sardónica.

—Oh, sí que pueden. —Recordaba estar sentada a una fría mesa de metal con mi primer psiquiatra. Yo había agachado la mirada y, confusa, había visto un charco de saliva. Hasta medicada hasta las cejas —con millones de miligramos de drogas para que nada me importase corriéndome por las venas— me había humillado saber y ver que la saliva provenía de mí. Él me había preguntado: «Evie, ¿entiendes por qué debes rechazar las enseñanzas de tu abuela...?».

Jackson desvió la mirada hasta mí.

—¿Se te metieron en la cabeza?

¿Cómo podía decirle que me habían drogado hasta el límite de mis fuerzas y luego me habían hipnotizado hasta que apenas recordara mi nombre?

No, no hipnotizado; eso podría haberme venido hasta bien. ¿Cómo se llamaba a la hipnosis que empeoraba las cosas? Lavar el cerebro.

—Sí —respondí simplemente. Veamos lo mucho que le gusta esa respuesta.

Dejó pasar el tema.

—¿Y oyes voces ahora? —Cuando al final asentí, él quiso reafirmarlo—. En plan... ¿ahora mismo?

—No me mires como si fuese un bicho raro, Jackson. ¡Odio que me miren así! —Cerré los ojos con fuerza, avergonzada. Las pullas sobre el loquero y los *fous* tampoco habían ayudado mucho.

¿Por qué le había revelado tanto?

Ah, sí, porque él también había compartido información conmigo. Solo había una diferencia: yo no lo juzgaba.

—¿Otra vez te he herido los sentimientos? Maldita sea, *cher*, no sé cómo comportarme

contigo.

Abrí los ojos, pero me negué a mirarlo.

—¿A qué te refieres?

—A estar con una chica como tú. —Ahora sí que lo miré con las cejas arqueadas—. Sí, con tus *bebins* y tus cosas de chicas. Tienes las manos suaves, y eres... blanda. Pero no creo que seas un bicho raro.

—¿Cómo es posible que no lo creas? —Me imaginé cuál podría haber sido la reacción de Brandon si fuese él el que estuviese aquí conmigo esta noche. ¿Habría sido capaz de soportar mi confesión? Luego recordé que probablemente no hubiese sobrevivido tanto sin Jackson.

—Mira, Evie, yo vi cosas antes del Destello, cosas inexplicables. Joder, corría el rumor de que mi *grandmère* era una *traiteuse*.

Una especie de curandera para los cajunes.

—¿En serio?

Asintió.

—Después del Destello, ya me lo creo todo. ¿Las voces me inquietan? *Mais* sí. ¿Me muero por saber qué las provoca? *Ouais*. Pero eso no significa que piense menos de ti por oírlas. —Me levantó el mentón con una mano hasta que nuestros ojos se encontraron... y pude ver que decía la verdad—. Solo me alegro de que me hayas contado un secreto. —Inclinó la cabeza—. Pero tienes mil más, ¿*non*?

Muchísimos más.

«Una de esas voces pertenece a la Muerte, que monta sobre un caballo blanco y quiere matarme. Me comunico mentalmente con un muchacho loco que me hace sangrar por la nariz cuando cree que no estoy prestándole la suficiente atención. Casi todas las mañanas me despierto con el olor de la sangre y gritos agonizantes en la cabeza».

Bajé la mirada y él apartó la mano.

—¿Qué dicen ahora las voces?

—Las oigo lo bastante bajitas como para ignorarlas —le dije—. Cuando estoy con más gente, se suavizan. —Lo contemplé a través de un mechón de pelo y admití—: Pero nunca tanto como cuando estoy contigo.

—Evangeline —suspiró—. Nunca va a ser fácil contigo, ¿verdad?

Aunque cada vez temía más que se cansara de mí y terminase abandonándome algún día, respondí con sinceridad.

—No.

25

DÍA 235 d. D.

AÚN MÁS EN EL INTERIOR DE MISISIPI

—¿Necesitas que paremos? —gritó Jackson por encima del viento.

Sacudí la cabeza porque quería seguir. Habíamos dejado Haven atrás hacía casi dos semanas; empezaba a temer que nunca saldríamos del estado.

Con unos pañuelos cubriéndonos la cara y unas gafas de sol, callejamos por otro pueblo desierto desafiando un vendaval y algunos temblores bajo nuestros pies.

Afortunadamente, las tormentas se habían vuelto más esporádicas y más cortas; solo duraban una hora o dos al día. Era un milagro, porque nos habíamos quedado sin coche.

Aunque Jackson pudiera arreglar uno, el tanque estaría vacío.

A pie, habíamos empezado a ver supervivientes demacrados de vez en cuando, oteando desde ventanas obstruidas. Siempre los saludaba, por mucho que a Jackson le molestase. Pero ninguno había querido tener que ver nada con nosotros...

—Quédate justo detrás de mí —me dijo, adelantándose. Siempre iba primero para bloquearme el viento, e insistía en que fuese detrás.

Durante la peor parte de las tormentas yo enganchaba el dedo índice en la trabilla de su cinturón, lo cual siempre le parecía divertido.

En ese momento estaba haciéndolo mientras seguía a su ancha espalda por otra calle «principal». Por el día, Jackson llevaba la escopeta en la mano y la ballesta y las flechas colgadas a la espalda.

Hoy también llevaba algo mucho más emocionante...

De repente, la cabeza me empezó a doler. Me picaba la nariz.

Matthew.

Siempre tenía el pañuelo manchado de sangre por dentro por culpa de sus apariciones. Puede que Jackson mantuviese las voces a raya, pero Matthew aparecía cuando le daba la gana.

Y, con cada visita, más convencida estaba de que, de hecho, sí que me enviaba visiones. No creía que fuese vidente. Él era el que albergaba ese talento.

Me empezó a bajar sangre hasta el labio. Las visiones en movimiento eran lo peor. Había aprendido a seguir andando, incluso cuando Jackson desaparecía y lo único que era capaz de ver era el sótano de Matthew.

—*Encuéntrame, amiga.*

Tenía la boca bien cerrada para obligarme a mí misma a no hablar.

—*Te lo dije, primero tengo que encontrar a mi abuela. ¿Dónde estás?*

—*En tu ruta.*

—¿En serio? ¿En qué ciudad estás?

—Arcanos significa secretos; guardo los nuestros.

—No te entiendo.

Si me dieran una lata de raviolis por cada vez que le había dicho eso a Matthew...

—¿Has visto a la bruja roja?

—Desgraciadamente, sueño con ella todo el tiempo. ¿Sigue viva?

—Resurge. Viene a por ti. La Emperatriz lucha contra la bruja roja. Aprende sus fortalezas y debilidades.

—¿Esperas que me enfrente a ella?

—Evie, debes prepararte.

Eso parecía.

—Dios, ¿por qué te soporto?

—Por lo mismo que yo te soporto a ti.

—¿Y eso es...?

—Que somos amigos.

En cuanto se fue, lavé la sangre con agua de mi cantimplora. Justo acabé cuando la tormenta amainó. En cuanto la ceniza se asentó sobre el pueblo, la temperatura comenzó a ascender en esa calle sin sombras. El olor a desecho se elevó desde el suelo.

Me bajé la cremallera de la sudadera y el pañuelo para mirar en derredor. Podía ver mucho más. Aunque eso no fuese necesariamente bueno.

Claro que había cadáveres. Pero era peor que eso...

Por encima del hombro, Jackson murmuró:

—Alboroto.

Empezaba a entender su manía de resolver puzzles. A cada poco, un nuevo misterio se aparecía ante mí.

Había un camión articulado sobre una casa. A mi derecha, alguien había colgado un vestido de boda y un velo en la puerta de la entrada. Una manga sucia ondeaba con el viento.

A mi izquierda, un hombre muerto y un niño estaban en un jardín, como si hubieran estado haciendo ángeles con la ceniza.

Al lado de un contenedor, alguien había escrito con espray: *Eye of a hurricane, listen to yourself churn*^[1]... Daba igual.

Me costó asignar el significado a las cosas y saber entender las pistas. Pero, al fin y al cabo, lo que sucedía después del Destello apenas tenía sentido. Me preguntaba si Jackson tenía razón y todos se habían vuelto malos. O, al menos, locos.

Delante encontramos a un «hombre del saco» gimoteando, encadenado por el cuello a un frigorífico, arrastrándose y pudriéndose. ¿Quién en su sano juicio había pensado que encadenar a un «hombre del saco» era buena idea?

Su piel estaba más blancuzca que los que habíamos visto en el pantano, y gimoteaba más alto. Jackson se detuvo ante él y me ofreció su ballesta.

—Dispárale.

Negué con la cabeza.

—Vamos, matar a uno te vendrá bien.

—No, Jackson.

¿Creía que los «hombres del saco» merecían vivir? Para nada. Pero no quería ser yo quien me lo cargara. ¿Y si... me gustaba hacerlo?

La bruja disfrutaba matando más que ninguna otra cosa. Yo disfrutaba con lo vivo.

Me puso una mueca y le disparó en la sien antes de coger la flecha. Volvía a estar cabreado conmigo.

Pero, poco después, me sorprendió cuando tuvimos que atajar por un fuselaje abierto de un avión 747. Me agarró de la mano y me ayudó a pasar por encima de los escombros. Arrugué el gesto ante los cuerpos que seguían en los asientos, encorvados por la posición del impacto.

—Un infierno, ¿eh? —dijo cuando salimos.

Asentí temblorosa.

—Es una forma de describirlo.

—¿Sabes? Al principio quería que no dejases de ver cosas así, para endurecerte.

Mi sargento instructor.

—¿Y ahora?

—Ahora desearía que no tuvieses que hacerlo. Pero todo irá a peor —dijo mientras seguía andando.

Lo creí. Me sentiría mucho más desesperanzada por nuestra situación de no saber que cada paso nos acercaba a Carolina del Norte; eso y mi fascinación por Jackson, que solo iba en aumento.

Me resultaba increíble que lo hubiera conocido en el instituto y que nunca hubiera adivinado lo extraordinario que podía llegar a ser.

Desgraciadamente, esa fascinación estaba convirtiéndose en un encaprichamiento. Me decía a mí misma que lo nuestro nunca funcionaría y era mejor no complicar las cosas.

Entonces, ¿por qué me había alegrado tanto de que Jackson empezara a llevarme la mochila?

La noche anterior nos habíamos visto obligados a quedarnos en una biblioteca, una de esas con salidas de emergencia, pero al menos esta había estado cerrada. Al deambular por las secciones con su linterna de cuerda, lo había chinchado.

—Hoy me has llevado la mochila. ¿Significa que te gusto, Jackson? ¿Eh? ¿No es eso lo que hace un *beau*?

Tensó los hombros ante el tono de voz que había usado.

—O quizá lo haya hecho porque, si no, me retrasarías.

—Oh —dije; casi me hirió los sentimientos—. Por eso.

Pero después me pregunté si Jackson había contestado así porque por fin había encontrado una debilidad en su armadura dañada.

Lo que significaría que sí le gustaba y se creía mi *beau*.

Y eso también explicaría por qué se enfadaba tanto cuando me gruñía el estómago. Un chico como Jackson se mostraría muy protector con la chica que pensaba que le «perteneía» y se sentiría frustrado por no poder proveerle comida.

Claro que todo eso eran meras especulaciones. Como Jackson me repetía constantemente, era más bien que yo no entendía a los chicos.

Al fin y al cabo, ¿por qué le iba a gustar? Seguía siendo la misma Evie de la que se había burlado y a la que había insultado. No era la imprescindible del equipo. De camino, mi habilidad se resumía en preocuparme por las heridas que se había hecho, tragarme las quejas y hablar francés con él de vez en cuando; parecía relajarlo.

Antes del Destello, Jackson había pensado que era una inútil. Cuando me vio por primera vez después del Destello, me había descrito con una sola palabra: *dépouille*. No me hacía ilusiones porque hubiese cambiado de opinión con respecto a mí.

Sin embargo, cuando encontré *Robinson Crusoe* en las estanterías de la biblioteca, lo guardé

en mi mochila a hurtadillas para dárselo más adelante.

—¡Ponte detrás de mí, Evie! —exclamó Jackson. Tenía la escopeta contra el hombro, apuntando hacia una casa. No pregunté y le obedecí.

Un hombre de mediana edad se encontraba en el porche apuntándonos con un rifle. Tres niños se ocultaban detrás de él. Lo único que indicaba la postura del hombre era: *seguid vuestro camino, desconocidos*.

Eso hicimos. Jackson pasó por delante y yo fui tras él. Pero la mirada del hombre pasó de la escopeta de Jackson... a mí, y la mantuvo fija.

Jackson empezó a cabrearse de repente.

—Baja el arma, viejo, o caerás ahí mismo.

El hombre no le hizo caso. Un enfrentamiento.

Y entonces, Jackson dijo:

—Después les tocará a tus hijos, y no usaré balas con ellos, no.

Ante la cruel amenaza, el hombre tragó saliva y me miró con ansia. Un momento después, bajó el arma.

Sin perderlo de vista en ningún momento, Jackson me escoltó por una calle. Y otra. Todo despejado.

Entonces me miró y frunció el ceño en dirección a mi pelo suelto.

—Empieza a buscar un sombrero o un par de tijeras.

¿Cortarme el pelo? Aunque hiciera calor, me volví a poner la chaqueta y me cubrí con la capucha.

—Quería quedarse contigo —murmuró Jackson—. Separarte... de mí.

Me estremecí. Algo me decía que el hombre no había querido una simple niñera.

Seguimos andando en silencio. Jackson seguía cabreado y yo estaba de los nervios. Acabábamos de ver los que seguramente eran los cuatro últimos supervivientes de este pueblo.

Todos hombres.

A veces pensaba que era tonta por creer que mi abuela seguía viva. Pero entonces me acordaba de que tanto yo como mi madre habíamos sobrevivido al Destello. Quizá hubiese algo en nuestros genes que nos había salvado, ¿no?

Y la abuela habría sabido ponerse a salvo y prepararse lo mejor posible.

En mi corazón, algo me decía que seguía viva. Lo que significaba que tenía que encontrarla. A veces, durante los últimos días, me quedaba mirando la foto que mi madre había sujetado e intentaba acordarme de más lecciones de la abuela.

Poco a poco empezaba a reunir las piezas de mi último día con ella. Había recordado más detalles de las cartas que me había mandado observar, pero sobre todo la de la Muerte.

Contra un fondo escarlata, la Parca llevaba una armadura negra, la guadaña preparada, y montaba su pálido caballo. Llevaba una bandera negra con una rosa blanca. Sus víctimas — hombres, mujeres y niños— se habían postrado a sus pies con las manos entrelazadas, rogando.

Aunque la imagen había sido inquietante, recordaba sentirme embelesada con esa carta más que con las otras, incluso con la mía. Algo que a la abuela la había... puesto nerviosa.

Cuando me preguntó si me asustaba la carta o me enfadaba, negué con la cabeza, decidida.

—Me pone triste.

A la abuela no le había gustado mi respuesta lo más mínimo.

—¿Por qué te sientes así, Evie? ¡Es un villano!

—Su caballo parece estar enfermo y no tiene amigos...

Ahora recordaba y trataba de buscar más detalles. Pero parecía que cuanto más tratase de

recordar, más lejos sentía esos recuerdos, más difíciles me resultaban de alcanzar.

Algo de lo que sí me acordaba era de la voz de la abuela hacía tanto tiempo: *A veces tienes que dejar que todo suceda, Evie.*

Sospechaba que me estaba presionando demasiado a mí misma y que me autosaboteaba los intentos. Pero no sabía cómo dejar de hacerlo.

Jackson se detuvo.

—Mira, Evie. —Jackson hizo un gesto con la barbilla hacia una moto, caída y sin ceniza por encima.

—Jackson, ten cuidado.

—Los «hombres del saco» se llevaron al conductor. —Señaló un charquito de sangre seca y el indicio de mucosa que se alejaba de la moto hacia una zona oscurecida de una estación de bomberos—. Lo arrastraron hasta allí, hacia las sombras, para alimentarse. —Se encogió de hombros, levantó la moto y colocó la pata de cabra—. Tiene la llave puesta.

Mis ojos vigilaron las sombras.

—¡Vámonos!

—*Nanai*, no sin esta moto. —Pasó la mano por el cuadro con tanta adoración como con mis dibujos—. ¿Te haces a la idea de lo que es esto?

—¿Debería importarme?

Me respondió como si estuviese hablando con una niña pequeña.

—Es una Ducati.

—¿Y?

Su expresión fue como si hubiese dicho alguna injuria o algo.

—¡Esta es la moto de las motos! —Sus palabras denotaban el entusiasmo que sentía; se lo veía tan adolescente en ese momento, ilusionado por una moto—. ¡Y la hemos encontrado hoy! Es una señal, Evie. Las cosas empiezan a mejorar. —Se subió y la arrancó.

El motor rugió y las comisuras de sus labios se elevaron.

—Y también tiene el tanque casi lleno.

—¿No podemos usar esa gasolina en un coche?

—Ninguno que haya aquí cerca estará arreglado. —Rebuscó entre los compartimentos de la moto y tiró sin miramientos objetos y fotos del hombre muerto para poder tener la ballesta y la mochila al alcance. Incluso tenía una cartuchera de cuero para dejar la escopeta—. Cabe perfectamente. —Se volvió hacia mí—. ¿Estás lista?

—Nunca he viajado en moto.

—¿*Pardon*? No he escuchado bien.

—Es cierto. Mi madre nunca me dejó. —Fruñí el ceño ante el poco espacio del asiento que quedaba para mí—. Oye, se me va a caer la capucha y no quiero cortarme el pelo.

—Haremos una excepción con este viaje. Vamos, tú. —Cuando me acerqué a él, agarró la capucha y me cubrió la cabeza con ella—. ¿Tienes miedo?

Me senté tras él y alcé la barbilla a modo de respuesta. Nuestros cuerpos se tocaban en unos cuarenta puntos distintos en ese momento. Observé su espalda sin saber dónde colocar las manos.

Justo al percatarme de que se me habían ceñido mucho los vaqueros a los muslos, vi que agachaba la cabeza y su mirada se clavaba en mi muslo derecho, y seguidamente la desviaba hacia mi muslo izquierdo.

Reprimió un ruidito y después apoyó una de sus manos grandes y morenas sobre mi rodilla. Aún a través de la tela vaquera sentí que su palma me quemaba.

—¡Jackson!

Cerró el puño. Pensar que le había afectado físicamente hizo que mi respiración se agitase.

Sin previo aviso, echo el brazo hacia atrás y me acercó más a él, hasta estar completamente pegada a su cuerpo, desde las rodillas hasta el pecho.

A continuación metió la otra mano entre nosotros. Antes de que pudiera protestar, se quitó la petaca del bolsillo trasero y se la metió en la bota.

—Estorbaba —murmuró.

¿Por qué?

—Ahora es cuando me rodeas con los brazos, *cher*.

—Puede que esto no sea una buena idea.

—Evie. Brazos. ¡Ya!

Puse los ojos en blanco. Tras vacilar un momento, los envolví en torno a él... justo cuando se levantó para quitar la pata de cabra.

Mis manos le rozaron... *ahí*.

Él cogió aire y se puso tenso; mi cara enrojeció y le solté al instante.

—Si vuelves a tocarme así, Evangeline —dijo con voz ronca a la vez que volvía a sentarse—, en menos de un segundo, te bajaré de la moto y te pondré en la superficie horizontal más cercana. Y no voy a ser exigente, no.

Lancé un gritito ahogado y él prosiguió:

—Llevo tenso muchos días, *bébé*.

Debió de sospechar que había estado a punto de bajarme de la moto como si esta estuviera ardiendo, porque sus manos, tan rugosas y callosas, agarraron las mías y las apoyaron bastante arriba de su cintura.

—Solo para que me entiendas. —Y después aceleró.

¿Tenso? ¿Y qué hacía yo con eso? Me senté como una tabla tras él mientras la velocidad aumentaba y recorriamos la carretera solitaria, a través del pueblo y más allá, pasando por un parque de juegos abandonado, una iglesia abierta y un campo con restos de ganado.

Pero, a cada kilómetro que pasábamos, me empezaba a relajar. Me había dado cuenta de que cuando Jackson y yo nos tocábamos, las voces se callaban. No es que bajasen el tono. ¿Por qué?

Suspiré y decidí pensar en eso en otro momento. Por ahora, disfrutaría del silencio. Y del soplo de aire como si el aire acondicionado estuviera puesto. Casi olía a limpio. Cerré los ojos y alcé la cabeza.

—¿Te gusta?

Abrí los ojos y lo encontré mirándome por encima del hombro. Me mordí el labio y asentí.

Me lanzó ese gesto con la barbilla tan sexi que hacía y después cambió la marcha para ir más rápido.

¡Un subidón de adrenalina! Me encantaba la velocidad, sentir la moto, cómo la manejaba con tanta facilidad.

—¡Acelera!

Arqueó una ceja sobre las gafas de sol.

—Agárrate más fuerte, tú.

En cuanto envolví mis brazos en torno a él, revolucionó el motor hasta levantar la rueda delantera ligeramente del suelo. Grité, eché la cabeza hacia atrás y reí.

¿Hacía cuánto que no me reía así?

En los giros nos inclinábamos juntos. En las rectas, me agachaba con él.

Pero poco después me dejó de interesar el viaje y me centré más en el conductor.

Mientras su pelo largo se movía con el viento, pude ver trocitos de piel morena en la parte trasera de su cuello. Me pregunté cómo sería besarlos ahí, rozar esa suave piel con la boca.

A menudo, Jackson era borde y cruel pero se me olvidaba todo al pensar en lo cálido y fuerte que lo sentía contra mí. O lo valiente e inteligente que era.

Mi madre me había dicho que no encontraría a mucha gente mejor que Jackson Deveaux.

En ese momento decidí que tenía razón.

¿Cómo sería tenerlo de novio? Al tratar de imaginarlo, suspiré y pegué la cara contra su espalda; me sentía completamente relajada contra él. Poco después, el cansancio se apoderó de mí. La vibración constante del motor me arrulló. Me empezaron a pesar los párpados.

—Duerme si quieres. —Volvió a cubrirme las manos con una de las suyas—. Te tengo.

Me encantaba cuando me decía eso.

—¿Seguro?

—Esta noche voy a encontrar un *bon* sitio. Lo pasaremos muy bien.

Aunque me picaba la curiosidad sobre el concepto de Jackson de «pasarlos muy bien», me pudo el sueño...

26

Cuando me desperté, la luna llena brillaba en el cielo y Jackson estaba empezando a decelerar.

—¡No hemos parado por la noche! —Miré a mi alrededor. Parecíamos estar en una subdivisión rica—. ¿Qué pasa con los «hombres del saco»?

—No había ninguno —respondió—. Hay tanta luz que quizás se piensen que es el sol. ¿Quién sabe? —Sonaba borracho, luego detuvo la moto por completo. Pero no olía a whisky, al menos no más de lo normal—. En cualquier caso, no había moros en la costa.

—¿A dónde vamos?

Sacó la pata de cabra frente a la entrada de una casa bastante intimidante, con lámparas de gas encendidas a cada lado.

—Supongo que aquí —dijo y se rascó la cabeza con una sonrisa perpleja—. Eh, mira la seguridad de este lugar, Evie, las vallas. Son seguras contra los descerebrados «hombres del saco». —Luego murmuró—: Pero no contra nosotros.

Cuando se bajó de la moto, me dejó fría y un poco indisputada.

—¿Por qué están estas luces encendidas, Jackson? Se parece mucho a una trampa. ¿Y si pasamos de largo?

—Apuesto a que hay un montón de comida dentro. —Ya había colocado la ballesta entre las dos puertas de la entrada para hacer palanca con ella y abrirlas—. Observa y aprende, *peekôn*. —Con un clic, el blasón central se separó y las puertas se abrieron para dejarnos entrar.

Se giró para agarrarme de la cintura y bajarme de la moto.

—Iremos andando con la moto desde aquí. —En cuanto atravesamos la valla, volvió a cerrar las puertas a nuestra espalda. Volvió a sonar otro clic.

Cuando la casa —una mansión colosal de ladrillo— entró en nuestro campo de visión, Jackson silbó.

—Joder, Evie, aquí deberías sentirte casi como en casa.

Entorné los ojos hacia las luces paisajistas.

—Esas son eléctricas.

—Probablemente tengan un generador que funcione con combustible.

—Que han tenido que llenar recientemente, ¿verdad? Este lugar debe de estar ocupado.

Ni siquiera había ralentizado el paso.

—O quizás tengamos suerte. ¿Y si el dueño se fue en busca de provisiones y se ha metido en problemas? Puede que lo hayan atacado algunos «hombres del saco» errantes. Como al dueño de la moto.

Me froté los brazos.

—Tengo un mal presentimiento.

—La última vez que tuviste uno bueno, perdimos todo lo que teníamos, casi nos capturaron los esclavistas y pasamos la noche en una ciénaga llena de «hombres del saco». Creo que esta

vez me voy a arriesgar —dijo—. De todas formas, ya es demasiado tarde como para buscar otro lugar donde pasar la noche. Si hay alguien aquí y es decente, podemos negociar con las joyas. Si no es decente, pues se la arrebataremos. Y lo echamos.

—¿Vas a robarle la casa a su dueño?

—¿Esta? —sonrió con suficiencia—. *J'pourrais*. —Podría.

Después de aparcar la moto cerca de la entrada lateral, inspeccionó la mansión ballesta en mano, embebiéndose de cada detalle antes de acercarse a la puerta principal.

—No está abierta. Han echado la llave.

Con la punta de la ballesta golpeó uno de los cristales laterales que flanqueaban la puerta y lo hizo añicos. El ruido pareció sonar sorprendentemente alto.

En vez de entrar, Jackson se quedó quieto y ladeó la cabeza. Tras un buen rato, introdujo el brazo dentro y abrió la puerta a la vez que cogía aire. El aire era puro. ¿No había «hombres del saco»?

Con el arma preparada, Jackson por fin entró en la casa y yo lo seguí de cerca.

—Esto es un error —susurré mientras intentaba recordar algo que Matthew me había repetido entre sus murmullos y divagaciones. Lo tenía en la punta de la lengua—. ¿Por qué es tan importante para ti quedarnos aquí?

—Porque te gustará. Una chica como tú solo merece estar en lugares como este.

—Prefiero el barco camaronero.

—Tomo nota.

Las lámparas producían una luz tenue que iluminaba el interior lo bastante como para permitirnos registrar la casa decorada de forma tan generosa. Parecía el hogar de algún productor de cine de Hollywood. Hasta a mí me sorprendía lo lujosa que era.

Cada habitación era más opulenta que la anterior.

—Parece una trampa —repetí.

—Confía en mí, Evie, este sitio va a ser una suerte. ¿Recuerdas? Yo tengo un sexto sentido para estas cosas. Y solo piensa que, si hay electricidad y pozo, habrá agua caliente.

Casi gemí ante la idea de darme una ducha de agua caliente. Pero cuando me llegó una brisa de aire de unos ventiladores de techo, igualmente pregunté:

—¿Por qué despilfarra el dueño tanto? Al final, el combustible terminará por agotarse.

—Je.

—¿Por qué dices «je»?

—Ya se estaba agotando antes del Destello. Pero apuesto a que tu mansión se mantenía fresquita todo el verano.

—Esta situación es mucho más grave.

—Si crees que podrías morir mañana, ¿por qué no ir a por todas? Una parte de mí admira al dueño de esta casa por eso.

A veces, cuando decía cosas así, me recordaba lo diferentes que éramos. En esencia, más que nada.

—Si tú lo dices...

Rebuscamos en ambas alas, tanto en la planta superior como en la inferior, y nos encontramos con incluso más delicias. Los dormitorios tenían armarios llenos de ropa y zapatos de diseño. El garaje albergaba suministros de camping, herramientas de supervivencia de alta tecnología y un depósito enorme de combustible.

Lo único que no teníamos era un coche.

En la enorme cocina, Jackson abrió una de las dos neveras, que, sorprendentemente, estaba

bien provistas de mermeladas, condimentos y bebidas.

Cerró los ojos por un momento al sentir el aire frío.

—Ven aquí, tú —dijo y me colocó delante de él para que yo también pudiese sentirlo, luego se quedó detrás de mí con una mano sobre mi hombro—. Admítelo, ha merecido la pena solo por sentir el frío de la nevera.

Aunque todavía no las tenía todas conmigo sobre este lugar, me recordé que Jackson era el verdadero «hombre del saco», siempre que tuviese esa ballesta. Así que cerré los ojos también y nos quedamos allí de pie durante un buen rato.

Luego lo sentí mover un brazo junto a mí.

—Señor, cervezas frías. Vale, ahora sí que estoy en el paraíso. —Cogió un par de botellines y les quitó el tapón. Me puso una en la mano y me llevó hasta la despensa más grande que haya visto nunca—. Encuéntranos algo para comer, mujer.

Arqueé una ceja al oír el tono, pero sí que le eché un vistazo a la comida, que era suficiente como para alimentar a dos personas durante meses: había comida enlatada y empaquetada, cartones herméticos y bolsas y zumos de fruta. Tras llenar mi mochila de barritas energéticas —solo en caso de que tuviésemos que salir huyendo—, examiné las baldas en busca de algo para cenar.

Un tarro de cerezas al marrasquino me había hecho la boca agua. Lo cogí, al igual que un par de latas de aceitunas negras, un paquete de palitos rellenos de chocolate y una bolsa gigante de galletas saladas alargadas; la encimera parecía todo un picnic.

De plato principal, disfrutamos de la cerveza y las galletas saladas. De postre, Jackson se comió los palitos de chocolate, mientras yo le hiqué al diente al tarro de cerezas. Cuando me llevé una a la boca, puse los ojos blancos de placer.

—Te gustan las *cerises*, ¿eh? —Se acercó a mí—. Tengo *envie* de una. —Ganas.

«¿Doble sentido, Jackson?».

—Toma. —Sonreí y cogí una por el tallo para ofrecérsela—. Disfruta la única cereza que vas a conseguir de mí.

—Me suena a reto. —Con un brillo pícaro en los ojos, le dio un bocado directamente de mis dedos y me enseñó sus dientes blancos y perfectos.

Aturullada, le di un trago a la cerveza. Pero él colocó un dedo en la base del botellín para obligarme a que lo terminase con un jadeo.

—¿Estás intentando emborracharme? —Estaba funcionando. Siempre había cogido el puntillo con bastante facilidad, y ahora una simple cerveza ya me tenía los sentidos agradablemente alborotados.

—*Sans doute*. —Sin duda.

Vale, sí que estaba flirteando conmigo. Porque era la única chica de la ciudad y él estaba... ¿tenso? Tenía que ser eso. «Sigo siendo la misma Evie de siempre».

Él también se acabó la cerveza y seguidamente le dio un trago a su petaca.

—Veamos lo que hay fuera. —Recogió la ballesta con una mano, agarró la mía con la otra y luego me llevó hasta una hilera de imponentes puertas cristaleras.

Salimos a una terraza cubierta enorme que era maravillosa, con un cenador y una cocina exterior. La luna llena brillaba sobre nuestras cabezas e iluminaba la zona ligeramente, hasta llegar a parecer que el apocalipsis no había hecho mella en ella.

Me escoltó todavía más al exterior.

—Estamos en casa, Evie Greene...

Se quedó callado cuando vio la piscina, que resplandecía bajo la luz de la luna. Una piscina

llena.

Agua. Una trampa mortal.

—Dios santo —murmuró y miró en derredor—. Con luna o sin ella, ¿por qué no estamos rodeados de «hombres del saco»?

Tiré de su mano.

—¡Jackson, tenemos que irnos!

—Quédate aquí. —Se acercó con paso largo al lateral de la piscina y se agachó para meter un dedo. En cuanto probó el agua, se irguió con una expresión de entusiasmo—. Es agua salada, *bébé*.

¿Salada?

—Entonces se verían repelidos, ¿no?

Asintió.

—Y el agua está caliente.

—¿De dónde vendrá?

Dejó la ballesta apoyada contra una tumbona.

—De un pozo privado. Al igual que tú tenías en Haven —dijo.

Pero nosotras no la habíamos malgastado para nadar.

—Jackson, por favor. ¡El dueño podría volver en cualquier momento!

—¿Por qué iba a salir nadie tan tarde si tiene pensamiento de volver? —Jackson se quitó las botas—. El que la encuentra, se la queda.

—¡No te vas a meter!

Como respuesta, se quitó la camiseta y reveló los músculos tersos de su torso. Sí, ya lo había visto sin camiseta antes, pero esta era la primera vez que literalmente me quedaba sin aliento al verlo.

Seguía teniendo la cara y el ancho pecho bronceados, y sus ojos parecían brillar bajo la luz de la luna. El rosario de ónice que llevaba colgado del cuello destellaba con sus movimientos.

Se estaba desnudando frente a mis ojos, y aun así no era capaz de apartar la mirada. Me mordí el labio inferior. En cualquier momento me daría la vuelta. En cualquier momento...

Cuando empezó a desabrocharse el cinturón, onduló los abdominales.

Las rodillas me temblaron. «En cualquier momento».

En cuanto se llevó la mano a la cremallera, ladeó la cabeza y me miró a los ojos.

Me quedé de piedra; no podía hacer nada más que mirarlo. Él arqueó las cejas como retándome y bajó poco a poco la cremallera.

Un segundo después de encontrar, por fin, la voluntad necesaria para darme la vuelta, escuché la hebilla del cinturón caer y el crujido de sus pantalones contra el suelo.

—Esto es una estupidez, Jackson... —espeté con los ojos como platos.

En cuestión de un milisegundo, me quitó la mochila de los hombros, me rodeó la cintura con un brazo... y saltó conmigo a la piscina.

27

Salí a la superficie, escupí y me quité el agua de los ojos.

—¿Has perdido la cabeza? ¡Ugh! No voy a bañarme desnuda contigo.

—¿Desnuda? —dijo Jackson con voz escandalizada—. Evangeline y su mente sucia. —Bajó la mirada. Pude ver que se había dejado los calzoncillos negros puestos.

—Oh. —¿Había sonado decepcionada?—. Aun así, esto no me parece bien. Deberíamos... ¿cómo lo llamas tú?... guardarnos las seis.

—¿Entonces sí que me escuchas de vez en cuando? Quién lo habría pensado... Mira, no voy a dejar que te pase nada. Oiré si alguien entra con bastante tiempo de antelación.

Al ver que seguía sin estar convencida, añadió:

—Te lo he dicho, nadie es más rápido que yo. ¿No confías en mí?

No me quedaba más remedio.

—¿No podías haberme dejado que me quitase las botas? —Me quité las botas y los calcetines y los coloqué junto a su ballesta.

—Tienes razón, tendría que haber dejado que te quitases la ropa. —Luego me echó agua en la cara.

Volví a escupir, pero Jackson sonreía de oreja a oreja. No era ninguna sonrisa de suficiencia, sino una sonrisa de verdad. Mientras lo miraba a los labios, los míos se retorcieron hasta hacer un puchero.

Señalé a su espalda.

—¡Oh, mira! —Y luego le salpiqué agua en la nuca.

Él se dio la vuelta con los ojos como platos.

—¡Ahora sí que te la has ganado! El que juega con fuego... —Me persiguió hasta donde hacía pie en la piscina y yo no dejé de chillar y de reírme a la vez.

Era increíble volver a actuar como adolescentes normales. Flirtear y jugar.

Las voces estaban gloriosamente calladas.

Justo antes de pillarme, me hundí bajo el agua, nadé a su alrededor y le tiré de los tobillos. Él no podría haber sabido que, en otra vida, había sido un hacha en la piscina.

Él hizo como que se caía y se hundió también bajo el agua. En cuanto resurgió, parecía sorprendido —y encantado— de que estuviese siguiéndole el rollo.

Nunca había visto este lado juguetón de Jackson, nunca lo había visto sin su inquietud habitual. Reconocí entonces que nunca lo había visto feliz hasta ahora.

Y, madre mía, le sentaba muy bien.

—Estás sonriendo.

—Debería. —El pelo mojado le cubría las mejillas—. Es el mejor día que he tenido en muchísimo tiempo. —Comenzó a guiarme hasta el lateral de la piscina, y yo lo dejé. Surcos de agua caían por su torso ancho y duro como una roca.

«Quiero seguir esos surcos con mis labios...». Vale, puede que Jackson no fuese el único que estaba tenso.

—Eh... ¿el mejor día? —Cuando mi espalda chocó con el bordillo, él siguió acercándose hasta que pude sentir el calor que su cuerpo desprendía. Tuve que levantar el mentón para poder mirarlo a los ojos.

Su sonrisa se volvió engreída.

—Tengo una moto nueva, una chica *jolie* que está coladita por mí y una mansión donde vivir los dos.

Entonces, me di cuenta de que tenía un problema muy serio que añadir a todos los demás: Jackson Deveaux era casi irresistible cuando se ponía así.

—¿Coladita por ti? Por favor.

—Lo sé.

—¿Cómo?

—Hueles a madreselva cuando te gusta el viejo Jack.

«¡Ay, Dios!». Tal y como me habían dicho, sí que olía a flores. No me extrañaba que no dejasen de lloverme cumplidos.

—Cuando estás enfadada —añadió—, hueles a rosas. ¿Emocionada? A olivo. Aún tengo que descifrar los demás.

Hasta cuando seguía dejándome atónita con sus observaciones, murmuré:

—E-eso es ridículo. —¿Cómo iba a esconder mis secretos hasta que llegásemos a Carolina del Norte?

—Ah, ¿sí? —Se acercó todavía más.

—En cualquier caso, tú sí que no estás coladito por mí.

—*C'est vrai*. —Es cierto—. Pero sé que hay poco donde elegir.

Lo atravesé con la mirada, incapaz de decir si lo decía en broma o no.

—Me derrites el corazón, cajún.

Estiró los brazos para agarrarse al borde de la piscina y dejarme atrapada entre ellos.

—¿Qué haces?

—Estoy preparándome para besarte por primera vez.

Se me paró el corazón. «Forma palabras, Evie».

—M-me dijiste algo parecido en mi fiesta, pero no me fue muy bien esa noche.

—A mí tampoco. Dios, cómo quería saborearte, yo. —Su ardiente mirada gris estaba fija en mis labios.

Me los humedecí, al igual que ya hice aquella primera vez.

—¿Sabes cuántas noches llevo pensando en cuando casi te besé? Recuerdo cada detalle. Por aquel entonces no sabía si tus ojos eran azules o verdes. Tenías los labios muy rojos... lo cual era muy sexi, pero no me decidía en si me gustaba o no. Porque no eras tú, no de verdad.

¡El casi beso no había sido una treta! Había sentido la misma excitación y atracción que yo.

—Evangeline, eres... como una *peekôn dans ma patte*.

Una espina en el zapato. Qué apropiado. «Supongo que esa es mi naturaleza, Jackson».

—Y no soy capaz de quitármela, no. —Sus ojos eran totalmente hipnotizadores.

Por primera vez en meses me apetecía dibujar... tan solo para capturar esa mirada para siempre.

—Vamos a quitarte esto, *cher*. —Cuando agarró el dobladillo de mi sudadera empapada, yo levanté los brazos para que pudiera quitármela y quedarme solamente con una camiseta blanca.

Que ahora era más bien transparente. Bien podría haber estado desnuda.

Cuando bajó la mirada, sus párpados parecieron volverse pesados y su nuez se movió de arriba abajo al tragar saliva.

—Madre mía —dijo con voz ronca.

Nunca me habían mirado así, nunca había estado completamente segura de que un chico me estuviese comiendo con la mirada... mientras se imaginaba cómo quería tocarme. Me ruboricé de la vergüenza.

Justo cuando estuve a punto de hundirme bajo el agua, Jackson habló.

—*Non*, déjame mirarte. —Se le había marcado más el acento—. He esperado mucho tiempo para verte así.

—Pero solo llevamos juntos un par de semanas.

Me acarició los pómulos con las yemas de los dedos como si estuviese hecha de porcelana.

—Ajá —murmuró a la vez que se inclinaba para juntar con cuidado nuestros labios. Los suyos eran muy firmes y cálidos. Y sabían a whisky.

Su contacto era perfecto... el beso, también.

Abrió los labios y me persuadió para que yo hiciese lo mismo. En cuanto lo hice, él frotó su lengua contra la mía sin pausa, pero sin prisa. La movía despacio, pero de forma excelente.

La energía me embargó y el placer comenzó a radiar de mí. Esto era adictivo... no había nada de irrisorio en ello.

Nuestras lenguas se entrelazaron una y otra vez, hasta que no pude contener un gemido. Quería más de él. Quería que esto no acabase nunca. Necesitaba más.

Estaba perdiendo el control; ¿por qué él no? Su beso era sensual, pero pausado; como si tuviese todo el tiempo del mundo.

¿Como si tuviese algo que demostrar?

Justo cuando esa idea afloró en mi nublado cerebro, se apartó de mí con una sonrisa de suficiencia en los labios.

—Ves. Eso es a lo que me refiero. —Me frotó el labio inferior con el pulgar—. Ahora ya no te estás yendo, ¿estás...?

—Más. —Levanté los brazos y hundí los dedos en su pelo oscuro. Tiré de él y lo acerqué de nuevo a mí.

El pronunció un «¿Evie?» con voz ronca junto antes de que nuestros labios volvieran a tocarse, nuestras lenguas...

Pasé las manos por su espalda, y por encima de sus músculos flexionados. No podía parar de tocarlo, no podía dejar de moverme contra su cuerpo. Con cada caricia de mis manos, él profundizaba el beso. Así que lo hice otra vez. Y otra vez.

Enseguida me encontré jadeando y él gimiendo. Tenía las manos sobre mi cintura y comenzó a bajarlas hasta mis caderas. Me agarró con fuerza y luego siguió bajando hasta tocarme el culo. Me sujetó con toda la extensión que sus manos podían abarcar y me pegó todavía más a él. ¿Se había estremecido?

Los dos ya habíamos perdido el control.

Me encantaban sus gemidos abandonados, me encantaba poder sentirlos al estar tan pegados el uno contra el otro. Tal y como me había prometido, respirábamos como uno solo... y, aun así, no tenía suficiente.

Para mí, esto marcaba un punto de inflexión, una raya en la arena. La vida antes de nuestro beso y la vida después.

Me rodeó con sus fortísimos brazos, me aupó y me estrechó contra su firme pecho. Apenas me percaté de que mis pies ya no tocaban el fondo de la piscina.

Él se apartó para besarme en el cuello a la vez que decía: «*Tu me fais tourner la tête! Ton parfum sucré, tes secrets*». ¡Me vuelves loco! Tu dulce olor, tus secretos. Seguidamente, me dio unos cuantos lametones.

—Ah, Evie, sabes tan bien como hueles.

—Jackson... —respondí con voz ahogada.

Él se separó y dejó que volviese a mantenerme de pie por mí misma.

—Si quieres que te vuelva a besar, llámame Jack —dijo con voz ronca.

No podía pensar. Articulé un sonido de conformidad.

—Dilo.

Eché la cabeza hacia atrás y susurré:

—Jack.

Él me acunó el rostro con sus manos callosas para que lo mirara directamente a los ojos. Había posesividad en su expresión, algo masculino y... más antiguo que no tenía ni idea de cómo descifrar; lo único que sabía era que su intensa mirada me aceleraba el corazón.

—¿Has dicho que querías más?

¿De su beso?

—Dios, sí.

Él soltó todo el aire que había acumulado en los pulmones.

—Bien. —Luego volvió a alzarme y me sostuvo en brazos. A la vez que subía los escalones de la piscina, me rozó el cuello con los labios para mantenerme en un estado de felicidad y dicha. Al oído, me susurró—: *T'chauffes mon sang comme personne d'autre*. —Me calientas la sangre como ninguna otra.

Me estremecí de placer y me pregunté muy vagamente a dónde me estaría llevando. Y, quizás, por qué se había agachado para recoger sus vaqueros junto con su ballesta, siempre presente.

Sentí cojines contra la espalda. ¿El cenador? ¿Una tumbona para dos?

Ah, ¡más besos! Me relamió el lóbulo de la oreja, lo cual consiguió que gimiese y arquease la espalda. ¿Eso que había sonado era mi cremallera?

Me sentí ligera por un momento, luego el aire frío rozó mis piernas mojadas y mis bragas.

Él siseó.

—*Ma belle fille*. —Mi chica preciosa. Jack me acompañó hasta abajo; estaba medio tumbado sobre mí, medio sobre la tumbona.

—¿Jack? —murmuré cuando rebuscó algo en el bolsillo de los vaqueros.

Se alzó por encima de mí apoyándose sobre un solo brazo, estirado, y me dedicó una sonrisa voraz, tan sexi que me quitó el sentido.

—Voy a cuidar de ti, *bébé*. —Sacó un condón en su envoltorio y se lo llevó a los dientes blancos. Luego me acarició el torso con la mano y me levantó la camiseta blanca todavía más.

Se le veía pícaro y travieso y... ay, Dios, ¿tenía un condón?

¿Para usarlo... conmigo?

—¡Espera! —Todo iba demasiado rápido y de forma descontrolada—. ¿Q-qué estás haciendo? —¡Yo no había accedido a tener sexo! Lo empujé.

Quería que fuese su siguiente *gaienne* sin decir ni una palabra sobre ser su novia. ¿Y si se rompía el condón? Podría haber jurado que había salido del botiquín de aquel barco camaronero. ¡A saber de hacía cuánto tiempo era!

Jack arrugó el ceño.

—¿Qué te pasa, tú?

—¡No voy a tener sexo contigo! —¿Y si me quedaba embarazada?

Y más enfadada estaba porque me había encantado besarla, y luego había ido y se había saltado todas las bases —las que no había tenido oportunidad de experimentar nunca— y había ido directo al *home run*.

—¿Por qué estás actuando como si tener sexo conmigo fuese una estupidez? —exigió saber con expresión exasperada.

Volví a empujarlo en el pecho hasta que se apartó.

—¿Por dónde empiezo? —«El condón antiguo, no hay ninguna relación definida, el hecho de que ibas a llevar las cosas a la velocidad de la luz, aunque esta sea mi primera vez.

Maldita sea, ¿por qué hemos tenido que parar de besarnos?». Necesitaba pensar con la mente más despejada.

Pero su propio enfado ya estaba saliendo.

—Tú me has dicho que querías más.

—¡De besarnos! —Atraje las rodillas hasta el pecho y me abracé las piernas. Sin él pegado a mí, temblaba de frío.

Hacía un par de semanas me había dicho que guardaría mi virginidad para mi novio, por muy tonto que sonase. Hoy, en la moto, me había imaginado cómo sería si Jackson fuese mío.

Había algo entre nosotros, algo excitante e... inflamable. Entonces, fruncí el ceño. Esta noche me había dicho muchas cosas para dejarme claro que se sentía atraído por mí. Pero no que le gustase.

¿No había mencionado el hecho de que no había mucho donde elegir?

Aunque no hubiese otras chicas que pudiesen estar con él, yo seguía queriendo que Jackson y yo estuviésemos en la misma página con respecto a lo que estaba pasando entre nosotros. Si no llegábamos a alguna especie de entendimiento, entonces acostarnos solo complicaría las cosas.

Y no podía dejar que nada se entrometiese en mi camino hacia Carolina del Norte.

Entonces, ¿cómo podría abordar el tema de empezar una relación?

—Jackson, sabes que yo nunca... nunca lo he hecho antes. Y esperaba tener algo más aparte de eso. —Guiño, guiño.

La comprensión iluminó su expresión.

—Sigues pensando que eres demasiado buena para mí. Le darías tu virginidad a Radcliffe, ¿pero no a mí?

Ahugué un grito.

—¡No te atrevas a meterlo en esto! —De nuevo, pensé en lo despreocupado que Brandon había sido, en cuántos buenos momentos habíamos compartido en la playa, y en el mar. Siempre riéndonos...

Esos momentos habían sido los últimos buenos que había tenido. Antes del apocalipsis, antes de los arcanos... Se me llenaron los ojos de lágrimas.

Jackson vio mi reacción.

—¡Sigues enamorada de él! —Se puso de pie y luego se enfundó en los vaqueros de mala manera—. Estabas más que preparada para acostarte con ese porque lo creías dos veces más hombre que yo. Pero ¿qué narices hizo él aparte de conducir un coche caro o lanzar una pelota? ¡Yo te he salvado la vida!

Yo también me puse de pie para recoger mis vaqueros mojados y me los subí por las piernas con dificultad.

—¿Me has salvado solo para que me acostase contigo?

—¡La idea puede que se me pasase por la mente! Joder, Evie, tú probablemente seas la última

chica sobre la tierra. ¿Tanto te mataría ceder un poco?

—¡No me puedo creer que acabes de decir eso! —Me sentía como una auténtica idiota. ¿Crear que compartíamos un vínculo? El cajún casanova solo había intentado sumar una más a sus conquistas, y yo era la única chica disponible. Me alejé de allí para buscar mi sudadera, y luego me la puse por la cabeza.

—¡Pues créetelo! —Se acercó a mí—. Recuerda, yo soy el chico cruel y sin clase del otro lado del pantano. ¡Eso es lo que siempre seré para ti!

Estábamos cara a cara, pero me negaba a dar mi brazo a torcer.

—Cuando te pones así, ¡es difícil verte de otra manera! Gracias a Dios que he tenido la buena cabeza de no involucrarme más contigo.

—¿Buena cabeza? ¡Eso es lo único de lo que nunca te acusaré de tener! Involucrarte más conmigo es lo más inteligente que podrías hacer. Yo soy el que te mantiene a salvo. ¡Yo! —Se dio un golpe en el pecho—. ¿Recuerdas? «Gracias, Jack, me alegro de estar viva».

—Admítelo, esa es la verdadera razón por la que te ofreciste a ayudarme... ¡porque te querías acostar conmigo!

—Sí, te tenía por una esnob, ¡pero no pensaba que también fueses una calientapollas!

—¿Una calientapollas? ¿Te creías que sería fácil porque estamos en una situación crítica? ¿O porque todas las demás zorras con las que has estado se han abierto de piernas? ¡Dime!

Él simplemente se encogió de hombros.

—Un poco de ambos.

¡Quería estrangularlo!

—¿Por qué todo siempre tiene que ser tan difícil contigo? —Se giró para asestarle un puñetazo a una de las columnas de madera del cenador, que hizo que toda la estructura temblase. Cuando volvió a mirarme, su pecho subía y bajaba con agitación y la mano llena de cicatrices le sangraba—. ¡Me vas a volver loco!

—Bueno, ¡pues te aguantas! Tal y como has dicho, soy lo mejor que hay. Me parece que tendrías que ser un poquito más simpático con la última chica sobre la faz de la tierra. Puede que debieras... oh, no sé... intentar ser agradable o más como un novio, o... o...

—¿Cortejarte?

—Bueno, pues sí.

—Puede que lo haya hecho... ¡todas las veces que te he salvado el culo! ¡Y todas las noches que he hecho guardia por ti! Pero tú eso lo das todo por hecho. ¡Porque estás *gâtée*!

—¡Yo no estoy mimada!

—Nunca he conocido a una chica tan mimada como tú... a la que han consentido durante toda su vida. Pero esa mierda se acaba ahora.

Me froté los brazos; me sentía rechazada en aquella ropa empapada. ¿Cómo habíamos pasado de besarnos a pelearnos así?

—¿Qué quieres de mí?

Él se pellizcó el entrecejo.

—Puede que haya querido algo de ti, pero está claro que tú nunca me lo vas a dar —dijo en un tono de voz extraño.

¿Seguíamos hablando de sexo?

—¿Sabes por qué mi *mère* bebía? —me preguntó con voz áspera—. Porque quería y esperaba cosas que nunca ocurrirían. Yo me juré que nunca haría lo mismo. En el pasado, siempre que sentía que la cabeza se me iba en la dirección equivocada, cortaba los pensamientos de raíz. —Se pasó los dedos por el pelo—. Ahora tengo que hacer lo mismo, yo.

—No te entiendo.

De repente, lo que sonaba como una bomba sónica explotó en mi cabeza.

—*HE AQUÍ LA QUE SIEMBRA LA DUDA.*

A la vez que me tambaleé, Jackson se lanzó a por su ballesta hasta apuntarla a nuestra espalda.

—¿Q-qué pasa, Jackson? ¿Hay alguien aquí? —Él no podía haber oído la voz, y yo no había detectado nada a nuestro alrededor.

Señaló con la barbilla en dirección a un sendero oscuro.

—Allí.

—¿Cómo lo sabes?

—La experiencia —rechinó.

Una chica salió de entre las sombras con su propio arco en alza.

—Parece que tengo compañía.

¿Un arco? ¿Bajo la luz de la luna? Cuando la vi por completo, se me cayó la mandíbula al suelo. De pie al otro lado de la piscina estaba la chica de mis visiones. Aunque su rostro antes había estado borroso, reconocería aquella figura de jugadora de voleibol en cualquier parte.

Por un milisegundo, una imagen instantánea pareció superponerse a ella. La vi como aquella arquera teñida de rojo, suspendida como una diosa bajo la luz de la luna.

Tragué saliva. La imagen se parecía justo a la de... una carta del tarot.

Parpadeé. Al siguiente instante solo era una chica adolescente normal. Una guapísima. Su larga melena rubia, casi plateada, brillaba, y sus ojos estaban vigilantes.

Llevaba un top negro, unos pantalones cortos de color militar cortados —que dejaban a la vista sus piernas kilométricas— y botas de motorista.

Un maldito carcaj de cuero rodeaba su muslo al más puro estilo Lara Croft.

—¿Qué estáis haciendo vosotros dos en mi casa? —Su voz era exactamente igual a como había sonado en mi cabeza. ¿Ella también habría tenido visiones sobre mí? ¿Había oído mi propia llamada arcana? Fuera lo que fuese...

Yo había creído que los arcanos eran todos personas reales. Ella era la viva prueba de que existían.

Dirigió sus ojos a mí, y puede que los abriera un poco más antes de que controlar la expresión y devolver la atención a Jackson.

—Disculpa —le dijo, y la repasó con la mirada—. No pensaba que hubiese nadie. —Parecía que le gustaba lo que veía.

Y ella claramente también.

—Bajaré mi arco si tú también lo haces, guapo —dijo con un ronroneo.

Tras vacilar durante un momento, Jackson comenzó a bajarlo.

Quería gritar: «¡No, no confíes en ella!». Pero la muchacha quitó la flecha del arco y la colocó dentro del carcaj.

Ahora que la amenaza inmediata había desaparecido, lo miró de arriba abajo y se centró en su pecho desnudo.

—Tienes una Ducati muy bonita.

¿Jackson había tensado los hombros?

—Justo la he encontrado hoy.

—Soy Selena Lua —dijo a la vez que se echaba el pelo hacia atrás.

Ahora conocía el nombre de una de las voces. Porque estaba justo delante de mí. Uno de los arcanos mayores. ¿Qué más podría averiguar gracias a ella? Tenía que hablar con ella en privado...

—¿No te dije —me susurró Jackson a mí—, que este lugar iba a ser una suerte? —Mientras me enfurecía, él le dijo a la chica—: Yo soy Jackson Deveaux, pero tú puedes llamarme Jack. —Me señaló como si no fuese nadie importante—. Y ella es Evie.

Me miró durante un breve instante —en el que no pareció reconocer quién era— y luego Selena devolvió la mirada a Jackson como si estuviese magnetizada.

—No suelo tener muchas visitas. Si queréis, podéis quedaros aquí esta noche.

«Apuesto a que sí».

Jackson se giró hacia mí con una sonrisa pícara en los labios. En francés, me dijo:

—Así de repente, Evie, ya no eres la última chica sobre la faz de la tierra para mí.

28

La llamada arcana de Selena era «He aquí la que siembra la duda».

Y, en ese momento, aquello era precisamente de lo que estaba llena.

—Toma, Evie, toallas limpias. —Las colocó en la encimera del baño de mi lujosa habitación de invitados—. Las cosas de aseo están en los armarios. Y hay bastante agua caliente, ¡así que adelante!

Había pasado toda mi vida intentando hacerme amiga de la gente. Y ahora había otra chica aquí. ¡Por fin! No había visto una en meses, y mucho menos una a la que estuviera conectada de alguna forma.

Entonces, ¿por qué me caía tan mal?

Antes, al estrecharle la mano, la voz de su cabeza había pasado de un grito al silencio. Como si se hubiera apagado. Quizá para que las voces se callaran tenía que encontrarlos, y con eso me mantendría cuerda, ¿no?

Su expresión había sido normal. De hecho, se había sentido algo nerviosa porque yo no dejaba de mirarla. Pero había tenido la sensación de que su comportamiento era falso. Sus ojos parecían demasiado inexpresivos.

Sin embargo, nos había invitado a su casa. Había hecho todo lo posible para que nos hiciéramos amigas, había sido lo más atenta y amable que se podía ser.

Mis visiones acerca de ella no me habían dicho nada preciso. En ellas, ella me había dado miedo, pero también había salvado a mis seres queridos.

Empezaba a sospechar que mi antipatía hacia ella se debía a... unos celos infundados, porque la atención de Jackson ahora estaba fija en la escultural Selena.

Jackson se encontraba con el hombro apoyado contra la pared del baño y me ignoraba por completo. Mientras tanto, se bebía otra cerveza y Selena nos contaba lo genial que era tener compañía. Había estado sola desde el Destello y casi se había vuelto «majara».

—Esto se merece una barbacoa —dijo ella, provocando que Jackson se entusiasmara—. He ido a cazar antes y me he traído dos codornices. Preparaos para un festín.

—Gracias, Selena —contesté—. Y gracias por la ropa. —Había dejado que rebuscara entre su armario y cogiera «tantos conjuntos como quisiera».

—No es nada, cielo. Venga, guapo. Vamos a ver tu habitación.

En el viaje, Jackson y yo jamás nos habíamos separado.

—¿Su habitación?

Ella le lanzó otra mirada de admiración y respondió suavemente:

—Va a disfrutar de las mejores vistas desde una habitación en mi ala.

—¿Me quedará aquí sola?

Jackson ni siquiera me miró.

—No te preocupes. —Selena se echó a reír y me dio un ligero empujón con la cadera—. He

limpiado el bosque de alrededor de «hombres del saco». He practicado mucho mi puntería. —Le guiñó el ojo a Jackson y este sonrió—. También tengo líneas de sal alrededor del terrero y detectores de movimiento.

Guau. Una superheroína. En Haven yo había conseguido tapiar la entrada.

—Dime si necesitas algo más —dijo—. Cenaremos en la terraza cubierta dentro de una hora.

Abrí la boca para decirle algo a Jackson —algo que lo hiciera quedarse— pero él se limitó a hacerme un gesto con la barbilla y después siguió a Selena a su ala de la mansión.

Y mira que insistía en que durmiéramos siempre en el mismo sitio.

En cuanto se fueron, las voces regresaron. Intenté bloquearlas y me dije que nada iba a arruinarme mi primera ducha de verdad desde el Destello.

Me equivocaba.

Bajo el agua caliente, me ardieron las mejillas donde la barba incipiente de Jackson me había rozado, y aquello me recordó lo mucho que estaba empeorando mi noche.

No creía que él pudiese fijar su interés de una a chica a otra tan rápido. Habíamos tenido algo, ¿no?

«Lo dice la chica con escasa experiencia con los chicos».

Después de ducharme y de secarme el pelo, me puse una minifalda vaquera oscura que casi me llegaba a las rodillas pero que se ceñía a mi trasero y una camiseta sin mangas roja que se adhería a mi piel. Había decidido ir descalza. No me valían los zapatos de Selena y no quería ponerme mis botas húmedas. Además, iba a ser una barbacoa en la zona de la piscina.

Me miré en el espejo y eso me subió el ánimo. «No está mal, Greene». Los ojos me brillaban y tenía el pelo limpio y brillante. La camiseta se me pegaba al pecho y seguro que eso le gustaría a Jackson.

Las cosas no iban a quedar así. Tras una última mirada, bajé.

Selena y Jackson se encontraban en la terraza cubierta bebiendo cerveza y asando las codornices mientras hablaban de la tensión de la cuerda del arco.

En lugar de anunciar mi presencia, decidí observarlos desde las sombras y analizar a Selena.

Mi estado de ánimo empeoró al ver su conjunto atrevido: una blusa ajustada con los hombros descubiertos de alta costura, una minifalda que parecía un cinturón y tacones de diez centímetros. Le brillaban los ojos al mirar a Jackson.

Él estaba mucho más guapo de lo normal tras haberse afeitado y puesto ropa nueva: una camiseta negra, vaqueros rotos y botas.

Ella se reía de algo que él había dicho mientras le rozaba la cicatriz en el antebrazo sin saber lo que esa marca significaba para él, para nosotros...

Otra broma, más risa, otra ronda de cerveza que empezaban.

Otro roce de sus dedos. Ella parecía usar todas las oportunidades que tuviese para tocarlo.

Él la dejaba. Hacía una hora había intentado acostarse conmigo. Y ahora se emborrachaba con esta extraña chica bajo la luz de la luna.

¿La que siembra la duda? Vaya si la había sembrado.

Era obvio que él no la veía como una calentapollas. Y ella adoraba la atención de Jackson. ¿Por qué no iba a hacerlo? Jackson era guapo, fuerte y un protector increíble.

Aunque Lara Croft no necesitaba que la protegieran. Su carcaj estaba en el suelo, justo al lado de la ballesta de Jackson, ambos a poca distancia.

Qué pintoresco.

Ella ni siquiera sabía lo increíblemente bien que besaba Jackson.

Jackson parecía embeberse de cada palabra que decía ella mientras su conversación pasaba a

los caballos de los motores de las motos y de los dibujos de neumáticos.

Dibujos de neumáticos...

¿Cómo sabía Selena todo eso? Era como si hablasen en un idioma extranjero que yo jamás podría entender.

Se me cayó el alma a los pies cuando vi que ella bebía de la cerveza de él y después le devolvía la botella como si fueran pareja.

En Haven yo había limpiado su petaca con la manga.

La atracción de él hacia mí había sido por la escasez de opciones. Le había gustado por *nécessité*. Tal y como me había dicho. Pero ahora que tenía opciones...

Jamás querría marcharse de esta realidad de cervezas, electricidad y arqueras esculturales.

Y yo necesitaba que me llevase hasta la abuela. Solo hasta allí. Únicamente por eso. Solo eso.

Quizá no debería hacerme a un lado ni dejar que ella se lo quedase así de fácilmente. Recordé lo posesiva que había sido con Brandon. Pensé en lo que me diría Mel: «deja de ser una cobarde y recupéralo. ¿Qué eres, una ratita asustada?».

Selena le preguntó:

—¿Puedes repetir detrás?

Él lo hizo. Con su acento sonaba diferente.

—Me encanta tu acento cajún, J.D.

¿J.D.? ¡Eso era el colmo!

Salí a la terraza cubierta con una sonrisa falsa.

—La cena huele que alimenta.

La mirada de Jackson me recorrió y creí ver un brillo de aprobación en su expresión, pero a continuación desvió la mirada como si no pudiera soportar mirarme.

—Justo a tiempo, Evie —exclamó Selena—. Tengo todo listo.

Eché un vistazo a la mesa de fuera, puesta con cubertería de plata y servilletas dobladas. Unos platos cubiertos humeaban con olores que me hacían la boca agua.

—Tenemos codornices, espárragos y risotto de setas. De postre hay tarta de manzana caliente.

Apenas sonreí. «Ha llamado Martha Stewart y quiere que le enseñes el numerito que has hecho».

—¿Puedo ayudar en algo?

Jackson resopló. Y Selena le golpeó levemente en el pecho, como si él fuese su novio travieso.

Ante eso, el sentimiento de *grrr pfft pfft* de antes se transformó en «voy a destrozarte a esta zorra».

No, no, no. ¡Tenía que pensar esto con algo de lógica! Puede que ella me ayudase a descubrir más de los arcanos.

Aunque la ayuda de Jackson era necesaria para llegar hasta mi abuela y descubrirlo todo, y lo estaba perdiendo.

Muy educadamente, Selena me abrió una botella de cerveza.

—Toma.

Lo último que quería era perder el control, pero por educación bebí un sorbo.

—Chin, chin.

—Sentaos. J.D., tú ahí. —Señaló la silla junto a la suya, lo que me dejaba a mí sola al otro lado de la mesa.

Cuando empezaron a comer, Jackson gimió al probar la comida. «Y encima cocina».

Se me debería haber hecho la boca agua, pero me sentía demasiado nerviosa. Seguía

imaginándome lo peligroso y solitario que iba a ser el camino sin él.

Esa era la única razón por la que tenía ganas de llorar. No porque me hubiera dicho que iba a cuidar de mí y eso hubiese sonado a promesa.

—¿No tienes hambre? —me preguntó Selena.

—No te preocupes por ella. —Jackson se echó más risotto en el plato—. *Plus pour nous.* — Más para nosotros.

Parecía que ya no le importaba mi talla de sujetador. Porque había dejado de pensar en ello...

Durante la cena aprendí todo lo que J.D. y Lara Croft tenían en común. Pensé en sugerir un nuevo juego para beber: un trago por cada vez que Selena le decía a Jackson: «¿no me digas? ¡Yo también!».

Les encantaba cazar y pescar. Ambos habían disparado flechas desde pequeños. Selena admitió con cierta modestia que había estado entrenándose para ser arquera olímpica antes del Destello.

Jackson parecía mucho más impresionado por aquello que por mis trofeos de baile.

Tanto ella como Jackson cumplirían pronto los diecinueve. En cuanto se percató de que me llevaban más de dos años, Selena me había empezado a hablar con un tonito condescendiente, como si fuera su molesta y valiente hermana pequeña.

—¡Oh, no, J.D., le he dado una cerveza! —había gritado antes de darle un codazo—. ¿Se la quitamos?

No había querido la cerveza. Con eso ni intenté cogerla.

Y qué sorpresa, Selena era una magnífica conductora de motocross e incluso había competido contra chicos.

De hecho, se lo comentó a Jackson:

—Conducía tanto que mi familia me dio mi propio tanque industrial de gasolina. Sigue por la mitad. Oye, si el tiempo sigue así podríamos ir campo a través mañana. No te imaginas los caminos por los que te podría llevar, J.D.

Era como si hubieran diseñado a Selena específicamente para él. Cualquier esperanza que hubiera tenido de mantener su atención se había sofocado como una llama.

No me importaba; ¡no me importaba! Incluso si yo le hubiese gustado, no tenía nada que ofrecerle, y tampoco es que quisiese tener a un ladrón cajún y motero conmigo. Uno borracho. Aunque yo no me había terminado la cerveza, Selena y él seguían con las rondas.

Como si sintiera mi mirada sobre ella, Selena me miró.

—Si no te gusta la codorniz puedo prepararte otra cosa. Tengo un búnker lleno de latas, comida congelada y verduras en frascos. Dímelo, cielo.

«¿Cielo?». Eso solo me lo llamaba mi madre. Al pensar en ella me obligué a ser educada.

—Eres muy amable, pero estoy llena. —Me volví hacia Jackson—. ¿Podemos hablar cuando termines de comer?

Él levantó la vista y parecía un ápice menos enfadado que antes.

—¿De qué?

—Del viaje de mañana.

Entrecerró los ojos.

—*Non.* No hay nada de que hablar.

Enrojecí ante su tono final.

Selena parpadeó confusa.

—¿El viaje de mañana? ¿Adónde os dirigís?

¿Es que Jackson no se lo había dicho? Sentía que no podía esquivar la pregunta ahora.

—A Carolina del Norte.

—J.D. me ha dicho que quizá os quedaríais un poco.

—¿Eso te ha dicho J.D.?

Jackson se limitó a enarcar una ceja hacia mí, como si dijera: «¿qué vas a hacer ahora?».

Empecé a entender que estaba a punto de quedarme sola.

—¿Qué hay en Carolina del Norte, Evie? —quiso saber Selena.

—Allí tengo familia. Una abuela.

—Bueno, no tenéis que ir os tan pronto. Me encantaría la compañía, aunque solo fuera durante un par de días. Y aquí se está a salvo, sin «hombres del saco» ni ejércitos. —Tocó el antebrazo de Jackson por milésima vez—. Aún hay animales. Los tres podríamos cazar.

—¿Evie? ¿Cazar? —Su risa fue despectiva y, Dios, dolió—. No sabe disparar, no, no sabe hacer casi nada. —Chasqueó los dedos, ebrio—. Oh, espera, es una experta mirando por encima del hombro a la gente.

Selena nos miraba a Jackson y a mí mientras yo permanecía sentada, sonrojada y muerta de vergüenza.

Me había esforzado en ser agradable. Y mira lo que había pasado. No podía competir con esta chica que parecía venir del mismo paraíso y a la que le gustaba lo mismo que a él, que podía hablar como una experta de lo que a él le entusiasmaba.

¿Qué tenía que perder?

—También soy buena guardando secretos —le contesté en un murmullo y con una sonrisa tranquila—. Por lo visto, eso vuelve locos a algunos chicos.

«Lanza y... marca».

Su mueca se intensificó.

—Los secretos no calientan una cama.

«¡Ya basta!».

—Si vas a ser un capullo, *J.D.*, me voy a dormir. —Y le dije a Selena—. Gracias por la cena. Siento no haber sido mejor compañía. Pero disfruta de un chico tan elegante. Es un verdadero caballero.

Él agarró la botella con más fuerza hasta que se le pusieron los nudillos blancos.

Mientras llevaba mi plato al fregadero, escuché que Selena se reía de algo que había dicho Jackson. ¿Le estaba contando historias de mi torpeza o mi ignorancia?

Alicaída, me dirigí a mi habitación observando las fotos de familia en el pasillo. Selena no se encontraba en ninguna. No vi ni una foto de ella disparando el arco en algún torneo u orgullosa en una pista de motocross. Qué raro.

Al volver a mi cuarto, encontré papel y lápiz en un cajón del escritorio. Me moría por dibujar a Jackson tal y como él me había mirado en la piscina, con el reflejo de la luna.

Dolería dibujarlo y a la vez me dolería no hacerlo. En cuanto agarré el lápiz con la mano temblorosa, llamaron a la puerta.

¡Tenía tantas ganas de que fuese él! De que viniera a dormir en la misma habitación conmigo, como habíamos hecho durante semanas.

Pero él jamás llamaría.

—Entra.

Selena apareció por el umbral, claramente borracha.

—Hola, Evie, ¿podemos hablar de chica a chica?

En lugar de sentarse al pie de la cama, como harían las chicas para hablar, se dirigió al tocador y se miró la melena en el espejo.

—Claro. Hay algo que a mí también me gustaría decirte.

—¡Oh! ¿Qué?

—Antes, al vernos por primera vez, parecía como si me hubieras reconocido, ¿no?

Me miró en el espejo con expresión benévola.

—No. ¿Cuándo nos habríamos visto?

—Parecía que...

—Simplemente me he sorprendido al ver a una chica, Evie. Eres la primera que he visto desde el Destello. Ya no se ven chicas por ningún sitio.

Eso tenía sentido. Y, entonces, ¿por qué tenía la sensación de que me estaba mintiendo?

—¿De qué querías hablar?

—Quería asegurarme de que J.D. y tú no sois pareja.

—¿Cómo dices?

—A veces los chicos dicen que están solteros y eso... ya sabes a qué me refiero, tía. Quería que me lo confirmaras.

Intenté que mi tono de voz fuera normal.

—¿Qué te ha dicho de nosotros?

—Le he preguntado si vais en serio y él ha enfatizado que no.

¡Había sido tan inocente! Cuando me había dicho que cuidaría de mí, lo había dicho con otro sentido, el que normalmente iba con vulgares gestos de mano y movimientos de cejas.

Había tenido claro que Jackson era un casanova, pero también había sido una estúpida al imaginar que había algo especial entre nosotros. Él solo había querido acostarse con alguien.

Incluso después del apocalipsis, había cosas que seguían siendo iguales.

Mientras Selena se miraba en el espejo, se pinchó las mejillas para ruborizarse y se bajó la blusa para enseñar más pecho. Ante eso, me percaté de que las opciones de Jackson habían aumentado considerablemente.

Seguramente usase ese condón suyo esta misma noche. Sentí que me ardía la cara mientras trataba de reprimir las lágrimas. Como quería quedarme sola, le dije:

—Tiene razón, Selena. No hay nada serio entre nosotros.

—Gracias a Dios —respondió ella tras suspirar aliviada—. Me gusta muchísimo, Evie. Jamás habría pensado conocer a un chico como él. Aquí. Contigo. Y mucho menos que fuese perfecto para mí. —Y añadió más suavemente—: Siempre he pensado que estaría sola. Nunca habría esperado encontrarme con... él.

Por primera vez, tuve la sensación de que decía la verdad. Y eso me hizo preguntarme: ¿acaso había esperado encontrarme a mí?

Selena pareció volver en sí y se volvió más enérgica.

—Le haré saber que has recalcado lo mismo y que has aclarado cualquier malentendido. ¡Hasta mañana!

Sí, por la mañana investigaría más a esta chica. Por lo pronto, tenía planeado abandonarme a las voces y ahogarme en mis propias lágrimas.

29

DÍA 236 d. D.

—*Tengo que hablar contigo.*

A la mañana siguiente, escuché a Matthew en mi cabeza, justo segundos después de despertar. Aun estaba somnolienta y tenía los ojos hinchados de haber dormido mal.

—Matthew, no te lo vas a creer, pero aquí hay un arcano, la que siembra la duda.

—*La Luna. Es la carta de la duda. La Arquera.*

Entonces, si todos los arcanos tenían poderes, ¿el suyo era ser arquera? «A los olímpicos no les gusta el dopaje, Selena». O al menos así era.

—Conocerla ha sido una locura —le dije a Matthew—. Oí su llamada tan claramente y después, puf, su voz se quedó callada. Y cuando nos conocimos, vi que algo se superponía a ella, como una imagen.

—*Un cuadro. La carta. Cómo nos reconocemos. Pero, Evie...*

—Lo sabía. Llevaba meses escuchando su voz, ¿y ahora estoy en su casa? Esto es muy raro. —Estiré los brazos por encima de la cabeza y me sorprendió que la migraña no fuese peor. El dolor era manejable, aunque oía a Matthew más alto de lo normal. ¿Es que nos habíamos acercado?

—¿Entonces la Luna es buena? ¿O mala, como Ogen? —¡Ojalá Matthew me dijera que es como el Diablo, o peor! Eso me obligaría a llevarme a Jackson lo más lejos posible de ella.

—*¿Buena o mala?* —Matthew parecía confuso ante mi pregunta—. *Es la luna. Pero, Emperatriz, tenemos que hablar...*

—¿Qué pasa? —Me froté los ojos, moví las piernas a un lado de la cama y me puse de pie.

La cama desapareció.

—¿Matthew?

Ya no estaba en la habitación de invitados de Selena. Me encontraba de pie en el cuarto de juegos de Matthew, pero la habitación estaba inundada de agua y nos llegaba por los tobillos. Sus pantalones caqui y su camiseta de manga larga estaban empapados. Él estaba temblando.

Una linterna colgaba de una pinza en la pared y me permitió observarlo. Tenía la cara y el pelo chorreando de agua mientras fruncía el ceño.

Había sabido desde el principio que sus facciones eran simétricas y tenía unos profundos ojos marrones. Pero ahora podía ver motas claras en sus ojos y determinar la fuerza de su cuerpo. Era casi tan alto como Jackson.

—¿Por qué estamos aquí abajo y de dónde sale toda esta agua?

Era obvio que había grandes reservas de agua en el mundo, solo teníamos que encontrar una.

Y después hacernos con ella.

—Temblores —dijo él—. Tubería rota. Torre de agua.

—Entonces, ¿toda la casa puede inundarse? —Cuando Matthew asintió, exclamé—: ¡Tienes que irte de este sitio ya!

Él permaneció inmóvil, como un perro al que habían ordenado que se sentara en mitad de una concurrida autopista.

—No puedo. —Parecía tan lastimoso, tan perdido con aquellos grandes ojos marrones mirando sin parar en derredor.

—¡Sí que puedes! Vete ya —le ordené, deseando poder sacudirle de los hombros. El sentimiento de protección que sentí hacia él me abrumó.

Unos pufs flotaban a nuestro lado mientras el nivel del agua subía.

—No puedo —repetió—. Mi madre me ha encerrado.

—¿Por qué te ha hecho eso? ¿Sabe que se está inundando el sótano?

Él asintió. ¿Cómo podía condenar a su hijo a morir ahogado?

—Mamá s-sabe lo que le conviene a Matthew. —Se frotó los brazos—. Mamá sabe que no me quedaré en el coche. No debería haber arreglado el motor. Matthew malo, ¡MALO!

—¡No te entiendo! Chico, escúchame. ¿Hay alguna ventana? ¡Tiene que haber una salida! Eres fuerte, ¡rompe la puerta!

—El reloj se detiene. No hay que ver el futuro para saberlo.

—¿Qué significa eso? ¿Que vas a morir? —Pensarlo me rompió por dentro. Tenía a este amigo ahí fuera en el mundo, esperándome. ¿Y ahora iba a perderlo?

—Mamá ha muerto. Yo me iré con ella.

«¡No! ¡No puede morir!».

—¡Voy a por ti! ¿Dónde estás?

«Por favor, ojalá estés lo suficientemente cerca como para llegar a tiempo...».

Él me miró con una sonrisa triste.

—Siempre he estado en tu camino. —La visión se desdibujó y cambió a un momento antes del Destello.

Se encontraba en un patio trasero, en una barbacoa con otros niños, pero ellos no le hablaban. Así que él se había alejado, solo, cuando un cohete impactó a lo lejos.

—¿Cohete? Oh, Dios, ¡estás en Houston! ¡O... Florida!

Justo cuando empezaba a desesperarme, vi una carretera sucia montañosa con baches. ¿Montañosa?

Y a continuación me fijé en la camiseta que había llevado puesta. HUNTSVILLE SPACE CAMP.

—¡Huntsville! ¿En Alabama?

Solo a un estado.

Pero todo hacia el norte.

—Matthew, ¿cuándo ha empezado a inundarse?

—Hace un par de horas.

Entonces subía unos treinta centímetros cada par de horas, quizá.

Podía llegar a Huntsville a tiempo, eso si podía convencer a Jackson de que me llevara y si el viento cooperaba.

—Voy a buscarte, chico. ¡Aguanta!

En cuanto la visión desapareció, me di prisa en vestirme con otro conjunto prestado: unos vaqueros muy ceñidos en la zona del trasero que me quedaban largos y una camiseta. Me puse las botas sobre un par de calcetines blancos impolutos.

Unos minutos después, bajé las escaleras con mi mochila de emergencia.

Encontré a Jackson en la cocina, con el torso desnudo y vistiendo solo sus vaqueros nuevos. Estaba sentado sobre la encimera con la cabeza entre las manos mientras Selena, que vestía una corta bata de seda, hacía huevos revueltos para ambos.

Ella echó en un vaso alguna bebida de naranja y después una buena cantidad de líquido de una botella de vodka. Él cogió el vaso sin decir palabra y se bebió la mitad de un trago.

Cuando ella pasó los nudillos por el pelo de él, me di cuenta de que probablemente estaba siendo testigo de la mañana de después. Y me entraron ganas de vomitar.

Esa imagen tan doméstica esfumó toda esperanza de que Jackson no se hubiera acostado con ella. Había encontrado una chica que sí que se había «abierto de piernas». Y yo sabía que él no iba a abandonar este paraíso terrenal de caza, comida gourmet y sexo.

No por la animadora molesta que ni siquiera sabía calentar sopa. La que siempre le ponía las cosas difíciles. La triste calentapollas.

Pero, por Matthew, intentaría conseguir la ayuda de Jackson. «Aunque no me haya elegido a mí».

Deseé mantener las lágrimas a raya y traté de parecer más animada.

—Buenos días, chicos.

Él se limpió la boca con el antebrazo. Con voz homicida, dijo:

—¿Adónde vas, Evangeline?

—Al mismo lugar al que siempre he ido, Jackson.

«Solo necesito hacer una pequeña parada en el camino para salvar la vida de un muchacho».

Selena se sentó en la encimera y cruzó las piernas sin importarle que la bata se le abriera hasta los muslos. Pero, bueno, Jackson ya le había visto todo, ¿no?

—Evie, anoche hablé con J.D. y estás más que invitada a quedarte todo el tiempo que quieras. Incluso de forma permanente.

Ellos lo habían hablado y ellos me invitaban. Me cosquilleaban las garras, como si se despertaran.

—Gracias por la oferta, pero me tengo que ir.

—¿Dejarías toda esta comida y el agua atrás? —preguntó Selena—. ¿La electricidad y la seguridad?

Sí, su casa era perfecta. Demasiado. Un lugar como este podría tentar a alguien a abandonar su misión si no se tenía cuidado.

—Carolina del Norte es territorio de caníbales y plagas —prosiguió—. ¿Por qué tienes tanta prisa? —Parecía decidida a llegar al fondo del asunto.

¿Jackson no se lo había contado? ¿Ni en su charla nocturna ni en la «conversación de después», tal y como la llamaban?

Tenía que admitir que aquello me sorprendió.

—Ya te dije anoche que voy a buscar a mi abuela. Mi lugar está con ella.

Selena bebió un sorbo de la bebida de Jackson.

—¿Por qué crees que sigue viva? Siento decírtelo, pero probablemente no lo esté, ¿sabes?

Jackson alzó las manos.

—¡Eso es justo lo que yo le dije!

—Hay algo más aparte de una abuela perdida —exclamó Selena—. Tu abuela no querría que sacrificases la seguridad que puedes encontrar aquí solo para encontrarla. Ahí fuera solo hay muerte y más muerte.

«¡El agua está subiendo!», me dijo Matthew, haciendo que me estallara la cabeza.

Traté de centrarme y murmuré:

—Está viva.

La mueca de Jackson se volvió más pronunciada.

—¿Ni siquiera vas a pensarte el quedarte? ¿Ni un par de días?

¿Días? Me cabré. ¡Ni siquiera tenía horas!

—Sabes que tengo obligaciones. Yo cumplo mis promesas. —Me mordí la lengua en cuanto lo dije.

—Ohhh —interrumpió Selena—. ¿Esto es porque tuvisteis una pelea anoche? No te ofendas, cielo, pero me parece muy temerario que te vayas así.

Lo hacía parecer como si me fuera por un berrinche. Mientras trataba de controlarme, me vino un pensamiento de lo más raro: «me está picando para que justifique por qué me voy y suelte qué es tan importante».

Pero ¿qué le importaba a ella? Y si era una mentirosa, ¿suponía eso que era peligrosa?

Aunque había tenido ganas de sincerarme con Jackson sobre lo que había en juego, temía que él se lo contase a ella.

—Gracias por preocuparte, Selena, pero me voy. —Me volví hacia Jackson—. ¿Vienes?

Él entrecerró los ojos.

—Ella te ha invitado a quedarte.

«Tranquila, Evie, cálmate».

—Entonces aquí nos... separamos, ¿no?

—Yo estoy bien aquí.

«No llores, no llores». Me tragué el orgullo y le dije:

—Vale, pero ¿te importaría llevarme todo lo que te dé con medio tanque y después volver?

Él se cruzó de brazos.

—*Non* —respondió, sin dejar de mirarme a la cara.

Me obligué a girarme hacia Selena y preguntarle:

—¿Puedo coger prestada tu moto? Juro que te la devolveré.

«Como si supiese conducirla».

—Cielo, llévate lo que quieras, cualquier cosa. Pero ese es mi único transporte.

Se me cayó el alma a los pies al darme cuenta de que ninguno iba a ayudarme. No les importaba que me fuese y me enfrentase sola al camino.

Lo que significaba que me estaban haciendo perder el tiempo. El valioso tiempo de Matthew.

—Vale, entonces tengo que irme. —Ayer Jackson encontró una moto por el camino. ¿Y si yo encontraba un coche? ¿O una maldita bicicleta de diez velocidades?—. Ah, casi se me olvida. —Abrí la mochila, cogí el libro de *Robinson Crusoe* y lo tiré sobre la encimera—. *Bonne chance, Jackson.*

Justo antes de salir por la puerta, vi que fruncía el ceño y le palpitaba la mandíbula.

Selena me dijo:

—Evie, al menos deja que te demos algunos suministros o herramientas para acampar.

Me tensé, pero continué alejándome. Fuera, murmuré por lo bajo:

—¿Demos?

«Ya te he quitado todas las barritas, zorra».

Fui trotando hasta el final del camino mientras me decía que no tenía tiempo de llorar por Jackson. El miedo de Matthew era casi tangible y su voz sonaba más y más alto hasta que las otras se habían reducido a menos susurros. ¿Quizá porque se encontraba cerca?

¿O porque estaba aprendiendo a centrarme en tan solo una?

Mientras abría la valla, me imaginé a Jackson corriendo detrás de mí y rogándome que lo perdonara. Pero salí del terreno y a la calle sola.

Ni siquiera se había despedido.

Necesitaba llegar a una gasolinera, coger un mapa de Alabama y después pedir un deseo en forma de coche que funcionara.

Mierda. Quizá debería haber pedido la escopeta. Pero me había acostumbrado a que Jackson manejase las armas y, de todas formas, no había aprendido a disparar.

¿Me bastarían las garras para protegerme? Si es que las podía invocar cuando quisiera.

Para cuando llegué a la primera intersección, sentí una ligera brisa. No me gustaba el viento que se avecinaba. Me quedé en medio, intentando decidir a qué dirección ir.

Me froté las sienes, que me latían. Tenía que ir al norte. ¿Y eso dónde era?

Cuatro opciones posibles. No tenía ni idea, lo cual era normal dado mi sentido de la orientación y el hecho de que había estado dormida cuando llegamos anoche.

Miré hacia el cielo, como si eso determinase la dirección por su posición. Seguro que Selena sí podía saberlo.

«Oye, Matthew, necesito algo de ayuda».

Volví a ver el destello del cohete seguido de una nueva ola de dolor.

«No, no, necesito ayuda para salir de esta subdivisión».

Estaba empezando a entrar en pánico y me ordené elegir una, cualquiera. Justo me había girado a la derecha cuando Jackson vino por la esquina con paso amenazante.

Se había puesto una camiseta blanca del revés; tenía las botas sin atar. La escopeta colgaba de su espalda. No tardó en insultarme.

—¡Eres una idiota, Evangeline Greene!

Como si me fuera a pedir perdón. Apreté los dientes y le pregunté:

—Jackson, supongo que no has venido hasta aquí porque has cambiado de opinión, ¿no? ¿De llevarme lo que te dé medio tanque?

No esperaba gran cosa, pero...

—He venido para ver si eras lo suficientemente *coo-yôn* como para irte sola. ¡Ni siquiera sabes dónde está Carolina del Norte!

No tenía tiempo para esto.

—Supongo que iré al norte.

Seguí andando.

—Entonces, ¿por qué vas hacia el oeste?

Volví a la intersección y corregí la ruta, pero él se echó a reír.

—Ahora vas al sur, *peekôn*.

Giré ciento ochenta grados.

—Y ya está —dijo, siguiéndome mientras yo iba más deprisa—. ¡El norte! Supongo que el dicho es cierto: a veces, incluso un cerdo ciego encuentra una bellota.

¡Oh! Lo fulminé con la mirada por encima del hombro, pero seguí mi camino. Genial, empezaba a hacer más viento.

—¿Por qué estás tan empeñada en marcharte?

—No te he soltado lo del viaje de repente —le contesté—. Te dije desde el principio que tenía que hacerlo. Y ahora tú has dejado claro que quieres quedarte aquí para siempre.

—¡*El agua sube!* —La urgencia de Matthew era como un gong resonando en mi cabeza.

Apenas contuve las ganas de tocármela.

—¿Qué quieres, Jackson? No hay nada más que decir. ¡Te he pedido ayuda y tú te has

negado!

—Y entonces te has ido —respondió en voz baja—. ¿Tan fácil te resulta dejarme atrás?

—¿Lo dices en serio? —exploté—. ¿Después de lo de anoche?

Me arrepentí de inmediato; lo que Selena y él tuviesen no era de mi incumbencia.

—¡Joder, Evie! —Me alcanzó con una mueca en la cara—. ¿Por qué está mal que quiera intentar acostarme contigo? ¡Actúas como si pensarlo siquiera fuera una estupidez!

—¡*Emperatriz!*

No podía pensar y traté de caminar más deprisa.

Pero Jackson me siguió.

—Soy lo bastante bueno para que quieras viajar conmigo y para tontear, ¿pero no para que nos acostemos? Se puede sacar a la chica de Sterling, pero...

—¡Eso no... no es algo que vaya hacer con un chico como tú!

Él se detuvo. Yo no pude evitar volver a mirarlo por encima del hombro.

Había apretado los puños hasta que se le vieron claramente los tendones del cuello.

—¿Como yo? —Eché la cabeza hacia atrás y pegó un grito—. ¿Qué cojones me hace tan malo?

Se acercó a mí y me agarró del brazo.

—¿Porque no tenía dinero? ¿Por eso? ¿Por ser de donde venía? Desde el primer día que nos conocimos, me has mirado por encima del hombro. Te has reído de mí y me has vuelto loco.

—¿Dinero?

¿Por qué estábamos hablando de eso? El concepto se alejaba de mi mente y ahora aquello significaba tanto como unas entradas de cine o los motores de búsqueda.

Me dolían las sienes, el viento se cernía sobre mí y me sentía totalmente confusa. ¿Que lo había vuelto loco?

—¿De qué hablas? —Me liberé de su agarre y seguí caminando.

Él me siguió.

—¡En el instituto me tratabas como si fuese algo que se te había pegado al zapato!

No me molesté en esconder la sorpresa.

—Era maja con todo el mundo. Con todos. Empezamos con mal pie. Y la cosa fue cuesta abajo.

Me detuve en cuanto llegué a la siguiente intersección. Todos los terrenos tenían vallas y todas parecían iguales. ¿Es que me estaba internando en el vecindario? Giré a la derecha.

Y Jackson hizo lo mismo.

—Dime que nunca has pensado en lo diferente que ha sido nuestra forma de crecer. ¡O lo que viste en mi casa esa última noche!

—Sí que he pensado en ello. Y me he arrepentido de juzgarte por haberle pegado a ese hombre. ¡O, al menos, lo hacía hasta que empezaste a ser un capullo! ¿Por qué vuelves a mencionar el pasado?

—¡Porque has dicho «un chico como yo»!

—Sí, un egoísta como tú.

—¿Egoísta? ¿Tú me llamas egoísta a mí?

—En la piscina pensé que me preguntabas si quería más besos, ¡y lo siguiente que veo es un condón! No te importó lo más mínimo que yo estuviera asustada porque te saltaste todas las bases que pensaba que habría o que me pusiera nerviosa ese método anticonceptivo que parecía caducado o que... ¡que no estuviera preparada para ir tan rápido! En general. No esperaba que me declarases amor eterno o algo así. Pero, para mi primera vez, sí que había esperado algo más

que un «hay poco donde elegir».

Él echó la cabeza hacia atrás, aparentemente confundido.

—¿Por qué no me dijiste nada de eso?

—¡Empecé! Pero te cabreaste, vaya sorpresa, y yo me enfadé porque habías interrumpido... cosas que... me habían gustado. —Dios, ¡qué vergüenza!—. Pero no importa. Echo la vista atrás y me alegro de que pasase así.

—¿Por qué, tú?

—¡No quiero estar con un chico que pueda sustituirme en un santiamén con una chica extraña de la que no sabe nada!

Aunque le estaba gritando, él cada vez parecía menos y menos enfadado.

—¿Eso es lo único? —dijo sobre el viento.

Chillé.

—¿No te parece suficiente?

¿Otra intersección?

—¡EMPERATRIZ!

Esta vez me encogí de dolor y escogí la derecha otra vez.

—¡Y cómo te atreves a llamarme calientapollas, Jackson! Tú eres el calientabragas. ¡Pensaba que las cosas iban genial hasta que lo fastidiaste todo! Así que ambos esperábamos cosas que no obtuvimos.

Jackson y yo estábamos pegados, sin aire, mirándonos el uno al otro. Entonces, asintió.

—¿Asientes? —Casi grité la palabra—. ¡Estás asin... Aj! ¡No te entiendo!

—Comprendo lo que dices, *cher*. —Parecía como si toda su ira se hubiese esfumado.

Y la mía se había incrementado.

—Has conseguido lo que habías venido a hacer. Has confirmado que soy una *coo-yôn*. ¡Ya no hace falta que te quedés más conmigo!

Él no dijo nada, simplemente me adelantó y empezó a andar de espaldas, bloqueando el viento con la espalda. Qué caballeroso.

¡Él me estaba volviendo loca a mí!

—¡Soy incapaz de saber de qué humor estás! ¿No deberías estar de vuelta jugando a las casitas con Selena? —Me sentí fatal al caer en la cuenta de que con tantas derechas que había elegido, casi había vuelto a su casa.

—Vaya. —Se frotó la barbilla—. Jamás pensé que llegaría.

—¿Qué llegaría qué?

—El día en que Evangeline Greene estuviera celosa por el viejo Jack.

—¡No lo estoy!

Él soltó una carcajada.

—Tus ojos están verdes por la *jalousie*. Es un sentimiento horrible, ¿verdad? Te carcome.

—¿Hablas por propia experiencia? —Él se quedó callado y me siguió mirando—. Da igual, no me importa con quién estés.

—¡EMPERATRIZ, EMPERATRIZ, EMPERATRIZ!

Tropecé y apoyé la mano en el suelo antes de volver a erguirme. Vale, eso había dolido. Las lágrimas me nublaron los ojos y me empezó a caer algo por la nariz.

Jackson se apresuró a cogerme de los brazos.

—¡Evie! —Se quitó la camiseta para ponérmela en la cara—. Te está sangrando la nariz, *bébé*.

—Oh. —Apreté la camiseta contra la nariz y oí lo mucho que su olor me tranquilizaba.

—¿Otra visión? —Fruncía el ceño, preocupado—. ¿Por eso tienes tanta prisa?

Mis ojos se detuvieron en su pecho y observé su rosario. Es entonces cuando me percaté de dónde lo había visto antes. La noche del Destello su madre lo llevaba puesto. ¿Lo llevaba... para recordarla?

—¿Por qué habría de decirte nada? —Tenía la voz pastosa.

—Porque si me dices la verdad, puede que te lleve a donde necesites.

¿La verdad? Miré en derredor en busca de alternativas...

Y vi una cima que me resultaba familiar. Estaba otra vez en casa de Selena. ¡Mierda! De vuelta en el punto de partida.

—Puedes confiar en mí. —Acercó mi cuerpo al suyo.

—Pero no confío en ella, Jackson. —¿Le revelaba que la suya era una de las voces? ¿Qué había tenido visiones perturbadoras de ella? Recordaba el comentario misterioso de Matthew: «arcanos significan secretos; guardo los nuestros». ¿Me había advertido de mantener el pico cerrado a los no arcanos? Jackson era el único no arcano que conocía en el mundo. En todo caso... —. Si te digo algo, puede que se lo cuentes.

—Creo que es de fiar.

Quería ponerme a gritar: «Claro que sí, ¡porque te has acostado con ella!», pero me mordí la lengua. Sin él, jamás saldría del vecindario ni mucho menos llegaría a tiempo a casa de Matthew.

—Evie, no le contaré nada que no quieras. No le he dicho más que lo necesario.

O sea que no le había contado lo de mis visiones o lo de mi abuela. Ya que no veía otra que confiar en él con al menos algo, le confesé:

—¿Te acuerdas del chico que veo a veces, el que me regaña? No está muy lejos. Y me llama. En alto. Jackson, le he visto atrapado en un sótano inundado. Se ahogará pronto. Y tengo el presentimiento... de que no seguiré viva mucho más sin su ayuda.

Al ver que Jackson no respondía, añadí:

—Solo sé que es urgente que llegue hasta él hoy.

—¿Crees que vas a morir si no encuentras a un niño raro que jamás has visto? ¿Y crees que puedes encontrarlo?

Me coloqué la camiseta debajo de la nariz y alcé la barbilla.

Jackson asintió decidido.

—Vale.

—¿Perdón?

—¿Ves lo fácil que ha sido? La próxima vez, dime lo que necesitas y ya veremos lo que pasa, ¿vale?

Desvié la mirada. «Puede que te necesite para algo más que hacer de guardaespaldas».

—¿Por qué vas a venir conmigo? Sé que te quieres quedar aquí con ella.

«Niégalo, por favor».

No lo hizo.

—Tú y yo empezamos esto. Supongo que deberíamos acabarlo. Y tengo rompecabezas que resolver, yo. Además, pienso pedirle a Selena que venga.

—¿Qué?

Lo haría. No me cabía duda de que seguiría a Jackson a todos lados.

Él empezó a guiarme de vuelta a la mansión.

—No eres la única que puede guardar secretos. ¿Y por qué no invitarla si a ti te da igual con quién esté...?

30

Cientos de «hombres del saco». Todos en el mismo lugar.

—*Nom de Dieu* —murmuró Jackson, colocando la pata de cabra de una patada. Acabábamos de subir una colina para contemplar el terreno alrededor de la casa de Matthew, una casa aislada al estilo rancho situada en un valle.

Y encontramos a una horda de hombres del saco pululando por allí.

Selena se detuvo detrás de nosotros. Por supuesto que le había parecido bien venir con nosotros. Se quitó el casco de color azul eléctrico y sacudió la cabeza para soltar su larga cabellera.

—¿Qué estáis mirando? —Cuando vio la multitud de «hombres del saco», silbó por lo bajo.

La luna casi llena se hallaba alta en el cielo. Era casi medianoche. Me había llevado muchísimo llegar hasta casa de Matthew.

En cuanto nos acercamos al centro espacial, había buscado su voz e indicado a Jackson que continuase. A veces girábamos y conducíamos durante un kilómetro o dos antes de percatarnos de que la voz de Matthew se estaba apagando. Entonces nos veíamos obligados a retroceder. El viento, aunque todavía no era tan fuerte como de costumbre, no había ayudado.

Jackson le había dicho a Selena que teníamos que detenernos de camino a Carolina del Norte, y la chica no había comentado nada sobre nuestro avance irregular. Parecía confiar a ciegas en Jackson, mientras que yo probablemente no habría dejado de despotricar de haber estado en la misma situación.

—¿Esta es vuestra «parada»? —preguntó Selena con un deje de diversión.

¿No podía sentir la cercanía de Matthew ni oír su llamada? ¿O ya estaba otra vez intentando conseguir información?

—Hay un chico allí dentro —contestó Jackson—. Alguien a quien Evie tenía que vigilar.

Se le iluminaron los ojos.

—¿Un chico para Evie?

—No es eso —me precipité a añadir—. Ni siquiera lo conozco en persona.

Ella se recolocó el arco en el hombro y abrió la tapa de su carcaj.

—¿Qué creéis que quieren los «hombres del saco» de ahí abajo?

Estaban muertos de sed, no hacían más que golpearse la cabeza contra la puerta, las ventanas tapiadas e incluso el revestimiento de vinilo derretido.

—Tiene que haber agua dentro —habló Jackson, y me miró—. Puede que una inundación.

—*Se me agota el tiempo, Emperatriz.* —La voz de Matthew sonó clara debido a nuestra proximidad, pero podía percibir que se estaba debilitando.

—Está atrapado allí dentro. Tenemos que salvarlo.

—Esperaremos hasta el amanecer, hasta que los «hombres del saco» se dispersen en busca de refugio —dijo Jackson.

Viendo su frenesí, Matthew moriría pronto, con agua o sin ella.

—Entrarán mucho antes de entonces. —Ya estaban abollando la puerta del garaje—. ¡Tenemos que ir ya!

Él soltó una risotada.

—Ni en un millón de años, Evangeline.

Cuando Selena se bajó de la moto y se dirigió hasta el mismísimo filo del precipicio, él murmuró:

—No me habías dicho nada de «hombres del saco».

—¡No sabía que hubiese! Pero sí que sé que se ahogará pronto.

—No veo luces ni movimiento —mencionó Selena. Volvió con nosotros y preguntó—: ¿Estás segura de que hay alguien siquiera en casa? —Pero de nuevo me daba la sensación de que ella ya conocía la respuesta.

—Justo antes de que llegaras después de nosotros, vi la luz de una linterna —dijo Jackson como si nada. ¿Le mentiría por mí? Me acerqué un poco más a él.

—Entonces vayamos a salvarlo —declaró Selena.

Ambos la miramos sorprendidos. ¿Estaba de acuerdo... conmigo? Al instante intenté verlo desde su punto de vista. Debía de saber que había un Arcana dentro, y debía de creer que Matthew le sería de utilidad en algún momento.

Selena se quitó el arco del hombro.

—¿Piensas vivir para siempre, J.D.?

—Creía que éramos de la misma opinión en ciertas cosas —le dijo—. Como que la supervivencia era primordial. Bajar hasta allí es lo contrario a sobrevivir; es un suicidio.

—Si se os ocurre algún plan, me apunto. —Ante la mirada incrédula de él, Selena se encogió de hombros—. Puede que no soporte la idea de que un chaval, solo en la oscuridad, esté contando los últimos minutos de vida que le quedan. Debe de estar aterrorizado.

Jackson se volvió de nuevo hacia mí.

—¡Evie, venga ya!

Me crucé de brazos.

—Con o sin ti, Jackson.

Rechinó los dientes y se pasó una mano por el pelo.

—Jack Deveaux nunca va a volver a discutir con dos mujeres. Siempre va a salir perdiendo. —Caminó de un lado al otro—. Si tienes alguna idea, Evangeline, ahora es el momento de compartirla.

Bajé la mirada hasta la estructura. Una casa de una planta con revestimiento de vinilo. Parecía antigua.

—Tengo una, pero te reirás de mí.

—*Sans doute*. Pero cuéntala igualmente.

—¡Es la idea más estúpida y *coo-yôn*! —espetó Jackson a la vez que aceleraba por la autopista en nuestra furgoneta recién incautada, una Econoline vieja—. ¡Arriesgar el pellejo por un desconocido!

Estaba lívido, pero al menos cooperaba.

Habíamos encontrado la furgoneta en la subdivisión más cercana. Mientras Jackson la había reparado rápidamente, había dicho:

—Si de verdad voy a hacer esto antes de volver en mis cabales, no hay razón para que vengas

conmigo, Evie. Ni tú, Selena.

—Te vendrá bien otro arco. —Selena dio unos golpecitos orgullosos en el suyo.

—Lo que me vendrá bien es que te quedes aquí y cuides de Evie.

Puse los ojos en blanco y Selena se echó todo el pelo sobre un hombro de manera desafiante.

—Ahórratelo, J.D. Voy a ir. Lo que significa que Evie también.

Cuando abrió la boca para protestar, le dije:

—¿El viejo Jack está a punto de discutir con dos mujeres...?

Pasamos algo de gasolina de las motos a la furgoneta, las ocultamos para recuperarlas después y luego nos dirigimos de nuevo a casa de Matthew.

Jackson se encontraba al volante, conduciendo a toda velocidad por el camino de tierra montañoso que llevaba hasta la casa. Los surcos meneaban la furgoneta tan fuerte que hasta me castañeaban los dientes.

—Con cuidado, J.D. —protestó Selena desde atrás—. No hay cinturones atrás, ¿recuerdas?

Jackson se había mostrado inflexible en lo referente a dónde me sentaría en la furgoneta para esta excursión: en el asiento del copiloto. Hasta me había mirado a los ojos mientras probaba la seguridad del cinturón. Al instante, Selena había empezado a despotricar y a decir que los únicos cinturones estaban en los asientos de delante.

—Quiero que recuerdes esto, *peekôn*. ¿Sigues entera? —dijo ahora.

Asentí.

—Hay «hombres del saco» delante. —Ya estábamos pasando junto a algunos rezagados; el grupo no hacía más que crecer y crecer.

No intentó esquivarlos. El primero que atropellamos soltó un lamento gutural a la vez que salía volando por encima del vehículo. El segundo no debió de haberse alimentado hacía poco, porque su cuerpo explotó, se deshizo en trozos de polvo que cubrió todo el parabrisas.

Cuando la casa estuvo en nuestro campo de visión... seguimos sin bajar la velocidad.

—Niños, no intentéis hacer esto en casa —murmuró Jackson con expresión absorta. ¿Es que no tenía miedo? En cambio, parecía como si la casa lo hubiese insultado a él personalmente y estuviese a punto de hacerla pagar.

Tragué saliva. Conforme la pared exterior se acercaba, unas dudas repentinas me embargaron con respecto al plan y no quise más que decirles que abortáramos.

Demasiado tarde.

Impacto. Nos estrellamos contra aquella pared. La atravesamos. El revestimiento y las tablas de madera golpearon el capó a la vez que Jackson pisaba el freno.

Medio dentro de la casa, la furgoneta se detuvo. El cuerpo se me vino hacia adelante y el cinturón me quitó el aire de los pulmones.

Mientras luchaba por respirar, abrí los ojos. Uno de los focos permanecía intacto e iluminaba ligeramente el salón. El yeso seco nublaba el aire, pero seguía pudiendo ver la moqueta y los muebles anticuados. Y cajas de cartón; estaban por todas partes, apiladas contra todas las paredes y llenas hasta arriba.

«Los suicidas retro dan la bienvenida a los acaparadores compulsivos».

—¡Evie! ¿Estás bien?

Cuando recuperé el aliento, le mostré el dedo pulgar hacia arriba.

—¿Selena?

Ella asintió con decisión a la vez que preparaba su arco.

Aunque la mitad trasera de la furgoneta tapaba el agujero que acabábamos de hacer y dejaba a los «hombres del saco» fuera, ya habían empezado a golpearse contra las ventanas de atrás y a

gemir de la sed.

No tendríamos mucho tiempo.

Jackson cogió su propia ballesta y se echó al hombro la mochila.

—Entonces a moverse. —Dejamos el motor encendido y nos adentramos en la casa—. ¿Dónde estará el *coo-yôn*, Evie?

—Tiene que estar en el sótano.

—¿Dónde está?

Con todas las cajas, no podía ver fuera de la habitación. Y con todo el ruido —los gemidos de los hombres del saco más sus golpes y el motor todavía rugiendo en los confines del salón— apenas oía su voz en la cabeza.

Cuando me mordí el labio para intentar concentrarme, Selena me apartó de en medio.

—J.D., yo iré por la derecha. Vosotros por la izquierda. Os veo enseguida. —Hizo clic en la linterna que le colgaba del cinturón y luego se marchó.

Jackson también levantó una linterna con la ballesta preparada.

—Vamos, Evie —dijo, y luego añadió—: Y, *peekôn*...

—Como una lapa —terminé por él.

Él me guio hacia adelante, siguiendo un camino a través del cúmulo de cajas. Algunas estaban apiladas tan arriba que parecía que se fuesen a desplomar sobre nosotros.

Pasamos el dormitorio de un niño decorado con una temática espacial. La linterna de Jackson iluminó el papel pintado que ilustraba la galaxia y los móviles intrincados de los planetas que colgaban del techo. Pósteres de cohetes adornaban las paredes. Había ordenadores que parecían ser de alta tecnología y consolas de videojuegos perfectamente organizados.

Jackson soltó una risotada.

—Nunca había estado en el cuarto de un friki.

La voz de Matthew seguía debilitándose y aquello me embargó de temor.

Selena regresó y se colocó a nuestro lado.

—Hay una mujer muerta en el garaje. El coche no tiene gasolina. Las llaves están puestas. Llevará muerta no más de un día.

¿Suicidio? ¿Qué había pasado aquí?

Jackson se mostró impávido ante el suicidio.

—¿Quién cojones arregló el coche? —murmuró, en cambio.

Selena se encogió de hombros.

—He encontrado la puerta que da al sótano. Está saliendo agua de allí.

Jackson me miró a los ojos. Ambos sabíamos que mi visión se estaba haciendo realidad.

—¡Selena, llévanos hasta allí!

Asintió y se alejó de la pista de obstáculos que formaban las cajas.

Jackson y yo la seguimos hasta una puerta insulsa en lo alto de las escaleras que daban al sótano. La oscuridad total nos embargó. Jackson sacó dos tubos luminosos fluorescentes, los agitó y los lanzó abajo. Aterrizaron en el agua.

Gracias a su inquietante brillo verde, pudimos ver que las escaleras daban a un pasillo con dos puertas. El agua caía en cascada por la parte superior de una de ellas, y salía a borbotones por el oxidado ojo de la cerradura como si se tratase de una jarra...

—Ahí está profundo —dijo Selena.

Jackson se giró hacia mí.

—A menos que ese chico tenga agallas, no va a estar vivo.

—¡Ay, Dios! —Ya no oía la voz de Matthew en la cabeza. Silencio—. Por favor, ¡tienes que

sacarlo de ahí!

—¿Has perdido la cabeza?

—¡Por favor, Jack!

—Maldita sea, mujer. —Una palabrota peor le siguió a la vez que me tendía su mochila sin miramiento y le lanzaba a Selena la ballesta—. Quiero que recuerdes esto —murmuró y pasó junto a nosotras para descender los escalones de cuatro en cuatro.

Le seguimos.

—¿Puedes echarla abajo? —grité.

Chapoteó en el agua, que llegaba a la altura de la rodilla, hasta llegar a la puerta abombada para evaluarla. Luego blandió la navaja que siempre llevaba.

—Es madera de roble —dijo Selena—. Es imposible que la perfores.

—No voy a perforarla. —Se secó el agua de la cara—. Vosotras dos volved. *Ya*.

Mientras Selena y yo subíamos los escalones, él llevó la hoja de la navaja a la unión entre el pomo y el marco. Sus músculos se contrajeron al hacer presión, hasta que solo se veía el mango.

Luego retrocedió hasta la pared, se preparó y le dio una patada al cuchillo de lado. Una vez. Y otra...

La puerta salió disparada hacia delante. Un tobogán de agua salió a presión sobre Jackson y un cuerpo laxo apareció junto a la corriente, como si el sótano lo hubiese escupido.

—¡Jackson! —grité.

Él salió a la superficie y agarró al pálido muchacho para llevarlo hasta las escaleras.

—¿Está vivo? —pregunté a la vez que el «cuadro» de Matthew aparecía sobre él: un muchacho sonriente que acarreaba una alforja y una rosa blanca. Tenía ojos ausentes que miraban hacia arriba, en dirección al sol cegador, y estaba a punto de saltar de un precipicio con un perrito justo detrás.

Sacudí la cabeza y la imagen desapareció. No quería ver el cuadro de Matthew; ¡quería que estuviese a salvo!

Jackson palpó el cuello del chico, y luego colocó una mano sobre su boca.

—Respira. Solo se ha desmayado.

Casi me cedieron las piernas.

—El agua sigue subiendo, J.D. —dijo Selena.

Jackson asintió y se echó al muchacho al hombro tal y como lo haría un bombero. Cuando subió las escaleras, yo me maravillé ante su fuerza.

—¡Vamos, tú! —me espetó—. Todavía no hemos salido de aquí.

Para cuando regresamos a la furgoneta, los «hombres del saco» estaban balanceándola con tanta fuerza que casi se le podían ver los amortiguadores. Entrar era como subirse a una barca con el mar picado, pero nos las apañamos para abrir la puerta lateral.

Gateé por el suelo de la parte de atrás y le hice un gesto a Jackson para que dejase a Matthew con cuidado...

Lo soltó como un caimán muerto y pasó a centrarse en otras cosas para evaluar la situación.

—Hay muchos detrás y estamos encajados —dijo—. Quedaos aquí. Voy a dejarlos entrar.

—¿Qué? —gritamos Selena y yo al unísono, pero él ya había cerrado la puerta lateral y se había alejado esquivando las cajas.

Poco después oí lo que sonaba a él derribando una puerta. Le siguió un silbido penetrante. Poco a poco, la furgoneta dejó de moverse.

Entonces apareció Jackson corriendo a toda velocidad, perseguido por una fila de «hombres del saco». Arrojó varias cajas y desplomó otras a propósito para ralentizar a las criaturas.

Selena se asomó para cubrirlo, pero los «hombres del saco» se detuvieron en la entrada del sótano, atraídos por la indiscutible llamada de toda esa agua...

En cuanto Jackson se subió a la furgoneta, la puso en marcha atrás y pisó el acelerador. Los neumáticos chirriaron. El olor a goma quemada envolvió el aire conforme salimos de la casa.

Y entonces... salimos disparados hacia atrás y atropellamos a cualquier «hombre del saco» que hubiese quedado rezagado.

Una parte de la casa cedió en cuanto salimos. Pero había espacio suficiente como para que otros recién llegados entraran a rastras.

Ninguno persiguió a la furgoneta. Miré por las ventanas traseras y los vi empezar a agolparse en aquel agujero como hormigas en su hormiguero.

En cuanto volvimos al camino de tierra para alejarnos, Selena gritó:

—¡Lo conseguimos!

Los ojos de Jackson brillaban de emoción.

—¡Sí! —Le chocó los cinco.

Con el desastre evitado, acuné la cabeza del chico en mi regazo.

—¡Vayamos a por las motos, J.D., y luego abramos esa botella para celebrar! —Encendió su iPod y reprodujo algún tipo de música industrial de lo más irritante.

Sonriente, Jackson me miró por el espejo retrovisor.

Articulé: «Muchas gracias».

Él se encogió de hombros con brusquedad, y luego apartó la mirada.

Desvié la mía hasta el rostro de Matthew y me sorprendió el cariño tan abrumador que ya sentía por él, como si hubiese encontrado a un hermano que llevase muchísimo tiempo sin ver.

Algo atrajo mi atención a su brazo. Tenía la manga de la camisa de cuadros remangada y revelaba la presencia de una pulsera médica. La palabra AUTISTA estaba estampada en ella junto con un teléfono de emergencia.

Por alguna razón no quería que Selena, o ni siquiera Jackson, lo vieran. No quería que lo juzgasen.

—Ya no te hace falta esto —le susurré a Matthew.

Alargué el brazo para desabrochársela, pero en cuanto mi piel hizo contacto con la suya, una visión apareció poco a poco en mi cabeza. Atravesó mi consciencia como el pasar de páginas de un libro.

La furgoneta desapareció. Me encontré en el hogar de Matthew observando desarrollarse una escena.

Justo antes del anochecer, la casa comenzó a temblar. Luego vino un pum metálico y ensordecedor que parecía como si la tapa de una alcantarilla hubiese explotado. El agua comenzó a salir a raudales abajo. No pasó mucho tiempo antes de que los «hombres del saco» se acercaran en manada al jardín y comenzaran a golpear la casa.

El chico se hallaba de pie solo en aquel salón que parecía haberse quedado atrapado en el tiempo. Esperando. Aunque era muy alto, y de mi edad por lo menos, parecía joven y perdido entre todas esas cajas amontonadas. Las horas pasaron y él siguió esperando. El jardín ahora estaba abarrotado de zombis.

Cuando una mujer morena y de mediana edad emergió por fin de su dormitorio, él la miró sin molestarse en esconder las emociones. Vulnerable. Suplicante.

—Matthew —dijo con voz chillona a la vez que se recolocaba el remilgado traje de falda que llevaba—, ¿por qué no vas a mirar la tubería? ¿A ver si puedes arreglar la fuga? Yo iré a asegurar el garaje.

Sus ojos enternecedores se empañaron.

—Sí, madre —carraspeó y arrastró los pies hasta las escaleras y hasta el sótano a medio inundar.

En cuanto se adentró en la estancia y caminó con dificultad a través de los varios centímetros de agua que ya cubrían el suelo hasta llegar a la tubería rota —una enorme que no podría arreglar—, oyó a la mujer murmurar desde el pasillo del sótano:

—Mamá sabe lo que te conviene, hijo.

Conforme el agua seguía subiendo, él se colocó de frente a ella. Su expresión era de puro desconsuelo.

Pero no de sorpresa.

Ni siquiera cuando cerró la puerta con llave y lo dejó allí dentro para que se ahogase...

31

—Despiértalo a bofetadas —me dijo Jackson.

Acabábamos de entrar en una mansión de ladrillo de cuatro dormitorios para pasar la noche. Después de inspeccionar el lugar, Jackson había vuelto a la furgoneta para llevar a Matthew, todavía inconsciente, a una de las camas individuales de un cuarto de invitados.

—Quiero saber cómo se quedó encerrado allí dentro. —Apoyó el hombro contra la pared y le dio un trago a la botella que él y Selena habían abierto para celebrar que nuestra misión de rescate había sido todo un éxito.

Me senté junto a Matthew y le sacudí el hombro. Luego con más fuerza.

Nada.

—Se despertará pronto. —Selena chasqueó los dedos para que Jackson le pasase la botella—. Ven, J.D., hay una diana abajo para jugar a los dardos.

Jackson asintió.

—Evie, déjalo por ahora.

—No quiero que se despierte sin saber dónde está. —No después del día que había tenido. «Mamá sabe lo que te conviene». Me estremecí—. Id vosotros a jugar...

—*Mi amiga ha venido a por mí.*

Bajé la mirada. El susurro de Matthew había sido... ¿en voz alta? Después tanto oír su voz en mi cabeza, sonaba muy intensa. Auténtica.

Estaba despierto y con los ojos abiertos. Me resultaba totalmente familiar.

Se irguió y me estrechó entre sus brazos como si hubiese estado deseando verme. Hasta su respiración era entrecortada.

Por encima del hombro de Matthew vi a Jackson fruncir el ceño.

—Creía que habías dicho que nunca habías conocido a este chico en persona —dijo Selena con voz enfadada.

—Y no l-lo he hecho.

—Emperatriz —suspiró Matthew contra mi pelo.

Me tensé y deseé que no hubiese dicho eso en voz alta.

—¿Por qué la has llamado así? —exigió saber Jackson, mientras que Selena ladeaba la cabeza con curiosidad.

Matthew se separó de mí para mirarlo a él.

—¿Por qué tú no?

No sabía decir si su tono de voz era desafiante o meramente de desconcierto. Al parecer, Jackson tampoco.

—Dinos cómo te llamas.

—Matthew Mat Zero Matto. —Con una mirada ladina, añadió—: La Emperatriz conoce mi nombre.

—¿De dónde salía toda esa agua en tu casa? —preguntó Jackson.

—De una tubería. —Luego le explicó a Jackson—: El agua se mueve en tuberías.

Jackson se separó de la pared. Estaba claro que había llegado al límite de su paciencia.

—¿Te has golpeado en la cabeza o algo, chico?

—Jackson, por favor.

El cajún volvió a fruncir el ceño. Luego se dirigió a Selena.

—Es más espeso que el chocolate —murmuró.

—El chocolate —comenzó a decir Matthew con solemnidad— es... espeso.

En voz alta, Selena pronunció:

—Yo soy Seh-le-nah Luh-ah. Él es Jackson De-voh.

Con tono aburrido, Matthew articuló:

—De-vi-oh y Luna. —Se giró sin más interés y me miró—. Has venido a por mí.

—Todos lo hicimos, Matthew —dije—. Jackson fue el que te liberó de aquel sótano. Selena también jugó un papel importante.

Se encogió de hombros.

—El único *coo-yôn* en el mundo que se podría haber ahogado después del Destello —comentó con irritación—. Y me debes una navaja, chico.

—Venga, J.D. —dijo Selena—, dejemos que esos dos locos se pongan al día. Me apuesto la otra botella que tenemos a que te gano a los dardos.

Chica lista por traerse whisky... para el chico con el sobrenombre de uno. «Bien jugado, compañera».

Jackson desvió la mirada de Matthew a mí; no se lo veía muy convencido.

Diferentes impulsos me atravesaron: la necesidad curiosa de preguntarle a Matthew cosas en privado, y la necesidad celosa de separar a Jackson de Selena, para averiguar qué había pasado entre ellos anoche.

La curiosidad ganó.

—Divertíos —dije—. Estaremos bien. Creo que seré capaz de hablar mejor con él en privado. Selena comenzó a llevarse a Jackson a rastras.

—Grita si necesitas algo. Estaré atento —añadió de manera amenazante por el bien de Matthew. Luego en francés me murmuró a mí—: Tenemos que hablar. Esta noche.

—Madre mía, ¡qué sexi te pones cuando hablas en francés! —exclamó Selena. Y entonces se marcharon.

«¡Zorra!». Jackson tenía razón, la *jealousie* sí que me carcomía por dentro.

Me coloqué una máscara inexpresiva en la cara antes de volver a mirar a Matthew.

—Eh, chico, tienes que ser un poco más amable con esos dos. Por desgracia, dependemos un poco de ellos.

Él se rio entre dientes al oír eso.

—¿Sabes cazar? ¿O disparar?

—¡Una vez tuve un tirachinas!

—Bien, pues yo tampoco. Pero los dos cazan. Ellos buscarán comida y nos protegerán. Así que, en serio, vamos a tener que depender de ellos.

Sonrió.

—Esta vez la Emperatriz tiene sentido del humor. —Una cosa era que me llamase Emperatriz en la cabeza y otra muy distinta que lo hiciese en la vida real.

Matthew estaba aquí de verdad. Conmigo.

—Gracias por las visiones, chico. —Esa es una frase que nunca pensé que diría—. Me

salvaste del Destello.

Él asintió, serio.

—Soy un salvavidas.

—Pero yo no podría haberlo sido. Es decir, no habría podido prevenir el Destello, ¿verdad?

Él soltó una carcajada.

—Eso es una locura.

«Me siento mejor...».

—Matthew, ¿exactamente cómo de vidente eres?

—Tanto que otros videntes deberían llamarse *Mattentes*.

Sonreí. La emoción me recorría las venas.

—¿Qué es lo que puedes ver?

Miró al techo y sus ojos se volvieron ausentes.

—Las dos últimas mariposas monarca están a miles de kilómetros de distancia y vuelan en direcciones opuestas. Un chico está patinando en el lago Michigan. La siguiente carta está cerca. No mires a esta mano...

—Mira a esa otra —terminé—. Lo conozco. Cuando oyes las voces, ¿se callan cuando haces contacto con ellas?

—No quiero que se callen. De-vi-oh las silencio por ti. Siempre que ayuda te hace daño.

—¿Quieres explicarte? —Me dedicó una sonrisa de oreja a oreja. Al parecer, no—. ¿Así que puedes mandarles las visiones a cualquiera? ¿Y puedes transmitirlos a través del contacto físico?

Se le estaba secando el pelo, que ahora le caía de forma encantadora sobre la frente.

—Mensajes.

—¿Se los has enviado a otros arcanos?

Se le veía insultado. Como si lo hubiese acusado de haberme engañado.

—Tú eres mi amiga y aliada.

—¿Entonces por qué me mandaste visiones de Selena? ¿Qué significaba esa del bosque?

—¿Significar? —preguntó, perplejo—. ¿Es hora de irse a dormir?

—Eh, no. Contéstame a esto. ¿Es Selena buena como nosotros o mala... como la Muerte?

—Es la Luna —dijo como si nada.

Obviamente ese tema no iba a ninguna parte.

—¿Ves a mi abuela?

—*Tarasova* —murmuró Matthew.

Como si me la hubiese descrito.

—¿Está bien? —Nada—. Vamos de camino a buscarla. Ella tiene todas las respuestas.

—Tú tienes las preguntas a esas respuestas.

Seguro que me contaría si no hubiese sobrevivido, ya que íbamos hacia allí, ¿verdad?

—Si eres vidente, y yo puedo controlar a las plantas, ¿qué poderes tienen algunos de los otros arcanos?

—Inmensos.

—¿Estamos alterados genéticamente o algo? ¿Cómo hemos obtenido nuestros poderes?

—Nacemos con ellos.

Vale.

—¿Tiene Selena otras habilidades aparte de ser buenísima al tiro con arco? —¿Aparte de estar siempre perfecta, de saber conducir una moto, y de cocinar como una total *Master Chef*?—. ¿Sabe ella lo que somos? ¿Es literalmente la que siembra la duda? ¿Y cuántos arcanos hay? ¿Por qué aquella visión con la Muerte parecía más real que todas las otras?

En vez de responder a alguna de mis preguntas, Matthew bostezó y se le pusieron los ojos un poco menos videntes; ahora parecían los típicos de un niño soñoliento, marrones.

Aunque me moría por obtener respuestas, sentía que presionarlo con el tema me serviría de tanto como cuando me obligaba a mí misma a recordar. En otras palabras, nada de nada.

«A veces tienes que dejar que todo suceda». Pero tenía que saber una cosa.

—Cuando antes estabas inconsciente, tuve una visión sobre ti. No parecías sorprendido cuando tu madre te encerró allí. ¿Viste tu futuro?

—No el mío. Nunca el mío. El suyo.

¿Solo podía ver el futuro de los demás?

—¿No querías, eh... intervenir en él? —¿Quizás evitar que intentase asesinar a su hijo y se suicidase?

¿Le habría dado un chispazo por culpa del estrés? ¿O había querido evitar que los «hombres del saco» lo mataran, solo para que muriese ahogado? ¿Por qué no se lo había llevado con ella al coche?

Entonces lo recordé; Matthew ya me lo había dicho. Ella sabía que él no se habría quedado en el coche.

—No habría servido de nada. No durante mucho tiempo. —Con ojos centelleantes, susurró—: *Veo lejos, Evie.*

¿Entonces la mujer habría muerto poco después? ¿O quizás su destino habría sido mucho peor?

Hasta debatiendo si existía algún destino peor que la muerte, me preguntaba cómo llevaba Matthew el tener que tomar esas decisiones tan horrosas por los demás.

Pobrecito. Alargué el brazo para apartarle el pelo de la frente, tal y como mi propia madre solía hacer conmigo. ¿Cómo podía sentir tanto afecto por él tan rápido?

Pero, bueno, nos conocíamos desde hacía meses.

Él parpadeó y me miró con infinita confianza.

—Creí en que llegarías a tiempo. —Otro bostezo.

Verlo bostezar era lo equivalente a contemplar a un cachorro quedarse dormido: lo más adorable que había visto nunca. «¿Volveré a ver a algún cachorro?».

—¿Por qué no intentas dormir? Mañana tendremos horas y horas para hablar.

—No me dejes.

—No lo haré, te lo prometo.

Los párpados parecieron pesarle cada vez más.

—Empieza conmigo... y termina con él.

—¿Terminar con quién, Matthew?

Ya se había quedado dormido.

Me dirigí a la otra cama individual, me tumbé y reflexioné sobre el día que habíamos tenido. Por supuesto que Selena había querido venir con nosotros.

—*Joder, J.D., me vendría bien algo de aventura —había dicho.*

Había tenido preparadas las herramientas de supervivencia, ropa de alto rendimiento y comida rica en calorías en cuestión de minutos. Zorra.

Al menos nos había dejado coger sacos de dormir y comida para nosotros también.

Y no cabía duda de que era bastante apta para el viaje, ya que incluso manejaba su propia moto como una doble de películas profesional. De hecho, había querido que fuese con ella en la moto; sin duda para evitar que abrazase a Jackson.

Pero Jackson había intervenido con un tono de voz que no admitía réplica.

—Evie va conmigo.

¿Había vuelto a conseguir su atención a pesar de Selena? ¡No sabría decirlo! A veces, conforme avanzábamos hacia el norte, mis pensamientos regresaban a la noche anterior, pero luego recordaba que la vida de Matthew estaba en juego y me sentía avergonzada.

Ahora podía darle todas las vueltas que quisiera. Los hechos: anoche, Jackson había estado borracho y enfadado conmigo. Ella se le había lanzado encima. Esta mañana, cuando Jackson me había llevado de vuelta a la mansión, Selena había estado indignada, como una novia despechada.

Tres posibilidades. Una, habían tenido sexo como conejos y esta noche volverían a hacerlo. Dos, se había contenido, pero ahora Jackson se arrepentía. O, tres, se había contenido y Selena estaba celosa sin motivo alguno.

Tenía que saberlo. Y aunque nada de lo que habían hecho o dicho me convencía de que fuesen pareja, tampoco habían hecho nada que me permitiese descartar esa opción de golpe.

—¿Emperatriz? —dijo Matthew, despertando.

—¿Has tenido una pesadilla, chico? ¿Tienes hambre? Tenemos comida.

Me miró con atención, se levantó de la cama... y luego se metió conmigo en la mía.

—¡Eh! ¿Qué haces?

Me cogió de la mano con las dos suyas. Me relajé al instante.

Estar así con él me resultaba normal, natural. Familiar.

—Están jugando, Evie.

—¿Quiénes? —Había entrado en calor y era incapaz de mantener los ojos abiertos.

—Los arcanos —fue lo último que oí.

32

Matthew y yo estábamos al borde de un campo quemado y grande. Sobre nosotros, unos rayos iluminaban el cielo oscuro.

Él seguía sujetándome la mano y dejando que visualizara su visión. La escena era aún más vibrante que las que me había enviado. De hecho, era como una continuación de la realidad. ¿Cómo distinguía las visiones de la realidad?

Mentalmente, me susurró: error o acierto.

Deduje por sus pensamientos que sabía que estábamos aquí para ser testigos en secreto de una batalla entre arcanos, una que estaba sucediendo en ese mismo momento en alguna parte del mundo.

Había cinco arcanos divididos en dos pequeñas alianzas. Se encontraban casi al final de la lucha.

¿Había previsto Matthew quién ganaría?

Él negó con la cabeza.

—*El futuro fluye como las olas, o como los remolinos. No se puede ver siempre. Pero para ganar apuesta por él.* —Matthew señaló hacia el campo, hacia el hombre alto y enfundado en una armadura que cruzaba el terreno tiznado con una espada en cada mano—. *La Muerte.*

Estaba tal y como lo recordaba de Haven; llevaba una armadura negra completa y un casco con una luz que iluminaba el interior de la rejilla.

Era asombroso y se mostraba de lo más relajado con aquellas espadas. Un asesino perfecto.

Y hubo una vez que miré su carta y sentí pena por él, ¿eh?

A su alrededor, jabalinas eléctricas explotaron y lanzaron chispas. A lo lejos, el perfil de un chico se iluminó debido a la electricidad.

—¡Alzad la vista, muchachos! —gritó al tiempo que las jabalinas caían desde el cielo a mayor velocidad.

A la vez que me preguntaba cómo se llamaría, Matthew susurró:

—*Joules, el Amo de la Electricidad. La carta de la Torre.*

Los rayos impactaban alrededor de la Muerte, pero él ni cambió de rumbo ni se agazapó. A veces desviaba una jabalina con una de sus espadas.

Vi su objetivo; una chica de pelo negro que parecía aún más joven que yo. Cojeaba en aquel paisaje asolado, tratando de escapar de él.

Mucho me temía que era una causa perdida. Aunque portaba armas —un cuchillo en forma de tridente en cada mano—, él llevaba armadura. No creía que ella pudiera atravesarla a menos que pudiese llegar a la rejilla de su casco.

Y su cuerpo ya había recibido algo de daño. Entrecerré los ojos cuando vi unas venas de color negro sobre su tez morena. Aumentaron hasta juntarse en largos trozos de piel.

—*El Roce de la Muerte* —explicó Matthew.

Sin aire y gimiendo, se volvió para mantener a la Parca a la vista.

—*La carta de la Templanza*—susurró Matthew—. *Calanthe. Porta el Peso de los Pecados.*

La chica tropezó, perdió el equilibrio y se cayó de espaldas. Una nube de ceniza se elevó alrededor de su cuerpo...

Un tridente salió volando de la ceniza, girando sobre sí mismo y directo hacia el casco de La Muerte.

Con un giro de muñeca, la Muerte evitó el arma con su espada. Como si fuera un mosquito. En cuanto la ceniza se dispersó, pude ver que la expresión de la chica era de terror absoluto; la chica sabía que estaba a punto de morir.

Cuando las jabalinas se multiplicaron y cayeron del cielo alrededor de la Muerte, me percaté de que Joules estaba intentando salvarla. Lanzaba las jabalinas mientras escapaba, porque una bestia con cuernos lo estaba persiguiendo.

Reconocí a la criatura. Ogen, *El Diablo*. El asqueroso aliado de la Muerte.

Pero el cuerpo de Ogen se transformó y aumentó de tamaño, primero en un inmenso ogro y después hasta hacerse un gigante. Su fuerza era inmensa.

Joules siguió lanzando rayos mientras se replegaba. Si el monstruo capturaba al chico...

La Muerte giraba las espadas y esquivaba los rayos con una velocidad asombrosa. Estaba caminando entre electricidad y parecía aburrido.

Justo antes de que la Muerte alcanzara a Calanthe, un borrón empezó a descender del cielo como un cometa. ¡Un chico que volaba! Ya lo había visto con su ropa antigua y esas majestuosas alas negras. Ya lo había oído: *Te observo con ojos de águila*.

A través de los pensamientos de Matthew supe que se llamaba Gabriel, la carta de el Juicio. También se le conocía como el arcángel y su *modus operandi* era sobrevolar la batalla y elegir el momento perfecto para atacar. Entonces, bajaría en picado, aumentando cada vez más su velocidad, y luego seguiría justo a ras de suelo.

Ahora descendía tan rápido que el aire silbaba a su alrededor.

En su primer descenso le quitó el casco a la Muerte. Enseguida, Calanthe lanzó el arma que le quedaba a la cara, como si todo formara parte de un plan.

Pero él la esquivo con facilidad. ¿Tan rápido era?

Yo quería verle la cara a la Muerte, pero la ceniza se revolvía y la oscurecía. Su pelo rubio también le ocultaba los rasgos.

Gabriel perdió algo de velocidad al arquear la espalda y tensó los músculos y los tendones para volver a descender. Su velocidad siguió haciendo silbar al aire en su segundo ataque.

Pero la Parca era demasiado rápida, incluso para el arcángel. Sus espadas refulgieron y rasgaron una de sus alas negras, lo que lanzó al chico volando por el cielo nocturno.

Escuché a Joules gritar; ¿se estaba enfrentando a Ogen? Ya no había jabalinas bombardeando a la Muerte; ya no había nada que pudiese salvar a la chica.

¿Podríamos ayudarla nosotros?

Matthew susurró:

—*No estamos aquí, Emperatriz.*

Así que solo pudimos ser testigos de cómo la Muerte le arrebató la vida a la chica. Dándonos la espalda con aquella armadura, se cernió sobre Calanthe. En cuanto ella empezó a rogar piedad, él sacudió la cabeza y la voz de la chica se fue apagando.

Gritó débilmente y alzó una mano, como si fuera a atacarle con algún tipo de poder.

—*Machácalo*—murmuró Matthew—. *Peso de los Pecados.*

Una neblina se instaló a su alrededor y ondas de energía empezaron a emanar de ella hacia la

Muerte.

Él soltó una carcajada.

—Tendría que pensar que mis acciones son pecaminosas para que ejercieras poder sobre mí, Calanthe. —Con una de sus espadas le cortó el brazo y con la otra fue a por su cuello. Rebanado.

Desvié la mirada al tiempo que se me humedecían los ojos.

Matthew le dio un apretón a mi mano.

—*Ella ya no le teme.*

Al otro lado del campo, Joules gritaba por la tristeza mientras se replegaba y Ogen lo perseguía.

Aquello dejó a la Muerte sola con su víctima.

Cuando él se giró hacia su montura de ojos rojos, que lo esperaba no muy lejos de nuestro escondite secreto, vi la cara de la Muerte por primera vez.

La sorpresa me embargó. La Muerte era el chico más guapo que jamás hubiese visto.

No parecía tener más de veinte años; era alto y de espalda ancha, y su rostro te dejaba sin aliento. Imaginaba que alguien describiría sus facciones como nobles. Sus ojos relucían como... estrellas.

¿Cómo podía alguien tan malo ser tan atractivo?

Dejó el casco en el borrén delantero de su montura y soltó una bocanada de aire. Su porte mostraba cansancio.

Pero se tensó y giró el cuello para mirar directamente a Matthew.

—He vivido lo suficiente como para sentir tu mirada imperturbable, Loco. —Su voz era rasposa y grave—. ¿La has dejado verme jugar? Quizás no te mate en último lugar.

Y, a continuación, su atención se desvió a mí.

—No te preocupes, Emperatriz, Matto recuerda sus deudas. Él también me hará verte a ti. —Su acento parecía del este de Europa, ¿o quizá Rusia?—. Observaré todas tus batallas y descubriré todos tus trucos ingeniosos. A partir de esta noche, te susurraré en la mente más que cualquier otro arcano.

Me había quedado sin palabras, asombrada aún por su cara.

Aquello pareció sorprenderlo.

—¿Eres débil? Nuestro juego no tiene gracia si lo eres. ¿Eres cobarde y te falta valor?

Matthew me apretó la mano y me instó a responder.

—No. —Sonó como una pregunta.

La Muerte entrecerró sus ojos brillantes.

—He esperado durante largos años para volver a enfrentarme a ti. ¿Acaso no te enfrentarás a mí?

¿Enfrentarme a él? ¿Con qué se suponía que iba a hacerlo?

Detrás de él, el campo bien podría haber sido un paisaje lunar de todas las plantas que habían crecido. ¿Debía atacarlo con mis garras espinosas?

Tal y como él había dicho una vez, mi sangre daba vida. Pero incluso si tuviera tiempo para hacer crecer las semillas, unas plantas de jardín no tendrían nada que hacer contra esas espadas.

¿Cuánta sangre necesitaría para hacer convertir una bellota en un aliado formidable?

—Recuerda, Emperatriz —exclamó él—. La Muerte siempre vence a la vida. Puede que tarde, pero siempre gana. —Al montar en su imponente caballo, me lanzó una mirada hipnótica—. Cuando tu sangre bañe mi espada, la beberé para burlarme de ti.

Me desperté con un grito ahogado, de vuelta en la mansión.

Matthew parecía drogado cuando regresó de la visión.

—¿Qué demonios ha sido eso, chico? —No solo habíamos presenciado un asesinato, ¡habíamos hablado con el asesino!—. Despierta. —Lo zarandeé de los hombros. Parecía cien veces más cansado que cuando se había dormido—. ¿Por qué espera la Muerte que yo me enfrente a él?

Se pasó una mano por la frente.

—Las batallas de antaño se deben luchar; las marcas deben ganarse; las malas cartas deben vencerse.

Tenía los sentidos a flor de piel tras esa visión tan perturbadora y mi paciencia escaseaba. Traté de regular la voz.

—¿Por qué se deben luchar? ¡Quizás ya tenemos... no sé, más que suficiente con el Destello!

—Las batallas comienzan al final —repitió.

—¿El Destello marcó el comienzo? —Justo cuando las voces elevaron el tono. ¿Es que el apocalipsis había despertado a los arcanos? Tragué saliva. «¿O al revés?»—. ¿Qué causó el Destello, Matthew?

—El sol.

Suspiré de alivio. Vale, un destello solar tenía sentido. Pero entonces me acordé...

—¿No hay una carta de el Sol?

Él se encogió de hombros.

«Ten paciencia, Evie».

—¿El Sol es bueno o malo?

—El Sol es una estrella.

¿No había también una carta de la Estrella? «Prosigamos...».

—¿Cómo nos ha visto la Muerte?

—Anciano. Reconoce mi mirada.

—¿Cuántos años tiene?

—Muchos.

—¡Matthew! —Me levanté y me puse a andar por la habitación.

—Unos veintiún siglos.

—¡Veintiuno! ¿Es inmortal?

Volvió a encogerse de hombros.

—Es solo que no lo han matado en mucho tiempo.

Seguí paseándome.

—Pero te conoce... ¿Eres... de su edad?

Puso los ojos en blanco y respondió:

—Tengo dieciséis años.

«¡Paciencia!»

—Entonces, cuéntame cuándo os conocisteis.

—Hace veintiún siglos.

Me apreté el puente de la nariz.

—Estás acabando conmigo, chico.

Él se puso de pie y me agarró de los hombros.

—¡Jamás te mataré!

—Es una forma de hablar, chico. —Me liberé de su agarre.

—Oh. —Volvió a sentarse en la cama—. He visto los juegos, el pasado. He visto a la Muerte. En cierta forma, soy sabio —dijo, y parecía de todo menos eso.

—Loco de atar —murmuré—. Vale, digamos que tengo que luchar en alguna especie de

«batalla de antaño». ¿Para qué? ¿Qué obtenemos si ganamos?

La mente me iba a mil por hora al imaginar el tipo de premio que podría equivalerse al riesgo. ¿Quizá había algún tipo de cielo en la tierra protegido que sí que tenía lluvia y plantas?

La Muerte era como un caballero de otro mundo; ¿tenía alguna fortaleza intocable en algún lado? Entonces, me acordé de su mundo negro, plagado de ruinas. No era precisamente donde yo elegiría vivir.

¿Quizá había alguna manera de volver atrás en el tiempo y detener el apocalipsis! Mi abuela había creído que yo iba a salvar el mundo, ¿no? Necesitaba saber lo que me jugaba.

Se me cayó el alma a los pies cuando Matthew exclamó:

—Si ganas... vives.

—Entonces, ¿no hay manera de mejorar nuestra situación? ¿Solo más peligro y preocupación sobre mis hombros?

—¡Peligro! ¡Preocupación!

—No. *Me niego*. ¡No quiero esta mierda! Nunca he querido participar. Pero puedo no hacerlo.

—No se rechaza. Eres un arcano. Aprende tus poderes. Úsalos.

—Nanai, no estoy involucrada en esto —le aseguré—. Ondearé una bandera blanca y trataré de que haya tregua. Tú puedes ayudarme con la Muerte, porque lo conoces.

—Yo estoy en su bolsillo, así que él está en mis ojos.

—¿Y eso qué significa?

Matthew asintió.

—No hay tregua. No hay paz. Es la Muerte. Solo sabe de una cosa: matar.

—Entonces huiré.

¿En eso se convertiría mi vida? ¿Escapar de un asesino en serie que llevaba armadura, mirar siempre por encima del hombro y temer que se acercara a mí? ¿Cuánto tiempo podría seguir así?

Me estremecí y recordé el encomio de Matthew hacia Calanthe.

Ella ya no le teme...

33

DÍA 242 d. D.

FRONTERA DE TENNESSEE CON ALABAMA

—Esto no me gusta —murmuró Jackson mientras agarraba el volante con fuerza y entrecerraba los ojos para ver la carretera. Pero no trataba de ver entre la ceniza...

Nos cubría un manto de niebla. Las montañas que flanqueaban la interestatal estaban cubiertas de ella.

No había visto niebla desde antes del Destello. Desgraciadamente, ese no había sido el único cambio atmosférico con el que nos habíamos topado. En los seis días siguientes al rescate de Matthew, la temperatura había descendido hasta casi helar.

Los vendavales se habían vuelto menos frecuentes, pero, cuando azotaban, eran una fuerza imparable.

¿Un viento así, en el sur, en mayo? Ver nuestras respiraciones con vaho nos había puesto en tensión. Hasta donde sabíamos, podría suceder una nueva era glaciación en el mundo.

Yo solo tenía mi sudadera, Jackson una chaqueta de cuero fina, ¿y Matthew? Un saco de dormir. Selena, por supuesto, tenía ropa para todo tipo de tiempo.

Desde su posición como copiloto, estudió el mapa.

—Vamos por el camino correcto, J.D. Quizá la niebla te confunde.

Todos los días, Selena y Jackson se sentaban delante y nos dejaban a Matthew y a mí detrás con las motos. Como si fuésemos equipaje.

Matthew se encontraba tumbado en el saco de dormir en ese momento, silbando la canción de *La guerra de las galaxias*, ajeno a nuestra inquietud.

—Al tanque le queda poco —dijo Jackson—. Ese mapa no muestra ningún pueblo en varios kilómetros a la redonda. Esto era una zona rural.

—El mapa es antiguo —exclamó Selena—. Podría haber centros comerciales todo recto. Y te aseguro que encontraremos más gasolina que en los sitios por donde hemos pasado.

Después de rescatar a Matthew, habíamos decidido ir hacia el norte en dirección a Tennessee antes de desviarnos por el este, hacia Carolina del Norte. Volver sobre nuestros pasos por el sur por la misma carretera de Alabama y sin recursos no era una opción.

Solo nos quedaban unas pocas barritas energéticas. El agua escaseaba.

A pesar de que nos habíamos desviado oficialmente de la destrucción masiva del gran ejército, todavía no habíamos encontrado comida por aquí cerca.

¿Qué habíamos encontrado? Más «hombres del saco». Los habíamos visto arrastrándose por la carretera intentando alcanzar nuestra furgoneta.

—Siempre podemos utilizar la gasolina para las motos —sugirió Selena.

Jackson sacudió la cabeza.

—No nos llevarían ni a quince kilómetros con esto. Además, tenemos que guardar esos tanques.

Noté la tensión en sus hombros y en su mandíbula. Jackson sentía el peso de tanta responsabilidad. Deseé poder ayudarlo de alguna manera. Puede que quizá yo no pudiese, pero Matthew, sí.

Mientras Jackson y Selena debatían qué ruta seguir, yo re Coloqué nuestra caja de armas y las garrafas de gasolina vacías para poder tumbarme en mi saco de dormir al lado de Matthew. Me eché junto a él y me encogí para entrar en calor. Había corrientes de aire en la parte trasera de la furgoneta.

Nos colocamos mirándonos a poca distancia.

—Matthew, cuéntame —murmuré—. ¿Vamos por el camino correcto? ¿Encontraremos comida pronto? Dame algo que podamos usar.

Jackson y Selena no tenían ni idea del tipo de recursos que poseían y lo seguían tratando de idiota.

De loco.

Matthew me atravesó con la mirada.

—No se lo merecen —exclamó por lo bajo, y sonó más como un chico de dieciséis años que como un vidente. Después, empezó a silbar la canción de *La guerra de las galaxias* otra vez.

Que silbase no me gustaba nada.

Y ahí estaba Selena, subiendo el volumen de las canciones rock insoportables. Matthew silbó más fuerte; ella subió aún más el volumen.

De haber más tensión en la furgoneta, todos saldríamos por los aires.

A Jackson, Matthew le había caído mal desde el principio; ponía muecas siempre que el chico me agarraba de la mano al andar y lo llamaba *bon à rien* cada vez que podía.

En apariencia, Selena parecía ignorar a Matthew, pero cuando pensaba que nadie la miraba, estudiaba al chico con una intensidad peligrosa.

La visión que Matthew me había mandado todavía me daba escalofríos. Pero él no parecía temerla en absoluto, lo cual me hacía sentir mejor.

Me había obligado a dejar toda mi preocupación y celos sobre Jackson y Selena a un lado y centrarme en Matthew. Creía que era la primera vez que no recibía cuidados de forma continua y a él le estaba costando.

La mayor parte del tiempo no parecía estar en nuestra realidad. Hablaba para sí y se reía de repente. Dormía mal y no me cabía duda de que se sentía abrumado por todas las visiones.

Me había enseñado una batalla. No le había pedido ver más.

Siempre que hablábamos sin que Selena y Jackson nos escucharan, había intentado indagar sobre los arcanos. Había descubierto que el Loco podía ver el futuro del resto y también su presente y su pasado. Me había enterado de que había muchos más chicos como nosotros. Pero no para qué.

Si participábamos en algún tipo de guerra con alianzas y batallas, ¿qué había iniciado la lucha? Sabía que era de vida o muerte —había visto a Calanthe sin cabeza—, pero ¿habían muerto ya otros chicos?

¿Habían sobrevivido Joules y Gabriel esa noche?

Todo se resumía en que Matthew me había contado lo suficiente como para que quisiera tirarme de los pelos. Una conversación típica:

—¿Cuántos arcanos hay?

—¿Cartas?

—Sí, cartas.

Asintió.

—Arcanos.

—Vale. ¿Qué fue primero, los niños o las cartas?

Su respuesta: «Los dioses».

Casi había pensado que lo hacía a propósito para frustrarme, excepto por el hecho de que él se frustraba conmigo, como si intentara enseñarme un nuevo idioma y yo me olvidara una y otra vez de cómo decir «la».

Estiré la mano hacia su frente y re Coloqué el pelo que la cubría.

—Matthew, deja de silbar un rato.

Tomó aire con expresión desafiante.

—¿Por favor?

Me atravesó con la mirada, pero se quedó callado.

Qué alivio. Yo habría querido que hablásemos por lo bajo para que Jackson y Selena se olvidasen de que estábamos aquí.

—A la Emperatriz le asusta que De-vi-oh y Luna se deshagan de mí.

—¿Qué? No.

Puede que durante un par de días me hubiera preocupado al haber oído a Jackson decirle a Selena:

—Ese chico ni puede luchar, ni cazar, ni vigilar, ni quedarse callado. Es nulo para buscar recursos. —Eso era justo lo que había dicho de mí—. Siempre tiene hambre. Consumimos toda la comida que encontramos.

—Pero a Evie le gusta mucho, J.D. Seguro que ves lo que siente ella por él —había contestado Selena.

Mi cariño por Matthew no iba por ahí, y ella lo sabía, pero no había podido contradecirla sin descubrirme oyendo a escondidas.

Y después Selena había añadido:

—¿Por qué no le dices que seguiremos con él solo si accede a regresar a mi casa? Si no, nos obligará a deshacernos del peso muerto.

«Selena, eres una víbora».

Pero Jackson le había respondido:

—Lo pensaré.

¿Cuánto poder ejercía ella sobre él?

Decidí que no sería posible que los dos de delante nos escuchasen y susurré:

—Matthew, ¿Selena puede sembrar la duda?

—Es la Luna. —Empezó a mirarse la mano, girándola una y otra vez, examinando cada centímetro de piel. Lo cual quería decir que daba el tema por zanjado.

Yo le había preguntado si Jackson había estado con Selena y me había respondido de la misma manera. Aún no sabía si así era. Ambos se llevaban fenomenal, pero no dejaban entrever que hubiese algo más.

Al menos, Jackson no. Era obvio que Selena estaba pillada por él.

Y puede que no fuera la única.

Si descubría que él quería algo más de mí y que no se había acostado con nuestra acompañante, le diría que me estaba enamorando de él.

Y ahora Matthew me miraba decepcionado.

—La Emperatriz miente sobre que ellos no quieren deshacerse de mí.

Solté aire.

—Jamás dejaría que te pasara nada. Si te echan, yo me voy contigo.

Se lo había dicho a Jackson. Craso error.

Ayer, en uno de los raros momentos en los que ni Selena ni Matthew habían estado cerca, Jackson me había dicho gruñendo:

—¿Crees que ese chico puede cuidar de ti? ¿Qué puede protegerte en el camino?

Yo me había sentido confusa.

—¿Lo tendrá que hacer? —Le habían surgido dudas—. Ah, ya veo. El pueblo ha hablado. Selena y tú os vais a quitar un peso de encima. ¿Me lo dirás con antelación al menos para que nos preparemos?

Jackson había echado la cabeza hacia atrás con la mandíbula tensa.

—¿Crees que te abandonaría?

—Puede que os haya oído hablar a ti y a Selena. Dijiste que Matthew era nulo para buscar recursos y que estaba consumiendo la comida. —¿Sería posible que Jackson viese a Matthew como una carga, sobre todo con la influencia y las dudas que sembraba Selena?

—Es un hecho —había respondido Jackson—. Algo en lo que yo normalmente pienso a la hora de tomar decisiones.

—¿Como la decisión de abandonarlo?

—¿Y qué harías si eso pasase?

—Irme con él —había contestado sin vacilar.

—¿Preferirías irte con él antes que conmigo? —Durante un breve momento, había visto algo posesivo y feroz en su mirada, pero entonces...

Desapareció. Su expresión se volvió inescrutable una vez más. Y me había dicho fríamente:

—¡Quizá eso es lo que debería hacer! Dejar que sigáis vuestro camino, con uno más inútil que el otro. ¡Si no estuviera tan seguro de que os mandaría directos a la tumba, tomaría esa decisión ahora mismo!

Y después se había marchado y me había dejado temblando.

Desde entonces apenas habíamos hablado, aunque lo había visto mirándome por el retrovisor a menudo.

De vuelta al presente, le dije a Matthew:

—No quiero que te preocupes por que te abandonen, ¿vale? Prométemelo.

—No los necesitamos —comentó él—. Tú necesitas a tus aliados.

—Vale, muy bien. ¿Quiénes?

—¡Arsenal!

—*Shhh*, chico. —Por muy hermana mayor y mejor amiga que me hiciera sentir, me crispaba como nadie. Imaginaba que así sería un hermano en un viaje.

En voz baja, me dijo:

—Tienes que practicar tus poderes. *Fitomanipulación*.

¡Eso era nuevo!

—¿Eso significa ejercer control sobre las plantas?

—Tengo hambre.

«Paciencia».

—Matthew, si se supone que debo practicar, ¿vas a ser mi entrenador?

—Sí —contestó animadamente—. Saca tus garras espinosas.

Me avergonzó que alguien más supiera de ellas, pero cerré las manos en puños.

—No puedo obligarlas a salir. —La última vez que habían aparecido había sido en casa de

Selena—. ¿O sí?

Él suspiró como si sufriese.

Centré la atención en mis uñas, imaginándolas transformarse. No pasó nada. Volví a concentrarme. Igual. Así que lo dejé.

—Dijiste que tenía otros poderes —«más sencillos, con suerte»—. ¿Cuáles? ¿Cuál es mi llamada?

—No veo tus garras. —Me miró las manos y después empezó a mirarse las suyas. *Tema zanjado*.

—Vale, ya lo pillo. Es un sistema de recompensa. —Volví a echarme tras resoplar y me quedé mirando el techo de la furgoneta.

Quizá debería dejar que las aguas siguieran su curso. Podríamos llegar hasta la abuela en menos de dos semanas. Podía esperar hasta entonces para preguntarle todo.

«¿Qué soy? ¿Por qué soy así? ¿Cuál es mi objetivo?

¿Podemos salvar... el mundo?».

De repente, Matthew se sentó y palideció.

—La Muerte manda saludos.

Al instante, Selena bajó la música. Vi que Jackson entrecerraba los ojos por el retrovisor.

—¿Por qué no te preparas para la Muerte, Evie? —me preguntó Matthew—. Ya hemos hablado de lo que pasará en el futuro.

Oh, no, no. Como si nuestras conversaciones crípticas no fueran ya suficiente como para volverme chiflada, a Matthew también le gustaba hablar de sus visiones sobre la Muerte. Y mucho. Lo cual me tenía en tensión. Y a Jackson también.

Y Jackson ni siquiera sabía que Matthew se refería a un hombre de verdad, un caballero psicótico que había jurado matarme y beberse mi sangre.

Esa misma mañana, Jackson le había dicho a Matthew:

—Si mencionas morir una vez más te golpearé hasta mañana. ¿Comprends?

—Ya he estado ahí —le había respondido Matthew. Y de vuelta al presente, me repitió—: Tienes que prepararte para la Muerte, Evie.

Jackson explotó:

—¡Te lo he advertido, *coo-yôn!*

Selena le tocó el brazo y su mirada de falso ruego decía «sé paciente, por Evie».

La personalidad de Selena me había estado poniendo de los nervios hasta llegar a nuevos límites. Pero, como siempre, había sembrado la duda. Qué casualidad. No sentía que pudiera confiar en ella, pero sí que tendría que... ¿depende de ella?

—Esta vez será distinto, ¿verdad? —me preguntó Matthew.

A pesar de no tener ni idea de a qué se refería, le prometí:

—Sí, Matthew. Tumbémonos.

—¿No me matarás?

Jackson me miró por el espejo.

—¡Jamás te haría daño! —le contesté en voz baja.

—La Muerte no esperará para siempre. —Asintió decidido y añadió—: Ataca primero o te atacará él a ti.

Cuando vi que Jackson agarraba el volante con más fuerza, le respondí:

—Oye, hablemos de otra cosa. ¿Pudiste ver el transbordador en Florida? —Nada—. ¿Y los *ewoks* rebeldes?

—Estoy en el bolsillo de la muerte y él en mis ojos —repitió Matthew—. Ahora incluso te ve

a ti. Verás a la Parca pronto.

—¡*C'est ça coo-yôn!* —explotó Jackson—. ¡Me he hartado de tus estúpidas...!

El motor hizo un ruido.

Pff. Clanc. Y ya está.

Todos nos quedamos callados cuando Jackson sacó la furgoneta fuera de la carretera, como si otro coche fuese a necesitar pasar. En cuanto el impulso terminó y nos quedamos quietos, todos nos sentamos en silencio, incluso Matthew.

Sin gasolina, tendríamos que andar entre el frío y la niebla. Solo había una casa a la vista, una modesta casa de ladrillo que seguramente ya habrían saqueado.

Al igual que los días antes de la muerte de mi madre, nos habíamos quedado sin suerte, y tenía ganas de ir al establo para mi dosis diaria de gritos.

Selena sopló para quitarse el pelo de la cara.

—¿Qué vamos a hacer ahora, J.D.?

—No hace mucho pasamos un campamento del ejército. Tendrán gasolina.

Yo no había visto nada. Claro que había estado intentado callar a Matthew.

—¿Cómo sabes que es del ejército?

—Tenían varias hogueras grandes. Las he visto incluso con niebla. No temen que otros los vean, lo que significa que van armados.

Se bajó de la camioneta y enseguida se bajó el cuello y se cerró la chaqueta mejor.

Yo lo seguí con la respiración algo entrecortada. La temperatura había descendido aún más desde esta mañana.

—Odio este frío —murmuró.

Aunque ninguno estaba acostumbrado a esta temperatura, al menos yo había ido a esquiar con Mel y su familia en las vacaciones de invierno.

Jackson no había sentido un frío así en su vida ni había salido jamás de Luisiana. Cuando Selena le preguntó por su estación de esquí favorita, él había compartido una mirada divertida conmigo a través del espejo.

—No he visto nieve en mi vida —dijo—. Soy un chico nacido y criado en un pantano...

En cuanto Selena y Matthew se bajaron, Jackson exclamó:

—Pararemos en esa casa para pasar la noche y asaltaremos el campamento por la mañana.

—¿Cómo les vamos a robar gasolina? —pregunté.

—¿Vamos? —Jackson enarcó una ceja—. No vamos a hacer nada. Vosotros vais a ponerlos a salvo, tú. En cuanto los «hombres del saco» se dispersen a la madrugada, Selena y yo nos acercaremos en las motos.

Ella le sonrió.

Yo lo atravesé con la mirada sintiéndome más inútil que nunca, avergonzada por mi ineptitud comparada especialmente con Selena.

Siempre que Jackson llamaba a Matthew *bon à rien*, inútil, me recordaba todas las veces que me había llamado lo mismo a mí.

Una muñequita inútil y sin dientes.

34

Me desperté con un grito ahogado por culpa de una pesadilla. Cuando abrí los ojos, tenía las garras extendidas y estas brillaban bajo la tenue luz de la luna que entraba a través del cristal sucio de la ventana.

A mi lado, Selena y Matthew seguían durmiendo. Antes, los tres habíamos colocado los sacos de dormir alrededor de una chimenea fría —no nos habíamos atrevido a hacer fuego— y luego nos habíamos repartido una barrita energética. Mientras nosotros habíamos intentado dormir, Jackson se había ocupado de la primera guardia en la habitación contigua.

Bajé la mirada hasta las garras a la vez que recordaba el sueño que había tenido. La bruja había estado rodeada de figuras borrosas, bullendo de ira, y sentía aquella abrumadora compulsión de matarlos.

Así que había empezado a dar vueltas en el sitio hasta que su pelo rojo lleno de hojas también había comenzado a girar y emitir algo en el aire. ¿Esporas? En cuanto se detuvo, les había asegurado a sus víctimas:

—*No hay deshonra en la rendición.*

Había esperado que los pueblerinos se ahogaran y se retorcieran al igual que lo había hecho su joven admirador. Hasta durmiendo me preparaba para recibir más imágenes horrorosas que mancharían mi cerebro.

En cambio, las víctimas cayeron al suelo con un suspiro de felicidad y se acurrucaron sobre el suelo de césped, cálido gracias al sol.

¿Dónde estaban los huesos rotos? ¿Las tiras de piel? ¿Los gritos? La gente simplemente se había ido a dormir.

Aunque ya nunca volvería a despertar.

Experimentar este sueño fue casi peor que los más horripilantes. Su sutil maldad me atormentaba. No había habido un simple grito... porque ninguno había estado despierto para luchar por su vida.

Cuando las garras comenzaron a retroceder, meneé los dedos y vi la luz reflejarse sobre las espinas. Me percaté de que me estaba acostumbrando a ellas. Su presencia ya no me sorprendía lo más mínimo. De hecho, me sentía... entumecida.

Poco a poco me estaba volviendo más como ella. Las habilidades que una vez había considerado un don, ahora me parecían más una maldición.

En cuanto las uñas volvieron a su estado normal, me puse de pie y busqué a Jackson. Busqué consuelo. Necesitaba estar cerca de él; sabía que eso me haría sentir mejor.

En la habitación contigua, me paré en seco al verlo dormido durante su turno de guardia, sentado sobre el banco acolchado bajo una ventana.

Tenía doblada una de sus largas piernas, la ballesta hacía equilibrio sobre la rodilla de manera muy inestable, y la otra pierna estaba estirada hacia delante. Había apoyado la cabeza contra la

ventana. ¿Lo había visto dormir alguna vez?

No. Porque me había estado protegiendo todas las noches. Bueno, menos la que pasamos en casa de Selena. Y todavía no estaba segura de dónde había dormido entonces.

Tenía bolsas oscuras bajo los ojos y el ceño fruncido de preocupación. Acarreaba demasiada responsabilidad. Sentí una punzada. No me extrañaba que bebiera tanto.

Me subí al banco de rodillas frente a él y le acaricié una mejilla con el dorso de los dedos. No se despertó. Debía de estar agotado.

Sentía mucho cariño por este muchacho; mi protector malhablado, bebedor y galán.

Suspiré. ¿Era mi protector? ¿De verdad podía preferir a la chica *bonne à rien* por encima de la perfecta Selena? Por mucho que odiase admitirlo, ella era más adecuada para él. De hecho, no veía a nadie más adecuado para él que ella.

Si me enteraba de que habían tenido sexo, ¿seguiría interesándome igual?

Había tantas preguntas entre nosotros, tantos secretos. Estaba metida en una especie de batalla de la que no quería saber nada; era un objetivo claro por culpa de las habilidades que nunca había pedido y que no sabía controlar; y Jackson era lo único en mi vida que me hacía sentir cuerda, que me hacía querer luchar por un futuro mejor.

Ladeé la cabeza y le acaricié el labio inferior con el pulgar a la vez que recordaba nuestro beso. Qué no daría por volver atrás a esa noche, para explicarle mis miedos y para pedirle que fuese más despacio.

—Hola —murmuró de repente. Tenía los ojos entornados y una vaga sonrisa asomaba por sus labios—. Así es como me gusta despertar, *peekôn*.

Si ya pensaba que era atractivo cuando estaba feliz y sonriente, el Jackson adormilado me tocaba el corazón.

Apartó la ballesta y me envolvió con un brazo para atraerme hasta su pecho. Cuando me relajé contra su cuerpo, él flexionó las rodillas a cada lado del mío.

—Madreselva —dijo con voz ronca contra mi pelo—. Ahora mismo te gusta el viejo Jack, ¿eh?

—Sí —respondí con sinceridad. Me deleité con su calor y con la presencia de sus fuertes brazos a mi alrededor. Quería pegarme más a él todavía.

—Ah, *bébé*, siento como si llevara semanas sin verte.

—Lo sé, yo también.

Me acunó el rostro y me miró a los ojos.

—Si hubiese sabido que me despertaría así, me habría ido a dormir antes. —Luego se tensó—. Espera. ¿Por qué estaba dormido?

Se puso de pie de golpe. Yo me tambaleé hacia atrás hasta que él me agarró del brazo y me dejó sobre el banco.

—¿Qué cojones? ¿Me he dormido durante la guardia?

Selena se removió en la habitación contigua, pero no se despertó.

—Jackson, llevas días sin descansar. Semanas, incluso. Te has quedado frito.

—¿Y tú me has pillado desprevenido? —Recogió la ballesta y miró por la ventana. No debía de haber moros en la costa, porque bajó el arma—. Los «hombres del saco» nos podrían haber rodeado. No sé qué me ha pasado. Esto no me ha pasado nunca.

—Nadie puede estar tanto tiempo sin apenas dormir.

—Yo sí, en el pasado. —Volvió a sentarse sobre el banco con la mirada puesta en el exterior—. Qué buen trabajo estoy haciendo para protegerte.

—¡Pues sí! Te debo la vida.

—¿Durante cuánto más podré mantenerte a salvo? Todo irá a peor y a peor. Estamos yendo a lugares donde la gente vivía de la tierra y cazaba, donde no había Wal-Mart en cada esquina con pasillos llenos de latas de las que vivir. Estarán hambrientos, Evie. Desesperados.

La nueva cadena alimenticia...

—Te estaré llevando directa al peligro, y puede que sea para nada. Tú misma te debes de estar preguntando si tu abuela está viva siquiera.

—Lo está.

—¿Por qué estás tan segura? Has tenido más visiones, ¿verdad? Maldita sea, ¿por qué no me lo has dicho? —En tono malhumorado, añadió—: Seguro que sí se lo has dicho al *coo-yôn*.

¿Cómo responderle a eso?

—Es como si los dos os comunicarais de alguna manera que yo no entiendo. —Soltó aire—. Eso tengo que aceptarlo, yo. —Luego frunció el ceño—. ¿Por qué siempre está hablando sobre el futuro? Dijiste que te estaba regañando... ¿por qué regañaría a una vidente como tú?

Empecé a tirar de un agujero nuevo que le había hecho a los vaqueros.

—¿Es... como tú? ¿Puede ver el futuro?

Aunque no le contase a Jackson mis perturbadores secretos, ya no podía seguir mintiéndole.

—Yo no tengo visiones del futuro, Jackson. No soy vidente. —Pero tampoco podía contarle los secretos de Matthew.

Jackson me dedicó una mirada cargada de decepción.

—Yo vi tus dibujos. He visto cómo te sangra la nariz.

Me mordí el labio inferior y miré por la ventana.

Cuando volví a centrarme en Jackson, él tenía una expresión analítica en el rostro. Oh, oh.

—El día que rescatamos a ese chaval, me dijiste que no creías que durarías mucho sin su ayuda. Él no es muy simple, ¿verdad? —Cuando por fin negué con la cabeza, Jackson añadió entre dientes—: En parte esperaba que lo fuera.

—Es... diferente.

—¿Cuándo vas a contármelo todo? ¿Qué es él para ti?

—Empecé a verlo justo antes del Destello. Sí que nos comunicamos de un modo distinto. Él es una de las voces que oigo.

—Je. No te ha sangrado la nariz ni una vez desde que salvamos a ese chico.

Tragué saliva; me incomodaba hacia dónde iba la conversación.

—Esto es como los problemas que solíamos resolver en el instituto. Si algunas cosas son ciertas y otras falsas se puede llegar a la solución. Si no me has mentido esta noche...

—¡No lo he hecho!

—...entonces encontraré el camino hacia la verdad. Uno: has dicho que no puedes ver el futuro, pero no me has respondido cuando te he preguntado si el *coo-yôn* podía; Dos: Por alguna razón, crees que su ayuda puede salvarte la vida; Tres: una vez me dijiste que sentías las visiones como si te las metieran a presión en la cabeza. ¿Puede que porque así era?

Astuto y perspicaz Jackson.

La comprensión iluminó su expresión.

—¿De alguna manera cultivas plantas, y él ve el futuro? Tiene sentido.

Me lo quedé mirando.

—¿Te ha mandado todas esas visiones para protegerte?

¿Por qué molestarme en negarlo?

—Intentó prepararme para el Destello. Apenas le presté atención.

Jackson se tensó.

—Entonces, ¿por qué siempre está hablando de que vas a morir, Evangeline?

Ay, madre.

—Cuando habla de que voy a encontrarme con la Muerte, no lo dice como te piensas. Es más como que debería estar preparada para enfrentarme a un gran mal o algo así. Sé que suena raro, pero él considera a la Muerte como una... persona. Alguien a quien se puede vencer.

Los hombros de Jackson parecieron relajarse un poco. La idea de un adversario vencible era algo con lo que sí podía lidiar.

—Entonces los dos tenéis dones. —Su expresión se ensombreció—. Por eso os gustáis tanto.

—Las cosas no son así entre Matthew y yo. Él no me ve de esa manera.

—Tiene dieciséis años, Evie. ¡Te mira de una sola manera! Créeme, *cher*.

—Bueno, yo lo veo como a un hermano.

—¿Como yo con Clotile? —me preguntó, y creí verlo aguantar la respiración.

—Exacto. Es como un hermano pequeño para mí.

Jackson cerró los ojos durante un breve instante. ¿Por el recuerdo de Clotile? ¿O de alivio por mis palabras? ¿O ambos?

¿De verdad había pensado que me interesaba Matthew? A saber lo que le había estado diciendo Selena cuando no estaba presente. «Zorra metemierda».

Jackson me miró a los ojos.

—Tengo algo para ti. —Alargó el brazo hacia su mochila cercana, rebuscó dentro y luego sacó una botella de Sprite.

Abrí los labios cuando me la tendió.

—¿Sabías que era mi refresco favorito? —Era como si me hubiese regalado una joya carísima. Al igual que con el chicle, cada vez que nos bebíamos un refresco o nos comíamos una chocolatina, había un capricho menos en el mundo, uno que nunca volvería a reponerse.

—Por supuesto. Te vi en cinco almuerzos en el instituto. He estado guardándolo para cuando pudieras disfrutarlo... sola.

Le quité el tapón y se lo devolví.

—Lo compartiremos.

—Anda, ¿vas a beber de la misma botella que yo?

Se me encendieron las mejillas.

—A veces soy inmadura, Jackson. Sé que no siempre es fácil ser paciente conmigo.

Mientras nos pasábamos la botella el uno al otro, volvió a ponerse serio.

—No voy a poder seguir yendo a ciegas. Y sé que hay mucho más aparte de lo que me has contado. ¿Por qué no confías en mí? ¿Es por lo que hice en el instituto?

Arcanos significa secretos.

—No eres tú, Jackson. Soy yo.

Él frunció el ceño al oír eso y estuvo a punto de volverme a preguntar, pero el sol comenzó a alzarse en el cielo.

—Tengo que salir a trabajar, yo —dijo—. Dejaría a Selena aquí como guardiana, pero su arco es mejor para distancias largas y necesito que me cubra. No seré capaz de entrar y salir de un campamento lleno de soldados sin ella.

—Lo entiendo.

—No tendrás que preocuparte hoy por los «hombres del saco». Y, bueno, *coo-yôn* probablemente pueda prever cualquier amenaza, ¿no?

—No te preocupes por mí. Pero, por favor, ten cuidado. —Aunque sabía que era valiente y que tenía recursos, no quería que se fuese; temía el peligro al que estaba a punto de enfrentarse

—. Quiero que vuelvas, ¿vale?

—Casi parece que te preocupas por mí.

—¡Y me preocupo!

—Te preocupa tener un guardaespaldas que te proteja.

—Para mí eres mucho más que eso —dije en voz baja—. Deberías saberlo ya. Entonces, ¿por qué actúas como si no lo supieses?

—Pues demuéstramelo. —Se acercó hasta que nuestras caras se quedaron a meros centímetros de distancia—. Cuéntame tus secretos.

Dios, me encantaba cuando me miraba así, con esos ojos tan fijos y... ¿cariñosos?

—Confía en mí, *ma belle*. ¿Puedes hacerlo?

Ma belle significaba «preciosa mía», pero también «novia mía». ¿Con qué sentido lo había dicho Jackson?

Justo entonces, unos rayos de sol deslumbrantes nos golpearon a través de la ventana, como... la luz en invierno.

El momento se rompió entre nosotros. Jackson pasó a comportarse con tanta inquietud como siempre y se concentró en la tarea que estaba por llegar.

—Piénsalo, Evie. Hablaremos cuando vuelva.

Despertamos a Selena y a Matthew, y ambos se mostraron atontados y de mal humor. Yo estaba demasiado de los nervios como para que me importase.

Jackson consideró que la casa estaba demasiado a la vista, así que camuflamos la furgoneta más abajo en la carretera y allí nos escondimos Matthew y yo.

Antes de que Selena y Jackson se marchasen, este último agarró a Matthew del brazo y le dijo con un tono de voz duro como el acero:

—Vas a quedarte aquí y a cuidar de Evie. Gánate el sustento por una vez. Si ves oportunidad de matar o morir por ella hoy, hazlo.

Al ver que Matthew simplemente se lo quedaba mirando, Jackson metió la mano en la bolsa de armas, sacó un machete en su funda y se lo dio al muchacho.

Matthew se rio y lo soltó.

Jackson cerró los puños al sentir cómo le aumentaba el enfado.

Pero Selena no tardó en intervenir.

—Estarán aquí escondidos, J.D. Estarán bien.

Jackson se giró hacia mí.

—*On parle quand j'reviens*. —Hablaremos cuando vuelva.

—*Prends soin de toi* —respondí. Cuídate.

A Selena no le gustó ese intercambio, en absoluto.

—Eh, guapo, no hace falta que nos llevemos las dos motos. Malgastaríamos gasolina.

Cuando Jackson se encogió de hombros y se subió a la moto, Selena se colgó el arco del hombro y se colocó detrás de él. Con exagerado entusiasmo, envolvió los brazos en torno a su torso y pegó sus larguísimas piernas a las de él.

«Ese es mi sitio». Ahí era donde yo me sentaba. Las garras crecieron despacio, amenazadoras, y me sentí bien. Las apreté contra las palmas de las manos para que nadie pudiera verlas, pero Matthew se rio entre dientes detrás de mí.

Selena me dedicó una mirada triunfante por encima del hombro. Y cuando apoyó la cabeza contra la espalda de Jackson, estaba segura de que él podría sentirla sonreír contra su espalda.

35

—¿Me vas a decir si Jackson estará a salvo allí? —le pregunté a Matthew mientras esperábamos en la furgoneta, acurrucados dentro de los sacos de dormir para mantenernos calientes. La niebla estaba empezando a penetrar y me calaba hasta los huesos.

—Lo volverás a ver. —Al ver que suspiraba de alivio, añadió—: Piensas demasiado en él.

«Dime algo que no sepa, Matto». Y eso había sido antes de que Jackson me hubiese llamado *ma belle*.

Ser la novia de Jackson Deveaux... Me mareaba tan solo de pensarlo, aunque me daba miedo albergar esperanza.

Me mordí el labio a la vez que las dudas me embargaron. «¿Y la guerra de los arcanos, Selena, la Muerte y la bruja roja?»

—Cuando De-vi-oh te ayuda, te hace daño.

—Ya me lo has dicho antes, pero no lo que significa. —Sin respuesta—. Me salvó la vida... y a ti. Nos ha protegido. Me ha enseñado cosas sobre los «hombres del saco» y cómo buscar suministros. —Nada—. Matthew, me siento más fuerte con él a mi lado.

—Practica con las garras —dijo—. Eso te hará más fuerte.

—No sé cómo hacerlas aparecer porque alguien no quiere decírmelo. —Ahora mismo dependían de las emociones que sintiese y eran completamente incontrolables.

—¿Cómo saca sus garras la bruja roja?

Lo atravesé con la mirada.

—Y hablando de cosas asquerosas que me repelen, ¿cuánto tiempo más voy a tener que sufrir esas pesadillas? ¿Puedes ver el futuro? ¿Por qué veo a la bruja roja?

Aunque no tenía interés alguno en enfrentarme a la Muerte, casi me sentía tentada de hacerlo con la bruja. Entonces las pesadillas acabarían... de un modo u otro.

—¿Matthew?

Él empezó a mirarse una de las manos. Tema zanjado.

Así que le hice la misma pregunta que llevaba días preguntándole.

—¿Puedes decirme si Jackson y Selena han estado juntos, por favor?

—Lo sabrás pronto —respondió con voz malhumorada.

¡Respuestas enigmáticas del rey de los enigmas!

—Piensas en él y ni siquiera has oído a la carta —dijo Matthew.

—¿Qué carta? —inquirí a la vez que empezaba a preparar el almuerzo. En otras palabras, saqué una barrita energética espachurrada del bolsillo y le di la mitad a él. Mi estómago ya gruñía para que me la comiese.

—Cerca. No mires a esta mano. Pero no lo oyes por culpa de De-vi-oh.

—¿Por qué querría oír las voces? No conozco a esa nueva carta, no siento ningún vínculo con ninguna, menos contigo. Odio las voces.

—Entonces morirás oyendo sus presuntuosos susurros en el oído.

—Matthew, eso ha sido... muy duro. —Y espeluznante. En momentos como este era cuando me daba cuenta de lo poco que sabía de este chico.

—La Muerte te está esperando —dijo por millonésima vez.

—¡Pues le aguarda una espera de lo más larga! —espeté. La mera mención de ese caballero me enervaba—. La Muerte les dio una lección a esos otros arcanos, y ellos eran fuertes y estaban unidos. Hasta comprometidos los unos con los otros —añadí al recordar el grito de pena de Jules—. Nunca me enfrentaré a él. Sácatelo de la cabeza, porque no va a pasar. Nunca.

El silencio se extendió entre nosotros al igual que el frío en el interior de la furgoneta.

Me arrepentía de haber usado ese tono con él, así que suavicé mi enfado y cambié de tema.

—Si va a hacer este frío y esta niebla, ya podría llover de una vez también.

Matthew se irguió con los ojos frenéticos.

—¡No, no, no! ¡Nunca digas eso! ¡Retíralo! —Me agarró del hombro y me dio un apretón muy fuerte.

—¡Lo retiro! ¡Me haces daño!

—¡No quieras que llueva! —Desvió la mirada con expresión horrorizada—. La lluvia es peor.

—¿Cómo es posible?

—¡PEOR! —gritó. Su voz sonó tan estridente en la furgoneta que me hizo daño en los oídos—. Para ti. ¡Para nosotros! Pero es inevitable. —Me soltó, aunque se lo veía herido y su rostro, faltar de color—. ¿Por qué esperas el infierno, Evie?

—L-lo siento. —Esta era la primera vez que me asustaba así. Seguía pensando en él como en un niño pequeño, y en algunos aspectos lo era. Pero también era volátil y fuerte como un hombre adulto—. ¿Qué hace la lluvia, Matthew? —¿Las precipitaciones seguían siendo posibles siquiera? Seguro que si había niebla...

—El juego cambia. No a nuestro favor —susurró—. Nos debilitamos. Ellos se fortalecen.

—¿Quiénes?

—Todos nuestros enemigos se ríen ahora. ¿Pero en cuanto el sol se oculte? Nunca has sentido pavor, no como el que sentirás cuando la lluvia caiga.

Me estremecí de frío... y de miedo.

—Necesito una mejor explicación. Matthew, necesito que me aclares estas cosas.

—No estás preparada. No prestas atención. Estamos en esta furgoneta... ¡porque no prestas atención! Vamos retrasados y la lluvia está a punto de caer.

—Vale, vale, pero ya estoy preparada para hacerlo. Dime lo que deberíamos estar haciendo. ¿Qué crees que deberíamos hacer? Quiero saberlo.

—Demasiado tarde. Nuestra captura comienza pronto.

—¿C-captura?

—Necesitamos a la carta enjaulada.

Miré a través del parabrisas y pregunté:

—¿De qué estás hablan...? —Mis palabras se esfumaron y el corazón se me aceleró.

Entre la neblina, un grupo dispar y desharrapado de paramilitares armados hasta los dientes se aproximaba.

Como una partida de caza.

—Matthew, sígueme —susurré a la vez que me colgaba la mochila y me acercaba a gatas a las puertas de atrás de la furgoneta—. Coge el machete. Tenemos que salir, en silencio. —Abrí una puerta y me encogí cuando las bisagras chirriaron...

Tres escopetas me apuntaban a la cara.

—Mirad lo que hemos encontrado —anunció el líder de nuestros captores mientras nos empujaba a Matthew y a mí a través de la multitud reunida en su campamento.

Durante la larga caminata hasta aquí, había determinado que le hacía falta un buen arreglo en los dientes y solucionar un grave problema de mal olor. Al parecer, todo el campamento lo tenía.

Estos paramilitares eran lo que Jackson llamaría *cou rouge*.

Porque eran de lo más cerriles.

Durante nuestra captura, Matthew no se había resistido en lo más mínimo. De hecho, cuando me habían atado las muñecas con esas tiras de plástico, él se había llevado las manos a la espalda para que les resultase más fácil atárselas a él también.

No había querido que se resistiese —un montón de rifles nos habían estado apuntando—, pero quizás podría haber mostrado un poco de desagrado, ¿no?

Nos habían secuestrado, habían saqueado la furgoneta y también me habían registrado la mochila. Su líder me había robado todas las joyas y botellas de whisky y había tirado el resto.

Mientras el cabecilla *cou rouge* nos guiaba a través del campamento, yo mantenía los ojos bien abiertos en busca de Jackson y Selena e intentaba hacer caso omiso de los hombres junto a los que pasábamos, que me desnudaban con la mirada con ojos llenos de lascivia.

Todos parecían llevar ropa de invierno, aunque muchos de sus abrigos tenían lo que parecían ser agujeros de bala. Fruncí el ceño. Agujeros llenos de sangre... la mayoría en la espalda.

Me quedé boquiabierta cuando caí en la cuenta. Los agujeros de bala donde habían disparado a sus víctimas para luego quitarles la ropa.

—Huele tan bien que podría comérmela —dijo un hombre agarrándose la entrepierna.

Me estremecí de asco; estaba muy tentada de probar a sacar las garras. Podrían cortar las ataduras sin problemas. Matthew me había dicho una vez que hasta podrían cortar el metal.

¿Y entonces qué? Estos hombres tenían armas. Yo era lenta; además, nunca sería capaz de abandonar a Matthew.

Probablemente terminase cortándome a mí misma. ¿Y de qué me serviría que el césped muerto se volviese verde cuando le cayeran gotas de mi sangre?

El *cou rouge* nos llevó junto a numerosas caravanas cuyos generadores no dejaban de zumbar, una veintena de tiendas de campaña y vehículos de todas clases. Abundaban los fuegos, con hombres que asaban lo que parecían pequeños mamíferos. Pese a las circunstancias, el olor a carne asada me hizo la boca agua.

También vi botes de plástico de gasolina por todas partes. Había decidido que este ejército iba sobrado de combustible mucho antes de ver un mismísimo camión petrolero. Lo protegían en el centro del campamento como si fuese su becerro de oro.

Y eso no era todo. Junto al camión había una cisterna, y sus lados metálicos estaban chorreando. Estaba lleno de agua.

El *cou rouge* se detuvo frente a una celda improvisada, una jaula hecha de cajones de madera clavados unos con otros. Solo había un chico dentro. Al menos, Jackson y Selena seguían libres.

Una vez nos empujó al interior de la celda a Matthew y a mí, el *cou rouge* cerró la puerta con un candado y apostó a tres guardias.

—No os mováis de aquí —les ordenó—. En ninguna circunstancia.

El otro prisionero era más o menos de nuestra edad; tenía pecas en la nariz y el pelo rubio oscuro, que le llegaba hasta la barbilla. Este chico era la carta enjaulada que se suponía que debía estar oyendo. ¿La que teníamos que encontrar? Me resultaba de lo más... común y corriente.

—Qué pasa —nos saludó amablemente a la vez que nos sentábamos en el suelo frío y lleno de ceniza—. Me llamo Finneas. Llamadme Finn... —Se calló cuando me miró fijamente, y luego a Matthew.

Estaba viendo nuestros cuadros; lo sabía porque yo estaba contemplando el suyo. Durante un milisegundo, vi a Finn ataviado con una túnica roja. Apuntaba al cielo con una varita mientras que con la otra mano señalaba al suelo. Sobre una mesa que tenía delante yacía un pentáculo, un cáliz, una espada y un bastón. Un lecho de rosas y lirios crecía a sus pies y había enredaderas por encima de él.

—No mires a esta mano, mira a esa otra. —Entonces, su llamada se calló. ¿Él había oído las nuestras?

¿Estaría relacionado con las plantas de alguna manera? ¡La carta de Matthew también tenía una flor: una rosa blanca!

Claro que la carta de la Muerte también la tenía; era el emblema de la bandera negra que portaba.

—Guau. Creo que acabo de tener una alucinación —dijo Finn mientras yo parpadeaba para recuperar la visión. Sonaba como si fuese de algún pueblo costero de California.

—Y-yo soy Evie. Y él es Matthew. —Lo señalé con un gesto de la cabeza.

Matthew lo miró a los ojos y dijo:

—Carta. Arcano. Secretos. Carta.

—Claro, tío.

—Esto... Finn, no he podido pasar por alto el hecho de que parece estar muy tranquilo.

Matthew también parecía impasible ante nuestra nueva situación. Comenzó a inspeccionar las hebras de una de las tablas.

—Estoy tranquilo, rubita.

—¿Aunque esos hombres sean, lo más seguro, esclavistas o caníbales?

—*Nah*, son una asociación de propietarios que se ha ido por el mal camino.

Fruncí el ceño ante el tono frívolo de su voz.

—¿Qué quieren de nosotros?

—Van a usarme a mí y a tu extraño acompañante como distracción del tanque de agua.

—No te entiendo.

—Cebo para los «hombres del saco». Los bosques de por aquí están llenos de ellos. Al anochecer, se acercan al tanque de agua de forma muy espeluznante... a menos que haya algo mejor que los distraiga. Entonces, los paletos los cogen. Ah, y mientras nosotros huimos para salvar el pellejo, a ti te casarán con, digamos, todos los integrantes del ejército. *Mazel tov*.

El miedo me embargó, tanto por Matthew como por mí.

—¿C-cuántos soldados hay?

—Cientos.

—¿Cientos? —Aunque Jackson se las arreglara para averiguar lo que nos había pasado, no sabía si nos podrían rescatar.

—Solo están esperando a que caiga la noche. Entonces estás jodida, hermana. Solo hay otra tía más en todo el campamento. Pero ella es la hija del jefe paleta, así que la consideran intocable, como si fuese una especie de Pitufina. —Soltó aire y sonrió a los listones que formaban el techo de la celda—. Esa tipa tiene un cuerpo de infarto... pero anda corta de dientes. Aun así, me zumaría a la Paletina con una bolsa en la cabeza.

—¿Perdón?

Matthew se rio entre dientes.

—Se la zumbaría por su país.

—¡Matthew! —grité y fruncí el ceño. Pensaba que era más... inocente.

Finn se rio con él; al parecer, los dos se habían hecho amigos enseguida.

Uf. ¡Adolescentes! Jackson me había dicho que no los entendía. Me di cuenta entonces de que probablemente nunca lo haría.

—Los dos bromeáis y no estáis preocupados en lo más mínimo.

—Acaban de traerme a una rubita que está buena a la jaula. —Finn bamboleó las cejas—. Una rubia tetona... y con todos los dientes. Como mis antiguos primos fritos por el Destello solían decir, estoy más feliz que una perdiz.

Relacionado con las plantas o no, este chico vanidoso e irónico me estaba poniendo de los nervios.

—Tendrás a alguien que venga a salvarte, ¿no? —le dije cuando se relajó contra el lateral de la jaula.

—Puedo salir de aquí cuando quiera.

—¿De verdad?

—Solo dejo que me capturen para poder acercarme a esa hija del jefe. Soy un mago, preciosa. Deshacerme de las ataduras es lo mío.

—El Mago —dijo Matthew.

Finn sacó pecho.

—Eso es, tío.

Si era un arcano, entonces tendría poderes de algún tipo. Aun así, no me convencía toda esa falta de preocupación.

—Bueno, tenemos amigos que vendrán a por nosotros —le dije en voz baja y con la voz llena de confianza—. Pronto nos rescatarán.

Pero el tiempo seguía pasando. Una hora. Otra.

Como diversión vespertina, algunos soldados se pusieron a practicar su puntería cerca. Habían ensartado a tres «hombres del saco» en barrotes que no dejaban de gimotear. Uno de ellos parecía recién convertido, otro no tenía piernas, y el último, brazos.

Los soldados abrieron fuego y los «hombres del saco» se retorcieron y gorjearon. Trozos de piel pegajosa salieron volando por los aires y cayeron junto a la celda.

Me tapé los oídos para no oír los disparos ni los gemidos...

Más tarde, me pregunté por qué Jackson y Selena —dos supervivientes natos— iban a arriesgar el cuello para rescatar a un par de lastres como nosotros contra todo pronóstico.

¿Cuán fuerte era la influencia que tenía Selena sobre Jackson?

Por mucho que quisiese creer que nos rescatarían, mi situación actual —estaba muerta de frío, encerrada en una jaula y hambrienta perdida— no alimentaba mucho el optimismo.

Y mucho menos mi futura situación.

Y Matthew no ayudaba en nada. ¿No entendía lo que estaba a punto de sucedernos?

Para cuando se puso el sol, ya me embargaba la duda. ¿Por qué no habrían de huir juntos Jackson y Selena y ser felices sin todo el engorro ni el peligro? ¿Cuántas veces me había dicho Jackson que le traía más problemas de los que debería?

Me preguntaba cómo me recuperaría si de verdad me abandonaba aquí.

Me preguntaba cómo me sentiría si terminaba muerto por intentar salvarme de estos paramilitares ignorantes.

Se me humedecieron los ojos. En ese momento había llegado al límite de mi miedo y de mi confusión y... y de la gente. ¡Estaba harta de ellos! Harta del peligro que nos acechaba en cada

esquina.

—¿Todo el mundo es malo ahora? —murmuré al aire.

Tenía el extraño deseo de meter los dedos en la tierra y sentirlos... echar raíces. ¿Y si podía hacer un llamamiento a la tierra y me convertía en un soldado preparado para atacar? No tendría que ser una chica nunca más, solo parte de algo mucho más grande.

Si me rendía, no habría más preocupaciones por Jackson, ni miedos por enfrentarme a la bruja roja... o a la Muerte.

Era una decisión atractiva... tan tentadora como una fruta del bosque madura. Miré al suelo cubierto de hollín con contemplación.

Entonces, me sentí avergonzada. ¿Qué pensaría mi madre de mí ahora? La mujer que había placado a un «hombre del saco» no se rendiría así nunca.

—Sí, todo el mundo es malísimo ahora —dijo Finn alejándome de mis pensamientos—. ¿Qué, no lo sabías? Cabrones. Todos, prácticamente, al menos por mi experiencia. Todos son malos, todo el tiempo. Pero yo no. —Con la mejor voz de maestro de ceremonias, añadió entre dientes—: Yo soy travieso...

Me giré hacia Matthew.

—Te lo repito, cuando te sientas con ganas de ayudar, por favor, hazlo. Tenemos que pensar en cómo escapar.

Él asintió victorioso.

—Cartas.

—Sí, Matthew, pero de verdad que tienes que... —Se oyó un lamento proveniente del bosque cercano. Me senté más erguida, si cabía—. ¿Qué ha sido eso?

—«Hombres del saco» llamando a la puerta, nena —explicó Finn. La emoción se reflejaba en sus ojos castaños—. Ya casi es la hora de la función. Solo he visto esto desde lejos.

De repente, la tierra tembló y una explosión retumbó en el campamento. Grité. El estallido ensordecedor fue tan fuerte que hasta me repiquetearon los dientes.

Unos cuantos escombros pequeñitos se colaron entre las tablas de la jaula. El humo nos envolvió. Hombres gritaban en todas direcciones y lanzaban órdenes para apagar los fuegos.

Matthew bostezó cuando a la primera le siguió otra explosión más grande.

Al oír el zumbido de lo que parecía ser el gran tanque de agua viniéndose abajo, compartí una mirada de estupefacción con Finn.

«Hombres del saco» a raudales. Un tanque de agua.

—Nos pasarán de largo —dijo—. Una distracción de puta madre. ¿Ha sido tu gente la que ha provocado este desorden?

El caos se había desencadenado entre los paramilitares.

—Sí. Nuestra gente.

36

El aire se llenó de niebla y humo hasta que apenas fuimos capaces de ver a metro y medio de distancia.

Pero sí que pudimos escuchar a los soldados entrar en pánico a nuestro alrededor mientras trataban de proteger el campamento. Después, escuchamos un grito ahogado: «¡los «hombres del saco» han entrado!». Habían atravesado las defensas de los paramilitares.

Sonaron pistolas, algunos hombres gritaron y los «hombres del saco» aullaron a la vez que entraban. Los tres guardias que estaban delante de nosotros se movieron nerviosos y las pistolas temblaron en sus manos.

—¿Evie? —¿Jackson?

—¡Estoy aquí! —¡Había venido a por mí!

De repente, la punta de una flecha sobresalió de la espalda de un guarda. Reprimí un grito cuando cayó temblando al suelo.

La flecha de Jackson.

Los dos guardias que quedaban se asustaron con los rifles preparados, pero eran incapaces de ver al enemigo para poder disparar.

Otra flecha atravesó el cuello de un segundo guardia; se volteó hacia nosotros tocándose el cuello con sorpresa antes de ahogarse en su propia sangre. El tercer guardia fue inteligente y huyó.

Entonces, vi a Jackson correr entre el humo directo a nuestra celda. Empujó a los soldados a un lado mientras peleaba con ellos con el tablero de su ballesta. Se detuvo frente a mí y me analizó de pies a cabeza en busca de heridas.

—*Bébé*, ¿estás bien?

Asentí, muda.

—Te voy a sacar de aquí.

—La puerta tiene candado, Jackson.

—*Putain*.

Pero aquello no lo detuvo. Cogió impulso con su poderoso puño y golpeó las tablas una y otra vez para llegar hasta mí. Las astillas y la madera volaron por los aires.

Miré detrás de él y vi que el tercer guardia regresaba. Justo cuando iba a gritar, Jackson se me adelantó:

—¡Selena, mis seis!

La punta de una flecha larga apareció en el pecho del guardia. Justo había caído de cara cuando Selena vino corriendo. Mi visión se había hecho realidad. Claro, había salvado a alguien a quien yo... amaba.

—¡Vamos, J.D.! —gritó ella—. ¡Va a explotar!

¿Qué iba a explotar? ¿Algo mayor que las explosiones?

Mientras Jackson nos liberaba a Matthew y a mí, Finneas se quedó mirando embobado a Selena, seguramente viendo su cuadro, o bien porque era preciosa.

—¿Otra chica? Hoooola, tía buena. —Aunque nos rodeaba una aglomeración, Finn se tomó su tiempo y la miró de arriba abajo—. Tío, hoy hay tías buenas por doquier. Que le den a la hija sin dientes, me voy con vosotros.

Sus ataduras cayeron al suelo. Se había deshecho de ellas.

Jackson me cogió del antebrazo y empezamos a correr en dirección a la furgoneta. O eso pensaba.

Al ir deprisa entre lo peor de la pelea, me di cuenta de que había varias flechas encendidas que habían impactado contra el camión petrolero. Una bomba temporizada.

—¡Vamos, Evie! —Jackson me arrastraba; el resto ya nos había adelantado—. ¡Tienes que ir más deprisa!

—¡Eso intento!

Justo cuando él ralentizó su paso, probablemente para ponerme sobre su hombro, un soldado apareció entre la nube de humo con un rifle apuntando a la cara de Jackson.

Era el *cou rouge*, el que me había apresado. Estaba a escasos metros y tenía a Jackson en mira.

—Sepárate de ella, despacio y sin hacer nada, y os dejaremos ir.

Jackson no mostró ni un ápice de miedo.

—Eso no va a pasar.

—Solo queremos a la chica.

—Bueno, eso va a ser un problema —dijo Jackson—, porque acabo de llevármela.

El *cou rouge* se encogió de hombros.

—Tú mismo.

Su dedo se afianzó sobre el gatillo.

Dios, estaba a punto de disparar y Jackson no podría hacer nada para detenerlo; yo no podía hacer nada...

El hombre apretó el gatillo. Clic. Nada. Clic. Nada.

¿Vacío?

El *cou rouge* miró su pistola, boquiabierto, y después a Jackson y a su expresión asesina.

La misma que había visto en su casa aquella noche, la que prometía dolor; ahora parecía multiplicada por mil.

Podía ver lo mucho que iba a disfrutar del dolor que había prometido.

El *cou rouge* gimió antes de que Jackson se lanzara y uno de sus brutales puños impactara contra la mandíbula del hombre.

Este cayó de un solo golpe. Pero Jackson lo levantó y le pegó más; parecía estar fuera de control por culpa de la rabia.

—¿Solo quieres a la chica? —Otro golpe le rompió la nariz al soldado—. Eso es lo peor que podrías haber dicho.

—¡Jackson! —grité—. ¡Por favor, vamos!

La cara del hombre había quedado irreconocible, desfigurada, y Jackson lo seguía golpeando. No presenciaba una pelea o un rescate. Esto era un castigo.

Una sentencia.

Cuando Matthew regresó por mí con toda la normalidad del mundo y me tomó del brazo, Jackson gritó:

—¡Sácala de aquí! Iré justo detrás.

—¡Ven con nosotros, por favor! —grité a la vez que Matthew me obligaba a alejarme—. ¡No, Matthew! ¡Ve a por él!

Aquello hizo reír a Matthew antes de seguir empujándome hacia delante.

—¡Vuelve, vuelve!

Él siguió protegiéndome a través de un camino lleno de explosiones, peleas y «hombres del saco», y nos dirigió en diversas direcciones.

Una vez me atrajo hacia su pecho justo cuando una bala pasó por delante, a escasos centímetros de nosotros. Unos segundos más tarde me puso una mano sobre la cabeza y me hizo ponerme de rodillas; luego escuché algún tipo de metralla silbar por encima de mi cabeza.

Me percaté de que él estaba visualizando un laberinto hecho de presente y futuro, una red de sucesos que solo él veía.

Como si él fuera el mismo destino...

Sin embargo, le rogué que volviéramos a por Jackson hasta que vi que unos soldados nos perseguían.

Para cuando vi a Selena al borde del bosque quemado, docenas de soldados nos pisaban los talones, gritando a sus camaradas que «cogiesen a la chica».

Selena los interceptó con dos rifles en los costados. Aquello nos permitió a Matthew y a mí dirigirnos a la zanja más cercana para cubrirnos.

Sonó un aluvión de disparos sobre nuestras cabezas y después se detuvieron de repente. Por los gritos, parecía que nuestros perseguidores se habían dado cuenta de que Selena era una chica y habían ordenado un alto al fuego.

Selena no cumplió esa orden. Cuando tomaron posición en una zanja frente a la nuestra, ella vació los rifles con ellos. Después, se dejó caer en la zanja con nosotros.

Mientras los soldados decidían qué hacer —no podían arriesgar a *dos* chicas al atacarnos—, Selena explotó:

—¿Dónde demonios está J.D.? Joder, solo había una persona que quería ver salir del campamento. Y no erais vosotros dos.

—¡No ha querido venir con nosotros! —chillé.

—¿Y tú te has conformado con el «no»? ¡Yo lo hubiera obligado a venir conmigo! No eres lo suficientemente buena... —Su voz se apagó cuando algo captó su atención sobre nuestro refugio improvisado.

Me volví y vi a Finn pasar por al lado de los paletos y saltar hacia donde estábamos.

Fui la primera en hablar.

—¿Acabas de... pasar por al lado de ellos?

Se limpió un hombro con soberbia y después el otro.

—Os dije que era mago. —Después se dirigió a Selena—. Me llamo Finn. El plan es llevarte de vuelta a mi casa. Avísame cuando te aburras de este punto muerto porque puedo cambiar las cosas, en serio.

Selena no parecía tan sorprendida como yo. Le dio un golpecito a su arco y contestó:

—Yo también.

—¿Crees que podrás cargarte a más que yo? —Finn resopló—. Acepto el desafío.

¿Debería mencionar lo obvio?

—Chaval, no tienes armas.

Me dio un golpecito en la barbilla.

—No te preocupes, pibón, tengo esto.

Selena puso los ojos en blanco y su arco silbó cuando lo puso en posición a la vez que salía

del refugio.

Finn la siguió y empezó a... ¿susurrar a los paletos?

El sonido del arco de Selena era inconfundible. Entre la confusión y el humo, la vi disparar flechas a una velocidad increíble.

Sobrenatural.

Su piel brillaba con ese color sangre; como la luna del cazador.

A su lado, Finn levantó las manos y murmuró unas palabras en un idioma que jamás había oído. Su respiración parecía escaldar, como si llenase el aire de calor. Sentí poder y cómo lo dirigía hacia nuestros atacantes.

Los soldados a los que se había dirigido se tropezaron; parecían tan confusos como yo, porque los soldados a su lado ahora se parecían a los «hombres del saco».

Los paletos empezaron a matar a sus propios compañeros.

Finn había conseguido de alguna manera que los hombres se pareciesen a sus enemigos.

Y su habilidad parecía lo más natural del mundo. Tenía que ver esto, tenía que llegar hasta los recuerdos que estaban a punto de hacerse paso en mi mente.

Mientras Selena se quitaba a los rezagados de encima, le guiñó un ojo a Finn; este le devolvió el gesto. Aceptaban sus poderes y las habilidades del otro.

—Arcanos —me dijo Matthew al oído.

—Sí —solté aire—. ¿Es real? ¿No es otra visión?

—Es real.

Tenía poderes. Estos tres chicos también. Matthew poseía una *omnivisión* en directo; Selena podía correr y disparar como la diosa de la caza; y Finneas podía crear ilusiones.

¿Y yo? Podía oler mi propia fragancia de rosas en el aire; tan agradable que casi era embriagante. Bajé la mirada y vi que mis garras habían aparecido.

Matthew me miró aliviado.

—Espinás.

—¡Puedo ayudar a Jackson y pelear junto a él!

Él sacudió la cabeza con firmeza.

—Tú no atacas. Tú esperas, atraes.

¿Atraer?

Ven, tócame, pero pagarás un precio. Recordaba al admirador encaprichado de la bruja roja. Ella lo había atraído.

¿El engaño de las zarzas que había admirado también había sido mío?

Oí que se rompió un palo detrás de nosotros y me giré.

Matthew se quedó mirando al cañón de un rifle que se encontraba a escasos centímetros de su cara.

Observé al soldado esclavista que lo portaba. No me atrevía a pensar que él también se había quedado sin balas. Me capturaría y mataría a Matthew. ¡Tenía que detenerlo!

—Atrae, Emperatriz —susurró Matthew.

Y entonces... lo hice.

Alcé una mano temblorosa y delicada con la palma hacia arriba. Una frágil flor de loto floreció de mi piel justo ante su mirada embobada. Soplé un beso a través de sus pétalos y el rifle cayó, abandonado.

Porque el soldado se estaba agarrando el cuello con la cara roja debido a las esporas que le estaban cerrando la garganta y robando el aire de sus pulmones.

La flor de loto desapareció cuando el hombre comenzó a sacudirse en el suelo inútilmente;

mis garras aumentaron de tamaño, pero ahora goteaban como agujas hipodérmicas.

—Veneno. —Sonrió Matthew—. Letal.

Me quedé boquiabierta. ¿Diez garras que se usaban como diez agujas?

—Clávaselas.

Por un brevísimo instante me pregunté si me gustaría clavárselas.

¡No!

—¡N-no puedo, Matthew! Jamás podré ser como ella.

—Luchas contra ella, te enfrentas a ella. Debes hacerlo.

¿Rebajarme hasta su nivel? Temía convertirme literalmente en mi peor pesadilla y perderme a mí misma para siempre.

—Matthew, ¿y si no puedo volver...?

Selena se acercó atravesándonos con la mirada y clavó una flecha en uno de los ojos del soldado.

El camión explotó e hizo temblar el mundo como una detonación atómica.

37

Cuando nos dimos cuenta de que Jackson no estaba en el sitio en el que debería encontrarse con Selena, Matthew tuvo que sujetarme para que me mantuviera de pie.

«No puede estar muerto, no puede estar muerto».

Pero si la explosión le había alcanzado, ¿cómo podría haber sobrevivido?

Reprimí un sollozo cuando Finn preguntó:

—¿Ahora qué hacemos?

—Esperamos a Jackson —respondí rápidamente—. O volvemos a por él.

—¡Esto es culpa tuya! —explotó Selena—. Dios, ¡deja de desprender ese olor!

—¡Cállate y déjame pensar!

Finn tenía los ojos entrecerrados cuando dijo:

—No sé. A mí me gusta mucho cómo huele. —Cuando se acercó un mechón de mi pelo y lo olió, Selena puso los ojos en blanco.

—¿Y vosotros qué, tíos? —preguntó mientras me seguía oliendo—. ¿Sois algo como los Súper Amigos?

Matthew exclamó:

—Cartas. ¡Cartas! Cartas. Cartas...

—Para, por favor. —Me alejé de ambos chicos—. ¡Dejadme pensar! Finn, ¿puedes volver al campamento o disfrazarme?

Selena resopló.

—Te olerán, pequeño monstruo. Sigo sin poder creer que le hayas abandonado.

Yo tampoco.

—¿Por qué no guardamos las culpas para luego? Ahora necesitamos ENCONTRAR A JACK.

—¿Evie?

Me giré.

De entre el humo, Jackson se acercó tambaleándose, cubierto de ceniza y gravilla. Tenía una quemadura grave en una de las pantorrillas.

Grité aliviada y corrí hacia él queriendo ayudarlo, pero su mirada furiosa me hizo detenerme.

—¿Jackson?

Aún temblando por la pelea, alzó un dedo para mantenerme lejos.

Qué volátil. ¿Acababa de matar a un hombre con las manos?

Finn rompió la tensión.

—Vale, ahora que la pandilla ya está toda reunida, volvamos a mi casa súper segura.

Una hora después, supimos que Jackson no estaba de acuerdo con la seguridad de su casa.

Era la típica casita de fin de semana aislada en el bosque oscuro que daba a lo que solía ser un

lago. Un reclamo para los «hombres del saco».

Pero Finn juró que nadie nos molestaría, al igual que no lo habían hecho de camino hacia ella.

Selena, Matthew y yo habíamos notado que Finn nos estaba cubriendo. Jackson no. Él cojeaba con la ballesta preparada, apuntando. Nadie, incluida Selena, se atrevía a acercarse a él. Nos habíamos retraído y habíamos convenido no hablar de los descubrimientos cuando Jackson estuviera cerca...

En la entrada, dijo:

—¿No has entablado las ventanas, chaval?

Había entrado con cuidado, señalándome que lo siguiera. Matthew fue detrás de mí.

En el interior, no me fijé en las ventanas, sino en el hecho de que parecía un almacén. Sí, los paramilitares habían sido ricos; por lo visto, Finn se había aprovechado de sus habilidades.

Encontramos montones de pilas, cajas de barritas de chocolate, linternas Coleman, cajas de agua embotellada y cereales.

—Se parece a la casa de tu madre, Matt —comentó Selena con sarcasmo.

Matthew me dio un apretón en el hombro para prevenir que la atacase o gritase. Incluso Jackson la miró con el ceño fruncido.

—No me hace falta entablar las ventanas. —le dijo Finn a Jackson al tiempo que cogía tres troncos Duraflame de una pila alta. Los juntó en una chimenea de piedra y con unas astas sobre un marco tallado.

Jackson lo miró furtivamente.

—¿Y nadie puede ver el humo?

—En serio, cajún. Estamos camuflados. Me he quedado en esta cabaña durante semanas robando a los paramilitares.

Saqueamos la comida de Finn mientras el fuego nos protegía del frío, y llevamos las copas de fruta, los Doritos y las latas de Chef Boyardee al espacio delante de la chimenea.

Pero Jackson no. Aún con sangre y ceniza encima, había rebuscado hasta encontrar unos tragos de whisky.

Con la ballesta en la espalda y la botella en una de sus manos destrozadas, cojeó hasta un banquito frente al fuego y se dejó caer en él. Se sentó con los codos sobre las rodillas, mirando las llamas mientras bebía y nosotros llenábamos el estómago.

Reuní algo de comida variada para él, pero la rechazó con una sacudida de cabeza y volvió a su botella. Después, posó la mirada sobre Finn.

—¿Cómo has podido entrar y salir con todo esto?

Finn se encogió de hombros.

—Tan fácil como robarle el caramelo a un niño. Incluso me he llevado una de sus camionetas. Está detrás. —Cuando Jackson lo miró con incredulidad, Finn exclamó—: ¿Qué puedo decir? Soy un artista. Tengo ese Tahoe lleno de gasolina y listo para llevarme de vuelta a Cali. Pero ha sido tan fácil robarles a esos paletos que supongo que me he vuelto vago. Además, me gusta gustarles bromas; es más bien una obligación. Además, Paletina me la ponía dura.

Le lanzó a Selena una mirada significativa antes de añadir:

—Jamás me rebajaré así otra vez.

Jackson daba tragos a la botella sin importarle la personalidad tan original de Finn.

—¿Me explica alguien por qué se estaban disparando esos soldados?

¿Jackson lo había visto? Miré a Finneas contando con que él tuviese una respuesta preparada.

Él contestó como si nada:

—¿Endogamia?

Dios, la noche debía de estar siendo terrible para Jackson. Probablemente nada tenía sentido en su cabeza, todo eran puzles y nosotros le ocultábamos las piezas.

—¿Has estado al norte de aquí, chaval?

—Sí. En las Carolinas. Y no pienso volver.

—Ahí es donde vamos. —Jackson debía estar emborrachándose porque se le estaba marcando más el acento—. A los Bancos Externos.

—Es una mala idea, cajún. Desde aquí hay tres formas de llegar, cada una peor que la anterior. O vas casi sin respirar a través de las colonias con la peste, o cruzas Esclavolandia o sigues la ruta de la montaña. —Algo sombrío cruzó su cara, que contrastaba con su expresión aniñada—. Ahí es donde a los caníbales les gusta quedarse.

—¿Los has visto? —pregunté.

—Claro que sí. Y es peor de lo que os imagináis. Su dieta diaria de humano asado los ha dejado majaras. ¡Los caníbales mineros de Carolina del Norte son los peores! Tío, ni siquiera los asan.

Selena interrumpió la conversación.

—Los Bancos Externos cada vez aparecen menos en mi futuro.

—Te echaremos de menos, Selena —le dije con dulzura y malicia a la vez.

Me levanté al mismo tiempo que Jackson se puso de pie, tambaleándose y apoyándose en su pierna buena.

—Tenemos que vendar esa quemadura. —No me respondió—. ¿Jackson? Come algo, por favor. —Él me atravesó con la mirada—. ¿Qué te pasa?

—Pienso, yo. —Y con eso se llevó la botella y la ballesta y cojeó hacia el porche de la entrada.

Era obvio que quería estar solo. Decidí dejarlo así por ahora y volví a sentarme con el resto.

Cuando los cuatro arcanos nos quedamos solos, Finn preguntó:

—¿Cuánto tiempo habéis sabido que sois diferentes?

Con voz despreocupada, Selena contestó:

—Hace tiempo.

—¿Diferentes? —exclamó Matthew.

Yo respondí:

—Yo me he enterado hace poco. —Todos dudábamos sobre si decir más; estábamos vigilantes.

—Entonces, lo que quiero saber es cómo. Y por qué. —Finn pasó la vista de uno a otro—. Mierda. Esperaba que me pudieseis decir algo.

Selena sacudió la cabeza.

—No sé nada. Pregúntale a Matthew. Por cómo ha esquivado balas, debe de ser vidente.

Matthew dijo:

—Matar a las cartas malas.

Cartas malas. Había mencionado eso bastante. Quizá la guerra de los arcanos se limitaba al bien contra el mal.

Al mirar al grupo, me pregunté si quizá se suponía que debíamos juntarnos, como las cartas de una mano, para usar nuestras habilidades y apoyarnos frente a nuestras debilidades. Al igual que había visto en la batalla de los arcanos.

Matthew me había dicho que estaba destinada a pelear contra la Muerte. Yo había jurado no enfrentarme a la Parca nunca; ¿me lo pensaría de contar con ayuda?

No. La Muerte y Ogen habían sido imparables juntos.

Entonces, me di cuenta de que todos me miraban.

—No sé mucho más que vosotros, chicos. Pero sí que estamos conectados al tarot de alguna forma. —Y le pregunté a Finn—: ¿Has visto una baraja de tarot alguna vez?

—Sí. Me dio repelús. La cogí y la volví a dejar en su sitio.

Asentí al entender la sensación. Bueno, excepto por el hecho de que, por lo visto, me había encantado mirar la carta de la Muerte cuando era pequeña.

—Los triunfos se llaman arcanos mayores. Nos representan. Eso creo. Yo soy la Emperatriz; Selena, la Luna; Matthew, el Loco. Y tú eres el Mago. Hay otros chicos.

—G-u-a-u —murmuró Finn.

Y después lanzó un torrente de preguntas.

—¿Cómo hemos adquirido nuestros poderes? ¿Qué se supone que debemos hacer con ellos? ¿Cómo encontramos a los otros chicos?

—Ojalá lo supiese —dije mirando a Matthew a sabiendas—. Pero no. Aunque creo que mi abuela lo sabrá.

—*Tarasova* —dijo Matthew asombrado—. Ama del tarot, sabia, cronista.

¿Qué fue lo que me dijo una vez? *Cuidado con los antiguos linajes, las otras familias que redactan las crónicas. ¡Saben lo que eres!*

Si mi familia redactó crónicas, ¿significaba eso que mi abuela lo sabía todo?

Selena me atravesó con la mirada.

—¡Por eso la urgencia de llegar hasta tu abuela! Querías ser la única que supiera de todos nosotros. ¿Por qué iba a saber ella nada? —De nuevo, tuve la sensación de que sabía exactamente lo que mi abuela conocía.

—¡No quería ser la única en saber de todos vosotros, Selena! Quería entender mis poderes, mi vida, el mundo. —Necesitaba llegar hasta la abuela ahora más que nunca. Recordaba ese impulso alarmante en la celda de los paramilitares: no ser una chica...

Esas ganas de ceder, de dormir, me asustaban tanto como mis poderes para hacer daño a aquel soldado con la flor de loto.

—¿Y qué? Tenemos poderes —dijo Selena con un gesto desdeñoso—. ¿Por qué crees que tiene que haber una razón detrás de todo, además del Destello?

Eché la cabeza hacia atrás.

—¿Bromeas? Debes percibir que hay algo que nos pone en el camino del resto. ¿No sientes que esto acaba de empezar?

Matthew cogió una copa de fruta y me la dio, como una recompensa. Una galletita para Evie.

—¿Y cuáles son tus poderes exactamente? —preguntó Selena—. Lo único que he visto son unas garras deformes y feas, ¡qué útil! Oh, y que hueles bien. ¡Gran ayuda! Esos paletos nos podrían haber rastreado por tu olor.

¡La odiaba! Cuando aparecieron las garras deseé clavárselas en los ojos, pero Matthew se interpuso entre Selena y yo.

—Esta noche estás llena —me dijo—. No sería justo.

Selena sonrió con suficiencia.

—Eso...

—No sería justo para ti —prosiguió dirigiéndose a Selena, lo que la hizo callarse—. ¿Una arquera en un espacio cerrado contra veneno?

—¿Es venenosa? —chilló Selena asustada.

Un miedo falso. Mi instinto me decía que Selena ya lo sabía y que sabía más de mí y del resto de arcanos de lo que me imaginaba.

¿Y si Selena tenía algún tipo de guía propia o alguien como una Tarasova a la que no habían encerrado? Quizá Selena tenía todo el control sobre sus poderes y había estado practicando durante toda su vida.

Su habilidad con el arco no tenía rival. ¿Qué otros poderes tenía?

Recordé la conducta extraña de Jackson al llegar a casa de Selena; lo mucho que había brillado la luna, como si nos atrajese.

«Ten cuidado con la tentación». Quizá Selena podía manipular la luz de la luna al igual que hacía yo con las plantas. ¿La había usado para llevarme a su casa esa primera noche sin esperar que yo estuviera con Jackson? Había dicho: «Nunca habría esperado encontrarme con... él».

—¿Veneno? —Finn se alejó de mí, pero me preguntó—: ¿En serio?

—Mis... eh... garras lo son. —Al verlo enarcar una ceja, las mostré, como diez espinas letales.

—¡Mola, rubita! Oye, tenemos que ponernos nombres de superhéroes. ¿Qué os parecen las capas... y las braguetas? Pensadlo por ahora, dadle vueltas y ya me daréis la respuesta —exclamó—. Oye, ¿escucháis... voces?

Gruñí.

—Todo el tiempo. Pensaba que me estaba volviendo loca.

—Tíiii —dijo a modo de respuesta—. Y antes del Destello me pasaban un montón de cosas raras. Empecé a hablar en un idioma raro. Y las cosas empezaron a transformarse, pero solo frente a mí. Vi a mi gato andando por el techo; lava de un grifo. Pero lo peor no fue eso. Estaba tirándome a una tía y, de repente, ¡se empezó a parecer a mi profesor de gimnasia! —Se estremeció.

Y yo que pensaba que me había ido fatal. Matthew y Finn también lo habían pasado mal.

—¿Qué dijeron tus padres? —inquirí, sin saber si a él también le habían internado.

—Mi padre no pudo soportar mis «comportamientos erráticos», así que me mandó con mi madre. Y pasó lo mismo. Estaban a punto de ir a por la camisa de fuerza, o peor, la escuela militar, cuando a mi madre se le ocurrió la brillante idea de mandarme de Malibú a Carolina del Norte para que me entendiera con los paletos de mis primos.

Así que Matthew y yo no habíamos sido los únicos cuyos padres habían pensado que estábamos «trastornados». Tenía sentido. Me preguntaba qué le había pasado a Selena.

—Sí, mi madre pensaba que eso me fortalecería mentalmente —prosiguió Finn—. Ni siquiera sería capaz de inventarme todo esto. Salud mental... bebiendo Natty Light, yendo detrás de paletas buenorras y matando patos y ciervos.

Al menos Finn era sociable. Aunque el chaval era algo desagradable —¿me había llamado pibón?—, empezaba a caerme bien. Sobre todo, en comparación con Selena.

Justo le iba a preguntar por mi llamada cuando Selena murmuró:

—Yo no escucho voces, chalados.

Tras haber pasado días con esta chica, reprimiendo mi irritación e intentando llevarme bien con ella, se me había acabado la paciencia.

—Si vas a mentir, no pienso revelar nada más contigo delante.

—Jamás he oído voces —resopló. Parecía peor que mi psiquiatra.

Me levanté, cabreada.

—Eres una mentirosa, Selena. Pero eso es lo que se te da bien, ¿no? Tu *modus operandi* es el engaño, ¿verdad?

Ella también se levantó, tensa.

—¿De qué hablas?

—Cuando nos conocimos, te comportabas como si no me reconocieras de nada, pero creo que sabías exactamente quién y qué era todo este tiempo. Si tanto te propones en parecer ignorante, entonces sabes mucho más de lo que dices. ¿Conoces nuestros poderes? Quizá hayas tenido algún tipo de profesor o libro. Quizá te enseñaran todo lo que nosotros intentamos descubrir.

Ella se inclinó hacia mí de forma agresiva.

—Demuéstralo.

—Venga, venga, señoritas, ya conocéis las reglas. —Finn se levantó y alzó las manos como un árbitro—. Nada de peleas fuera del cuadrilátero de gelatina.

Giré mis garras delante de su cara y, finalmente, ella se alejó.

—Habladme sobre él. —Finn señaló a Jackson con la cabeza—. ¿No es uno de nosotros?

Tras una última mirada amenazante hacia Selena, le contesté.

—Creo que no. No le he visto hacer nada sobrehumano.

Selena se retiró el pelo detrás de los hombros.

—Porque no has estado con él en la situación correcta, cielo. —Su tono iba cargado de doble sentido.

¿Era esta la prueba que había estado esperando? ¿U otra mentira? Quizá sí que habían estado juntos, al menos la noche que nos habíamos quedado en su casa. O puede que más veces.

Aunque creía que Jackson volvía a estar interesado en mí, no sabía cómo superar lo que había pasado entre ellos.

—Entonces dínos qué carta es, Selena —dije apretando los dientes.

Ella suspiró.

—La jota de corazones.

Me dolían las garras cuando le contesté.

—Baraja equivocada, zorra.

Finn soltó un gemido.

—¡Esto no puede estar pasando! ¿A las dos os mola el cajún? ¿A ambas? Venga, gatitas, eso no está bien. Ampliad vuestros horizontes.

—¿Hacia ti? —Selena alzó una ceja.

—Exacto. Soy tu tipo, arquera. Tú y yo. —Le guiñó un ojo—. Piénsalo.

Ella lo miró como si de un insecto molesto se tratase.

Imperturbable, Finn inquirió:

—De todas formas, ¿se lo seguimos ocultando al cajún?

—Secreto —susurró Matthew.

—Vale, tío. Supongo que esa es la respuesta...

Para cuando nos preparamos para irnos a la cama, estaba exhausta. Aunque había tres habitaciones en la parte de atrás, nos hice unos camastros a Matthew y a mí al lado del fuego. Quería quedarme cerca de Jackson. Él seguía fuera en el porche, bebiendo.

Había salido una vez, pero él me había vuelto a levantar un dedo.

—Quiero estar solo, yo.

Me metí bajo la manta y me estremecí al recordar lo que había pasado. Sin embargo, estaba decidida a esperarlo. Si no me dejaba curar sus heridas, se le infectarían. Además, quería hablar con él, saber lo que se le pasaba por esa misteriosa cabeza suya.

Saber lo que pasaría mañana.

También quería quedarme despierta porque estaba en tensión tras la pelea con Selena. Ella

había colocado sus mantas al otro lado de la chimenea. Aunque Finn tenía su cama detrás, había desenrollado un saco de dormir justo a su lado, y para molestia de ella.

Él había intentado repetidas veces que Selena fuera a su habitación. El pobre debió de utilizar todo su repertorio, pero ella había rechazado cada propuesta.

Selena solo tenía ojos para Jackson...

Matthew se arrebujó a mi lado, somnoliento y adorable. Nos tumbamos de cara; yo veía la puerta de la entrada por el rabillo del ojo por si acaso Jackson entraba.

—Duerme un poco, chico —le dije a Matthew.

—Gran noche —susurró.

Sí que lo había sido. Él estiró la mano y agarró la mía.

Y se me cerraron los ojos.

38

Los aldeanos se mofaron de la bruja roja a bordo de su flota de barcos.

Habían anclado lejos de la costa, lejos de cualquier árbol, enredadera o espino. El mar inmóvil era desfavorable para sus esporas.

Mientras ella los observaba desde la playa, ellos la llamaban «Condesa de pacotilla» y «Reina del hambre». Como si la falta de cosecha hubiese sido culpa suya.

La resplandeciente agua azul estaba en calma cual espejo bajo el sol. Cuando ella se quitó la capucha, la luz bañó su rostro y la revitalizó. Era un día glorioso para imponer castigos.

Aun así, todos sabían que a menos que pudiese andar sobre el agua, no habría venganza posible.

La Muerte había arribado a la orilla para observarla; siempre le habían fascinado sus dones de Emperatriz. A lomos de un semental y en lo alto de una duna, se quitó el casco y dejó a la vista su aspecto casi divino.

—¿Y qué harás ahora, criatura? —le preguntó. La luz del sol resaltaba sus rasgos perfectos y su largo pelo rubio de forma encantadora—. El mar es su dominio, no el tuyo.

La bruja se dio unos golpecitos en la barbilla con una de sus garras y se recordó que todavía no había llegado la hora de su encuentro con la Muerte. Devolvió la atención a los marineros, los últimos supervivientes de la aldea que había plagado de esporas y había llenado de espinas.

Ahora los marineros se habían vuelto más valientes, más bulliciosos. Se burlaban de ella mostrándole los genitales de forma obscena.

Los ojos rutilantes de la Muerte estaban fijos en su rostro; siempre se mostraba vigilante ante su enemiga.

Le encantaba disfrutar de un buen espectáculo, por supuesto.

—Aunque no sea mi estilo... si no quieren venir a mí, yo iré hasta ellos. —Caminó decidida por la playa. No se detuvo en la orilla, simplemente pisó, despreocupada, la superficie del agua.

Los marineros se callaron. Solo se oyó algún grito ahogado por allí y algún lloriqueo por allá.

Miró por encima del hombro a la Muerte. Su semblante estaba impasible; aquellos brillantes ojos no dejaban entrever ninguna emoción.

Las algas del fondo marino la mantenían a flote.

Los marineros por fin entraron en acción, pero no había viento que empujara sus velas desplegadas. Remaron como locos; sin embargo, sus aliados acuáticos atraparon los barcos e impidieron que se moviesen.

Luego vinieron las fervientes plegarias de los hombres a los dioses antiguos y nuevos.

Pero ya era demasiado tarde.

En cuanto se acercó lo suficiente como para atisbar los rostros de los marineros, ondeó una de sus manos tatuadas. De inmediato, los tallos gigantes de unas algas viscosas crecieron desde

el abismo a una velocidad vertiginosa y salieron a la superficie.

Conforme los hombres gritaban, ella le sonrió a la Muerte.

—No, el mar no es mi dominio. —Sus poderes sobre el océano palidecían en comparación con los de otro cierto arcano—. Pero puedo cogerlo prestado de vez en cuando.

Aquellas plantas bailaban sobre los barcos y salpicaban agua a la vez que se colocaban en posición de ataque. Los hombres pidieron piedad entre lloriqueos, le suplicaron a «la dama» que los bendijera con su gracia.

Ella echó la cabeza hacia atrás y se rio con satisfacción.

—Os mostraré tanta piedad como vosotros me habéis mostrado a mí. —Esos aldeanos la habían atado a un poste de madera y habían empezado a quemarla; había sentido la caricia de las llamas antes de poder revivir el poste hasta transformarlo en un árbol y, así, liberarse.

Había repartido castigos a la gran mayoría, menos a estos marineros. Al recordar el olor de su carne abrasada, volvió a ondear la mano.

Los tallos verdes arrasaron las cubiertas, destrozaron los mástiles y apalearon a los hombres. La sangre encharcó las cubiertas y chorreó por las canaletas de los barcos. Gruesas cascadas carmesíes cayeron al mar, formando con el impacto espuma de un color rosado.

Conforme las plantas se enroscaban alrededor de los barcos como tentáculos gigantes, partiendo los navíos en dos, los marineros comenzaron a saltar al agua.

Más de sus aliados los aguardaban. Serpentearon alrededor de sus tobillos y tiraron de ellos hacia abajo. La bruja torturó a los hombres; los hundía para luego ofrecerles un momento de respiro, una oportunidad de gritar, un segundo para aferrarse al sol indiferente... antes de volverlos a arrastrar hasta las profundidades.

No se detuvo hasta que estuvieron todos muertos.

Para cuando el mar volvió a quedarse en calma, estaba completamente teñido de rojo.

Cuando la bruja volvió a la orilla, la Muerte inclinó la cabeza con ostentación y luego espoleó a su montura para marcharse.

Ella volvió a contemplar su obra maestra. En el mar perfectamente en calma y cubierto de sangre, la bruja divisó su reflejo. Los ojos que le devolvían la mirada eran...

...¡Los míos!

Me desperté de golpe y sin aliento. Había sido mi reflejo. ¡El mío!

Con un escalofrío, observé la cabaña iluminada por el fuego. «Solo ha sido un sueño, una pesadilla». No había estado allí. No había sido yo la que había aniquilado a una aldea entera.

Matthew dormitaba a mi lado. Selena y Finn dormían al otro lado de la habitación. Una de las manos de Finn se encontraba sobre uno de los mechones de pelo de ella.

Jackson no estaba. ¿Seguía fuera?

Aparté la manta y luego me dirigí con dificultad hacia el cuarto de baño que se iluminaba gracias a una linterna. ¡Ya no soportaba más sueños como ese! Eran como películas de terror espantosas que veía sin parar directamente en el cerebro.

Y, en esta, la bruja había parecido sonar como si ella fuese la Emperatriz cuando había tenido la conversación con la Muerte.

¿Ahora iba a tener pesadillas de los dos? Recordé el aspecto glorioso de su rostro bajo el sol y me estremecí.

¿Por qué Selena no tenía que lidiar con mierdas como esta? Otra razón más para odiarla.

En el cuarto de baño alargué el brazo hacia la linterna apagada y la encendí. ¿Tenía algo en la

mano? Me froté la piel, pero la mancha no desapareció.

¿Una ilusión óptica debido a la luz? ¿Una sombra? ¿Seguía por la muñeca? Me levanté la manga. Una marca parecida a la hiedra me cubría el brazo.

Con un grito ahogado, me giré hacia el espejo cubierto de polvo sobre el lavabo y lo limpié como loca con el puño.

Contemplé mi reflejo balanceándome sobre los pies.

La bruja roja me devolvía la mirada. Mis ojos estaban... verdes. ¿Mi pelo? Rojo brillante y lleno de hojas.

Aquellos glifos resplandecientes cubrían toda mi pálida piel.

Me acerqué aún más al espejo, casi hiperventilando. No, no me veía exactamente igual que la bruja. Seguía siendo yo, solo que con rasgos similares.

La cabeza me iba a mil. La bruja debió de ser... debió de ser otra Emperatriz. Una nacida en el pasado. Los barcos que había destruido habían parecido ser galeones.

Matthew me había contado algo sobre batallas antiguas, y nunca me había dicho que fuese la primera Emperatriz.

La bruja roja y la Emperatriz eran un solo ser.

En el fondo, lo había sabido. Cien por cien. Pero Matthew me había dicho que la bruja estaba resurgiendo, que venía a por mí. Que lucharía contra ella.

Supongo que sí que había estado luchando contra ella todo este tiempo; me había resistido a la verdad. Claro que venía a por mí. Incluso ahora la sentía resurgir... de mi interior.

Seguro que Matthew me había mandado todas aquellas pesadillas. ¿O venían incluidas en el paquete de la Emperatriz?

Mientras contemplaba mis ojos esmeralda, recordé otros detalles de la carta de la Emperatriz.

Unas colinas se extendían a su espalda, pero ahora caía en la cuenta de que su imperio había estado inundado de verde y de rojo... debido a las plantas y a la sangre. Su pelo había estado cubierto de flores, hiedra... y mechones rojos.

Sus manos habían estado levantadas y con los brazos abiertos, como atrayendo a los demás. Y, aun así, su mirada había sido mortífera, como diciendo: *«Ven, tócame... pero pagarás un precio»*.

Entonces me di cuenta. «Esa es mi llamada arcana».

Los glifos comenzaron a moverse y a enroscarse sobre mi piel, volviéndose de dorados a verdes y al revés. Cautivadores.

Conforme los observaba, reconocí que una parte de mí seguía pletórica debido al poder que había experimentado en el sueño; tan solo de recordar las hazañas de la bruja hacía que sintiese una ira descomunal.

¿Ser capaz de destruir toda una flota de barcos...?

De hecho, mientras reflexionaba sobre todas las pesadillas que había tenido, casi podía admirar el entusiasmo de la bruja. Al menos era puro.

Y sus víctimas habían intentado quemarla viva. Por supuesto que quería venganza.

¡No, no! ¿En qué estaba pensando? Había aniquilado a una aldea entera. ¡Probablemente tuviesen razones más que suficientes para quemarla viva!

Sentí un cosquilleo en el brazo, así que bajé la mirada. Una enredadera delicada había comenzado a brotar de uno de los glifos.

Cuando serpenteó por la superficie de mi piel, casi sobresaliendo de ella, solté un grito y di un salto hacia atrás que solo consiguió que me tropezara con una alfombra.

Hice aspavientos con los brazos a la vez que me caía hacia la bañera y me llevé conmigo la

cortina que la ocultaba. Despatarrada en la bañera, jadeé sorprendida y oí unos pasos diligentes en el pasillo.

Ay, Dios, ¡Jackson!

—Evie, ¿estás bien? —dijo desde fuera del cuarto de baño.

—Uf, sí. ¡Solo me he tropezado por culpa de la poca luz! —Me las apañé para ponerme de pie y luego regresé frente al espejo—. Salgo en un minuto. ¿V-vale? —Al mismo tiempo que aquella ira poco natural comenzaba a desvanecerse, el asco ocupó su lugar. «Yo soy la... bruja roja». Me llevé las manos a la cara y estuve a punto de echarme a llorar. «Las cosas que le he visto hacer...».

¿Qué haría Jackson cuando descubriera eso de mí?

¡Lo rechazaría! Al igual que había rechazado el desafío de la Muerte, también me negaría a aceptar esta maldición. No la había pedido. La consideraba una enfermedad que me robaba la identidad.

¿Estaba destinada a ser una cobarde rara —la chica asustada de la celda— o un monstruo asesino?

Sí. Sentía que no me quedaba mucho más tiempo antes de verme atrapada, bien en un alter ego o en el otro. A menos que buscara ayuda.

—*Bébé*, déjame entrar. —¿Jackson seguía fuera?

Me quedé mirando hacia la puerta, luego a mi reflejo, y a continuación hacia la puerta otra vez.

—¡V-vete! —grité a la vez que me arrancaba las hojas del pelo y las echaba a un cesto de la ropa. «Respira hondo, Evie, respira».

—¿Qué te pasa?

—¡Nada! —El pelo y los ojos comenzaron a volver lentamente a la normalidad y los glifos desaparecieron. «¡*Rápido, rápido!*».

—¡Déjame entrar! —Golpeó la puerta—. O lo haré por la fuerza.

—Yo... yo... ¡espera!

—Apártate, pues.

—No, Jackson...

Eché la puerta abajo. Las astillas saltaron y el marco de la puerta quedó destrozado.

Moví los labios sin producir sonido alguno.

—¿Qué narices te pasa en la cabeza? —por fin me las arreglé para decir. Desvié mis ojos abiertos como platos hacia el espejo...

Mi aspecto había vuelto a la normalidad.

—¡Creí haberte oído gritar antes! —Se agachó para recoger la botella del suelo del pasillo, pero estaba prácticamente vacía—. Me acojonaste vivo.

Seguía estando de un humor de perros. Llevaba la ballesta colgando un poco torcida en la espalda.

Pasé junto a él para salir al pasillo. Los otros tres estaban despiertos, contemplándonos con curiosidad.

Clavé la mirada en Matthew. Él siempre había sabido lo que era, y que yo me enteraría esta noche. «Gran noche», había dicho. Sonrió de oreja a oreja y me mostró el pulgar hacia arriba. Entorné los ojos.

—Quiero hablar contigo —me dijo Jackson.

—¿Eh? Vale —respondí con voz monótona. Sentía el cuerpo amoratado y la mente entumecida. ¿Bullía siempre la maldad en mi interior a la espera de que la liberase? Si mataba

como la bruja, ¿podría volver a mi yo normal?

Quizá tendría que haber echado raíces hoy.

—A solas —añadió Jackson serio, como si fuese a discutir con él o cualquier otro.

A Selena claramente no le hizo gracia, pero se mantuvo callada. Finn se relajó a su lado y le ofreció una rarísima chocolatina Snickers como consolación. Ella puso los ojos en blanco.

Jackson cogió la linterna del cuarto de baño y luego me acompañó hasta uno de los dormitorios en la parte de atrás de la cabaña antes de cerrar la puerta a nuestras espaldas.

Frunció el ceño en dirección a la ventana sin reforzar y me tendió la linterna y la botella. Entonces, levantó el colchón de la cama individual y colocó el canapé de madera contra la ventana. Se hizo con la barra de donde colgaban las perchas en el armario y la ajustó para que toda la estructura no se viniese abajo.

Satisfecho consigo mismo, me quitó la botella de la mano y comenzó a pasearse por la habitación.

—Por favor, deja que le eche un vistazo a tu pierna, Jackson. —¿Sonaba tan embotada como me sentía?—. Y a las manos también. —Colgué la linterna en un perchero y me preparé para examinarle las heridas. Seguía preocupada por que fuesen a infectarse.

Además, hacer algo productivo podría ayudarme a mantenerme ocupada y sin pensar. «Soy la bruja roja».

—Probablemente tengas astillas clavadas en los nudillos. —Al haber estado bebiendo tantísimo, quizá sacárselas no le doliese tanto—. Puedes hablar mientras te las quito.

Él negó la cabeza con vehemencia.

—*Non*. Tengo algo que decir, yo.

Nunca lo había visto así de taciturno.

—Dime, te escucho.

—Cuando te capturaron, no sabía... —Se calló, tuvo que darle un trago al whisky antes de poder seguir—. Si sería como...

—¿Qué?

—Como con Clotile.

—Oh, Jackson, no. Estaba bien. No me hicieron daño.

—No sabía si llegaría demasiado tarde —dijo con un escalofrío. Luego se acercó a mí hasta que estuvimos nariz con nariz—. Evie, si alguna vez te vuelven a separar de mí, que sepas que iré a por ti. —Me acunó el rostro con una de sus manos manchadas de sangre—. ¡Así que mantente viva! No hagas como Clotile, no elijas esa salida. Tú y yo podemos superar cualquier cosa, pero dame la oportunidad —su voz cambió a apenas un susurro—, dame la oportunidad de ir a por ti. —Enterró la cara en mi pelo y respiró hondo—. No hay nada que te pueda pasar que no podamos superar.

¿Nada? Miré al techo con tristeza. «Ojalá fuese verdad». Pero ¿cómo iba a poder aceptar estos cambios en mí... cuando ni yo misma podía?

Me había transformado de forma tan drástica que bien podría haber sido de otra especie completamente distinta.

Una planta. Contuve una carcajada. Una categoría totalmente diferente.

¿Qué chico querría tener una novia con garras? «Eh, Jackson, quizá seas tú el que no quiera beber después de mí».

Aun así, no pude evitar preguntar.

—Cuando hablas en plural... ¿te refieres...?

Él se apartó y me miró fijamente a los ojos. Los suyos parecían arder.

—Voy a ser sincero contigo. Ríete si quieres, no me importa. Pero voy a sacármelo de dentro.

—No me voy a reír. Te escucho.

—Evie, te he deseado desde la primera vez que te vi. Incluso cuando te odiaba, te deseaba.

—Se pasó los dedos por el pelo—. Me ha dado fuerte, yo.

Sentía que se me había parado el corazón solo para poder oírlo mejor.

—Todas las veces que me has mirado por encima del hombro, yo te he anhelado, un *envie* como nunca había tenido antes.

—¡Yo no te miro por encima del hombro! Estoy demasiado ocupada admirándote.

Él pareció sorprenderse ante mi declaración.

—¿De verdad?

—¡Sí!

Las comisuras de sus labios se curvaron un instante antes de volver a ponerse serio.

—Me preguntaste si tenía aquel teléfono con fotos tuyas, si lo había ojeado. Joder, ¡pues sí! Te vi jugando con un perro en la playa y haciendo una voltereta imposible antes de caer al agua y poniendo caras tontas frente a la cámara. Aprendí cosas de ti —sus palabras empezaron a sonar roncadas—, y quería más. Quería verte todos los días. —Se rio sin ninguna gracia antes de admitir —: Después del Destello, no dejé de buscar la manera de cargar ese estúpido teléfono... que ya nunca volvería a hacer una llamada.

—No lo sabía... No podía estar segura —murmuré.

—Tú eres la única para mí, *peekôn*.

Se me cayó el alma a los pies. Era como una espina. Puede que sintiese cosas por mí, pero eso no significaba que quisiera sentir las. Y ni siquiera sabía nada sobre mi malvado *alter ego*.

¿Cómo podía estar pasándome esto? ¿Por qué tenía que descubrir que era algo parecido a una psicópata asesina la misma noche que me confesaba sus sentimientos? Contuve un sollozo.

—A-ambos sabemos que tu vida habría sido mucho más sencilla sin mí. Yo solo soy una espina en tu zapato.

Él asintió.

—Eso me recuerda a ti. Cada paso que doy, pienso en ti.

Abrí los labios. De nuevo, caí en la cuenta de que era lo único en la vida que me hacía sentir cuerda, que me hacía querer luchar por un futuro mejor.

—Evangeline, tengo que sentirte en cada paso. —Colocó una mano temblorosa sobre mi nuca y apretó—. O me vuelvo loco, yo.

Pese a todo, sentí un rayo de esperanza. Jackson quería estar conmigo. Y yo quería estar con él. Que era lo único que debería importar, ¿verdad? Nunca tenía por qué enterarse de lo que era. La abuela podría enseñarme la manera de deshacerme de esta maldición, o cómo mantenerla latente para siempre, sin tener que recurrir cobardemente a ese otro lado de mí.

Con su ayuda, no tendría por qué decirle adiós a nadie. ¡Podría aprender a ser normal otra vez!

Y estábamos a meras semanas de distancia de los Bancos Externos. Todavía había tiempo. El optimismo me embargó...

Hasta que recordé otra de las muchas barreras entre nosotros.

—¿Y qué hay de Selena? ¿No os acostasteis?

Negó con la cabeza.

—No está mal, y si nunca te hubiese conocido, puede que la hubiese mirado dos veces. Pero solo tonteeé con ella para ponerte celosa. Para ver si sentías lo mismo que yo o no.

—¿Lo mismo? —Una parte de mí quería estar besando a Jackson, la otra quería oír todo lo

que este guapísimo muchacho quisiera decirme. Le rodeé el cuello con los brazos, sin importarme la sangre seca y el barro, y lo atraje hacia mí.

Al principio se quedó tenso, como sorprendido, pero luego me abrazó con un gemido.

—Ah, conozco ese olor. Madreselva.

Sentí la risa nacer dentro de mí.

—Sí, sí. —Me puse de puntillas para mover los labios sobre su cuello, para darle besos en su rostro orgulloso y agotado.

Él cerró los ojos y adoptó una expresión de pura felicidad.

—Voy a protegerte, *bébé* —declaró con voz ronca.

—Lo sé. Sé que lo harás.

—No voy a llevarte a Carolina del Norte. *Jamais*.

Me quedé inmóvil antes de echarme hacia atrás.

—¿A qué te refieres? Tengo que encontrar a mi abuela.

—Venga, Evie, ambos sabemos que probablemente no haya sobrevivido. No hemos visto a ninguna mujer en la carretera. No voy a dejar que vuelvas a vivir un peligro como el de hoy.

¿Ahora quería echarse atrás? «Se me agota el tiempo...». Me separé de él e intenté mantener la calma.

—Tengo planes para nosotros, verás. Vamos a volver a casa de Selena. Puedes llevarte a *coo-yôn* contigo si quieres. Pero vamos a ir hacia el sur. Vamos a volver al calor, y huiremos de la peste y de los caníbales. Puedes enseñarme a cortejarte. Porque no sé cómo se hace. Puedes ser feliz viviendo conmigo. Lo serás.

«Sí, lo sería». ¡En cuanto me liberase de esta maldición!

—Todo esto es más grande que yo, Jackson. Tengo que... tengo que averiguar quién soy.

—Entonces cuéntame qué está pasando. Sé sincera conmigo por una vez. Confíame tus secretos. Yo te he confiado los míos.

¿Contarle lo que era? O, Dios santo, ¿mostrárselo?

Selena había estado espectacular como la Arquera. Había sido toda gracia y velocidad, la elegancia de una diosa. Matthew tenía su *omnivisión* y era el señor del destino. El talento de Finn era casi inconcebible.

¿El mío? Yo sacaba unas garras espeluznantes. Hacía crecer cosas cuando derramaba mi propia sangre encima. Podía ser venenosa. Cuando controlaba las plantas, estas eran como serpientes, escalofriantes.

¿Y lo de esta noche con la flor de loto? Había acusado a Selena de ser engañosa.

¿Pero no era ese también mi *modus operandi*?

A diferencia de mí, los otros solo parecían mejorados, como si fuesen semidioses. Si le revelaba a Jackson cuál era el verdadero aspecto de la Emperatriz, ¿cómo podría soportar ver el asco en sus rasgos? Me daban náuseas solo de pensar en mostrárselo.

¿Y si me veía... y se persignaba?

Sentía cosas por mí, pero solo porque no sabía lo que era de verdad. Me deseaba a mí, no a la bruja.

—Quiero contártelo —susurré—. Pero no puedo. Todavía no. —«Solo déjame tener esto durante un ratito».

Endureció la expresión.

—Entonces te vienes conmigo. Hablaremos de lo que tengas que «averiguar» cuando confíes en mí.

Me empecé a asustar. ¿Evitaría que me marchase? ¿Me arrastraría de vuelta a casa de Selena?

—Voy a ir a Carolina del Norte. Creía que tú y los demás estaríais conmigo.

—¡Para ti es facilísimo tomar estas decisiones cuando tú no eres la que hace el trabajo sucio!

—Soy más fuerte de lo que te piensas. Si me veo acorralada, puedo ayudar al grupo.

—¿Ayudarnos? ¿Haciendo qué? ¿Vas a hacer que los «hombres del saco» se mueran admirando tu belleza?

—¡Puede que te sorprenda!

—No sabes cazar, ni pelear. ¡Eres demasiado blanda!

—Ya no puedes seguir diciendo eso de mí. No me conoces...

—¡Porque no quieres decírmelo! —Lanzó la botella contra la pared.

Yo sentí que me había hecho añicos junto a ella.

—Ha-hablemos mañana, cuando estés sobrio. ¿Vale? —Temblando, me giré hacia la puerta.

—Maldita sea, mujer, ¡escúchame! —Volví a girarme hacia él y lo encontré con los ojos desorbitados.

—Jackson, ¡me volveré loca si no descubro lo que se supone que he de hacer! —«¡Y cómo salvarme!».

—Yo sí sé lo que se supone que has de hacer. Quédate conmigo, sé mía. Cultivaremos comida, viviremos nuestra vida. Construiremos algo juntos.

Yo también me moría por tener esa vida. Las lágrimas comenzaron a caer por mis mejillas.

La ira de Jackson pareció esfumarse.

—*Non*, no llores, tú. —Me cubrió los hombros con las palmas de las manos y me acarició con los pulgares.

—Ha-hay más aparte de esto —insistí.

—Entonces cuéntamelo, *bébé*. —La angustia de su voz casi me dobló. El llamativo gris de sus ojos brillantes...—. Confía en mí.

Al ver que me quedaba en silencio, llorando, me apretó los hombros. Echó la cabeza hacia atrás y rugió como un loco. Luego me miró a los ojos.

—Te guardas los secretos de la única persona en la que realmente puedes confiar. —Con la voz rota y ronca, añadió—: *¡J'tombe en botte, Evangeline! J'tombe en botte.* —Me derrumbo—. ¡No puedo seguir así! O te vienes conmigo, o nuestros caminos se separarán por la mañana.

—Hablemos de esto...

—Júrame que vendrás conmigo, o tendré que aparcar estos pensamientos. No puedo seguir yendo detrás de ti, contra mis instintos, no. No puedo seguir deseándote y esperándote. Sé lo que hace eso, lo he visto.

—N-no tengo elección.

Me soltó y cuadró los hombros.

—Entonces, yo tampoco. He acabado contigo, mujer.

—¿Eso qué quiere decir?

—¡He... acabado... contigo!

La última palabra todavía seguía haciendo eco entre nosotros cuando salió cojeando de la habitación y cerró la puerta a su espalda con un portazo.

39

—¡Sabías que era la bruja roja! —le espeté a Matthew en voz baja.

Había entrado al dormitorio directamente en cuanto Jackson se marchó y se había quedado sentado sin decir ni una palabra durante lo que me parecieron horas, hasta que yo había dejado de llorar.

Finn también había venido con un par de mantas y nos había empezado un fuego en la pequeña chimenea.

—Está claro que estás fuera del menú, rubita —me había dicho—, con todos esos problemas de chicos que tienes y demás. Pero sé buena y dime cómo puedo llevarme a Selena al huerto lo antes posible.

En cuanto se percató de que no estaba de humor, levantó las manos.

—Eh, eh, no pasa nada. No te preocupes. Ya pensaré en algo. Deséame suerte. —Luego me guiñó un ojo y desapareció. Literalmente. Se había vuelto invisible.

Ahora me encontraba dando vueltas por la habitación mientras Matthew estaba sentado en el suelo escudriñando un trozo de cristal roto junto al fuego.

—Me podrías haber dicho que era ella. —Todavía seguía dándole vueltas a todas las revelaciones de la noche.

—No eres ella.

—¿Todavía? Porque ella es fuerte y despiadada. Y yo no, ¿verdad? —dije, dolida.

Él inclinó la cabeza.

—Un día todos te conocerán como la Princesa del Veneno, la Reina de Mayo. La Dama de Loto. La Reina de las Espinas. Fita.

—¿Cómo en *fitomanipulación*?

—También puedes crear plantas. *Fitogénesis*. Sin semillas.

Eso era interesante... hasta que recordé que tales poderes habían sido diseñados probablemente para matar.

—¿Entonces me mandaste tú todas esas pesadillas?

Frunció el ceño.

—¿Pesadillas? No. Solo... sueños.

—¿Quién era ella? ¿Era yo en otra vida o algo? —«Di que no, di que no».

—Una Emperatriz de hace mucho, mucho tiempo. Ella no guardaba secretos. Todos la conocían. Pero, por aquel entonces, la gente quemaba todo lo que temía —dijo, y se quedó como ensimismado.

—¡Matthew!

—He actualizado tus sueños. Porque no sabes hablar inglés antiguo.

«¿Pero tú sí?».

—Esos *sueños* han estado a punto de volverme loca. ¿Por qué querías que presenciara tales

maldades?

—No son maldades. Arsenal. —Con un suspiro, repitió—: Arsenal, campo de batalla, obstáculos, enemigos.

Así que me había mostrado esas cuatro cosas, bien a través de visiones o pesadillas.

—¿Arsenal? ¿Te refieres a lo que soy capaz de hacer? —Admitía a regañadientes que la única razón por la que había sido capaz de crear aquella flor de loto era porque había visto a la bruja hacerlo antes.

El campo de batalla era una tierra abrasada hasta sus cimientos. Los enemigos eran otros arcanos, como la Muerte. ¿Los obstáculos eran los «hombres del saco»?

—Hay un problema, Matthew. Yo no soy una asesina. Nunca voy a usar ese arsenal para hacerle daño a nadie. Te lo juro, eso no va a pasar nunca.

—Ummm —fue todo lo que dijo.

—¡Esto es una maldición! Una de la que me voy a deshacer. Por su culpa, he tenido que rechazar a Jackson. No puedo más, Matthew. Quiero estar con él. Dime qué tengo que hacer.

—Vence a las cartas. Hay que ganarse las marcas.

—Me refiero a Jackson. Él no quiere que nos separemos, ni yo tampoco. Siente algo muy profundo por mí. —Me había querido desde el principio.

Había vuelto a Haven por mí y me había salvado la vida. Me había cuidado y protegido. Hasta cuando lo había exasperado.

Había hecho muchas cosas por mí, me había dado mucho, y yo a cambio no le había dado mi confianza.

¿Acaso no se la había ganado?

—Jackson tenía razón, en todo —dije—. Debería confiar en él. Debería contarle mis secretos.

Había sido una cobarde al temer su reacción, pero ¿podía ser peor que lo que sentía ahora? Le había hecho daño. ¡Y eso era insoportable! Se me humedecieron los ojos tan solo de pensar en su voz.

—Voy a arreglarlo. Tengo que contárselo todo.

Matthew giró el trozo de vidrio roto y lo puso del revés.

—Secretos. No prestas atención.

—Después de esta noche tengo dos opciones. Puedo guardar los secretos. O mantenerlo a él. Lo que significa que voy a contarle la verdad, aunque tenga que... revelarle lo que soy. —Volví a sentir náuseas.

Me recordé a mí misma que Jackson me había dicho que podríamos superarlo todo. Me había dicho que no había nada que me pasase que no pudiésemos superar. Yo no había pedido nada de esto... seguro que él lo entendía.

—Matthew, cuando le explique mi confusión y mis miedos, él querrá llevarme con mi abuela. Así podré curarme.

Junto a Jackson. Como pareja. Sin más secretos entre nosotros.

—No voy a renunciar a él. —A nosotros—. Y ya me he cansado de dejar que Selena se entrometa entre nosotros.

—Lamento que lo quieras —comenzó a decir Matthew con tiento, como si estuviese esforzándose muchísimo en decirme lo correcto—. Siento tu corazón... y te duele de verdad. Ojalá no fuese así, Evie. No puedes tenerlo.

Lo atravesé con la mirada.

—¿Por qué dices eso?

—No quieres ser un arcano, pero lo eres. —Levantó la mirada hacia mí y me miró con

aquellos ojos conmovedores suyos—. Jack no lo es.

—¿Y tú qué eres, un purista o algo así?

—Él es una debilidad. Lo usas de apoyo. Siempre que ayuda, te hace daño.

¿Cómo era eso posible? Él me hacía sentir esperanza.

—Jackson podría ser lo único que está evitando que me transforme en un monstruo.

Matthew se puso de pie y se colocó frente a mí, tan alto como era.

—¡En lo que tienes que ser!

Ahugué un grito.

—¡Entonces sí que está evitando que lo haga!

Matthew desvió la mirada.

Jackson había acallado las voces y luego había actuado como una especie de ancla para mí; otra razón por la que debería estar con él.

No quería nada más que empezar una vida con él; ahora parecía como obra del destino.

Matthew se sentó en la cama con expresión exhausta.

—Si no abrazas tus poderes, no podrás ganar.

—No lo acepto, no acepto mi participación en esta guerra. —Cuando Matthew pareció rebatírmelo, grité—: ¡Nadie puede obligarme a luchar!

—Pero querrás hacerlo, tendrás que hacerlo. La batalla te llama. Está en tu naturaleza.

—Le pediré ayuda a Jackson...

—No es una carta.

—Y en cuanto haya conseguido controlar esta enfermedad, huiremos juntos. Puedes venir con nosotros, Matthew. Seguro que no quieres ir a la guerra.

—¿Jack contra la Muerte? ¿Quién gana? Tú puedes que sobrevivas; yo también; la Luna también; Finn también.

—Por eso huiremos a donde la Muerte no pueda encontrarnos.

—Él te ve incluso ahora. Escucha cada palabra que dices, cada pensamiento que se te pasa por la cabeza. No hay forma de escapar de él.

—No me creo que no haya escapatoria de esto, que esté atrapada sin poder hacer nada por evitarlo.

—No controlas tus poderes. Anoche, la Dama de Loto nos hizo dormir. ¿Un rato más? Jack dormirá para siempre.

—¿De qué estás hablando?

—Flor de loto. Duerme para siempre y para toda la eternidad —murmuró con voz ladina.

—No —susurré, aunque estaba recordando mi pesadilla. Los aldeanos habían caído al suelo, inconscientes. Cuando me había despertado, Jackson había estado dormido. ¿Había liberado alguna especie de espora durante mi sueño?—. Oh, Dios, ¿yo le hice eso?

Cuando me había acercado a Jackson en aquel banco junto a la ventana, había pensado en lo guapo que estaba... ¡y él había estado a punto de morir por mi culpa!

—Entonces, ¿por qué no me ayudas a controlar mis poderes?

—Oh, aprenderás. Pronto.

Sacudí la cabeza con fuerza.

—Se lo debo a Jackson. Voy a advertirle del peligro. Si sigue queriendo estar conmigo, haré lo que haga falta para protegerlo de los otros arcanos. De mí misma. Pero tiene que saberlo.

«Es lo justo», razoné, aunque sentía cómo la esperanza por compartir un futuro juntos se reducía casi por completo.

—Hay una tormenta en el horizonte —dijo Matthew con mal agüero—. Y ya vamos

retrasados. Se ríen de nosotros. Y deberían.

—Pues deja que se ríen —espeté—. Ahora vengo.

Conforme salía al pasillo, creí haberle oído murmurar: «Adiós, *Evie*», pero seguí adelante.

Pasé junto a la otra habitación de invitados y oí un gemido provenir de dentro. ¿Jadeos, una refriega? ¿Había entrado un «hombre del saco»? ¿Un soldado paramilitar?

Saqué las garras afiladas y abrí la puerta...

No me podía creer lo que veían mis ojos.

La bilis me subió por la garganta.

Con sus brazos fuertes y protectores en torno a Selena, Jackson la besaba como si no hubiese un mañana.

40

DÍA 246 d. D.
REQUIEM, TENNESSEE

—¿Qué mejor que otra chica para acallar esos pensamientos? —pregunta Evie con suavidad y los ojos húmedos.

Permanecemos sentados y en silencio mientras yo espero que se recomponga. Hay tantas cosas que ha dicho que me han sorprendido y me han causado un dolor de cabeza. Mi concentración se nubla. Al igual que ella se ha esforzado en recordar, yo también.

Anhelo uno de mis elixires, pero todavía no es hora de usarlo.

—Al marcharme, me di cuenta de que Jackson sí que me lo había advertido.

—Entonces ha sido él quien te ha hecho daño.

—No lo culpo. Me pidió muy poco. Y Selena nunca le hará daño con ningún poder incontrolable. Lo protegerá. Creo que lo ama.

A pesar de que se me está acabando la paciencia, quiero que me cuente qué le ha pasado durante los dos últimos días.

—¿Y qué pasó después de que te los encontrases besándose?

Ella se encoge al oír mis palabras. Puede que no culpe al cajún, pero en el fondo se siente traicionada.

Está a punto de ser víctima de una traición más.

—Yo... yo... —Ella frunce el ceño; le sorprende haber perdido el hilo. Justo a tiempo. Solo quedan diez minutos más de cinta—. Yo... le escribí una nota a Jackson diciéndole que tenía que seguir, que esperaba que fuera feliz con Selena. Le pedí que cuidara de Matthew, que le explicara que esto era lo más seguro para todos. Hay algo que me dice que Jackson lo protegerá.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —le pregunto con tono seco. Me estalla la cabeza. Y sus balbuceos anteriores sobre las voces me recuerdan a la época de antes de mis tónicos.

No quiero regresar a esa época vergonzosa, cuando otras cosas distraían mi atención.

Antes de que eliminase sin piedad tales distracciones.

Evie esconde los ojos tras las manos y se los frota. Tras parpadear varias veces, prosigue:

—Robé la camioneta de Finn. Me imaginé que con sus habilidades podría adquirir otra sin problema. Conduje hasta quedarme sin gasolina hace dos días. Después, seguí la carretera esperando encontrar a alguien que me ayudase. Estoy hecha un desastre, Arthur. Estoy muy confusa y lloro sin parar. —Su voz se torna más débil—. Jamás he necesitado tanto la bondad de alguien como la que me has mostrado hoy. Gracias.

No. Gracias a ti.

—Me sorprende que no quisieras llevarte a Matthew contigo.

—Quería, y mucho. Pero ¿cómo alejarlo de la seguridad y la comida de Finn? ¿De la promesa

de protección de Selena? Jackson tenía razón; me resultaba fácil poner a todo el mundo en peligro. Llevarme a Matthew al norte habría sido egoísta.

Me pincho la barbilla con los dedos.

—Pero creía que tenías poderes. Podrías protegerlo. ¿Y la flor de loto?

—Requiere mucha concentración. Creo que Matthew me ayudó y me calmó. Pero no querría que su vida dependiese de ello.

Otro poder que tampoco puede demostrar.

Sube la pierna a la silla pero se le resbala hacia abajo. No repite el gesto.

—Y no quiero usar esos poderes y arriesgarme a convertirme en la bruja.

—¿Crees poder sobrevivir en este mundo sola?

—Tengo que intentarlo.

—Un ejército liderado por una familia sádica casi te «alista»; te obligaron a quemar tu casa con el cuerpo de tu madre dentro; después, unos hombres que querían esclavizarte te rompieron el coche y pusieron en riesgo tu vida; los paramilitares te apresaron para que cientos de soldados te usasen como quisieran.

Ella palidece y murmura:

—Y, de alguna manera, he logrado aferrarme a mi... humanidad. De momento he conseguido establecer un equilibrio.

—Crees que es por Jackson. ¿Y ahora qué? Tu ancla ya no está, se ha ido a los brazos de otra. Sus ojos vuelven a anegarse en lágrimas, pero ella alza la barbilla.

—M-mi abuela me ayudará el resto del camino.

—¿Ni siquiera tienes la tentación de aceptar tus —fingidos— poderes? ¿De usar toda esa fuerza?

Ella puede imaginarse ese increíble poder todo lo que quiera, pero eso no cambiará el hecho de que ya la han derrotado. Perdió esta pelea hace horas.

Evie me ha dicho que la visión del mundo de su madre había cambiado completamente. La de Evie pronto será así también. La chica animada y optimista que nunca se queja, que quiere ser amiga de todos y aún saluda a desconocidos desaparecerá esta noche. De una forma u otra.

—No puedo aceptar estos poderes, Arthur. No creo... no creo que se pueda separar lo malo de lo bueno... el riesgo es muy grande. No quiero convertirme en una asesina.

—¿Cómo lo sabes si nunca lo has intentado?

—L-lo siento, ¿qué acabas de preguntar? —Se le mueve la cabeza, pero ella intenta permanecer despierta. Derrotada.

Al pensar en esos frentes abiertos, digo:

—¿Te acuerdas de la respuesta a esa pregunta del médico? Quiero saber por qué deberías haberte negado a escuchar las lecciones de tu abuela.

—Aún no. Siento que queda pooco.

«De hecho, se te ha acabado el tiempo». Ahora debo tomar una decisión.

¿Me la quedo como compañera o como cobaya? Al mirar sus ojos azules entrecerrados y las ondas de su pelo rubio, me debato sobre si darle un espacio en mi cama en lugar de en la mazmorra.

Aunque nunca saldrá de esta casa viva, al menos sobreviviría más que la estudiante.

Jackson quería que Evie le enseñase a cortejarla; quizá ella pudiera enseñarme a mí cómo no matarla.

¿O me distraería demasiado de mi trabajo? Jamás tolero las distracciones.

Es hora de decidir su destino, de jugar a ser Dios con su futuro. Le preguntó por última vez:

—¿Estás enamorada de Jackson?

Antes, al describir su beso con él, apenas he logrado refrenarme de cortarle los labios.

«¿Cobaya o compañera, Evie?».

Ella elige su destino cuando susurra:

—Cada vez que cierro los ojos, lo veo. Incluso después de lo que ha pasado... Jackson sigue siendo el dueño de mi corazón.

La ira me bulle por dentro.

—No del todo, querida. Pero yo lo seré. Lo apretaré en mi mano.

Ella apenas puede mantener la cabeza levantada.

—¿Eh?

—Ha llegado la hora, Evie. —Me levanto y saco uno de los bisturís de mi maletín.

Ella entrecierra los ojos para verlo mejor, pero su cerebro ni siquiera lo registra ya.

—¿Qué es eso? —pregunta arrastrando las palabras.

—Un bisturí, que usaré para destrozarte la cara como no te levantes ahora mismo.

Ella lanza un grito ahogado, abre mucho los ojos y sacude la cabeza para despejarse.

Tengo que admitir que este momento es el favorito de cualquier nueva captura. Me imagino la sensación de vértigo y desasosiego que sentirá al darse cuenta de todo. El sentimiento devastador de traición.

Y, a continuación, el miedo amenazante.

—Levanta. Ahora, niña.

Se pone de pie con un chillido y las piernas temblorosas, cae en la silla y vuelve a intentarlo. La adrenalina empieza a recorrerle el sistema nervioso. Está un poco más alerta, pero sus movimientos siguen siendo flojos.

—Arthur, ¿q-qué haces?

Le agarro el antebrazo.

—Camina. Ya.

—Dios mío, ¿qué estás haciendo? —Ella se mueve torpemente a mi lado.

—A la mazmorra.

—¿M-mazmorra? —Se tambalea como si se fuese a desmayar, pero la ayudo a erguirse—. ¿P-por qué haces esto? ¿Qué te he hecho?

—Has entrado en mi casa, prácticamente te has ofrecido para que te use para mis estudios, para mis... experimentos. Tu cuerpo es igual al conocimiento que aún no se ha cosechado. Para eso es lo único que vales.

—¿Experimentos? —Parece que va a vomitar, pero tengo unos polvos en el laboratorio que sirven para prevenirlo.

«No se me vaya a estropear la ropa de pana».

—Has perdido desde que la puerta se cerró detrás de ti. Te necesito, Evie. Mi trabajo lo es todo. Debo saberlo todo.

—¡No me hagas daño, Arthur, por favor! Me has escuchado; ¿acaso he sobrevivido a todo esto para que... ahora me hagas daño?

—Me has mentido. ¡Todo han sido mentiras! He estado al borde de castigarte una y otra vez. ¡No puedes mentir en tu historial médico!

Cuando abro la puerta del sótano, ella suelta un chillido.

—¿Qué hay ahí?

—¡Baja, ya! —La obligo a bajar por las escaleras. Ella tropieza y casi se cae antes de que me dé tiempo a agarrarla.

En cuanto estamos en el laboratorio con mis pociones burbujeantes, disfruto de su mirada horrorizada. Después, la arrastro más allá de las cortinas de plástico hasta llegar a la mazmorra.

—Tu nueva casa.

Observa a las chicas apiñadas contra la pared que muestran pupilas del tamaño de centavos.

—¿Las... has secuestrado? —Después ve los restos de la estudiante.

Evie ladea la cabeza ante el cuerpo putrefacto, como si no pudiese concebir lo que ve.

Aquí viene cuando lo pillá...

Pone los ojos en blanco y se tapa la boca con una mano temblorosa. «¿Te das cuenta de que un día esa serás tú?».

—Venga, Evie, vamos a instalarte. —La empujo hacia la esquina de la estudiante y señalo la pila descompuesta.

—Coge tu nuevo collar de eso.

Ella se encoge.

—¿Q-qué?

—Acepta tu destino y vivirás un poco más.

—No quieres hacerme esto, Arthur.

—¡Coge el collar ahora mismo! —le grito, escupiendo saliva. El resto de las chicas se colocan en posición fetal, todas llorando.

Pero Evie no. Ella responde con una sola palabra:

—No.

Las otras chicas gimen y la más joven llama a su madre, como siempre.

—¿No? —Con un giro de muñeca, el bisturí hará que mi nueva cobaya me haga caso—. Solo por eso, te cortaré la lengua y la pondré en un tarro para que la veas todos los días. —Me acerco a ella con la mirada llena de rabia.

—Dios, estoy perdida —susurra ella para sí.

—¡Completamente perdida! Esta será la última vez que me desobedeces. —Estiro una mano hacia ella y con la otra levanto el bisturí...

—Ven, Arthur. —La escucho murmurar débilmente—. Tócame.

«¿Qué es eso?». Ya lo ha dicho antes con voz tímida, pero escucharlo ahora con ese tono seductor nuevo me gusta muchísimo.

Y acaba la frase.

—Pero pagarás un precio.

Un movimiento borroso entre ambos.

Justo cuando inhalo su irresistible aroma a rosas, cuatro tajos paralelos aparecen en mi torso.

Bajo la vista con la boca abierta. De mi cuerpo chorrea sangre caliente. Mi piel es una cortina, abierta a mi mirada inquisitiva.

—¿C-cómo?

Evie se endereza sin que le haya afectado droga alguna. Tiene los ojos alerta, brillantes y... verdes. Una vid aparece sobre su mejilla y bajo su cuello, y comienza a bajar implacable por su piel nívea como un sello verde y brillante. Los mechones de su pelo se están tiñendo de rojo.

Al final de cada dedo tiene unas espinas afiladas por las que ahora gotea mi sangre.

Evie no había estado alucinando. Está llena de poder, rebosante de él.

Me tapo las heridas con las manos y la sangre se me escurre entre los dedos.

—¡M-me has hecho creer que mentías o... o que estabas loca!

—Te dije que no todo era cierto. Por ejemplo, he omitido la parte concerniente a ti.

—¿A mí?

—No quería hacerte daño, Arthur. ¡Pero no me has dejado opción! —Tiembla de ira—. No después de haberme atacado. Como dijo Jackson, ¡se ha acabado! —La casa empieza a temblar y empieza a caer yeso del techo—. Estoy harta de este mundo, ¡harta de que me ataquen y me secuestren!

La pérdida de sangre me hace tener frío, tal y como ella había dicho.

—Lo único que quería era ser normal. Pero esta noche he aceptado que eso no es posible. Incluso sin la Muerte y los arcanos, ahora sé que no existe esa posibilidad. En cuanto he visto a estas chicas encadenadas, lo he comprendido; no soy como ellas. No soy normal. No tengo que estar atrapada. Solo tengo que convertirme en la despiadada Emperatriz que debo ser. Y, tal y como tú has dicho, lo único que me anclaba, Jackson, ya no está.

Ella se acerca. Yo me tambaleo hacia atrás, hacia el laboratorio. Tengo tónicos que me curarán. ¡Esto no ha terminado!

—Durante estos últimos dos días, he tenido mucho tiempo para sopesar mis opciones. Me he acordado de mi valiente madre. Ella hubiese aceptado estos poderes. He pensado en Clotile; ¡lo que ella hubiera dado por tenerlos en sus últimos momentos! Y después contarte mi historia ha consolidado mis sentimientos.

Estaba casi junto a la cortina de plástico. Si pudiera llegar a la mesa de trabajo...

—Me avergüenza haber pensado en rendirme, en esconderme de hombres como tú. Pero eso ya se acabó. A la Emperatriz ni se la ata ni se la enjaula ni se la tortura. Atrae con ingenio y castiga a la perfección. Yo castigo. —La ira de Evie parece disminuir y la casa vuelve a la normalidad—. No voy a enfadarme contigo por envenenarme. Solo voy a hacer que pagues un precio.

—¿Cómo... cómo lo has sabido?

Ella chasquea la lengua.

—¿Usar una toxina vegetal en el chocolate? Pude olerla y sentir lo que me provocaría. ¿Recuerdas mi nombre? No se me envenena, yo soy la que enveneno. Soy la Princesa del Veneno. —Unas hojas se enredan entre su pelo rojo enmarañado y en los fascinantes glifos que le han aparecido en los brazos. Es una diosa pálida y horrible—. Vacíe la taza en cuanto te llevaste la bandeja. De todas maneras, seguramente no me hubiese afectado. Oh, pero tú... tú sí que estás envenenado por mis garras. Estás muriéndote ahora mismo.

—No. No puede ser —exclamo, aunque ya siento la toxina correr por mis venas. Ahora soy yo el que siente esa traición y el miedo que antes solo había podido imaginar—. ¿Por qué haces esto? ¿Por qué has venido?

—Mientras me dirigía hacia el norte, empecé a escuchar una nueva voz. La tuya. —Se da un toque en la barbilla con una de esas garras siniestras y prosigue—: Puede que haya olvidado mencionar ese pequeño detalle. De todas formas, empecé a oírla más fuerte, sobre el resto, incluso más alta que la de la Muerte, que se volvió bastante hablador en cuanto me quedé sola. —Frunce el ceño y se encoge de hombros—. Pero tu voz me llamaba. —Un sabio oculto en un chico. ¿Te suena?

Dejo escapar un grito ahogado.

—No puede ser que me hayas oído.

—Eres uno de los arcanos, Arthur. Durante mucho tiempo, no supe distinguir cual, no recordaba las cartas de mi abuela lo suficiente como para asociar una a tu cuadro. No hasta que he visto tus experimentos en esta asquerosa guarida. Eres el Ermitaño. El viejo que sujeta una lámpara.

—¿Uno de los tuyos? —Le enseño los dientes—. ¡Nunca!

—Lo niegas, tal y como lo hice yo. No me extraña que Matthew se frustrara tanto conmigo.

—Si crees que soy uno de vosotros, ¿entonces has venido para hacerme daño!

—No; te he buscado con la esperanza de que conocieses tu destino como uno de los arcanos y me pudieras enseñar el mío. De que fueses bueno, al contrario que la gente con la que me encuentro. Pero estaba preparada para defenderme en caso de que no lo fueras.

Una de mis rodillas cede; me tambaleo y me agarro a la mesa quirúrgica. Veo mi reflejo en el acero inoxidable. Me he... transformado. Veo a un hombre anciano que sujeta una lámpara en la oscuridad. ¿Es mi propio cuadro? A continuación, vuelvo a la normalidad.

—Arthur, eres el Ermitaño y también se te conoce como el Alquimista.

—¿Alquimista? —Un rugido toma forma en mi cabeza. El Alquimista. ¡Eso es lo que he querido ser siempre!

Sí. Así he sido. Jamás me ha resultado tan evidente.

Por eso me había parecido especial Evie cuando la conocí; porque había visto su carta. No la había imaginado con los ojos abiertos en mi cama; había visto el cuadro de la Emperatriz, en el que ella me atraía.

—Te daba pistas y esperaba que reconocieses algo de mi historia para que diceses el paso. — Ella ladea la cabeza y su cabello sedoso le cae sobre la espalda, atrayéndome con su exquisito aroma a rosas y amenazándome con someterme incluso ahora—. Lo que creo es que estabas tan drogado por tus brebajes que no has escuchado las voces. —Se agacha y murmura—: ¿Drogado hasta que tienes el cerebro hecho papilla? Yo también he estado así, amigo.

—¿Drogado? ¡Yo quería concentrarme! —Escupo saliva mezclada con sangre—. Las voces... —Me acuerdo de repente de que odiaba las cacofonías y esas repeticiones tan inútiles—. ¡Me distraían!

—Tal y como decía Matthew, si no las escuchas, morirás oyendo sus presuntuosos susurros en el oído.

Al igual que el resto de los arcanos, yo también tengo poderes sobrenaturales. Al acordarme de eso, de los poderes que tengo, me dirijo a mi laboratorio.

Detrás de mí oigo que las chicas ruegan a Evie que las libere, aunque parecen tan asustadas de ella como lo han estado de mí.

Mientras Evie claudica, yo me agacho sobre mi mesa quirúrgica y agarro todos los viales que puedo. Me trago uno tras otro.

Negro para contrarrestar el veneno. Azul para volverme más fuerte, agresivo y rápido. Rojo para curarme las heridas.

La he subestimado y ella ha hecho lo mismo conmigo. Si logro subir, podré coger las armas que he ocultado estratégicamente por toda la casa.

«La abrasaré hasta que no quede más que un charco con sus restos, como hice con mi padre».

Aunque ella ha debido de oírme con las pociones, no se muestra asustada; les dice a mis cobayas —mías— que va a cortar las cadenas con sus garras.

—No tengáis miedo —exclama con voz reconfortante—. Sois casi libres.

Tres cortes después, las chicas salen de la mazmorra lejos de mí y peleándose por ser la primera en subir las escaleras.

Yo también empiezo a dirigirme a ellas arrastrándome por el suelo para dar tiempo a mis elixires a que hagan efecto.

—¿Dónde estábamos? —pregunta Evie, reapareciendo desde detrás de la cortina de plástico. Sacude las manos como si acabase de quitar el polvo.

En la base de las escaleras, me giro para mantenerla a la vista.

—¿Por qué has jugado conmigo? —«Debo hacer que siga hablando». Ya puedo sentir una de las pociones neutralizando su toxina. Bajo el brazo que me agarro, siento que mi pecho empieza a curarse—. ¿Por qué has fingido que mi veneno te había hecho efecto?

—Como ya te he dicho, a veces finjo. Cuando mi madre se estaba muriendo fui una cuidadora despreocupada; fingí indiferencia ante Jackson y Selena, aunque estaba a punto de volverme loca de celos. Fingí estar drogada para que me mostrases lo que planeabas hacer conmigo. Y lo que había en el sótano.

—¿Por qué me has contado tu historia?

—¿Es que no me escuchas? —pregunta antes de suspirar—. Mi *modus operandi* es esperar, ¿recuerdas? Atraer. Tú tenías que dar el primer paso. —Mientras lucho por subir las escaleras, ella me sigue tranquilamente—. Y he tardado un poco en ver que has intentado drogarme, que solo uno de los dos va a salir de esta casa con vida. Además, necesitaba tiempo para recuperarme del día tan ocupado que he tenido... plantando.

—¿Plantando? —frunzo el ceño porque no la entiendo.

—Y entonces te lanzaste. Tú has inclinado la balanza.

Por fin empiezo a sentir la fuerza recorrerme y los músculos hincharse.

—Esto no ha acabado. Volveré a atacar. Te destrozaré, niña.

—Ah, ¿sí? —Su expresión es severa; sus ojos verdes no muestran compasión alguna—. ¿Es que no lo ves, Arthur? Jackson estaba equivocado. Puede que no sea lo mío, pero sí sé cazar. Te estoy dando caza a ti.

41

Arthur respira con dificultad mientras sube por las escaleras y me amenaza a ratos a la vez que me enseña los dientes ensangrentados.

No había imaginado ni en sueños que llegaríamos a esto.

Llegué emocionalmente destrozada después de llorar durante dos días. Qué raro. Nunca había estado así de sola, sin amigos ni familia. Jamás había sentido la traición por parte de un chico.

Sí, vine buscando respuestas por parte de Arthur, pero también ansiaba más; un abrazo comprensivo, una palmadita en la espalda, algún resquicio de amabilidad.

Y, peor, aún lo esperaba.

En el pasado me portaba bien con la gente, e incluso después del Destello, después de todas las veces que se habían portado mal conmigo, mi yo inocente seguía pensando que la gente también se portaría bien conmigo.

Cuando vi a Arthur por primera vez con su encantadora modestia, pensé: un nuevo amigo.

Algo tan simple como eso.

Dios, necesitaba a un amigo. En lugar de eso, encontré a un psicópata.

Esas tres chicas están arriba pidiendo ayuda a gritos porque son incapaces de salir de esta guarida. Escucho llorar a la más joven mientras llama a su madre. Me puedo imaginar cuánto las habrá estado torturando.

Esta noche, Arthur me ha cambiado para siempre. Me ha llevado al límite y me ha obligado a convertirme en lo que una vez fue mi peor pesadilla.

He cambiado. Antes de Arthur. Y después. No hay vuelta atrás.

Por eso lo odio.

Al llegar a la cima de las escaleras, pasa por el umbral débilmente y cae de frente sobre su estómago herido a la vez que gruñe. A continuación, empieza a moverse por el suelo como un cangrejo, medio mirándome medio oteando la puerta a la que quiere llegar.

Cuando se acerca a la entrada, las chicas gritan y se agazapan en una esquina.

Al llegar a la puerta, se pone de rodillas y se estira hacia la manilla que no está.

—Atrapado en tu propia trampa, ¿eh? Sucio y asqueroso maníaco.

Me mira por encima del hombro varias veces y mete la mano en el bolsillo trasero de sus pantalones para coger un par de pizzas.

Sigo acercándome, lo cual lo pone más y más nervioso. Este poder es embriagador. No me extraña que la bruja roja se ría tanto. Empieza a gustarme.

—Te seguí por la ciudad antes de venir, pero eso ya lo sabías, ¿verdad? De lo que no te diste cuenta es de que ambos nos estábamos preparando para esta visita.

Matthew me avisó de la tentación; el Alquimista usó varias para atraerme a su guarida, y yo me mostré recelosa.

La brillante linterna de su casa, una luz en la oscuridad; El guiso que había oído, un banquete

cuando estaba hambrienta. Pero, a pesar de haber estado avivando el fuego a la espera de que llegase, me había permitido tener tiempo para llamar a mis propios refuerzos.

Al igual que le había visto hacer a la bruja roja.

Con mi sangre, había revivido plantas marchitas, y revivirlas me había parecido una delicia. Después había practicado con ellas.

Arsenal.

Fuera me esperan ahora mismo rosas, hiedra y robles listos para destrozar la guarida del Alquimista. Un tornado de espinas gira sobre nosotros.

—Pensabas que era débil —le digo—. Pero solo me estaba recuperando de la pérdida de sangre. Gracias por darme un descanso.

Ante mis palabras, él levanta las pinzas hacia arriba, pero al final caen a varios centímetros de distancia. Asustado, agarra la barra de metal —que es todo lo que queda de la mitad de dentro de la manilla— y la gira con toda su fuerza. Le empieza a gotear sangre de la mano.

—Pregúntate, Alquimista, si de verdad quieres salir por esa puerta.

Me dedica una mueca por encima del hombro.

—¡Eres un monstruo, un bicho raro! Por eso tu querido Jackson eligió a otra, ¡porque podía sentir lo rara que eres! Te rechazó.

No lo niego. Es lo justo. Diablos, podría ser cierto, ¿quién sabe? Por lo visto, yo sí que no sé nada de chicos.

Incluso después de ver cómo besaba a Selena, lo echo de menos. Me pregunto cuánto durará ese dolor...

Arthur empieza a levantarse. Me... sorprende. Le había oído beber algo abajo, pero no imaginaba que pudiera neutralizar mi veneno.

Cuando se pone de pie, me percató de que su torso se está curando a una velocidad parecida a mi propia regeneración.

—Tengo habilidades, Evie. —Soy testigo de cómo le aumentan los músculos hasta tensarse contra su ropa.

Me lanza una sonrisa tan triunfante que me hace plantearme si puede vencerme a mí y a los míos.

—No te puedes hacer a la idea de lo fuerte que puedo llegar a ser. —Tras un grito, extrae la puerta del marco como si fuese una pelusa.

Me la lanza; yo grito cuando me da en el hombro y me estampa contra la pared.

Cuando mi visión se torna borrosa, imagino la voz de Jackson a lo lejos: «¡Evangeline!».

Tomo aire a pesar del dolor y forcejeo con el peso de la puerta para liberarme. Mi cuerpo sigue siendo débil, ¡soy pequeña y flaca!

—¡Evie! ¡Contesta, maldita sea! —¿Jackson está aquí? ¿Cómo ha encontrado este pueblo?—. ¿Dónde estás? —Soy incapaz de pensar en la angustia que percibo en su voz; su desesperación es evidente. ¿Por qué ha venido? Había acabado conmigo.

Después le grita a alguien más:

—¡Dime exactamente dónde está, chico! ¡O te juro por Dios que te mato!

«¿Matthew también ha venido?».

Arthur entra deprisa. En lugar de escapar, va a utilizarlo como una ventaja. Observo incrédula cómo salta por encima de una mesa y se detiene frente a una vitrina. Para cuando consigo liberare y ponerme de pie, él ha cogido... ¿viales taponados?

Me los lanza. Se rompen y me salpica el contenido en la piel.

«Ácido.

Dolor. Paralizante. Abrumador».

Chillo. La piel de mi antebrazo, de un muslo y de una pantorrilla se disuelve. Caigo de rodillas. Mi visión se vuelve borrosa.

—¡Evangeline! —El grito lleno de dolor de Jackson es como un halo de luz que se cierne sobre mí.

Arthur se acerca mientras promete:

—Te fundiré centímetro a centímetro. Te haré suplicarme, como a mi padre.

Me cuesta levantarme e ignorar la piel quemada que empieza a regenerarse.

Cuando el Alquimista ve que se me cura la piel, murmura:

—No puede ser.

—Repites lo mismo una y otra vez... sobre lo... que está ocurriendo. —Jadeo. No ha visto ni una parte de mis poderes. Pensar en eso me hace sentir orgullosa, triunfante. Me tambaleo de pie.

Estoy lista para acabar con esto; llamo a mis soldados y los dejo a su aire para que peleen. Las ramas chocan como mulas contra las puertas y las ventanas para que la hiedra pueda entrar a hacerse con todas las habitaciones.

Justo como me dijo Matthew, la batalla me llama, y ahora siento como si ardiera por dentro. «¡Es magnífico!». Grito por ello y mis soldados responden con violencia.

Tallos de espinas forman una cortina en la entrada de la casa. Detrás de mí hay una pared de plantas verdes que se entrecruzan. Tras caminar hacia delante, Arthur se paraliza, asustado, con la mirada en blanco.

Poco antes de llegar a él, Arthur se gira y se dirige corriendo a la salida. No da ni dos pasos fuera cuando una rama aparece delante de él y le bloquea el camino. De los lados del porche aparece hiedra que se enrosca sobre su torso y cuyo extremo se pega contra su piel.

—¡Nooo! ¡Para, monstruo!

Una rosa baja por el techo como una gotera. Desciende con un sigilo agresivo y se enrosca en torno a su cuello.

Cuando se aprieta, murmuro:

—Tu nuevo collar, Arthur.

Más tallos atan sus piernas como si de una celosía se tratase, provocando que grite. Se aprietan contra su cuerpo como alambre de espino y le clavan más las espinas, más profundamente hasta que sus pulmones no pueden expandirse lo suficiente como para dejarlo gritar una segunda vez.

Me mira por encima del hombro con ojos suplicantes.

¿Cuántas chicas le han rogado que no les haga daño? ¿A cuántas les ha lanzado ácido?

¿A cuántas ha mutilado?

Él había planeado hacérmelo a mí...

De repente, forcejea y libera un brazo con esa fuerza descomunal que ha adquirido. De su bolsillo, saca un último vial de ácido.

Antes de que pueda atacar, yo hago un gesto con la mano: ordeno la ejecución.

Las enredaderas que sujetan su cuerpo se estiran en direcciones diferentes y lo parten en dos.

Tras una salpicadura de sangre y huesos rotos, el Alquimista deja de existir.

Dos mitades. A ambos lados del porche. Un charco carmesí en el medio.

He ganado por hoy, pero la victoria me ha pasado factura. Cuando me pongo de pie, mis soldados me empujan por la espalda y me enderezan como un *sujetalibros*. Al igual que le vi hacer a la bruja roja, clavo las garras en un tallo de rosa y devuelvo a mi cuerpo la vida que le había dado para acelerar mi regeneración.

—¡Evangeline! —Jackson se acerca.

«¿Por qué has venido? ¿Por qué?». Huir de él ya no es una opción. Ya no voy a ocultar lo que soy.

—¡Bébé, contéstame! Por favor...

Lo veo al final de la calle. Matthew se encuentra tras él. No están solos. Selena y Finn los acompañan.

Cuando los cuatro se detienen frente a la casa, la red de zarzas se divide para que me vean aparecer en la cima de las escaleras. La mitad de mi camiseta ensangrentada y los pantalones se ha disuelto y muestran mis glifos brillantes y cómo se me está regenerando la piel. Debido al tornado de espinas, mi pelo rojo ondea.

Una vid se enrosca alrededor de mi cuello cariñosamente. Yo froto mi mejilla contra ella, acariciándola, con mis garras venenosas todavía brillando.

Detrás de mí, el alambre de espinas, la hiedra y los fuertes robles esperan mis órdenes. Dominan cada centímetro de la guarida del Alquimista hasta que la forma de la casa llega a ser irreconocible.

Miro al resto de los arcanos. Matthew se muestra orgulloso. Selena parece letal, fría. Y no me sorprende. Tal y como sospechaba, lo sabe todo de nosotros. Sobre mí.

Finneas parece sorprendido, ¿y culpable? Murmura:

—Nunca creí que fueses a entrar.

A un lado, con los ojos y la boca abiertos, se encuentra Jackson.

¿A entrar...? Entonces, las tres chicas empiezan a forcejear contra las enredaderas de la entrada. Con otro gesto de la mano, permito que salgan. Escapan de la casa de Arthur gritando.

A continuación, algo capta mi atención, así que bajo la vista. Una marca aparece en mi mano; no es uno de los glifos, sino un pequeño dibujo tatuado. Es el símbolo del Alquimista, una lámpara brillando, su forma de atraer a los demás.

Qué raro es verla sobre mi piel, pero me resulta familiar. Tal y como me dijo Matthew, las batallas deben librarse y las marcas ganarse.

Matar; ganar un tatuaje como trofeo. Trago saliva y me siento algo aturdida cuando me asalta un recuerdo. Al menos sé la respuesta a aquella espeluznante pregunta.

El doctor me preguntó:

—¿Entiendes por qué debes rechazar las enseñanzas de tu abuela?

Asentí y respondí arrastrando las palabras:

—Porque ella quiere que les haga cosas malas a otros niños.

Me viene a la mente el resto del camino en coche con la abuela como si hubiese ocurrido el mismo día.

Cuando la policía encendió las sirenas detrás de nosotras, me dijo:

—Cada pocos siglos empieza un juego de vida o muerte. Debes vencer a los otros veintiún arcanos, Evie. Solo puede vivir uno.

—¿Qué significa eso, abuela? —le pregunté, asustada.

—Al final de cada juego tendrás las manos cubiertas de sus símbolos. —Después de aparcar a un lado de la carretera, me acunó la cara con suavidad y me miró con cariño a través de sus brillantes ojos marrones—. Porque los vas a matar a todos...

Matar a todos.

Esto es lo que soy. En el fondo sabía que tendría que matar a Arthur, ¿verdad? Había sido el

Alquimista el que había perdido al «atraparme».

Ahora llevaba su símbolo y lo haría para siempre. He empezado a jugar lo haya querido o no.

No me extraña que Matthew me preguntara si lo iba a matar. ¿Y Selena? ¿Había planeado tenernos cerca para matarnos mientras dormíamos?

Quizá espere que atraigamos a más arcanos como Finn. Me pregunto si la Arquera ve como un desafío no matarnos hasta que sea el momento adecuado.

Me vuelvo hacia Jackson y contemplo sus sorprendidos ojos grises. «Esto es lo que soy de verdad...».

Me percató de que tiene la mano envuelta en un vendaje lleno de sangre. ¿Se ha hecho daño a sí mismo? Miro más de cerca. No es un vendaje. Tiene agarrado... mi lazo rojo.

El lazo que ha guardado desde antes del Destello.

No está con Selena, ha venido a por mí. ¿Creo en lo que tengo delante o en el recuerdo de ellos besándose? ¿Y si he malinterpretado las cosas?

Dios mío. Finn.

¿Había visto a Selena y al Mago, que se había disfrazado de Jackson?

¿Busco excusas porque sigo deseando a Jackson? Quizá no la haya tocado, ¿no?

Durante un momento confuso, me pregunto si Jackson y yo tenemos algún futuro. Lo desearía con todas mis fuerzas. Él puede hacer que vuelva.

Me puede salvar...

La casa chirría bajo el peso de mis enredaderas y ramas y el marco se rompe. La base tiembla. Aunque he practicado con mis nuevos poderes, todavía no los tengo bajo control del todo. Mi debilidad me hace torpe.

Empiezo a replegar a mis soldados en una retirada agitada, pero antes de que lo hagan del todo y vuelvan a ocultarse, rompen la casa como si fuera un huevo.

Jackson se queda con la boca abierta. Su mirada va de una mitad de la casa a la otra, y después entrecierra los ojos cuando divisa algo.

Oh. Una parte del Alquimista. «La muñequita tiene dientes, cajún».

¿Qué dirá? ¿Qué hará?

Me froto el pulgar con las garras hasta que vuelve a gotear sangre. Él me dijo que podríamos hacer frente *a todo*. ¿Puedo confiar en que así será?

«Sálvame, Jack...».

Él se tropieza hacia atrás y persigna. Tal y como yo había predicho.

Con ese gesto me ha roto el corazón por completo.

—*Y, sin embargo, yo no podría estar más orgulloso de ti, Emperatriz*— susurra la Muerte en mi mente.

Lo oigo claramente; debe de estar cerca. Ahora no tengo nada que perder, ninguna razón para tenerle miedo. «Vigila tus seis, Parca, me voy de caza».

Oigo una risa ronca.

—*Tu Muerte te espera.*

Empiezo a reír y soy incapaz de parar.

Jackson palidece más aún. Espero que ahora me abandone y se lleve a los otros tres lejos de mí.

Porque, de lo contrario, puede que la Emperatriz los mate a todos...

Algo húmedo me resbala por la cara. ¿Una lágrima?

Lluvia.

Mientras Jackson y yo nos miramos, las gotas empiezan a caer...



©Kresley Cole

Red Apple Ediciones 2019
www.redappleediciones.com

[\[1\]](#) (N. de las T.) Ojo de un huracán, escucha tu propia agitación. Letra de *It's the end of the world*, de R.E.M.